

PETE DEXTER

Paris Trout



Lectulandia

Paris Trout es un respetable ciudadano de Cotton Point, blanco, comerciante y prestamista, y convencido de que todo en la vida debe seguir una ley: la que él ha aceptado. Pero esta norma se ve alterada cuando Henry Ray se niega a pagar el coche que Paris le vendió a crédito y éste no está dispuesto a permitir que un negro se ría de él.

Decidido a darle una lección, Trout se dirige a casa de Ray y, al no encontrarle, asesina a Rosie, una niña negra que la madre de Ray había recogido. Este crimen absurdo, gratuito y sin justificación, incluso en una comunidad racista del Sur, destruye el entramado social del pueblo poniendo de manifiesto su hipocresía y sacudiendo las vidas de sus habitantes. Convencido de la justicia de sus actos, Paris se obsesiona cada vez más y sus deseos de venganza le acercan progresivamente a la locura.

«Paris Trout» fue llevada al cine con guión del propio Dexter, dirigida por Stephen Gyllenhaal e interpretada por Dennis Hopper, Barbara Hershey y Ed Harris.

Lectulandia

Pete Dexter

Paris Trout

ePub r1.0

Trilobites 13.02.2017

Título original: *Paris Trout*
Pete Dexter, 1988
Traducción: Jordi Beltrán Ferrer
Retoque de cubierta: Trilobites

Editor digital: Trilobites
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*El presente libro es para
James Maurice Quinlan y Mickey Rosati,
dos de la misma especie*

PRIMERA PARTE

Rosie

En la primavera de aquel año se declaró una epidemia de rabia en el condado de Ether, Georgia. La enfermedad la transmitían principalmente los zorros, y los primeros en dar noticia de ella fueron los agricultores, que en los meses de abril y mayo mataron a más de setenta de dichos animales y los entregaron al jefe de sanidad del condado en Cotton Point.

Cortaron las cabezas, las envolvieron en plástico y las mandaron al departamento de sanidad del Estado de Atlanta, donde comprobaron que once de los animales estaban rabiosos.

No hay constancia de que algún ser humano contrajera la enfermedad —la mayoría de las víctimas fueron reses—, aunque se dijo que los zorros habían mordido a dos residentes de Damp Bottoms, una zona alejada de Cotton Point.

A uno de ellos, un viejo al que se conocía sólo por el nombre de Woodrow, lo encontraron tendido en el suelo debajo de su casa un día después, muerto. Fue enterrado a expensas del municipio en un rincón pelado y abrasado por el sol del cementerio de Horn, sin que se efectuaran antes exámenes médicos ni se celebrara ningún oficio religioso.

La otra persona mordida por un zorro fue una niña de catorce años llamada Rosie Sayers, que sufría frecuentes pesadillas.

Rosie Sayers era una niña alta, de huesos delicados, cuyos incisivos reposaban sobre sus labios, como bebés blancos y dormidos. Le daban miedo las cosas que no podía ver y se negaba a salir de su casa a menos que la obligaran.

La casa era de tejado plano y paredes combadas. Tenía cinco habitaciones y los tablones que formaban las paredes eran desiguales, por lo que desde cada una de las estancias podía verse el interior de la contigua.

Rosie vivía en esa casa con su madre y sus hermanos y hermanas. En total eran catorce personas, pero la niña nunca las había contado. Nunca se le había ocurrido hacerlo.

Los hermanos y las hermanas seguían durmiendo tranquilamente cuando Rosie chillaba en plena noche; los chillidos formaban parte natural de la vida, igual que el silbido de la respiración del más pequeño de los hermanos; pero las visitas que recibía su madre, al no estar acostumbradas a la aflicción de Rosie, a veces se sobresaltaban cuando la oían y a veces se ponían los pantalones apresuradamente, en la oscuridad, y se iban corriendo.

La madre llamaba «hechizos» a los sueños de la niña, y de vez en cuando le clavaba agujas en la espalda, a modo de exorcismo. Generalmente, después de que

una de sus visitas se marchara en plena noche, Rosie se colocaba delante de ella, con la espalda desnuda, y la dejaba hacer.

El día en que la mordió el zorro, Rosie Sayers había recibido la orden de ir a la ciudad y comprar una caja de balas del calibre veintidós en el comercio de Mr. Trout. Aquella semana su madre tenía una visita que era aficionada a la caza.

Mr. Trout poseía un establecimiento en North Main Street. En la puerta había un cordel que hacía sonar una campanilla cuando entraba alguien. Las personas de color se detenían a pocos pasos de la puerta y le esperaban. Los blancos cogían ellos mismos lo que querían. Dentro había una sola luz, una bombilla desnuda, colgada de un cordón en la parte de atrás.

Mr. Trout salió de la penumbra, alto y blanco, y, al verle, la niña pensó en un fantasma.

—¿Qué hay? —dijo él.

—Balas —repuso la niña.

La palabra se perdió en la oscuridad, ahogada por el sonido de la campanilla.

—Habla más alto, niña.

—Veintidós balas —dijo ella.

Mr. Trout se volvió y pasó un dedo largo y blanco por el estante que quedaba a su espalda, y cuando se acercó de nuevo a la niña llevaba una cajita en la mano.

—Son setenta centavos —dijo.

La niña metió la mano entre los pliegues de la camisa y encontró el dólar que su madre le había dado. El billete estaba arrugado y húmedo y Rosie lo alisó antes de entregarlo.

Mr. Trout tomó el dinero y sacó el cambio de su propio bolsillo. No usaba caja registradora. Puso la cajita de balas en la mano de la niña; tampoco era muy dado a usar bolsas de papel. Rosie nunca había tenido en la mano una cajita de balas y se llevó una sorpresa al ver cuánto pesaba.

Mr. Trout cruzó los brazos y se quedó esperando.

—No dispongo de una eternidad —dijo.

Rosie anduvo hasta el extremo norte de la ciudad y luego siguió la vía del Georgia Pacific Railroad, hacia el este y el norte, de vuelta al aserradero. Damp Bottoms se encontraba detrás del aserradero, construido sobre tierra de color rosa, sin un árbol a la vista. A la niña le parecía natural que ningún árbol se atreviese a crecer cerca de un aserradero.

Había un almacén entre el aserradero y las casas, cerrado con candado por delante y por detrás, con ventanas pequeñas y sucias en el lado. Los hermanos de Rosie decían que dentro había hombres muertos, pero ella nunca había querido comprobar si era verdad o no. La abuela de Rosie había muerto en la cama, la boca abierta y torcida, como si ése fuera el camino que tomó la vida al salir de ella, y Rosie no

deseaba ver más muertos.

Pasó lejos de las ventanas, mirando hacia otro lado, y cuando las hubo dejado atrás y volvió a mirar al frente, vio al zorro. Era de color rojo apagado, tenía aspecto de cansado, y pareció reconocerla.

Rosie se detuvo en seco y el zorro alzó la cabeza. La niña retrocedió un paso, lentamente, y el animal la siguió, manteniendo la misma distancia. Luego volvió a moverse, acercándose más, y pareció tambalearse. Rosie oyó su propia respiración mientras seguía retrocediendo.

El movimiento, al parecer, sólo servía para atraer al animal; algo tiraba de él.

—Por favor, señor Zorro —dijo la niña—, no me envenene. Me apartaré de su camino tan aprisa como me ha visto, y me iré.

Sabía por sus hermanos que los zorros se habían vuelto venenosos. Peores que las serpientes. Volvió a detenerse y el zorro se paró con ella. Sus hermanos decían que cuando el zorro venenoso te mordía te volvías venenoso también.

El animal levantó la cabeza y Rosie empezó a correr. No sabía adonde. Sus piernas eran fuertes, pero parecieron enredarse la una con la otra antes de que hubiera dado diez pasos. Y Rosie miró abajo justo antes de caer y vio con sorpresa que el zorro estaba entre ellas. Luego cerró los ojos y dio contra el suelo.

En ningún momento notó los mordiscos. El zorro gruñía —sus gruñidos tenían un timbre más agudo que los de un perro y eran más frecuentes—, y entonces Rosie empezó a dar patadas y notó el pelaje del animal y los huesos que había debajo. El zorro soltó un gemido y cuando la niña golpeó de nuevo con los pies no encontró nada.

Abrió los ojos y vio que el animal había desaparecido con la misma rapidez con que había llegado.

Se levantó poco a poco, tratando de recobrar el aliento, y se sacudió el polvo. Lo hizo con mucha meticulosidad, no le gustaba ir sucia, y no se dio cuenta de que estaba herida hasta que pasó la mano por la parte interior de la pantorrilla y notó el tacto de la sangre.

Entonces vio las mordeduras, dos agujeritos en la misma pierna, más cerca del tobillo que de la rodilla. No sangraba mucho y la sangre ya se había secado en todas partes excepto cerca de las heridas. Volvió a sentarse en el suelo y rompió a llorar. La arcilla quemaba, pero tampoco de eso se dio cuenta.

Lloraba porque estaba envenenada.

Al cabo de unos minutos la cabeza empezó a dolerle a causa del llanto y se levantó de nuevo, ahora con las piernas temblorosas, temiendo que su madre adivinara lo que había ocurrido. Temiendo lo que pudiera hacer.

Escupió en la palma de la mano y se frotó la sangre de la pierna, una y otra vez, hasta que tuvo la boca demasiado seca para escupir. Luego restregó el suelo con las manos, recogiendo polvo de color anaranjado, y se cubrió las piernas y las rodillas, para disimular la herida.

Se puso polvo en los codos y un poco en las mejillas y el cuello. Su madre se enfadaría al verla entrar en casa tan sucia cuando tenía una visita, pero no sabía lo del zorro.

Rosie se acordó de la visita.

Giró en redondo y se puso a buscar la cajita de balas. Era un regalo para la visita porque se trataba de un cazador. Su madre dijo que quizá les cazaría unos conejos para la cena.

No encontró la cajita. La buscó por todas partes y luego desanduvo el camino hacia el almacén. Siguió sus pasos más allá del edificio hasta el sitio donde estaba al alzar la mirada y ver al zorro. Escudriñó el suelo y los hierbajos que crecían alrededor del almacén, levantando los ojos de vez en cuando porque temía que el zorro volviese.

Pero el zorro había desaparecido, igual que las balas.

Rosie se quedó inmóvil, esperando, sin saber muy bien qué. El sol se movía en el cielo. Dejó de llorar, la sensación de miedo pasó y se quedó tranquila. Se preguntó si su madre permitiría a la visita darle latigazos.

No sería la primera vez.

Sus pensamientos volvieron a desviarse hacia las balas, y luego pasaron de las balas al lugar donde las había comprado. Ahora Mr. Trout no le parecía tan aterrador; tal vez se alegraría de verle de nuevo. Y cuando finalmente echó a andar, sintiendo al principio una tirantez en la parte de la pierna donde la había mordido el zorro, fue en dirección a la tienda de Mr. Trout.

Rosie Sayers no sabía medir el tiempo y su noción del mismo era que pertenecía a algunas personas y no a otras. Todos los blancos disponían de tiempo, y todas las personas de color que tenían coche. Las visitas de su madre tenían tiempo, lo mencionaban al irse. «¡Dios mío, cómo pasa el tiempo!».

Ahora le preocupaba que ya hubiese llegado la hora en que cerraban los comercios. Apretó el paso, siguiendo las vías del ferrocarril. Las vías describían una curva y penetraban en un puente en las afueras de la ciudad. Había un tren parado, vagones y vagones cargados de madera, hasta donde alcanzaba la vista. El olor a pino recién cortado.

Trepó por el terraplén hacia el puente, usando las manos, y cuando llegó arriba sonó el silbato y los vagones entrechocaron al ponerse en marcha el convoy, que empezó a subir lentamente la cuesta.

Rosie contempló el tren desde la cima de la colina, de pie en el puente que conducía a la ciudad, y pensó en saltar y meterse en los lugares oscuros que había entre los vagones y llegar así hasta el final de las vías. Y durante un momento pareció que dentro de ella había otra persona, alguien que quería saltar.

Entonces se acordó del tiempo y de los comercios y empezó a alejarse del tren para regresar a la ciudad. Se preguntó si también la demás gente llevaría otra persona dentro.

Pensó que había llegado tarde. Los comercios de la parte baja de Main Street estaban en penumbra, y no se veía movimiento. Los blancos se habían ido a casa. Pensó otra vez en su madre y se dio prisa. Era como si su madre la estuviera observando.

La tienda de Mr. Trout estaba tan oscura como las demás, pero también lo estaba la primera vez. Probó la puerta. El tirador se movió y Rosie abrió. Oyó la campanilla, entró y se quedó esperando. El aire estaba cargado y costaba respirar. Le dio la sensación de estar suspendida en él junto con el olor de todo lo que se vendía en el establecimiento.

Se oía ruido en la trastienda, alguien estaba enfadado. Alargó la mano hacia la puerta, temiendo que se hubiese cerrado y se encontrara atrapada en el interior. Entonces oyó una voz, más cerca.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Al volverse, Rosie vio a una señora, tan fantasmal como el propio Mr. Trout, pero bonita. La señora irguió el cuerpo y se frotó los ojos con el dorso de la mano, tratando de recobrar la compostura.

Rosie nunca había visto llorar a una persona blanca, a ninguna excepto a los pequeños, y le sorprendió ver que los blancos también tenían esos sentimientos y que la señora permitiera que la viesen en tal estado.

—¿De qué se trata, pequeña? —dijo la señora.

Su voz era dulce, como si en la oscuridad de la tienda no pudiese ver con quién estaba hablando.

—Veintidós balas —dijo Rosie.

La señora se volvió y miró en los anaqueles que había detrás de ella. La niña sabía dónde había encontrado Mr. Trout las balas antes, pero no quería hablar. El dedo de la señora recorrió los artículos colocados en el anaquel y pasó por encima de las balas.

—Ahí están —dijo Rosie, y la señora se sobresaltó al oír la voz a su espalda y algo cayó del anaquel.

La niña retrocedió del mostrador, cubriéndose la boca con la mano.

Pero la señora dio media vuelta y sonrió.

—Me temo que no estoy acostumbrada a buscar balas —dijo.

—No, señora, y yo tampoco.

Y fue como si estuvieran metidas en el mismo apuro y durante un momento fue como si el zorro nunca la hubiese mordido.

La señora se arrodilló para recoger las cosas del suelo. Rosie la hubiera ayudado, pero había un mostrador entre ellas y sabía permanecer en su propio lado sin necesidad de que se lo ordenaran. Aunque se hallaran en el mismo apuro, los blancos creerían que estaba robando.

La señora se levantó despacio, la cara enrojecida y con expresión seria. Rosie oyó

el crujido de sus huesos.

—Veamos —dijo—, ¿dónde estábamos?

—Yo no me he movido —dijo Rosie, mostrándole las manos.

La señora no las miró. Sonrió. Su sonrisa era muy pequeña, como si sonreír le resultara doloroso.

—Es un decir —dijo—. Significa qué estábamos haciendo.

—Estábamos buscando veintidós balas.

Antes de que la señora pudiese volver a los anaqueles apareció Mr. Trout procedente de la trastienda. Igual que la vez anterior, surgió de repente. Se colocó detrás de la señora, mirando fijamente a la niña.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

La niña bajó los ojos y cuando intentó decir algo todo volvió a ser real. El zorro y las balas y su madre.

—Quiere unas cuantas balas, Paris —dijo la señora.

—¿Más balas? —preguntó él, dirigiéndose a Rosie en vez de a la señora.

La niña asintió con la cabeza, sin alzar la mirada.

—¿Tienes otro dólar?

Rosie metió la mano en el bolsillo de sus pantalones cortos y sacó las tres monedas de diez centavos que él le había dado al devolverle el cambio la primera vez.

—No hay suficiente para una caja de balas —dijo él.

La niña se quedó quieta.

—No hay suficiente dinero —repitió alzando la voz, como si la niña fuera sorda.

Rosie se sintió débil por dentro y supo que el zorro la había envenenado.

—¿Qué ha sido de las balas que te di antes? —preguntó él.

Rosie meneó la cabeza.

—El zorro se las llevó —dijo.

Sin saber por qué, alargó la mano para tocarse los rasguños de la piel.

La señora vio las mordeduras desde detrás del mostrador y salió para examinarlas más de cerca. Mr. Trout no se movió. La señora dijo:

—La han mordido.

—¿Un zorro? —preguntó él—. ¿Estás segura de que era un zorro?

—La han mordido, no cabe duda —dijo la señora.

—Podría ser un perro —dijo Mr. Trout—. ¿Conoce usted la diferencia entre un zorro y un perro, señorita?

Rosie tardó un momento en darse cuenta de que estaba hablando con ella.

—Sí, señor —contestó—. Conozco los perros.

—Es mejor que te vayas a casa y le digas a tu mamá lo que ha pasado —dijo él.

La señora volvió a alzar la voz.

—Necesita que la vea un médico —dijo.

—Su gente tiene médicos.

La señora apoyó las manos en los hombros de la niña y la miró directamente a los ojos. Rosie percibió su olor a jabón y a champú. Era dulce, pero no tanto como el agua de colonia que usaba su madre.

—¿Tu mamá te lleva al médico cuando estás enferma? —preguntó la señora.

—Mi mamá no sabe cuándo estoy enferma.

La señora se volvió para mirar a Mr. Trout sin quitar las manos de los hombros de la niña.

—Voy a llevarla a que la vea un médico —dijo.

—Y un cuerno —dijo él.

—La han mordido.

—Probablemente habrá sido un puñetero perro.

—No tolero que hables así en presencia de una niña.

—Tú escucharás todo lo que me salga de los huevos.

La señora recibió la contestación como si fuera un golpe en los oídos. Tomó a Rosie de la mano y la hizo salir del establecimiento. Mr. Trout se quedó donde estaba, contemplando cómo se iban. Rosie oyó la campanilla al cerrarse la puerta.

Cruzaron la calle y luego anduvieron hasta el extremo de la manzana, la señora seguía sujetándola de la mano, pero caminaba delante, tirando de ella, y la hizo doblar la esquina en dirección a la Clínica Thomas Cornell.

La clínica se alzaba frente al recinto de la academia de oficiales de Georgia, en la otra acera, y la niña vio chicos de uniforme en la academia, algunos más jóvenes que ella, que caminaban apresuradamente, cruzándose en sus respectivos caminos, para entrar en los edificios grises. Le parecía que los niños soldados siempre tenían prisa, que el mismo tiempo que pertenecía a los blancos se apoderaba de ellos.

Pensó que prefería no saber nada del tiempo a que éste se apoderase de ella.

Cruzaron otra calle y Rosie se fijó en las caras que había en las ventanillas de los coches. Supuso que no ocurría todos los días que una señora blanca anduviera por la calle acarreando a una niña de color que no era suya.

De pronto la señora dobló hacia la izquierda, tirando de ella. Subieron cuatro escalones y luego cruzaron una puerta de cristal. Había una enfermera sentada ante un escritorio en el extremo más alejado de la habitación, y la señora dejó a Rosie a pocos pasos de la puerta mientras le contaba lo sucedido a la enfermera. Ésta fue tomando notas mientras la escuchaba.

De vez en cuando asomaba por detrás de la señora para ver a Rosie por sí misma. Lo hacía tan a menudo que la niña llegó a pensar que estaba dibujando su retrato.

Cuando terminaron de hablar y escribir la enfermera se puso en pie y cruzó la habitación hacia ella. La niña retrocedió.

—No pasa nada —dijo la señora—. El doctor Braver sólo quiere echar un vistazo.

Rosie miró a la señora y la creyó, y se dejó conducir por un pasillo y luego entraron en una habitación pequeña de la parte de atrás.

—El doctor vendrá en seguida —dijo la enfermera.

Puso los papeles que había escrito sobre un armarito de cristal, después frunció el ceño y cerró la puerta.

La habitación era blanca y contenía pocos muebles. Había una cama estrecha junto a una de las paredes, y una silla de madera pegada a la otra. Entre ellas estaban el armarito y un lavabo. La niña podía ver el interior, algodón y frasquitos de píldoras. No podía leer lo que el papel decía sobre ella.

Se sentó en la silla, dispuesta a esperar. Había una foto en la pared, un niño blanco y su abuelito pescando en un río. Rosie estudió la foto durante un minuto y vio que ninguno de los dos sabía pescar.

Seguía pensando en la pesca cuando se abrió la puerta y entró el doctor, frunciendo el ceño igual que la enfermera, el pelo blanco y los zapatos blancos, con algún instrumento médico colgado del cuello, como si ni siquiera supiese que lo llevaba.

Al principio no dijo nada a la niña. Se acercó al armarito y examinó el papel que la enfermera había dejado allí. Seguía leyéndolo cuando empezó a hablar.

—¿Te han mordido?

Rosie no sabía si se dirigía a ella o al papel.

El doctor se volvió y la miró fijamente.

—¿No has oído lo que acabo de preguntarte?

—Sí, señor —contestó.

—¿Y bien? ¿Te han mordido o se trata de un cuento?

—No, señor, yo no invento cuentos.

—Así que te han mordido.

La niña indicó las señales de la pierna. El doctor las miró sin tratar de acercarse más.

—¿Cuándo te bañaste por última vez? —dijo al cabo de un minuto.

—El sábado.

El doctor frunció el ceño; parecía sentirse tan a disgusto como ella.

—¿Tanto te has ensuciado desde el sábado?

Rosie también se miró las piernas.

—Seguramente —dijo.

Sin añadir palabra, el doctor salió de la habitación y al cabo de un momento volvió a entrar la enfermera. Lavó la parte donde había mordido el zorro, con agua y jabón que tomó del lavabo. Sus movimientos eran bruscos y no tocó la piel excepto con el trapo. Rosie pudo ver por su expresión que no le hacía gracia lavarle la pierna a una niña de color.

Cuando terminó había un círculo limpio alrededor de las mordeduras e hilillos de agua sucia bajaban por la pantorrilla de la niña y le llegaban a los tobillos. La enfermera echó el trapo dentro de un cubo y luego se lavó las manos. Empleó en lavarse las manos más tiempo del que había dedicado a lavar las mordeduras.

Cuando el doctor entró nuevamente en la habitación llevaba una hipodérmica. Era

lo bastante larga como para entrar por un lado y salir por el otro.

—¿Eso para qué es? —preguntó Rosie.

El doctor parecía cansado.

—Una inyección antirrábica —dijo. La niña meneó la cabeza y se hundió un poco más en la silla—. Si te ha mordido un zorro —añadió él—, habrá que ponerte una inyección. —Alzó la jeringuilla para que ella la viese—. Te la pondré en el estómago.

—No quiero nada así en el estómago, a menos que me lo haya tragado antes —dijo ella.

—Veamos, estás segura de que no era un perro. Si fue un perro la policía te llevará a casa y nada más, quizá te pregunte qué aspecto tenía. Así de sencillo, si era un perro.

La niña vio que él la estaba mirando; no acertaba a ver qué quería.

—La policía no sabe dónde vivo —dijo.

—Te llevarán a donde yo les diga —contestó el doctor.

—No sabía que fuese así.

—Es así cuando te muerden. Una vez alguien te ha traído aquí, la policía tiene que llevarte a casa.

Rosie permaneció quieta un momento, mirando la hipodérmica.

—Creo que dejaré que me lleven a casa —dijo.

El doctor depositó la jeringuilla sobre el armarito de cristal.

—Entonces no fue un zorro —dijo, mirándola y meneando la cabeza.

—No, señor —repuso la niña.

—Muchos perros parecen zorros, ¿verdad? —dijo él.

Luego abandonó nuevamente la habitación y al cabo de un minuto la enfermera salió con ella por la puerta de atrás de la clínica y esperó a su lado hasta que un coche de la policía pasó a recogerla.

El policía le dijo que se sentara en el asiento de atrás y luego se puso al volante.

—¿Adónde vamos, señorita? —preguntó.

Rosie no contestó en seguida.

El hombre se volvió hacia ella.

—¿Dónde está tu casa?

—En los Bottoms —respondió la niña.

El agente puso el automóvil en marcha y salió del callejón.

—Me han dicho que es un barrio muy bonito —comentó.

Rosie vio que sonreía.

El coche dobló hacia la izquierda al llegar al extremo del callejón y cruzaron de nuevo la ciudad. La niña apretó la cara contra la ventanilla y al pasar por Main Street vio a la señora otra vez, regresando al establecimiento. Ya no andaba de modo tan resuelto, sin embargo, como si no acabara de decidir adonde debía ir.

El policía tomó la carretera que seguía la vía férrea. Todo fue como una seda hasta que salieron de la ciudad, y entonces el coche aflojó la marcha y empezó a

pegar botes. La niña se golpeó varias veces la frente y los dientes contra la ventanilla hasta que apartó la cara, que dejó unas señales húmedas en el cristal.

La carretera discurría entre matorrales y luego separaba dos pinos grandes. De repente se hizo la oscuridad en la parte de atrás del coche y Rosie oyó que las ramas arañaban los costados. Luego volvieron a salir a un lugar despejado y vio las vías del ferrocarril otra vez, y después el aserradero y, más allá, Damp Bottoms.

La niña era presa de excitación, como si hubiese permanecido ausente mucho tiempo, y se preguntó qué pensarían los vecinos al verla llegar en un coche de la policía.

El automóvil se detuvo y el agente se volvió otra vez hacia ella.

—Hogar, dulce hogar —dijo.

—Sí, señor —dijo Rosie.

—¿Es aquí?

La niña miró por la ventanilla. La mitad de los habitantes de Bottoms se encontraban a la puerta de sus casas, para ver qué tramaba ahora la policía. Era raro ver un solo coche de patrulla en los Bottoms. Cuando venían traían a todo quisque excepto al niño Jesús.

El policía se apeó, haciendo bambolear el vehículo, y luego abrió la portezuela.

—¿Cuál es tu casa? —preguntó.

Rosie señaló con la cabeza la cabaña de tejado alquitranado que quedaba directamente enfrente del coche. La mayoría de sus hermanos y hermanas estaban fuera, no había ni rastro de su madre. Tampoco de la visita. El policía echó a andar en aquella dirección y de pronto Rosie no quiso que se acercara a la casa. No sabía por qué. El agente sonreía, disfrutando de algo que ella no entendía. Era un hombre corpulento, nada viejo, y el cuello parecía hinchado en la parte que tocaba la camisa. Anduvo delante de ella todo el rato hasta que llegaron a los escalones del porche.

—Ya estoy en casa —dijo la niña en voz baja.

El policía sonrió, meneando la cabeza.

—Tengo que entregarte a tu mamá —dijo—. Es una ley municipal.

Rosie volvió a sentir lo de antes, que el policía no debía estar cerca de la casa. Lo sintió y se detuvo. El agente siguió andando, olvidándose de ella, subió dos escalones de entrada y pasó entre sus hermanos y hermanas hasta la puerta. Al llegar allí, se volvió hacia la niña y le guiñó un ojo.

Llamó y Rosie vio a la visita en la ventana lateral.

El hombre estaba apoyado en la pared, una sombra entre sombras, el pecho agitado como si alguien le hubiera perseguido durante largo rato. El policía llamó otra vez y la madre de la niña abrió la puerta. Al mismo tiempo la visita se encaramó al alféizar de la ventana, se acuclilló, y Rosie vio que sujetaba un cuchillo entre los dientes.

Parecía una sonrisa.

—Ms. Sayers —decía el policía—, soy el agente Andrews y traigo algo para

usted.

La madre de la niña buscó detrás del policía hasta que la vio.

—¿Qué ha hecho?

El hombre echó la cabeza atrás y sobre el cuello de su camisa se formó un rollo de piel.

—Nada —dijo—. Pero una señora blanca la llevó a la clínica porque la niña decía que algo la había mordido.

Los ojos de la visita mostraban expresión de miedo y locura. Seguía plantado en el alféizar, sin mover siquiera un dedo, pero la niña pudo ver que en su interior todo daba saltos de un lado a otro.

—No tengo dinero para tonterías —dijo su madre al policía—. A esa niña no se le ha perdido nada en una clínica.

—Yo de eso no sé nada —replicó el agente—; sólo la he traído a casa.

Miró a su alrededor al decirlo, sonriendo, y luego hacia el interior de la casa. La visita saltó del alféizar y echó a correr. Seguía llevando el cuchillo entre los dientes.

Un número variable de niños se habían reunido junto a la casa para ver cómo el policía hablaba con la madre de Rosie Sayers, y cuando la visita saltó de la ventana uno de ellos gritó y luego todos los demás gritaron también, y el agente dio dos pasos rápidos hacia un lado del porche y vio a la visita con sus propios ojos.

—Hijo de perra —dijo, y se quitó el sombrero, los zapatos y los calcetines y emprendió la persecución del hombre que corría.

Cuando se hubo ido algunos de los niños se acercaron un poco para ver mejor los zapatos del policía. Rosie Sayers se quedó donde estaba y su madre fue hasta el extremo del porche, las manos apoyadas en las caderas, y gritó en dirección al policía:

—¡No tiene motivos para perseguir a ese hombre! ¡Ese hombre no ha hecho nada!

Pero hasta los niños sabían que aquello era un cuento. Si huías corriendo, el deber de la policía era perseguirte.

La visita se perdió de vista en el interior del aserradero y al cabo de un minuto salió por el otro lado y empezó a subir por un prado largo que llevaba a un lugar llamado Sleepy Heights. Algunas de las chicas que vivían en los Bottoms trabajaban de doncellas en Sleepy Heights, y éste era un mal sitio para que un negro forastero huyera de la policía.

El agente le iba a la zaga, corriendo más o menos a la misma velocidad, y luego pareció ganar terreno subiendo a todo correr por el prado.

La madre de la niña se quedó mirando hasta que el hombre desapareció de su vista y el policía desapareció tras él, luego se volvió y sus ojos se posaron en Rosie. Esta dio unos pasos atrás, tropezando. Y un segundo después, antes de darse cuenta de que hablaba, oyó que de su boca salían palabras.

Y las palabras decían que un zorro venenoso la había mordido.

Entonces la expresión de su madre cambió. Pareció olvidarse de la visita y del

policía y de los chiquillos reunidos en el patio. Pareció olvidarse de la propia niña.

—El diablo te cuenta entre los suyos, ¿verdad? —dijo finalmente.

—No, señora —contestó la niña.

Su madre cerró los ojos mientras escuchaba a Dios. Siempre cerraba los ojos para escuchar a Dios, y asentía con la cabeza cuando Él le hablaba. Abrió los ojos de nuevo y repitió lo que Él le había dicho.

—Tú no naciste del amor —dijo—. Tú fuiste hija de Satanás.

—Puede que fuese un perro —admitió Rosie, pero ya era demasiado tarde.

Su madre miraba ceñuda en dirección al cielo.

—El Señor me lo dijo desde el principio —afirmó—, y yo le escucho ahora.

La niña bajó los ojos para mirarse y ver si algo había cambiado, pero era la misma, exceptuando el vendaje que cubría las heridas que el zorro le había hecho en la piel. A lo lejos sonaron dos disparos.

Su madre acababa de hablar con el Señor y no le interesaban los asuntos de los seres humanos de Sleepy Heights.

—No quiero tener a la hija de Satanás bajo mi techo —dijo, y su voz sonó como si fuera la del mismísimo Dios.

Rosie no supo qué contestarle. Se quedó esperando a ver si su madre cambiaba de parecer.

Transcurrió una hora y el policía salió de Sleepy Heights. Rosie le vio bajar por la ladera, cruzando el prado, descalzo. Atravesó el arroyo y luego las vías del ferrocarril. Dio un rodeo a fin de evitar el aserradero.

Cuando llegó a los Bottoms los niños ya se habían dispersado para regresar a sus casas, o meterse debajo de ellas. Rosie se encontraba sola cuando el policía se acercó a recoger los zapatos y el sombrero, sin ningún lugar adonde ir, ningún lugar donde esconderse si el hombre estaba furioso.

El agente llevaba el pelo tan corto que se le veía el cuero cabelludo, y cuando entró en el patio, la niña vio las gotitas de sudor que había allí y que le resbalaban cara abajo, y por el cuello, en todas direcciones, metiéndose dentro del uniforme. El polvo se había mezclado con el sudor y formaba regueros. Los zapatos seguían en el suelo, donde él los dejara, sin que nadie los hubiese tocado. El sombrero estaba unos pasos más allá.

Rosie permanecía quieta, con la esperanza de que el policía no la viese. El agente recogió sus cosas y abrió la portezuela del coche. Se sentó con medio cuerpo fuera para ponerse los calcetines y los zapatos, y luego se levantó para comprobar que le resultaran cómodos. Y cuando hubo hecho todo esto, de repente alzó los ojos, directamente hacia ella, y volvió a lanzarle un guiño.

—Ese bribón era astuto —dijo.

—Sí, señor.

Se golpeó los pantalones y las mangas de la camisa para quitarse el polvo.

—¿Cómo se llama ese chico?

—Yo no le conozco —respondió ella.

El policía le sonrió.

—No es hermano tuyo, ¿verdad?

—No, señor, no es nadie.

—Bueno, sabe correr. Vaya si sabe.

—Sí, señor —dijo Rosie, y clavó los ojos en sus pies.

—No sé por qué corría, pero supongo que tendría sus razones.

Luego se rió en voz alta, pero fue una risa poco sincera. Si el asunto le hubiese hecho gracia, no habría dado un rodeo para evitar el aserradero, donde a los hombres también les hubiera parecido gracioso.

—Ese chico casi me obligó a entrar en un patio donde había un perro policía al que no le gustaban los policías —dijo el agente. La miró de la cabeza a los pies y Rosie se quedó quieta como el aire—. Tu mamá tampoco me va a decir quién era, ¿verdad?

—No, señor.

Y el policía rió otra vez, pero eso no significaba que la cosa fuera divertida. Rosie pensó que sin duda iba a llevarse a alguien a la ciudad y que allí le abriría la cabeza. Pero entonces el hombre dijo:

—Bueno, si vuelve, le dices de mi parte que él y yo ya tendremos ocasión de vernos otra vez. Le dices eso, ¿me oyes?

—Sí, señor —contestó la niña.

El policía volvió a mirar a su alrededor, no se veía ni un alma; luego subió a su coche y se alejó en dirección al extremo de los Bottoms. Se detuvo un momento allí, todavía buscando, y por fin el coche arrancó de nuevo, en dirección a la ciudad, dejando tras de sí una nube de polvo anaranjado.

La visita se llamaba Alvin Crooms y volvió al anochecer. Entró por la misma ventana por la que saltara unas horas antes, y Rosie le oyó más tarde dentro, con su madre, contándole la historia de lo ocurrido. La historia era como el licor, y les oyó echar mano de ella una y otra vez hasta que los emborrachó.

Rosie estaba sentada en el exterior, con la espalda apoyada en los ladrillos de un vecino, desde donde podía observar la casa. La noche se hizo fría, la niña no se movió. Esperaba que su madre cambiase de parecer.

Una vez se hubieron acostado todos empezó una pesadilla mientras ella todavía estaba despierta. Se mordió la mano y la pesadilla se borró.

Un gallo la despertó por la mañana. Rosie dio un salto al oírlo, sin saber dónde estaba. El cielo aparecía de color de rosa sobre Sleepy Heights. El gallo cantó otra vez y la niña despertó del todo.

Transcurrió mucho tiempo antes de que en el interior de la casa empezara a notarse movimiento. A su madre le gustaba levantarse tarde cuando tenía visitas, le gustaba que la gente viera a los guapos cuando salían de su casa.

A la niña le dolía todo el cuerpo y cambió de postura en el suelo.

El sol quebró la línea del horizonte y Rosie les oyó hablar dentro de la casa. Una de sus hermanas se asomó a la ventana, la miró, luego desapareció. La siguiente persona en asomarse fue la visita, y la observó de una manera que la impulsó a apretarse contra los ladrillos.

En el aire flotaba el olor de los fogones, la gente se preparaba el desayuno. Oyó voces conocidas, pero en cierto modo no le resultaban familiares. Le dolía el trasero y notaba una especie de latidos allí donde el zorro le había mordido. Miró el vendaje y vio que tenía la pierna hinchada todo alrededor.

El sol ascendió en el cielo, más pequeño y más cálido, y al poco la madre de Rosie y la visita salieron al porche. La madre no miró hacia donde ella se encontraba. El hombre se inclinó hacia el oído de su madre y le contó un secreto. Esta se rió de buena gana, apoyándose en su brazo como para no perder el equilibrio.

La mujer quería que los vecinos vieran que su visitante había vuelto. Este le dio unas palmaditas en el trasero y luego salió del porche y bajó los dos escalones de una sola zancada. Señaló a la niña con el dedo y le indicó que se levantara.

Ella permaneció donde estaba.

—Vamos, niña —la apremió.

—No, señor —respondió ella.

El hombre dio un paso hacia Rosie y ésta se desplazó la misma distancia.

—Tu madre me ha dicho que te lleve conmigo —dijo él.

Rosie meneó la cabeza. La visita miró hacia el porche y la niña hizo igual. Su madre evitó mirarla a los ojos.

—Voy a buscarte la correa —le dijo al hombre—. Entonces hará lo que le digas.

La madre entró en la casa y al cabo de un momento salió con un grueso cinturón de color negro. Rosie no se movió hasta que la madre se lo entregó a la visita. En su mano parecía diferente, y la niña se puso en pie, impulsándose desde atrás, y de pronto se sintió mareada al levantarse.

—Quédatelo mientras lo necesites —dijo su madre.

El hombre reparó en la rapidez con que Rosie se había levantado al ver el cinturón.

—No hay duda de que no le gusta esto —dijo.

Pareció sopesar el cinturón en la mano. Seguidamente se colocó detrás de la niña, manteniendo cierta distancia, y Rosie retrocedió hasta salir del patio.

—Eso es. Ahora caminarás por esa carretera hasta donde vamos.

—Nunca he estado en ninguna parte —dijo ella.

Recordó que la visita era de Macon y supo que nunca volvería de allí después de que su madre cambiara de parecer.

—Irás a donde yo te diga —dijo el hombre.

Resultó que la visita no era de Macon.

Era de Indian Heights, cerca del río y del manicomio. La obligó a cruzar el centro de la ciudad, pasando por delante del colegio universitario y el banco, y luego tomaron la dirección del cementerio. La niña temía que la desnudase, pero su madre ya le había agotado el interés que tuviera en eso. Se daba cuenta de que tenía ganas de cruzarle la espalda con el cinturón, pero cuando llegaron a Cotton Point había mucha gente en la calle y ya no tuvo oportunidad de hacerlo.

Les llevó la mayor parte de la mañana ir de los Bottoms a Indian Heights. El hombre habló un poco, Rosie no respondió. Nunca había estado en Indian Heights, pero le habían hablado del lugar y supo dónde se hallaba cuando vio el río.

Las casas de los Heights eran más bonitas que las de los Bottoms, y más numerosas. No había hierbajos en la carretera y se veían bebés por todas partes. Rosie se preguntó cuántos pertenecerían a la visita. Anduvieron hasta el final de la carretera y luego doblaron hacia la izquierda, alejándose del río, hasta llegar a otra carretera.

Las personas que se encontraban en el porche de sus casas hablaron con el hombre, le preguntaron qué traía ahora. Rosie oyó su nombre cuando le llamaron. Era Alvin.

—Me he agenciado una doncella —contestaba él—. Su mamá me la ha dado por ser tan guapo.

La visita se adelantó a ella cuando llegaron a los Heights, y Rosie le siguió. No sabía qué otra cosa podía hacer.

La casa del hombre quedaba escondida detrás de otra mayor, a unos seis metros de la carretera. Se alzaba sobre ladrillos apilados. Había una mecedora en el porche, y la puerta principal aparecía tendida desde éste hasta el suelo, en lugar de escalones.

Rosie subió tras él y luego entraron en la casa. Tenía dos habitaciones. En una de ellas había una estufa de leña, la otra contenía una cama estrecha. Había una cuerda tendida de una pared a otra, cruzando ambos cuartos, y la visita tenía la ropa colgada allí por medio de perchas. Tenía más ropa que todos los hermanos de Rosie juntos.

Se colocó detrás de ella mientras la niña miraba su ropa y le habló casi al oído.

—Aquí es donde tienes que hacer de doncella —dijo.

Rosie recorrió la habitación con los ojos mientras se preguntaba qué tramaría el hombre.

—Has de tenerlo aseado.

Rosie asintió con la cabeza, más asustada de él en el interior que fuera. Allí dentro parecía más corpulento.

—No he traído ninguna escoba —dijo.

—Vaya, vaya —repuso él—. Entonces, ¿de qué me vas a servir?

La niña miró hacia el techo. Las tablas se habían combado y pudo ver retazos de cielo azul a través de los agujeros del papel alquitranado. Tuvo la impresión de que el hombre no vivía allí desde hacía mucho tiempo. Dio otro paso hacia el interior y el suelo crujió y pareció moverse.

—¿Te gusta esto? —preguntó él.

Seguía detrás de ella, con la correa en la mano todavía.

—No, señor.

Vio que la respuesta no era la que él esperaba.

—Ya me ha dicho tu madre que eras muy listilla.

Entonces la sujetó por el brazo —era la primera vez que la tocaba—, justo un poco más arriba del codo. Se lo retorció y la niña se inclinó en la misma dirección. Luego le golpeó las piernas con la correa y Rosie chilló.

Volvió la cabeza hacia un lado y vio que él la estaba mirando. Temía que la desnudase ahora, pero no era eso lo que quería. De nuevo le cruzó las piernas con el cinturón, y después el trasero.

Y ella chilló en serio, porque estaba en manos de alguien que disfrutaba haciéndole daño. El hombre dejó de pegarle, sin soltarle el brazo. La sangre zumbaba en la cabeza de Rosie y se le nubló la vista. Le escocía la parte posterior de las piernas. Trató de ser amable con él.

—Oh, por favor —dijo.

Pareció que le gustaba, pero, a pesar de ello, volvió a pegarle con la correa. Esta vez la niña reprimió el grito, con la esperanza de que eso le hiciera desistir. Las lágrimas asomaron a sus ojos debido al esfuerzo. Al pegarle otra vez, más abajo, detrás de las rodillas, las piernas se le doblaron y chilló sin querer.

Le miró de nuevo y vio que en él no había ni pizca de piedad.

—Grita todo lo que quieras —dijo—, que aquí no va a venir nadie sin que yo le invite. —Sostuvo la correa de modo que ella pudiera verla—. Esta es mi casa. Yo la compré.

Y esas palabras seguían siendo tan reales como la correa cuando una figura apareció en la puerta. Una mujer dos veces más voluminosa que la madre de Rosie Sayers entró en la casa de Alvin Crooms. Este oyó el ruido a su espalda y se volvió rápidamente para ver quién era.

La niña perdió el equilibrio y se desplomó. La recién llegada cruzó la habitación y las tablas del suelo se hundieron un poco bajo sus pies. Alvin Crooms cambió de postura, pero sin moverse de donde estaba.

—Entrar en casa de un hombre puede resultar peligroso —dijo.

La mujer ya se encontraba a su lado, respirando con fuerza, sudando. Cruzó los brazos y él le cedió un poco de espacio.

—Me han dicho que estabas aquí con una niña —dijo.

—Su madre me la ha dado —respondió él, retrocediendo.

La niña se fijó en que cuando Alvin Crooms retrocedía, la mujer ocupaba el espacio que dejaba libre. Era más alta que él, le sacaba la cabeza, y sus brazos eran enormes y temblaban cuando los movía.

—El diablo se ha apoderado de ella —siguió Alvin—, su mamá no la quiere bajo su techo.

La mujer miró atentamente a Rosie, pero sólo durante un segundo.

—No es verdad, no hay niños poseídos por el diablo —dijo.

—Y la ha mordido un zorro. La ha envenenado, compruébalo tú misma.

La mujer volvió a mirar. La niña alzó las rodillas hasta debajo del mentón y desvió la mirada. Al acercársele más, Rosie notó el calor de su cuerpo.

—Deja que Miss Mary te vea, pequeña —dijo la mujer.

La niña se movió de modo que el vendaje fuera visible. La mujer la tocó. Sus dedos eran gruesos y tenían la punta blanca, y apretó suavemente la piel hinchada alrededor de la mordedura. La niña sintió un intenso dolor en la pierna. Alvin Crooms miraba por encima del hombro de la mujer.

—¿Ves? —dijo.

—A la niña la han mordido —sentenció la mujer, irguiéndose—. Esto no quiere decir que esté envenenada.

—Fue un zorro —dijo Alvin.

La mujer miró a Rosie a la cara y vio que era verdad.

—No significa que esté envenenada —repitió—. Ahora, quítate de en medio si no quieres que te dé con esa correa en el cuello.

La mujer puso a la niña bajo su protección.

Mary McNutt trabajaba de doncella en casa de dos familias blancas y necesitaba que alguien la ayudara a limpiar su propio domicilio. Su casa se hallaba en la esquina más alejada de Indian Heights, en el fondo de Spine Road, donde ésta se curvaba y cruzaba una calle sin nombre.

La casa tenía dos puertas principales y una pared central que iba de la parte de delante a la de atrás y la dividía en dos apartamentos. La mujer vivía en un lado con su marido, que era jardinero del manicomio y se llamaba Lyle McNutt Junior, y sus dos hijas, Linda y Jane Ray.

Linda tenía once años, y Jane Ray, nueve.

Los hijos varones ocupaban la otra mitad de la casa. Thomas contaba diecinueve años, Henry Ray tenía veintiuno y acababa de empezar a trabajar en el manicomio. Pero Henry Ray no segaba hierba como su padrastro. Él trabajaba dentro.

El anterior marido de Mary McNutt, Mr. James Boxer, les había dejado cinco años antes, el domingo de Pascua. Todos los niños conservaban el apellido.

Mary McNutt enseñó las dos mitades de la casa a la niña, indicándole dónde tenía que limpiar.

—Mr. Boxer era un hombre cristiano —dijo—, pero también era hombre de sangre caliente, no perdonaba que nadie le ofendiese de ningún modo.

Mary McNutt se encontraba en la mitad de la casa correspondiente a los chicos cuando dijo eso. Y añadió que el mayor de ellos, Henry Ray, era exactamente igual que su padre.

—Su papá se cargó a un hombre que poseía una granja en Gray —dijo.

—¿Un blanco?

Mary McNutt asintió con la cabeza.

—Se lo cargó en su propia casa por un jamón de dos dólares.

Rosie intentó imaginárselo, pero le fue imposible. Las cosas que más miedo le daban nunca se le presentaban de una forma que le permitiera verlas.

—Que el Señor se apiade de nosotros —dijo.

La mujer apoyó la mano en su hombro; la mano era pesada e informe como el muerto de la historia.

—Ahora no te preocupes por eso —dijo—. Son cosas pasadas.

Pero la mujer seguía pensando en ello.

—Mr. McNutt no se parece en nada a Boxer —añadió al cabo de unos momentos—. Míster McNutt no se ofende por nada.

Y la niña no logró ver si eso la hacía feliz o la entristecía.

Aunque la ciudad de Cotton Point, Georgia, afirmaba tener más de seis mil residentes, sin contar los del manicomio —y no los contaban—, en la población sólo había una persona a la que un negro de veintiún años podía pedirle prestado el dinero suficiente para comprar un coche. Paris Trout.

Trout llevaba un banco para la gente de color desde su establecimiento de North Main Street, y Henri Ray fue a verle el viernes por la mañana, pese a las objeciones de su madre. La mujer veía al padre del chico en éste y no le gustaba que tuviera negocios con los blancos.

El chico, sin embargo, había empezado a trabajar en el manicomio el segundo martes de junio —limpiaba la mierda con que los locos ensuciaban las paredes y el techo, y a veces sus propios cabellos—, y el miércoles de la misma semana comprendió que necesitaba un coche para conservar su dignidad.

—Tengo que trabajar para el estado —le dijo a su madre—. Ahora no dispongo de tiempo para perderlo yendo a pie.

Y al día siguiente se presentó en la ciudad, entró por la puerta principal del establecimiento en penumbra de Main Street y esperó hasta que Paris Trout salió de la trastienda.

Trout le miró, con expresión fría y cansada.

—¿Necesitas veinte dólares, Henry Ray? —preguntó.

Era la cantidad que el chico solía pedirle prestada.

—Necesito un coche.

—Tú no puedes pagar ningún coche.

—Ahora trabajo para el estado —dijo—. Empecé el martes.

—¿Y de qué trabajas?

Trout no le creía, y en un sentido eso encolerizó a Henry Ray y en otro sentido le asustó.

—Trabajo —contestó—. Hago trabajos generales.

Trout asintió con la cabeza, mirándole de arriba abajo.

—De acuerdo —dijo.

Cruzaron el establecimiento, pasando por delante de unas latas de conservas vegetales y luego una hilera de guantes de trabajo y luego cinco cajas fuertes alineadas junto a la pared. Henry Ray supuso que el dinero para el coche estaría en las cajas fuertes y aflojó el paso, pensando que Trout se detendría para abrir una de ellas.

Pero no se detuvo. Pasó de largo y salió por la parte de atrás. Daba a un callejón, y tres coches se encontraban aparcados a un lado del edificio.

—¿Cuál de ellos te gusta? —preguntó.

Henry Ray se quedó quieto, mirándolos fijamente. No se le había ocurrido que Mr. Trout pudiera tener coches en venta. Trout anduvo delante de él y miró por la ventanilla de un viejo Plymouth.

—Vamos —dijo—. No puedes comprar ningún coche desde los escalones.

Henry Ray examinó los vehículos. Dos de ellos estaban abollados, tenían algunos cristales rotos y les faltaba un faro. Se imaginó conduciendo uno de ellos y sintió vergüenza.

El tercero era un Chevrolet de 1949, negro, de dos puertas y Henry Ray vio su rostro reflejado en la carrocería reluciente.

—Ése de ahí cuesta más que los otros —dijo Trout—. Porque está como si acabara de salir de la fábrica.

Henry Ray accionó el tirador de la portezuela y se detuvo antes de subir.

—Anda, sube —dijo Mr. Trout—, a ver qué te parece.

Henry Ray se sentó al volante. El salpicadero estaba tan reluciente como la pintura de la carrocería, y vio su cara reflejada en el cristal que cubría el indicador de velocidad. Ciento sesenta kilómetros por hora, decía. Se imaginó conduciendo un coche a ciento sesenta kilómetros por hora y sonrió al reflejo de su propia cara en el indicador.

Cuando alzó la mirada, Mr. Trout estaba apoyado en la ventanilla, cerca de él, mirando hacia el interior también.

—Ahora que lo veo por dentro —dijo—, no estoy seguro de que quiera venderlo, después de todo.

Henry Ray le miró, presa de pánico.

Mr. Trout meneó la cabeza.

—Tal vez sea demasiado bonito para desprenderme de él. Debería quedármelo para mí.

Henry Ray dejó que su mano tocara el volante.

—Además —añadió Trout—, no estoy seguro de que ganes dinero suficiente para pagarlo. Un coche como éste no es barato.

—Tengo un empleo.

—¿Cuánto ganas?

Henry Ray miró fijamente el salpicadero.

—Treinta dólares —dijo.

Aún no le habían pagado, pero era lo que cobraba su padrastra.

Mr. Trout golpeó el techo del coche con la mano, directamente encima de la cabeza de Henry Ray. El chico se sobresaltó y luego se avergonzó de ello.

—No sabía que ganases tanto —dijo Mr. Trout. Hizo una pausa como si estuviera calculando algo—. Sí, señor —añadió al cabo de unos momentos—, ganas lo suficiente, y has sido el primero en verlo aquí fuera. Supongo que es legítimamente tuyo...

Entraron de nuevo en la tienda y Mr. Trout mantuvo la puerta del despacho abierta mientras Henry Ray entraba. Firmaron los papeles. El coche costaba ochocientos dólares. Mr. Trout cargó otros doscientos veintisiete dólares por el seguro. Luego sumó algunos y restó otros y cuando obtuvo la cifra real, ésta era de diecisiete dólares y cincuenta centavos a la semana.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto, chico? Una vez hayas hecho un trato conmigo, yo cobraré mi dinero.

Henry se encontraba de pie ante el escritorio, y desde allí podía ver el coche por la puerta abierta. Volvió a imaginarse a sí mismo, su cara en el indicador de velocidad.

—Una vez haya hecho un trato conmigo, cobrará su dinero —dijo.

Rosie Sayers llevaba tres días con Mary McNutt cuando Henry Ray llegó a casa en el coche. Aún no había hablado con él, esperaba que él le hablase antes. Era por la mañana y Rosie acababa de hacer las camas en la parte de la casa correspondiente a miss Mary. Todas las camas salvo la de Mr. McNutt. Esa la hacía Miss Mary personalmente.

Rosie tenía su propia cama en esa parte de la casa, junto a la pared de la primera habitación. Contaba catorce años de edad y era la primera cama que había tenido en la vida, al menos la primera en que el dormir en ella no dependía de adelantarse a sus hermanos y hermanas.

Su cama era la última que hacía, estirando las sábanas a fin de que quedasen bien lisas, tal como Miss Mary le había enseñado, y luego salía al porche para descansar antes de empezar con los suelos. Miss Mary le decía que descansara siempre que

quisiese. Le había dicho:

—Tómate tu tiempo, niña. Cuanto más aprisa vayas, menos sales ganando.

Rosie hacía todo lo que Miss Mary le indicaba, tal como la mujer le decía que lo hiciese. Acababa de acomodarse en una silla del porche cuando vio el automóvil. Era negro y reluciente y le seguía un rastro de polvo al subir por la carretera. Le recordó una serpiente. Irguió el cuerpo y observó cómo se acercaba, y no tardó en oír el ruido del motor.

Vio a Henry Ray al volante, medio asomado por la ventanilla. Henry Ray era negro como el carbón y su aspecto era malévolos incluso cuando estaba sentado sin hacer nada. Rosie hubiera deseado que fuera Thomas el que volvía a casa. Thomas tenía un color más claro y era más callado, como ella.

Henry Ray metió el Chevrolet en el patio y ahuyentó a los niños de los vecinos antes de que pudieran tocarlo. Luego dio la vuelta por detrás del vehículo, frotando manchitas de polvo con la pernera de sus pantalones. Una o dos veces miró de reojo hacia el porche. Rosie seguía sentada, quieta y observando, y cuando miró otra vez, él le sonrió.

—El joven Henry Ray te gusta más ahora, ¿verdad?

Rosie cruzó las manos sobre el regazo y se miró detenidamente los nudillos.

—Todo el mundo me gusta igual —dijo.

Oyó que Henry Ray se reía, pero no alzó los ojos.

—No puede gustarte nadie con quien no hayas hablado todavía.

—Me gusta Jesús —contestó ella en tono bajo.

—¿Qué dices?

A Rosie le costaba pensar cuando él la observaba. Notaba que la estaba mirando y le daba miedo devolverle la mirada.

—¿Quieres dar un paseo en coche, Rosie Sayers?

Rosie negó con la cabeza.

—No tengo tiempo para paseos —dijo.

—Ya veo lo ocupada que estás.

—Lo estaré cuando me levante.

Henry Ray se apeó del coche y subió los escalones hasta el porche. Se sentó en la barandilla y la miró fijamente, de la cabeza a los pies.

—No voy a hacerte daño —dijo a los pocos instantes.

Rosie seguía mirándose los nudillos.

—¿Piensas que el joven Henry Ray pretende hacerle daño a tu bonita persona?

De nuevo hizo ella un gesto negativo con la cabeza.

—Entonces, ¿qué?

—Hay gente que se hace daño porque sufre un accidente.

Henry Ray pareció meditar sobre lo que acababa de oír.

—Apuesto a que nunca has ido en coche —dijo—. Eso es lo que te da miedo.

Esta vez Rosie levantó los ojos y miró el automóvil. El muchacho se acuclilló a

su lado y apoyó una mano en su pierna. La mano parecía una araña. Rosie se vio a sí misma enredada en el coche como si éste fuera una telaraña. Cada vez que trataba de liberarse se veía cogida con más fuerza.

Henry Ray subió la mano hasta que pudo tocarle ambas piernas al mismo tiempo, y Rosie notó el calor a través del vestido.

—Y tampoco has estado nunca con un hombre —dijo él—. Lo veo por mí mismo.

Rosie siguió mirando el coche, buscando una salida.

—¿Cuánto tiempo me estarás paseando? —preguntó.

Henry Ray soltó una carcajada al oírla, luego quitó la mano y se puso en pie. Rosie sintió que su regazo se enfriaba y cruzó las piernas, para que él no pudiese volver a aquel lugar aunque cambiara de idea.

—Te traigo en seguida, cuando tú quieras —dijo.

La niña bajó los escalones tras él en dirección al coche. Henry Ray abrió la portezuela y la mantuvo abierta, sonriendo. Rosie se agachó por debajo de su brazo, pasó entre él y la puerta sin tocarles y luego se sentó en el asiento. Era más mullido que el del coche de la policía. Henry Ray cerró la portezuela con fuerza, como si estuviera furioso, pero al pasar por delante del vehículo le sonrió a través del parabrisas, y después se instaló a su lado en el asiento.

Hizo girar la llave y le dio al estárter. El motor se puso en marcha y el coche empezó a temblar de forma regular.

Henry Ray pisó a fondo el embrague y examinó el cambio de marchas; finalmente tiró de él hacia sí y luego hacia arriba. Dos movimientos diferentes, dos pensamientos diferentes. Se volvió en el asiento para hacer marcha atrás y salir a la carretera.

Salieron despacio de Indian Heights. Henry Ray hacía muecas de dolor mientras llevaba el coche por una parte de la carretera donde los árboles de los dos lados crecían casi juntos, como si pudiera sentir las ramas rozando su propia piel. La niña empezaba a pensar que un coche daba más preocupaciones que alegrías.

Al cabo de unos minutos, no obstante, Henry Ray salió a la carretera 27, en dirección sur, y Rosie se dio cuenta de que sus preocupaciones quedaban atrás. Cruzaron el puente sobre el Indian River y luego tomaron la dirección que les alejaría de la ciudad. La expresión del chico se relajó cuando se encontraron en la carretera; se relajó hasta dar la impresión de que se había vuelto bobo. Su pie hundió el pedal del acelerador hasta el fondo y Rosie se puso a contar los postes de teléfono que pasaban por su lado; apenas había tiempo de contar uno antes de que pasara el siguiente.

—Mira —dijo él al cabo de un rato—. La primavera ha venido... La hierba está...

Rosie tardó un momento en darse cuenta de que Henry Ray estaba leyendo los carteles que había junto a la carretera.

—... Donde el año pasado... Conducir con imprudencia es... Afeitadora Berma.

Henry Ray soltó una carcajada estruendosa. Rosie le miró fijamente.

—¿Cómo es que sabes leer? —preguntó.

Y la pregunta también le hizo reír.

—Todos los hijos de mamá tienen que saber leer. No nos dejaría salir de casa si no supiéramos. ¿Has visto a las dos pequeñas, Linda y Jane Ray? Pues también han aprendido ya. —Hablaba a voz en grito para que ella pudiera oírle a pesar del viento y del motor—. A veces pienso que esa mujer está loca.

Al decirlo su forma de conducir pareció cambiar. Aflojó la marcha y Rosie vio que la aguja del indicador de velocidad bajaba hasta los números de en medio.

—No está loca —dijo él de pronto.

—Yo nunca he dicho que lo estuviera.

—Bueno, yo tampoco lo he dicho.

Rosie miró por la ventanilla. Lo más bonito que vio fue una yegua preñada, lo cual no era nada especial.

—¿Hasta dónde vas a llevarnos? —preguntó.

—¿Adónde quieres ir?

—A casa.

Henry Ray redujo la velocidad, buscando un lugar. Cuanto más aflojaba la marcha, más cuenta se daba Rosie de lo rápidos que iban hasta entonces. El chico metió el coche en un campo, siguiendo unas huellas de neumáticos que penetraban en la maleza hasta desaparecer. Paró el motor, y al cesar su ruido Rosie oyó los sonidos del campo. Estar parados le producía una sensación de placidez y se dijo que ojalá estuviera sola.

Henry Ray se deslizó por el asiento hacia ella. Rosie no se movió. Él le puso las manos sobre las piernas y luego sobre el pecho; la niña siguió sin moverse. Él se echó atrás en el asiento, y la atrajo hacia sí. Rosie no se resistió y tampoco le ayudó. El muchacho le puso las manos en la cintura y después siguió la línea de sus piernas por ambos lados hasta que llegó al borde del vestido. Luego volvió a subir y el vestido subió con él. Las bragas estaban sujetas con un imperdible.

—Vaya, vaya —dijo él.

Rosie no se movió ni respondió. Henry Ray se desabrochó los pantalones y ella vio lo que pensaba meterle dentro.

—Nunca he hecho nada antes —dijo.

—Eso no importa.

—No es eso lo que me han dicho.

Henry Ray se colocó entre las piernas de Rosie y le quitó el imperdible. La niña se sintió desprotegida.

—Por favor —dijo—, voy a dejarte el coche nuevo lleno de sangre. Sangraré mucho cuando me venga.

Él se detuvo en seco.

—¿Todavía no has sangrado en ninguna parte? —preguntó.

—No.

Henry Ray se apartó de ella, cuidadosamente, como si temiese despertarla. Abrió la portezuela sin volverse y salió de espaldas, deslizándose en el asiento. Rosie pensó que la haría salir tras él, pero la dejó donde estaba y se abrochó los pantalones. La niña encontró el imperdible entre los cojines del asiento y se lo puso otra vez.

Él no dijo nada cuando subió de nuevo al coche. Hizo que el vehículo describiera un círculo con lentitud, cuidadosamente, sacando la cabeza por la ventanilla para comprobar si las ruedas funcionaban. Con la misma velocidad reculó por encima de las huellas de neumáticos. Rosie no sabía si estaba enfadado o no; hubiera preferido estar con Thomas. Thomas no se enfadaba.

Henry Ray detuvo el coche en la carretera y tiró del freno de mano.

—No hay nada que decir sobre esto —dijo, y ella no respondió—, te dejaré ir, así que no tienes nada que decir.

Rosie bajó los ojos para mirarse y se preguntó cómo habría sido tener aquello dentro. Se preguntó si ahora hubiera llevado un bebé dentro. Se preguntó si hubiera sido tan negro como Henry Ray.

—Si dices algo, probablemente Miss Mary te echará de casa.

—No voy a decir nada.

—No le gusta que vayan con cuentos acerca de sus chicos.

Rosie deseó que Henry Ray parase el motor para poder oír los sonidos del campo. Quería sentirse plácida.

—Yo nunca voy con cuentos —dijo.

Él no contestó. Pisó el embrague y puso el coche en marcha y entonces se caló el motor. Cuando vio que se le había olvidado quitar el freno de mano maldijo a Rosie.

—Nada va bien en este mundo desde que te vi e intenté ser simpático contigo.

Ella permaneció quieta, pensando en las cosas que podría responderle.

Durante el viaje de vuelta a Cotton Point condujo más despacio que antes. Dos veces notó Rosie que él iba a decir algo y luego lo dejaba correr antes de pronunciar la primera palabra. Miró por la ventanilla buscando a la yegua preñada, pero no la vio otra vez. Nada le pareció igual que a la ida.

Cruzaron el puente y se detuvieron en el cruce. Indian Heights caía a la izquierda, la ciudad quedaba en línea recta. Entonces Henry Ray le habló:

—¿Quieres un polo? —preguntó. Ya no estaba enfadado.

—No tienes ningún polo.

—Tengo dinero. ¿De qué color te gustan?

—Púrpura —contestó ella. Sólo se había comido un polo en su vida, y era de color púrpura.

Pareció que él trataba de decidir algo otra vez.

—¿No vas a contarle ningún cuento a Miss Mary? —preguntó.

—Ya te he dicho que yo nunca voy con cuentos.

Henry Ray cruzó la carretera que llevaba a los Heights y entraron en la ciudad. Dobló hacia la derecha en Main Street y Rosie miró con atención a las personas que

pasaban por la acera, pensando que tal vez vería a la señora que la había llevado a la Clínica Thomas Cornell. Quizá la señora la saludaría con la mano. Pero no estaba allí; ninguna de las personas blancas que vio era bonita.

Rosie supuso que Mr. Trout la tenía encerrada en casa.

Henry Ray continuó en dirección este, entró en Bloodtown y metió el automóvil en una estación de servicio. El hombre encargado del surtidor de gasolina sonrió a Rosie mientras limpiaba el parabrisas. Llevaba un uniforme con letras sobre el bolsillo. ROY. Era flaco y de piel clara, y a la niña le pareció más guapo que Henry Ray, tal vez más guapo que Thomas.

Rosie no le devolvió la sonrisa, ni siquiera cuando él la saludó moviendo su dedo color de rosa sobre el parabrisas. Pero pensó en ello más tarde.

El hombre detuvo el surtidor cuando indicaba un dólar. Henry Ray salió del edificio de la estación con un polo y lo sostuvo entre los dientes mientras abría el billeteo y buscaba su billete de dólar. Una vez dentro del coche, partió el polo en dos mitades y luego sacó una del papel y se la dio a Rosie.

Era de color púrpura, como le había prometido.

Rosie se lo metió en la boca con cuidado, procurando que no se rompiera, y lo retuvo allí un momento, paladeando sólo el frío primero, y después el sabor que había debajo del frío. Lo sacó con el mismo cuidado con que lo había introducido, deseando que existiera alguna forma de hacerlo durar.

Henry Ray estaba masticando el suyo, le daba bocaditos. Puso el coche en marcha y empezó a recular para salir. Rosie volvió a meterse el polo en la boca, notando que los bordes se suavizaban, y de repente se produjo un golpe y el polo se partió en dos.

Hasta que Henry Ray chilló no se dio cuenta Rosie de que les habían embestido. Luego el chico se levantó a medias del asiento y miró por la ventanilla de atrás. Chilló otra vez y se apeó del coche.

Rosie se volvió para mirarle, la mitad del polo todavía en la boca, y vio el camión. Era de los que transportaban madera, igual que los que salían del aserradero próximo a Damp Bottoms cargados con tablones. La parte de atrás estaba empotrada en la parte de atrás del coche y varios tablones habían caído sobre el maletero.

Henry Ray estaba como loco.

Se cogía la cabeza y agitaba los brazos y pegaba botes sin dejar de chillar. El conductor del camión se apeó más despacio; parecía pesar casi tanto como la mitad de su vehículo. Observó a Henry Ray durante unos minutos, luego se acercó al coche y echó un vistazo. Dijo:

—A ver si te callas, negro, que quiero ver lo que ha pasado.

—¿A quién llamas negro, negro? —repuso Henry Ray.

La niña había oído lo mismo otras veces, significaba que se estaban preparando para pelearse. Miró al hombre que se había apeado del camión y no le pareció aconsejable que Henry Ray se enfrentara a él. Rosie ya había visto suficientes peleas para saber quién ganaría.

El hombre de uniforme salió del edificio y se quedó de pie con las manos en las caderas mientras Henry Ray y el camionero se insultaban mutuamente. Examinó con atención la parte posterior del coche y luego hizo lo propio con la del camión. Volvió a meter en éste los tablonces que habían caído sobre el maletero.

Henry Ray y el conductor del camión se quedaron uno a cada lado, mirando. Rosie abrió la portezuela y como nadie le chilló que se ocupara de sus asuntos, dio la vuelta hacia la parte trasera del coche para ver los desperfectos por sí misma.

El camión había arrancado un reluciente pedazo de chapa —estaba en el suelo— y abierto un agujero en otra parte, tan grande que Henry Ray casi hubiera podido pasar por él.

Esa idea se le ocurrió a la niña al oír lo que el camionero le decía a Henry Ray.

—Si no te callas, meteré ahí ese culo flacucho que tienes y retrocederé un poco más.

Entonces, el conductor se inclinó para tocar los bordes del agujero. El dedo dobló un poco el metal, lo apartó unos cuantos centímetros y acabó de abrir la brecha.

A Rosie ya no le cupo ninguna duda de que Henry Ray no debía pelear con aquel sujeto.

—De todos modos, no hay nada más que pintura y herrumbres —dijo el camionero. Enderezó el cuerpo y se miró el dedo.

Henry Ray no apartaba la vista del agujero que el otro le había hecho en el automóvil. Se dobló casi por la mitad y miró debajo.

—Guau —dijo el hombre de la estación de servicio.

Henry Ray salió de debajo del vehículo justo en el momento en que el del camión cerraba la portezuela. Puso en marcha el motor, llenó de humo el lugar del accidente y arrancó. A Rosie el ruido del cambio de marchas le resultó familiar, era el que hacían las cosas cuando se las forzaba. Miró al suelo y vio el polo de Henry Ray al lado del guardabarros, medio derretido, mostrando el hielo debajo del color púrpura.

Le dieron ganas de recogerlo.

Entonces el hombre de la gasolinera dijo algo y la sobresaltó.

—No tienes seguro, ¿verdad?

Henry Ray le miró.

—Seguro —repitió el hombre—. Si lo tienes, te repararán el coche.

Henry Ray se puso a asentir con la cabeza.

—Lo tengo.

—Entonces lo único que tienes que hacer es llamarles, y te lo dejarán como nuevo.

—¿Eso harán? ¿De veras?

—Lo juro.

Henry Ray soltó una carcajada. Recogió el guardabarros del suelo y lo echó sobre el asiento de atrás.

—Sube, chica —le dijo.

Esperó hasta que ella hubo cerrado la portezuela y puso el motor en marcha. El tubo de escape rozó el suelo cuando el automóvil empezó a moverse, pero a él no pareció importarle.

Rosie decidió arriesgarse a decir algo.

—¿Adónde vas ahora, Henry Ray?

De un modo que ella no podía entender del todo, la pregunta decidió la respuesta.

—A llevarle esto a Mr. Trout.

La niña permaneció absolutamente inmóvil.

Henry Ray empezó a mover la cabeza arriba y abajo.

—Le pagué el seguro a ese hombre, él tiene que reparar el coche.

—¿Le vas a decir eso a Mr. Trout?

Y entonces lamentó haberle hecho la pregunta, porque esa pregunta también decidió la respuesta. Henry Ray subió por Main Street, arrastrando el tubo de escape. Los blancos se paraban para ver qué era lo que armaba tanto escándalo. Henry Ray conducía con la vista al frente.

Pasó por delante del comercio de Mr. Trout, dio la vuelta a la manzana y enfiló el callejón. Detuvo el coche, tomó a Rosie de la mano y la obligó a subir los escalones tras él hasta la tienda.

—Ahí dentro no hay nada para nosotros —dijo ella, resistiéndose—, ya he estado antes.

—Tú le dices lo que has visto y se acabó.

—A él le importa un pepino lo que yo haya visto.

Henry Ray no le hizo caso. La tenía cogida por la muñeca. Tocó el tirador de la puerta, después cambió de idea y llamó. Con suavidad al principio, luego más fuerte.

Mr. Trout acudió a la parte de atrás del establecimiento del mismo modo que acudía a la de adelante, es decir, no acudía en absoluto, sencillamente aparecía allí de pronto. Se quedó detrás de la puerta mosquitera, mirándoles sin decir palabra.

Henry Ray aflojó la presión en la muñeca de Rosie. Después bajó la cabeza. Transcurrió un largo rato sin que nadie dijera nada.

—Señor —dijo finalmente.

Henry Ray cambió y fue ablandándose poco a poco.

Mr. Trout acercó más la cara a la tela metálica.

—¿Por qué diablos llamas así a mi puerta?

Rosie giró en redondo y empezó a bajar los escalones, pero Henry Ray le apretó la muñeca y le hizo daño.

—No quería causarle ninguna molestia —dijo—, pero tengo que hablar con usted sobre la reparación de mi coche.

Mr. Trout dijo:

—De lo que tienes que hablarme es de pagarlo todo.

Las rodillas de Rosie comenzaron a temblar igual que cuando la había mordido el zorro y se había desmayado a pleno sol.

—Traigo el coche porque un camión de esos que transportan madera lo embistió y lo destrozó.

—Yo no tengo la obligación de enseñarte a conducir.

—Ya sé conducir —dijo Henry Ray, pero lo hizo en voz tan baja que Mr. Trout no le oyó.

—¿Decías algo?

Rosie se daba cuenta de que las cosas se estaban poniendo feas.

—Digo que ya sé conducir —respondió Henry Ray, alzando un poco la voz, pero sin levantar los ojos del suelo.

—En tal caso, ¿cómo es que has destrozado tu Chevrolet? Han pasado sólo tres horas y vuelves con el coche hecho pedazos.

—Yo no lo he hecho pedazos —se defendió Henry Ray—. Un camión lo embistió. De esos que transportan madera.

—Entonces es la compañía maderera quien debe repararlo.

—No, señor.

Rosie se apartó de la tela metálica todo lo que pudo.

—No, señor —repitió Henry Ray—. Le he comprado un seguro a usted, me costó más de doscientos dólares, así que usted tiene que repararlo.

Mr. Trout pareció crecer en estatura detrás de la tela metálica.

—No has pagado ni un centavo —dijo—. Lo único que hiciste fue firmar un recibo e irte con mi coche.

—Entonces todavía es su coche —replicó Henry Ray. Habló en voz tan baja esta vez que Rosie tardó un momento en comprender lo que había dicho.

Mr. Trout no hizo el menor movimiento, pero cuando habló de nuevo jadeaba.

—Escúchame —dijo—. Tú firmaste el recibo y eso significa que el coche es tuyo. A mí me daría lo mismo que un rayo te lo destrozara, tendrías que pagarlo de todos modos. Ya te lo dije antes, cobraré mi dinero.

Pero a Henry Ray se le había metido algo en la mollera, y cuanto más insistía en una cosa Mr. Trout, más creía él en la otra.

—Estoy asegurado —dijo.

—Para eso no. No es un seguro de esa clase.

Henry Ray se volvió de espaldas a la tela metálica, disponiéndose a emprender la retirada.

—De todos modos, la cosa no es tan grave —dijo Mr. Trout, mirando más allá de Henry Ray, en dirección al automóvil—. No pasa nada por llevar un coche que no es perfecto. Así tendrás más cuidado la próxima vez.

Henry Ray bajó los escalones y después siguió por el callejón, alejándose del vehículo. Rosie iba a su lado, a veces un poco por delante de él. Oyó que la puerta de tela metálica se abría y Mr. Trout bajaba los escalones.

—Eh, tú —dijo.

Henry Ray no se detuvo ni miró hacia atrás.

—Se olvida usted de su coche, señor. No es aconsejable que lo dejes en el callejón, puede ocurrir algo más y dejarlo en peor estado.

Henry miró hacia atrás, sin dejar de alejarse.

—No es asunto mío —dijo.

—Es tu coche —insistió Mr. Trout, ahora gritando—. Tú y yo hemos hecho un negocio. Ahora ven a recoger esto y llévatelo.

Mr. Trout les apuntaba con el dedo desde el extremo del callejón, pero el chico le había vuelto la espalda otra vez y continuaba alejándose. Rosie, sin embargo, sí vio como les apuntaba con el dedo, y al cabo de unos segundos, al llegar al final del callejón, miró de nuevo y vio que seguía apuntándoles.

—Me parece que va a llamar a la policía para que nos persiga —dijo Rosie.

—Se me da una higa.

Anduvieron hasta la esquina —Henry Ray ya le había soltado la muñeca—, y de repente Mr. Trout apareció de nuevo; Rosie pensó que debía de haber salido por la puerta principal del establecimiento para atajarles. Respiraba con dificultad, tenía los ojos desorbitados y se colocó directamente delante de Henry Ray.

—Diecisiete dólares y cincuenta centavos a la semana —dijo—. Deja el coche o tíralo al río, tendrás que pagar lo mismo.

Henry Ray se desvió un poco para no tropezar con Mr. Trout y cruzó la calle. Rosie le siguió y cuando alcanzaron la acera el hombre empezó a gritar. Les llamó negros asquerosos.

—¡Hemos hecho un trato! —chilló—. ¡Estará en vigor hasta que el coche esté pagado, al ciento por ciento!

Henry Ray se volvió y le gritó:

—¡Usted y yo no hemos hecho ningún trato!

Y Rosie vio que algunos de los blancos que pasaban por la calle empezaban a reír.

—¡Pregúntales a los tuyos, anda! —chilló Mr. Trout—. ¡Pregúntales lo que te pasa si no le pagas a Mr. Trout!

Henry Ray se mantuvo firme durante largo rato, y después giró en redondo sin pronunciar una palabra más y empezó a recorrer a pie el largo camino de regreso a Indian Heights. La niña le siguió. El cemento le quemaba los pies y donde había hierba andaba sobre ella.

—Ojalá hubiéramos vuelto en el coche —dijo cuando estaban cerca de la carretera.

—Henry Ray Boxer no viaja en coches destrozados.

—Mr. Trout quiere su dinero —comentó ella unos cientos de metros más allá.

—Lo que quiera un blanco me trae sin cuidado.

—¿Y si viene a buscarlo en persona?

—¿Qué pasa si viene?

Acababan de doblar una curva y ya se encontraban de nuevo en los Heights. Rosie pensó que Henry Ray no habría hecho aquel comentario en otro sitio.

El coche se quedó en el callejón detrás del establecimiento de Mr. Trout. Rosie lo vio allí al cabo de un mes, el día en que Miss Mary la llevó a pie a la ciudad con la intención de comprarle un vestido para ir a la iglesia. Rosie había escogido el primero que tocó, blanco con multitud de cintitas azules, en una tienda de Bloodtown.

Durante el regreso Miss Mary le compró una Coca-Cola. No permitió que la niña le diera las gracias.

—Calla, calla —dijo—, harás que Miss Mary sienta vergüenza.

Volvieron cruzando la ciudad, bebiendo sus refrescos y contemplando los escaparates de los comercios, y de repente se encontraron en el callejón trasero del establecimiento de Mr. Trout. Rosie reconoció el coche y se dio cuenta de dónde estaba. Seguía en el mismo sitio en que Henry Ray lo había dejado, con los desperfectos que causara el camión. Tenía el aspecto de siempre, sólo que estaba sucio.

Rosie se detuvo en seco, temiendo que Mr. Trout saliera y la encontrase. Miss Mary continuó andando por el callejón. La niña le dio alcance. Le pareció que Miss Mary no se había fijado en que se paraba.

Al llegar al final del callejón, no obstante, sin mirar atrás ni una sola vez, la mujer dijo:

—Es el coche de Henry Ray, ¿verdad?

—Sí, señora —contestó la niña. Henry Ray le había advertido que no hablara del incidente, pero Rosie nunca se hubiera atrevido a mentirle a Miss Mary.

—Ese chico me recuerda a su padre.

Rosie no contestó, pero cuando bebió otro sorbito de Coca-Cola ésta había perdido su sabor. Pasaron por delante de la academia de oficiales y siguieron caminando. Rosie se preguntó si Miss Mary sabría que Henry Ray la había sacado de la ciudad en el coche. Si sabría lo que habían hecho. Empezó a sentirse avergonzada de sí misma.

—He oído que Henry Ray fue el causante de que Paris Trout se pusiera a chillar en plena calle —dijo Miss Mary—, avergonzándose delante de los blancos.

—Sí, señora.

Miss Mary cerró los ojos sin detenerse.

—Te ordenó que no dijeras nada —afirmó.

—Sí, señora.

Miss Mary se detuvo a la sombra de un árbol y se sentó. La niña se sentó con ella. Durante largo rato la mujer pareció olvidarse de la presencia de Rosie.

—El problema de Henry Ray está en parte en su sangre —dijo finalmente—, y en parte en que cree ser más de lo que es.

La niña no la entendió, y ni siquiera estaba segura de que la mujer le hablara a ella.

—Hay personas que van por el mundo creyéndose más importantes de lo que son en realidad —siguió Miss Mary—. Te engañan a ti y a mí y a veces se engañan a sí

mismas, y luego, un día, puede suceder algo y tratan de ser de golpe todo lo que fingen ser. Entonces son incapaces de ver el mundo...

Cerró los ojos e intentó agarrar cosas que no estaban allí.

—Henry Ray no sabe mirar a los demás y comprenderles —dijo— porque no sabe cómo es él mismo.

La niña no la interrumpió —le pareció que Miss Mary estaba pensando en voz alta—, pero si Henry Ray no sabía cómo era él mismo, entonces Rosie ignoraba quién podía saberlo. Henry Ray se pasaba delante del espejo más tiempo que cualquier otra persona.

Miss Mary dio un giro a la conversación.

—Paris Trout es un hombre débil —dijo.

—¿Mr. Trout?

—Por dentro —dijo Miss Mary, y se dio unos golpecitos en el pecho—. Por dentro es tan débil como Henry Ray.

—A mí me da miedo.

Miss Mary asintió con la cabeza y la miró con gesto lento, cansado.

—Ahora habla tu sentido común. Ese hombre da miedo a cualquiera que tenga sentido común.

Miss Mary cerró los ojos y se recostó en el tronco del árbol. No parecía tenerle miedo a Mr. Trout ni a ninguna otra cosa.

—Usted es más fuerte que Mr. Trout —dijo Rosie al cabo de un rato.

La mujer sonrió sin abrir los ojos.

—Sí, lo soy.

—Usted no le tiene miedo.

—Oh, sí. También yo le tengo miedo.

Pasó cierto tiempo y la mujer abrió los ojos. Apoyó las manos debajo del trasero e hizo fuerza para levantarse del suelo. La niña no quería irse aún.

—Si quiere saberlo, le diré qué es lo que me da miedo —dijo.

Miss Mary volvió a acomodarse junto al árbol, pero ahora estaba despierta, y en cierto modo, contenta.

—Yo te introduje en mi casa —dijo— y ahora tú me permites entrar en la tuya.

—Lo que me da miedo es que mi mamá venga a buscarme.

—Conmigo no tienes aquellos sueños, ¿verdad?

—No, señora.

La mujer se mordió el labio.

—Te diré lo que haremos; siempre que tengas miedo de algo, vienes y me lo dices.

—¿Usted impedirá que mi madre me lleve?

—No lo sé —dijo Miss Mary—, pero estaré contigo cuando venga.

Dos semanas después Rosie Sayers se encontraba sentada en el porche, luciendo su vestido nuevo, cuando vio subir el coche por Spine Road. Se había puesto el vestido todos los días desde que Miss Mary se lo compró. Por la mañana había llovido y el coche iba levantando una cortina de agua y barro en el aire.

Parte del barro aterrizaba en el coche mismo y burbujeaba bajo el sol. Llevaba las ventanillas bajadas —hacía un calor sofocante desde primera hora de la tarde— y Rosie pudo ver que Mr. Trout conducía. El sombrero le ocultaba la mayor parte de la cara, pero la niña le reconoció. Le conocía de la tienda y de otra parte.

Thomas estaba sentado en el porche también, repantigado en la silla, con los pies cruzados sobre la barandilla. Thomas era más agradable que Henry Ray, pero era perezoso.

Las pequeñas, Jane Ray y Linda, estaban jugando dentro. Rosie Sayers se quedó quieta contemplando el coche que se acercaba.

—¿Quién será ahora? —preguntó Thomas.

—Mr. Trout —contestó—. Diles a las niñas que vayan con Miss Mary.

Las niñas obedecían a Thomas y a ella no la escucharían. Sabían que ella no les pegaría.

Thomas irguió el cuerpo sin quitar los pies de la barandilla.

—¿A quién viene a ver? —preguntó.

—A nosotros.

Thomas llamó a Linda, que estaba dentro de la casa.

—Ve a buscar a tu mamá —dijo, pero la pequeña no contestó.

Había otro hombre en el coche con Mr. Trout, y los dos se miraron y dijeron algo antes de apearse.

—Oh, cielos —dijo Thomas.

—¿Quién es ése que va con él?

—Mr. Buster Devonne. Era de la policía, pero trataba a la gente demasiado mal, tuvieron que echarle.

Los hombres se apearon del coche. Mr. Trout llevaba gafas sin montura y se había calado el sombrero hasta casi cubrirlas. El otro, Buster Devonne, era más corpulento que cualquier otra persona que la niña conociese, con excepción de Miss Mary. Vio que el hombre estaba molesto.

Los dos subieron los escalones hasta el porche sin decir palabra. Rosie permaneció inmóvil y pasaron por su lado como si ella no estuviera en casa. Thomas no se puso en pie ni se movió. Mr. Trout se plantó directamente detrás de él y esperó. Buster Devonne se colocó a un lado.

Thomas empezó a hablar. Dijo:

—La pequeña cantidad que le debo, señor, se la pagaré el diez. Justo como acordamos.

Rosie no recordaba haberle oído hablar nunca tan aprisa.

—No he venido por veinte dólares —dijo Mr. Trout—. Tu familia me compró un coche, y no me ha pagado ni un centavo. He venido a ver qué pensáis hacer sobre el asunto.

Thomas meneó la cabeza.

—Yo no pienso hacer nada, señor —dijo—. No es asunto mío, sino de mi hermano.

—¿Dónde está?

—Ha ido a trabajar al manicomio. ¿No es así, Rosie?

La niña seguía helada. El hombre que se llamaba Buster Devonne la observó de cerca.

—Mr. Devonne trae un documento para que lo firmes —le dijo Mr. Trout a Thomas.

Buster Devonne sacó del bolsillo de atrás un papel blanco doblado y se lo tendió a Mr. Trout, que alargó la mano por encima del hombro de Thomas, lo tomó y lo dejó caer sobre el regazo del chico.

—No voy a firmar ningún documento —dijo éste.

Abrió el papel y se puso a leerlo. Entonces Mr. Trout lo agarró por el cuello de la camisa y lo levantó del asiento. Rosie se oyó a sí misma soltar un gritito y vio que la mano de Buster Devonne se movía hacia el bolsillo de su chaqueta.

Mr. Trout también se metió una mano en el bolsillo. Sujetaba a Thomas con una mano, zarandeándole, y la otra salió del bolsillo y lanzó destellos bajo el sol.

Rosie volvió a oír su propia voz.

—El Señor tenga piedad de nosotros —dijo—, tiene un puño de hierro.

Había visto utilizar puños de hierro en los Bottoms, eran tan malos como los cuchillos.

Y entonces apareció Miss Mary en el primer escalón del porche, mirando hacia arriba en dirección a Mr. Trout.

—No hay motivo para hacer daño a ninguno de aquí —dijo.

—El Señor tenga piedad de nosotros —repitió Rosie, y su voz distrajo a Mr. Trout. La miró fijamente durante un minuto, y ella vio la expresión enloquecida de sus ojos.

—¿Qué diablos pintas tú en esto? —preguntó de repente Mr. Trout.

Soltó a Thomas y se dirigió hacia la niña, que entró corriendo en la casa. Oyó que él la seguía, derribando los muebles. Las persianas estaban echadas en la primera habitación, y al entrar del exterior, donde brillaba el sol, de pronto quedó ciega.

Gritó llamando a Miss Mary.

Mr. Trout la seguía dando traspiés, rompió un cristal. Rosie le oyó maldecir en el momento en que ella entraba en la segunda habitación. En ésta había más luz y podía ver los detalles de las paredes y del suelo, podía ver sus propios pies. Le parecía que ahora las cosas se movían con mayor lentitud.

Y entonces volvió a oírle detrás de ella y en cierto modo le sorprendió que todavía estuviera allí.

—¿Qué diablos pintas tú en esto? —repitió.

Y Rosie vio su cara sin necesidad de volverse, y entonces el brazo del hombre le rodeó la garganta y se puso a zarandearla.

Rosie echó las manos hacia atrás, intentando golpearle, y entonces se oyó un crujido en un lado de su cabeza y él la soltó. En aquel momento todo se oscureció y la niña sintió que empezaba una pesadilla.

Se mordió la mano para detenerla y luego oyó otro ruido, más fuerte y más lejano, y algo la golpeó en el costado y la derribó. Al oler el humo en el aire supo que le habían pegado un tiro.

—Miss Mary...

Oyó a la mujer detrás de ella, en alguna parte.

—Voy —dijo—. Voy en seguida.

Y entonces sonó otro disparo, y luego otro.

Oyó como la respiración escapaba de Miss Mary y de nuevo le llegaron sus palabras.

—Voy en seguida.

Rosie yacía en el suelo. Alzó los ojos y Miss Mary pasó por su lado sin verla. Sangraba por el hombro y la espalda.

—¿Adónde va? —preguntó la niña.

Miss Mary se detuvo para hablar.

—Tengo que ir al cuarto del hornillo —dijo—. He de echarme sobre la mesa.

Miss Mary cruzó lentamente la segunda habitación y entró en la tercera. Cayó de rodillas justo antes de alcanzar la última pieza de la casa, la cocina.

Rosie la observó desde el suelo, sintiéndose enferma y mareada. Cuando pasó el mareo, se levantó y entró también en la cocina. Algo le pasaba en el costado, no sabía exactamente qué. Oía que los hombres hablaban, no distinguía las palabras. El olor de la pólvora era más intenso ahora que estaba de pie que cuando se encontraba en el suelo momentos antes, y las voces parecían salir de él.

Se apoyó en la pared para no perder el equilibrio y entró en la cocina. Miss Mary estaba a gatas. La niña quería ayudarla, pero se sintió mal otra vez y se sentó en el baúl pegado a la pared.

Miss Mary se levantó por fin y se tumbó sobre la mesa. Durante un momento nada se movió, y después Mr. Trout apareció en la puerta, empuñando la pistola. Dio un paso hacia el interior, alzando el brazo, y Rosie levantó los ojos hacia él. El primer disparo le dio en el brazo, un poco más arriba del codo. El segundo le quitó la respiración.

—El Señor tenga piedad —dijo a Miss Mary—, me ha disparado en el estómago.

Al oírla, Miss Mary se deslizó con dificultad de la mesa y se volvió para mirar fijamente a Paris Trout. Él le disparó al pecho. La mujer se apartó de la mesa.

—Vamos, niña —dijo, y le tendió la mano.

Rosie Sayers la cogió y se puso en pie, y ella y Miss Mary salieron juntas al patio por la puerta de atrás. Se sentaron juntas en los escalones y luego se tumbaron juntas en el suelo. Oyeron cómo el motor del coche aceleraba cuando Buster Devonne y Mr. Trout se marcharon.

Rosie cerró los ojos. Los abrió una vez y vio que las niñas, Jane Ray y Linda, estaban de pie a su lado, quietas como fotografías. Thomas Boxer había ido a llamar a la policía.

Llamó a Miss Mary.

—Estoy aquí, a tu lado —dijo la mujer.

—Hace tanto frío...

—No tengas miedo, niña, te has salvado.

—Sí, me he salvado.

—Te has salvado. Y yo estoy aquí contigo ahora, esperando a Jesús.

—Tengo tanto frío —dijo la niña.

Miss Mary dijo:

—Jesús llegará pronto, te cubrirá con una manta.

SEGUNDA PARTE

Seagraves

La noticia de que Paris Trout había disparado contra dos mujeres de color en Indian Heights llegó a conocimiento de Harry Seagraves por mediación del jefe de policía, Hubert Norland. Seagraves le pasaba una pequeña cantidad al jefe Norland justamente para que le proporcionase información de esa clase.

Recibió la llamada a la hora de cenar. La doncella llevó el teléfono a la mesa, pero cuando Seagraves oyó la voz del jefe se excusó y utilizó el teléfono de su despacho. No le gustaba hablar de asuntos de sangre y violencia delante de su esposa, que sentía un interés por los asuntos ajenos que Seagraves procuraba no alimentar.

—Mr. Seagraves —dijo Norland—, estoy en la Clínica Cornell y hay aquí un par de negras a las que Paris Trout pegó unos tiros.

Seagraves había atendido la llamada de pie, ahora se sentó. El jefe de policía no añadió nada a lo que acababa de decir, ni dio ninguna explicación. A Seagraves le gustaba averiguar las cosas siguiendo su propio orden.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Unas mujeres —contestó el jefe.

Seagraves intentó imaginarse a Paris Trout con mujeres de color, pero no pudo. No creía que a Trout le apetecieran las mujeres, de color o blancas. Era una de esas personas a las que no les gusta que las toquen.

—Una de ellas se llama Mary McNutt —dijo el jefe, leyendo el informe—. Negra, treinta y ocho años, empleada como doncella de la familia Markham... Recibió tres, cuatro disparos. La otra sería una tal Rosie Sayers, ésa no va a vivir.

Harry Seagraves siguió sentado sin moverse y trató de pensar en una forma de librarse del asunto antes de que empezara. Su bufete de abogados, Seagraves, DuBois, Clatterfiels y Spudd, representaba a la mayoría de las rancias y ricas familias de Cotton Point, las familias que vivían en las casas de Draft Street. Familias como la suya propia. Seagraves formaba parte de la seguridad de esa gente. Paris Trout no pertenecía al mismo grupo social —carecía de afiliación social—, pero tenía propiedades e intereses en la industria moderna, era dueño de un comercio y se sabía que tenía dinero. Su hermana era secretaria del juzgado. Su madre había llevado el comercio de la familia hasta que le dio el ataque, y era la mujer más visible y boquifresca de Cotton Point.

Seagraves le había representado antes, en media docena de pleitos civiles, y no veía el modo de negarse a representarle ahora. Más que obligado con Trout, lo estaba con las familias de Draft Street, que contaban con que su protección era constante.

—La que no va a vivir no es más que una chiquilla —dijo el jefe.

—¿Qué edad tiene?

—Aquí en el informe no lo dice, pero tendrá unos trece o catorce años.

—¿Tiene el nombre?

Abrió el cajón de su mesa del despacho y sacó un papel. Mojó la pluma en el tintero. El jefe le deletreó el nombre de Sayers. No era un nombre que Seagraves hubiera oído antes.

—¿Es nativa?

—Que yo sepa no —repuso el jefe—. No son parientes, pero la chica vivía con las mujeres. A veces viven así, unos en casa de otros.

—¿Qué hacía Paris Trout en Indian Heights?

—Dice que fue a cobrar un coche.

Harry Seagraves dibujó distraídamente una cruz en el papel sobre el nombre de Rosie Sayers. Al darse cuenta de lo que era, la convirtió en un signo de dólar.

—Paris Trout no concede préstamos a mujeres —dijo.

—Bueno, es lo que él me dijo —respondió el jefe—. Él y Buster Devonne fueron allí a cobrar un Chevrolet.

—¿Buster Devonne estaba allí?

—Sí, señor. También hizo algo, pero no sé cuánto. Dicen que las negras iban armadas con pistolas.

La línea permaneció silenciosa mientras Harry Seagraves pensaba. Buster Devonne había sido policía y había hecho daño a varias personas de color sin motivo.

—¿Está seguro de que la niña va a morir? —preguntó al fin.

—Eso dijo Doc Braver.

La línea volvió a quedar en silencio y fue el jefe quien finalmente habló.

—Mr. Seagraves —dijo—, ¿qué quiere que haga sobre todo esto?

—¿Ha hablado con Ward Townes?

—No, señor, llamarle a usted fue lo primero que hice después de acabar con Mr. Trout.

—¿Y él le dijo que había disparado contra la niña?

—Sí, señor, él y Buster Devonne.

Seagraves se reclinó en la silla y clavó los ojos en el techo, imaginando la conversación.

—¿Tomó usted nota de lo que dijo?

—No, señor, fue por teléfono. Les haré comparecer para que mi chica tome nota por escrito.

Paris Trout se negaría a verlo, se negaría a aceptar que no estaba bien disparar contra una chica y una mujer. Había firmado un contrato consigo mismo mucho tiempo antes que estaba por encima de la ley y, tratándose de la única parte contratante, vivía de acuerdo con él. Tenía principios en el sentido más auténtico de la palabra. En su caso, el bien y el mal eran totalmente privados.

Harry Seagraves llevaba en el mundo de las leyes el tiempo suficiente para sentir

cierto afecto por quienes no las respetaban, pero su afecto, por regla general, guardaba proporción con la distancia que mediaba entre aquellas personas y su bufete.

Un hombre como Paris Trout podía pasarse diez minutos restregando su concepto del bien y el mal sobre las leyes escritas y luego Harry Seagraves tendría que dedicar medio año de su tiempo a enderezar las cosas. Y tratándose de alguien tan importante como Paris Trout, era difícil encargarle el caso a uno de los socios subalternos. Draft Street estaría pendiente de lo que le sucedía y temería por sí misma.

—¿Mr. Seagraves? —Ahora el jefe parecía preocupado.

—Sí, señor —respondió éste—. Le agradezco su cortesía, jefe. Ahora le aconsejo que llame a Ward Townes y le ponga al corriente de la situación. Puede que quiera esperar, ver si la niña muere. A veces los jóvenes tienen una resistencia que supera las expectativas de los médicos, y si así ocurre en el caso de Miss Sayers, entonces puede que hayamos interrumpido la cena sin motivo.

—Lamento mucho haberle molestado cuando estaba cenando, pero pensé que querría usted estar informado.

—No ha sido ninguna molestia... Escuche, venga uno de estos días y cene con nosotros. Precisamente hace poco Lucy me preguntó por usted y su familia.

—Gracias, señor. Tendrá usted que venir a verme también.

La línea volvió a quedar silenciosa, ninguno de los dos hombres tenía nada más que decir.

—Otra cosa más —dijo Seagraves.

—¿Sí?

—Siempre y cuando no conste en ninguna parte, preferiría que Paris no hablase con usted en ningún momento. De esta manera yo y Mr. Townes partiremos de cero. —Seagraves esperó mientras el jefe de policía se lo pensaba. Luego dijo—: Por supuesto, si eso le compromete de algún modo...

—No, señor, no hay ninguna pega.

—Muy bien.

—Sí, señor, eso puedo hacerlo...

—¿Hay algo más?

—Si la niña muere —dijo el jefe—, probablemente tendré que ir a buscar a Mr. Trout.

Seagraves captó el tono de preocupación en su voz.

—Usted llámeme a la oficina y ya me encargaré yo de llevárselo.

—Gracias, Mr. Seagraves. Y probablemente también tendría que ir a buscar a Buster Devonne.

—Eso dependería de usted. Míster Devonne no es asunto mío.

Y acto seguido colgó el teléfono. Paris Trout tenía principios, a su modo, pero Buster Devonne era un perro rabioso.

La puerta del despacho se abrió un poco y su esposa asomó por la rendija.

—¿Henry? —dijo.

Seagraves alzó la mirada sin contestar. No le gustaba que ella entrase en el despacho, ni ella ni ninguna otra persona.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó su esposa.

Seagraves se frotó la cara con las manos, sintiéndose cansado.

—Ahora mismo salgo —dijo.

Pero ella no se movió. Quería que él pidiera disculpas por abandonar la mesa.

—Tengo que hacer una llamada —dijo él.

—¿Ahora?

Seagraves asintió con la cabeza y descolgó el teléfono, esperando que ella cerrara la puerta. La mujer se quedó donde estaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Que ese condenado de Paris Trout tomó una pistola y les pegó cuatro tiros a dos mujeres de color.

El bonito y blanco rostro de la mujer se ablandó al recibir la noticia.

—¿Trabajaban para algún conocido nuestro? —preguntó.

—La doncella de Charley Markham es una de ellas, pero eso no significa que sea asunto nuestro.

La mujer, repentinamente dolida, permaneció en la rendija durante un minuto más, y luego desapareció. La placidez se enseñoreó de la habitación en cuanto ella se hubo ido.

Decidió visitar a Trout en vez de llamarle. No porque el hombre fuese menos remoto en persona —era uno de los pocos clientes de Harry Seagraves con los que, en realidad, resultaba más fácil hablar por teléfono—, pero la noticia de lo que había hecho era tan inquietante que le impulsaba a salir de su propia casa.

Lucy le vio entrar en el comedor y observó que llevaba las llaves del coche. Estaba enfadada y no dijo nada. Seagraves vio que se había puesto las gafas y que los cristales estaban empañados por el vapor que despedían las patatas hervidas que tenía en el plato.

Paris Trout vivía en una casa blanca, de cien años, en la esquina de Draft Street y Samuel. Contaba con ocho dormitorios y cuatro baños, alojamientos para el servicio, pasillos largos y techos altos. A Seagraves le habían dicho que tenía toda la casa a oscuras.

La esposa de Trout abrió la puerta cuando llamó. No pareció reconocerle y se quedó en el umbral esperando que él le explicara lo que quería.

—¿Mrs. Trout? —dijo él—. Soy Harry Seagraves...

La expresión de la mujer no cambió.

—Le conozco, Mr. Seagraves —dijo—. ¿Qué se le ofrece?

Había visto a Hanna Trout con más frecuencia antes de que se casara que

después. Nacida en Cotton Point, había sido maestra de tercer y cuarto grado en la Fuller Laboratory School y luego ascendió hasta ocupar un cargo en el departamento de escuelas estatales en Atlanta.

Era una mujer sin pelos en la lengua, lo cual, pese a ser guapa, había asustado a todos los hombres que se fijaban en ella hasta que apareció Paris Trout. Los psicólogos de la ciudad decían que Trout se había casado con ella para sustituir a su madre, que no había pronunciado una sola palabra desde que sufriera el ataque.

Hanna tenía cuarenta y seis años y llevaba casada dos.

—Me preguntaba si podría ver a Paris —dijo él.

Ella siguió donde estaba, mirándole a la cara. Trout no le había contado lo sucedido.

—El asunto es un poco urgente —insistió Seagraves—. De no ser así, no habría venido a molestarla en su casa.

La mujer permaneció en la puerta unos instantes más y luego se echó a un lado.

—Pase —dijo—, le diré que está usted aquí.

Seagraves se quedó en el vestíbulo mientras Hanna Trout subía al piso superior. Observó la curva del trasero de la mujer mientras subía los peldaños, el movimiento hacía que el vestido se ciñera al cuerpo, primero en un lado, luego en el otro. Desde atrás parecía más joven que su esposa.

El vestíbulo carecía de muebles. La pintura de la escalera aparecía manchada y empezaba a desconcharse. Las ventanas estaban sucias. La casa producía la sensación de encontrarse vacía, como si en ella no viviese nadie, y nadie la hubiera ocupado desde hacía mucho tiempo.

Al cabo de unos momentos Hanna Trout reapareció en lo alto de la escalera. Descendió con el cuerpo erguido, los dedos apenas rozando el pasamanos. Había en ella una serenidad que a Seagraves le pareció fruto de la práctica.

—Paris bajará cuando se vista —dijo.

Seagraves miró su reloj, eran las siete y media.

Entró detrás de ella en la sala de estar y se sentó en un sofá de cojines raídos. El papel pintado tenía un dibujo en verde, formaba ampollas aquí y allá y también presentaba rasgaduras. Había telarañas en los rincones del techo. Hanna Trout tomó asiento en una silla de respaldo recto en el otro lado de la habitación y cruzó las piernas. Seagraves pensó en su propia esposa y en sus piernas —que no eran mejores que las que ahora tenía delante— y en cómo llevaba la casa. Lucy hubiera vuelto a incendiar Georgia antes de permitir que alguien viese su casa en tal estado.

Se oyó un ruido en la escalera, lento y pesado, y al poco Paris Trout cruzó el umbral de la puerta vestido con una bata y zapatillas. Llevaba el pelo pegado hacia atrás, lo cual ponía de relieve los ángulos de la cabeza. Saludó a Seagraves con un gesto y luego miró a su mujer con expresión poco amistosa.

Seagraves vio que la mujer cambiaba bajo aquella mirada.

—¿Les apetece un poco de café? —preguntó.

Trout no contestó.

—Me ha leído usted el pensamiento —dijo Seagraves.

La mujer se levantó y se fue a la cocina, pasando a poca distancia de su marido. Él no volvió a mirarla.

—Hubert Norland me llamó hace un rato —dijo Seagraves cuando la mujer hubo salido.

Trout se sentó en la silla que su esposa acababa de desocupar. Sus brazos eran largos y delgados, y las manos, pálidas, sobresalían del extremo del apoyabrazos y colgaban en el aire.

—Hubert Norland me conoce —dijo—. Contesté a lo que me preguntó y sanseacabó.

Seagraves se sentía cansado.

—Le dijo que disparó contra dos personas de color —señaló—, eso no significa que el asunto haya concluido.

Trout se encogió de hombros: las manos permanecieron quietas.

—¿Qué van a hacer? ¿Detenerme por cobrar deudas legales? Ya le dije a aquel chico cuando se llevó mi coche que yo cobraría mi dinero. Pregunte a cualquiera de las personas a las que presto dinero, a todas les digo lo mismo.

Seagraves alzó una mano para hacerle callar.

—Hoy ya les ha dicho demasiadas cosas a demasiadas personas.

Trout le miró fijamente mientras decidía algo.

—Esto le tiene preocupado, ¿verdad?

—Ninguna de las personas a las que hirió esta tarde le debía dinero.

—La misma familia.

Seagraves meneó la cabeza.

—La que va a morir —dijo—, su apellido es diferente, y no tiene más de trece o catorce años.

Paris Trout entornó los ojos, mirando las cosas desde un nuevo ángulo.

—Reconocí a esa chica, la había visto antes —dijo—. Estaba con Henry Ray Boxer el día en que él destrozó el coche.

Seagraves meneó la cabeza.

—Se llama Sayers —dijo.

—No hay un jurado en el Estado que espere que un blanco esté al corriente de los embrollos familiares de los negros —replicó Trout. Estaba sentado con el cuerpo más erguido ahora, prestando atención.

Seagraves lo interpretó como una señal positiva, una señal de que había captado el interés de Trout.

—Hay jurados de muchos tipos —dijo—, y hoy día no sabes qué es lo que esperan. —Y vio que Paris Trout también había prestado atención a ese comentario.

Trout se encogió de hombros otra vez, pero ahora el problema le había caído encima. Dijo:

—Bueno, Mr. Seagraves, se hará la voluntad de Dios.

Seagraves cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás sobre el cojín.

—En las cárceles de este Estado hay muchos hombres que dejaron que se hiciera la voluntad de Dios, más de los que podría usted contar —dijo.

Sus ojos seguían cerrados cuando Hanna Trout entró en la sala de estar portando una bandeja de plata. Seagraves la oyó y se incorporó, sonriendo, y aceptó una taza de café. Ella sirvió el café sin devolverle la sonrisa y luego se volvió hacia su marido, que hizo como si no la viera.

Cuando la mujer hubo vuelto a la cocina, Trout dijo:

—Tenía que cobrar una deuda legal. Estoy en mi derecho a efectuar el cobro.

—Eran dos mujeres en su propia casa —contestó Seagraves—, una de ellas era una niña, y si muere, Ward Townes tiene la obligación de venir a buscar la persona que la mató.

Trout reflexionó un poco al oír el nombre de Ward Townes.

—Tiene que vivir aquí igual que todos los demás —dijo finalmente.

Seagraves no contestó, había estado sopesando el mismo pensamiento. Nunca podías estar seguro de lo que haría Ward Townes. Había ido a la guerra, por ejemplo; el único abogado de Cotton Point excepto el propio Seagraves que fue a la guerra. Seagraves sabía que el fiscal hubiese podido obtener una exención como cualquier otra persona con dinero. Sabía asimismo que había perdonado sus honorarios cuando ejercía como abogado.

En contrapartida, había visto las componendas de que era capaz para conseguir lo que quería.

Seagraves opinaba que el origen de la contradicción estaba en que Ward Townes no procedía de la rama adinerada de la familia Townes, y no se podía tener la seguridad de que tomara partido por alguien. Se había producido una ruptura en la familia hacía ya mucho tiempo, tanto que ya no vivía nadie que pudiera recordarla, y una rama empezó la fabricación de ladrillos en la región central de Georgia y se enriqueció, mientras que la otra colocaba los ladrillos y esperaba que llegase su turno.

Los Townes ricos vivían en Draft Street, igual que Seagraves. La rama de la familia a la que pertenecía Ward Townes se afincó en la ciudad más tarde, en Park Street, con los vendedores de automóviles y los dentistas.

—Yo no contaría con Ward Townes para nada —dijo finalmente—. Algunas personas son imprevisibles.

—Tiene que vivir aquí —repitió Trout.

—No quiero irme de su casa esta noche sin que hayamos llegado a un acuerdo sobre la gravedad de los acontecimientos que se han producido. Con Ward Townes no se puede contar, ya se lo he dicho.

—¿Por qué iba a crearse complicaciones?

—Por principio. Podría hacerlo por principio.

—En este asunto los principios están de mi parte. Usted es hombre de negocios,

no hace falta que se lo explique.

Hanna Trout entró de nuevo en la sala de estar y esta vez se sentó.

—Me gustaría saber a qué viene todo esto —dijo.

Seagraves esperó a que Trout contestase, pero no dio ninguna señal de haberla visto siquiera.

Cuando volvió a hablar se dirigió a Seagraves.

—Además, Buster Devonne también estaba allí. Hizo tanto como yo, y eso significa que tenemos dos testigos a nuestro favor.

—Pienso que debería usted evitar a Buster Devonne durante una temporada. No están metidos juntos en esto ahora, y si esa chiquilla muere, no querrá estarlo entonces.

—¿Qué chiquilla? —preguntó Hanna sin alzar la voz.

Seagraves se volvió hacia ella, reconociendo su presencia. Se la veía limpia y fuerte, le costaba imaginar que tuviese la casa tan descuidada. Seagraves esperó a que Trout le contara lo que había sucedido, pero fue como si la mujer no estuviera con ellos.

Trout aspiró hondo.

—Buster Devonne trabaja para mí —dijo— y dirá lo que yo quiera.

—¿Le paga usted lo suficiente para que se pase los próximos cinco años matando serpientes por cuenta del Estado?

Trout se lo pensó.

—Lo haría si yo se lo ordenara.

Seagraves dirigió otra mirada a Mrs. Trout. Deseó que regresara a la cocina, resultaba penoso ver a su marido insultándola de aquella manera. Se preguntó qué la retendría sentada en la silla. Pensó otra vez en el estado de la casa y sintió curiosidad por saber si tendría que ver con su tozudez.

—La gente no va a la cárcel por otro —dijo Seagraves, ocupándose nuevamente de Trout—. Él no ve las cosas del mismo modo que las ve usted, y aquí en la sala de estar no se ven igual que se verán cuando comparezca ante el juez Taylor.

—Las cosas se ven de diferentes maneras cuando no están claras —dijo Trout.

Seagraves dejó la taza en la mesa contigua al sofá y se levantó para irse. Trout se puso en pie con él, y el movimiento repentino sobresaltó a su mujer. Se repuso y se alisó la falda.

—¿Estará usted en la tienda mañana? —preguntó Seagraves.

—Como de costumbre. Todo el día.

—Supongo que recibirá noticias de Ward Townes por la mañana. Probablemente mandará a Hubert Norland a buscarle, para interrogarle sobre lo ocurrido.

Trout reflexionó.

—Si es así —añadió Seagraves—, dígame a alguien que me llame y me reuniré con usted en el palacio de justicia. No quiero que le desee siquiera los buenos días a Ward Townes sin estar yo presente en la habitación.

Echó a andar hacia la puerta y luego se detuvo.

—No cuente con que Buster Devonne le saque del apuro —dijo—, o Ward Townes, o quien sea o lo que sea. Las únicas personas con las que puede contar en estos momentos son su abogado y su familia, y eso es lo que he venido a decirle esta noche, para que lo tenga muy claro. Hablaremos del resto mañana, cuando tengamos tiempo... —Miró furtivamente a Mrs. Trout, y luego sonrió porque ella se había percatado—. Lamento haber irrumpido en su casa a estas horas, señora, y espero que perdone la naturaleza brusca de este asunto.

Trout miró hacia otra parte mientras Seagraves hablaba con su esposa, como si estuviera esperando que terminase de orinar entre los matorrales.

—¿Cuál es la naturaleza de este asunto? —preguntó ella, escudriñándole el rostro.

Seagraves la miró con atención otra vez, fijándose en sus ojos. Eran tan negros como el café que acababa de servirle. Se sintió atraído. Dijo:

—Creo que será mejor que lo comente con su esposo, Mrs. Trout.

Vio que sus palabras no la satisfacían.

—Si le parece —añadió—, mañana puede venir a mi despacho con Paris y hablaremos detalladamente del asunto.

Miró a Trout en busca de ayuda, pero éste seguía muy lejos de allí.

—No son los detalles lo que me interesa, Mr. Seagraves —dijo ella, mirándole directamente a la cara—. Lo que me interesa en este momento es saber qué le ha traído aquí esta noche. Hay una chica involucrada, ¿qué le ha pasado?

—No se trata de un escándalo —contestó Seagraves—. Se lo puedo asegurar, no es nada de eso.

Le estrechó la mano y luego abrió él mismo la puerta principal y se fue.

Trout no se había movido ni cambiado la actitud.

Seagraves caminó unos cuantos pasos hacia la calle, y después se detuvo para encender un cigarro. Se sentía aliviado por encontrarse fuera de la casa. Pensó en el trasero de Hanna Trout al subir la escalera y trató de recordar cuál era la mujer de más edad a la que se había llevado a la cama. Pensó en una puta de Atlanta durante su primer período en la legislatura del Estado; entonces le había parecido vieja, pero hacía de ello mucho tiempo, cuando él aún no sabía lo que era ser viejo.

De repente se le ocurrió que la mujer más vieja a la que había poseído era su esposa.

Y de eso también hacía mucho tiempo.

Por la mañana, Harry Seagraves se fue andando al trabajo. Siguió las aceras hasta el colegio universitario, hablando con todas las personas que se cruzaban con él, y atravesó el recinto en diagonal hasta Davis Street. Su despacho quedaba a media manzana de distancia, en el segundo piso del edificio del Teatro Dixie, y nadie hubiera dicho, al contemplar el edificio o las oficinas que había en él, que su bufete era uno de los más ricos y prósperos del Estado.

Lo conservaba de aquel modo intencionadamente, resistiéndose a efectuar

cambios. A las personas a las que representaba —en la legislatura así como ante los tribunales— les gustaban las cosas tal como estaban, y sentían una vaga preocupación ante el hecho de poder perder lo que tenían, principalmente en beneficio del gobierno federal.

Su secretaria era una mujer de mediana edad que se llamaba Emma Grandy. Levantó los ojos al entrar él por la puerta.

—Mr. Townes ha llamado dos veces —dijo.

Seagraves consultó su reloj, eran las nueve y veinte minutos. Ya se había imaginado que Townes llamaría, pero supuso que antes se tomaría más tiempo para reflexionar sobre el asunto.

—¿Quiere hacerme el favor de llamar a la Clínica Cornell? —dijo—. Pregunte por el estado de una tal Rosie Sayers.

—Sí, señor —respondió la mujer.

Seagraves entró en su despacho privado y se quitó la americana y los zapatos. Le dolían los pies de tanto andar, decidió hacer que alguien se los examinara. No acababa de decidirse entre un médico y un vendedor de zapatos; no le molestaban en absoluto después de correr.

El despacho estaba lleno de muebles viejos y fotografías también viejas. Lucy al ser elegida Miss Condado de Ether en 1934. Los hijos de su hermano cuando eran bebés. Había un diploma de la academia de oficiales de Georgia en la pared, junto con su título de derecho por la universidad de Georgia, promoción de 1934.

Mrs. Grandy llamó a la puerta y asomó la cabeza. Tenía la cara de niña y se tomaba muy en serio todo lo que él decía. Entendía de leyes tanto como la mayoría de los socios de Seagraves, pero se lo guardaba para sí.

—He llamado a la clínica —dijo—. Rosie Sayers está muy grave.

Seagraves movió la cabeza afirmativamente.

—¿Ha hablado con el doctor Braver en persona?

—No, señor. El doctor Braver estaba ocupado. He hablado con una chica.

—Dentro de un rato, si tiene usted un momento, podría tratar de ponerme con el doctor, me gustaría hablar personalmente con él.

—La chica dijo que estaba en cirugía, un muchachito se hizo unos cortes esta mañana con las rocas de la iglesia...

—Cuando haya terminado. No corre ninguna prisa.

La mujer cerró la puerta y Seagraves descolgó su teléfono. El propio Ward Townes contestó la llamada.

—Oficina del fiscal del Estado —dijo—, buenos días.

—¿Señor fiscal? Harry Seagraves al habla.

—Le agradezco que me llame. Ayer por la tarde hubo un problema allá abajo en Indian Heights...

—Me han hablado de ello.

—Me lo figuraba. ¿Sigue representando usted a la familia Trout?

—Que yo sepa, sí.

—En tal caso, permítame sugerirle que traiga a su cliente a mi oficina esta tarde, nos ahorraremos causarle molestias al jefe Norland mandándole a buscarlo.

—¿Han presentado cargos?

—Todavía no. Pero ha habido heridos, a tiros.

—Podríamos resolverlo entre las partes interesadas, ahorrarles molestias a todos.

—Me parece que ya es demasiado tarde.

—¿Significa eso que hoy no está usted de humor para conciliaciones, señor fiscal? Podríamos ir en algún otro momento.

—Esa chica a la que hirió en el estómago tiene catorce años —dijo.

No había ira en sus palabras, sonaron más bien como una discusión consigo mismo, tratando de decidir lo que debía hacer.

—A la que hirió *alguien* —repuso Seagraves—. Había más de una pistola. Buster Devonne tenía una, puede que algunos de ellos fueran armados también.

—Buster Devonne ya me ha dicho quién hizo los disparos —contestó Townes—. Se presentó aquí ayer por la tarde después del incidente.

—Buster Devonne es un conocido embustero.

Hubo una pausa mientras Townes pensaba en Buster Devonne.

—Dijo que Paris disparó contra la chica. La siguió hasta la cocina para terminar el trabajo y luego ambos huyeron por la parte de atrás, como ladrones.

—¿Usted le cree?

—¿Usted, no?

Seagraves midió su respuesta.

—Lo que creo es que Paris Trout es un hombre de negocios del condado de Ether desde hace mucho tiempo —dijo—. Su hermana es secretaria del juzgado. La gente le conoce, comercia con él. No sólo los blancos. Ha concedido préstamos en todo el condado, Indian Heights, algunos de los Bottoms también, y no hay nadie, del color que sea, que haya oído hablar de esa chica, la Sayers, o de su gente.

—En el Estado de Georgia no se dispara contra niños porque sean desconocidos —replicó Townes, y había algo en su voz ahora—. La ley no dice nada sobre la condición social de los difuntos.

Seagraves vio que de un modo u otro la conversación había adquirido un cariz personal y decidió desviarla hacia otros derroteros.

—Buster Devonne rompió tantas cabezas de pelo crespo que tuvieron que echarle de la policía —dijo—. El primer hombre en la historia de Cotton Point, Georgia, al que expulsaron de la policía por agredir a unos negros. Luego se dedicó a robar algodón, usted mismo le hizo comparecer en su oficina por ello.

»Se libró de ir a la cárcel por robar algodón, y entonces va y le coge tirria a un hombre, sólo porque le pilló robándole algodón. Se paseaba por toda la ciudad jactándose de que iba a hacerle esto o lo otro a un destripaterrones..., diablos, me parece que era un metodista..., y luego una noche se presenta furtivamente en casa

del hombre y le pega fuego al gallinero.

»En todo el condado de Ether no encontraría usted un jurado que creyese en el testimonio de un tipo que incendia gallineros cuando le ha tomado inquina a alguien..., y menos si declara contra Paris Trout.

—Estuvo presente allí, es lo que dijo —contestó Townes—. Los de la clínica me han informado de que la niña ha superado esta noche, pero no superará la próxima. La enfermera dijo que lo único que se puede hacer por ella ahora es cavarle una fosa.

—La enfermera no es quién para decir eso, que no tiene esperanzas de salir con vida.

—En efecto, pero recibí varios balazos, cuatro o cinco, y quiero hablar de eso con Paris Trout a la una de la tarde en mi despacho. Si no se presenta, ordenaré al jefe Norland que vaya a buscarle.

—No hará falta. Creo que a ambos nos convendría procurar que este asunto resulte tan poco complicado como sea posible.

—Gracias, Mr. Seagraves, le veremos a la una.

Seagraves colgó el teléfono, sorprendido al ver que Ship Townes se había puesto furioso de repente —lo cual no se notaba a menos que le conocieras—, y abrió uno de los cajones de abajo de su escritorio. Puso los pies en él, apoyándolos en los papeles de alguien. No miró para ver de quién eran. Se imaginó a Buster Devonne en el estrado de los testigos declarando contra Paris Trout. Confuso y sin dignidad y asustado.

Pensó en Buster Devonne y seguidamente en los testigos de Indian Heights. Paris Trout estaría sentado a su lado todo el rato, vestido con un traje azul, donde los del jurado pudieran compararle con sus acusadores. Quizá no necesitaría decir ni una palabra.

Con todo, había algo que le tenía intranquilo. Llamó a Mrs. Grandy, que estaba en la oficina exterior.

—¿Ha localizado al doctor Braver ya?

—No, señor, me han dicho que ese chico le está dando mucho trabajo.

—Siga intentándolo. Mientras tanto, póngame con Paris Trout. Estará en su establecimiento.

—Sí, señor —dijo la mujer. Al cabo de un minuto, llamó a la puerta y asomó la cabeza—. En la tienda no contesta nadie.

—¿Ha probado en su casa?

—Sí, señor. Hablé con su esposa, pero dijo que Mr. Trout no estaba en casa.

Harry Seagraves sacó los pies del cajón y los metió en los zapatos.

—¿Quiere que siga probando? —preguntó Mrs. Grandy.

—No. Ahora mismo voy para allí. Me sentará bien el ejercicio.

—¿Y si llama el doctor Braver?

—Dígale que iré a verle personalmente.

Seagraves encontró a Paris Trout en la trastienda de su establecimiento. La entrada principal seguía cerrada con llave —eran más de las diez—, así que Seagraves había dado la vuelta a la manzana hasta el callejón y encontró la puerta de atrás abierta.

Trout tenía la cabeza entre las manos al entrar Seagraves, los cabellos grises asomando entre los dedos, los codos apoyados en la mesa. Había una factura de venta delante de él, una botella de agua mineral junto al papel, y en el aire flotaba un fuerte olor corporal.

—¿Mr. Trout? —dijo Seagraves.

Trout alzó la cabeza lentamente; tenía los ojos inyectados en sangre y la pechera de la camisa estaba arrugada, como si no se la hubiera quitado para dormir.

—Aquí consta por escrito —dijo.

Del techo colgaba una bombilla, un poco por detrás de la mesa, y cuando Trout quitó el dedo de la factura, la sombra se desdibujó y creció hasta cubrir la mayor parte del documento.

—Aquí está —dijo Trout—. Cuenta por pagar, Henry Ray Boxer. Mil veintisiete dólares por un Chevrolet de mil novecientos cuarenta y nueve. Ni Dios ni el hombre pueden decir que la deuda no fuese legal, tengo la prueba. —Empujó el papel hacia Seagraves, que no se movió—. Véala usted mismo.

La factura estaba escrita con letra minúscula y pulcra, las firmas eran garabatos ilegibles. Seagraves no intentó leerla.

—Ha llamado Ward Townes, como supusimos —dijo en tono bajo—. Quiere vernos esta tarde a la una.

—¿Quiere ver la factura de venta?

—Podemos llevarla.

—Consta por escrito —repitió Trout—. Ese coche se vendió tan legalmente, la venta fue tan legal como el sello de Georgia. —Abrió más los ojos, cuyo color daba miedo.

Seagraves se dio cuenta de que no tenía la menor idea de las transformaciones que se estaban produciendo en su cabeza.

—No estaría de más que se fuera usted a su casa y se cambiara de camisa —dijo—, y que se afeitara y aseara un poco.

Trout volvió a tocar la factura.

—A mí no me necesita —replicó—. Aquí tiene todo lo que necesita para resolver este asunto.

—No, tenemos que ir a verle en persona.

Trout se puso en pie y descargó un puñetazo en medio de la mesa. El polvo se levantó, luego se posó de nuevo.

—¿No cree que las firmas sean auténticas?

De repente Seagraves cobró conciencia de la estatura de Paris Trout, de las dimensiones de la habitación, y se dijo que ojalá hubiera utilizado el teléfono. Es

más, pensó que ojalá Paris Trout fuera cliente de otro abogado. El asunto le producía una sensación que no le gustaba, la de estar metiéndose en él más de lo debido.

—Siéntese, Paris —dijo, y se sorprendió al ver que Trout se sentaba. Empezó a pasearse de un lado a otro y Trout le siguió con los ojos—. Tenemos un problema, un problema entre nosotros y el fiscal. No es nada que conste por escrito, al menos esperemos que no lo sea. Lo que diga una factura de venta no importa, el asunto tiene que ver con unas personas que fueron heridas a tiros.

Trout miró furtivamente el papel.

—No está en la condenada factura —dijo Seagraves. Se inclinó sobre la mesa y percibió el olor a sudor seco y otro más tenue a vómito—. Está en la Clínica Cornell. En la Clínica Cornell hay una niña que se llama Sayers y que recibió cuatro disparos y está prácticamente muerta. De eso y de nada más quiere hablarle Ward Townes, y haría usted bien en prepararse, para no empeorar las cosas.

Trout cerró momentáneamente sus ojos enrojecidos y esperó. De pronto Seagraves se sintió más tranquilo.

—Escúcheme —dijo—, quiero que se vaya a casa, que se bañe y que se ponga algo que no dé la impresión de que ha estado haciendo lucha libre con una piara de cerdos. Y luego, a la una en punto, preséntese en la oficina del fiscal, con aspecto de ser alguien, y hable con él sobre esa chica. No le diga que disparó contra ella, no meta la pata como lo hizo al hablar con Hubert Norland, pero hable de la chica, reconozca que está al corriente de que existe.

Trout dio unos golpecitos en el papel que había sobre la mesa.

—Esto es la prueba —dijo.

—No utilice esa palabra esta tarde. No trate de decirle a Ward Townes qué es una prueba. —Reflexionó un momento y lo expresó de otra forma—. Yo estaré con usted. Puedo impedir que meta la pata al hablar, pero lo que no puedo hacer es encontrar las palabras más apropiadas y susurrárselas al oído. Creo que el quid de este asunto es... que Ward Townes se lo ha tomado como una *afrenta*. Hay en ello algo personal, igual que si usted le hubiera insultado. Trátele como si fuera así, como si él estuviese ofendido.

Trout no se movió.

—¿Cuánto va a costarme todo esto? —preguntó finalmente.

—No lo sé. En parte depende de Ward Townes, y en parte de usted.

Trout sacó un lápiz de mina del bolsillo de la camisa y se lo entregó a Seagraves.

—Quiero que lo haga constar por escrito —dijo.

—Por Dios Todopoderoso, Paris...

El lápiz era verde y translúcido y se veían unas motitas flotando de un lado a otro en su interior. La goma de borrar aparecía gastada por los bordes, y en el costado, medio borrada, se leía la palabra SCRIPTO. Era un lápiz de diecinueve centavos y probablemente hacía cinco años que Trout lo tenía.

—El precio por representarme ante los tribunales. Quiero que lo anote aquí

mismo en un papel, para que ambos sepamos dónde está.

Seagraves dejó el lápiz sobre la mesa, al lado del agua mineral. Observó que en la superficie flotaba un poco de saliva.

—El precio depende del tiempo —dijo—, usted lo sabe tan bien como cualquier otra persona.

Parte del enigma de Paris Trout consistía en que también él se había licenciado en derecho, en algún lugar de Carolina del Norte, pero sin llegar nunca a ejercer.

Trout meneó la cabeza.

—Quiero un precio —dijo.

—Nunca hablo del precio. Tengo una chica que prepara las facturas de mis honorarios, pero ella no puede decirle nada hasta que sepamos con seguridad lo que va a pasarle a esa niña que está en la Clínica Cornell y lo que Ward Townes piensa hacer al respecto.

—Quiero tener un número por escrito, ahora mismo, de buen principio —dijo Trout—. Esa es mi forma de hacer negocios.

Ahora sonreía, como si hubiera atrapado a Seagraves. Trout tenía los dientes amarillos y separados, y Seagraves imaginó sin querer la expresión que mostraría al disparar contra la chica.

—De acuerdo —dijo—, usted me dice lo que hizo, y yo le diré cuánto le cuesta.

Seagraves tomó la silla del rincón y la acercó a la mesa. No quería estar en la habitación con Trout y lo que había hecho, hubiera preferido suavizarlo antes. Tenía la intención de leerlo, hacer que uno de sus pasantes le tomara declaración a Trout, pero había en éste algo que empujaba las cosas más allá de lo que se deseaba.

Trout permanecía sentado, su rostro había cambiado, pero conservaba la sonrisa.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Todo lo que hizo en casa de esa chica.

Trout se frotó las orejas y se apartó los cabellos de la cara.

—La familia tenía contraída una deuda conmigo —dijo—. Una deuda legal...

Seagraves no intentaba guiarle ahora. Decidió esperar y ver adonde conducía la historia por impulso propio.

—Eran ochocientos dólares, yo le vendí aquel Chevrolet, y le dije que yo cobraba mi dinero. Eran ochocientos por el coche, otros doscientos veintisiete por el seguro. Yo siempre les digo que cobro mi dinero, puede preguntarle a cualquier persona de color de Cotton Point, le dirá lo mismo.

Seagraves miró fijamente a Trout y esperó.

—Le hice una advertencia a aquel chico cuando volvió con el coche —dijo—. Lo destrozó, quería que le perdonase la deuda. —Trout meneó la cabeza—. Yo no perdono deudas. Yo cumplo con mis obligaciones y se me paga a cambio.

Seagraves permaneció inmóvil.

—Y me fui para allá, a Indian Heights, donde está su familia, para cobrar mi dinero.

Seagraves le interrumpió.

—¿Creyó que tendrían ochocientos dólares escondidos en la lata de las galletas?

—Yo no he dicho eso. Fui a que me firmasen un recibo para descontarle el dinero de su paga. Eso era todo lo que quería, que me firmasen el papel.

—Se llevó a Buster Devonne.

—La deuda era legal. Eso es lo único que importa, lo dice la factura de venta. Yo soy un hombre de negocios, yo no invento nada —Trout se removió en la silla, parecía sentirse incómodo—. Mi corazón no es cruel.

La expresión hizo sonreír a Seagraves.

—Fuimos en coche a la casa —prosiguió Trout—, y ese chico, Thomas Boxer, estaba en el porche. Buster Devonne llevaba el papel, y Thomas Boxer se negó a firmarlo. Tenía los pies sobre la barandilla. Lo así por el cuello de la camisa y lo zarandé, había gente observando desde detrás de las cortinas, y si perdonas una deuda, ninguno de ellos te pagará la suya.

»Entonces el chico se levantó como si nada, quiso agredirme y yo intenté obligarle a sentarse de nuevo. La niña se puso entre los dos, se colocó en medio ella misma, y luego la mujer. El alboroto se propagó al interior de la casa, donde la niña y la mujer resultaron heridas. El chico huyó corriendo, y no quería yo vivir con su conciencia.

—¿Quién disparó contra la niña y la mujer? ¿Fue Buster Devonne o fue usted?

—No lo sé. Estaba nublado dentro de la casa y todavía está nublado cuando pienso en ello.

—¿Nublado?

—Lleno de humo.

—¿Le dijo usted a Hubert Norland que ellos iban armados?

Trout pensó un momento y luego dijo:

—Ajá.

Seagraves se dio cuenta de que mentía.

—¿Tiene usted su pistola?

Trout abrió el cajón de la mesa y sacó una automática Colt con cachas de marfil. La puso sobre la mesa, entre él y Seagraves, con el cañón apuntando a la botella de agua mineral.

—Esta es la que llevo encima —dijo—. Puede cogerla si la necesita, tengo otras aquí en la tienda.

Con el arma sobre la mesa, Seagraves imaginó la escena otra vez, cómo la vería la chica.

—¿La limpió al volver? —Ahora iba más despacio, pensando mejor.

Trout movió la cabeza afirmativamente y dijo:

—Esta pistola me costó doscientos cuarenta dólares, puede estar seguro de que la limpié.

—¿Miró el cargador, comprobó cuántas balas había disparado? —Seagraves

examinó atentamente el arma, había algo fuera de lo común—. ¿De qué calibre es, del treinta y ocho?

La cosa iba despacio, Trout se tomaba su tiempo para meditar las respuestas.

—Eso diría; sí, señor.

—¿Cree que la niña pudo tocar la pistola?

—Puede.

—¿Y cree que la mujer pudo tocarla también?

Trout se encogió de hombros.

—Había mucho humo. No podías ver quién disparaba...

Seagraves detectó la nota falsa en sus palabras, y Ward Townes la detectaría también. No sabía qué iba a hacer al respecto. En general, Townes era hombre de temperamento amable —había días en que ni siquiera se notaba que era fiscal—, pero había también en él algo que no era amable, y Seagraves no veía ningún motivo para hacer que saliera a la superficie.

Se levantó y Trout hizo lo mismo, y entonces la habitación pareció llena hasta los topes.

—Si se presentara un hombre aquí —dijo Seagraves, como no dándole importancia— y le dijera que debía llevar su negocio de tal o cual manera, ¿usted le escucharía?

—¿Qué hombre? —preguntó Trout.

—Da lo mismo, el presidente Eisenhower. ¿Usted le escucharía?

—A ese hijo de perra, no.

—En tal caso, Marvin Griffin. ¿Escucharía al gobernador Griffin?

—¿Si me dijera cómo debo dirigir mi negocio?

—Así es.

—Marvin Griffin no ha estado en un negocio como éste.

—¿Y si estuviera? ¿Y si Mr. Griffin tuviera un negocio como el suyo en Atlanta, y mañana se presentara aquí y le dijera que ésta o aquella es la forma de hacer las cosas?

Trout se lo tomó a pecho.

—Le diría que se fuese al infierno —dijo.

—Piense eso mismo —dijo Seagraves—. Piense eso mismo cuando vea a Ward Townes esta tarde. Piense que entra usted en su establecimiento.

Trout hizo como si fuera a responder, pero se calló. Seagraves continuó:

—La factura de venta déjela aquí. Deje que él le pida lo que quiera ver. —Seagraves miró el papel de la mesa, la pistola también estaba allí—. Todo excepto esto. Déme el arma a mí, Townes la necesitará y preferiría que no la llevara usted encima cuando se la pida.

Trout recogió la pistola y se la entregó a Seagraves, que la guardó en el bolsillo de la americana.

—Quiero que luego me la devuelva —dijo Trout—. Dígale a Mr. Townes que

quiero que se me devuelva lo que es de mi propiedad.

—Es la tienda de Townes.

—Es mi pistola.

—Ahora no. Nada que esté relacionado con usted y esa niña es suyo, y no hay nada que quiera usted reclamar.

—No me avergüenzo —dijo Trout.

Seagraves se disponía a salir, pero aquellas palabras le detuvieron y durante unos momentos luchó con el deseo apremiante de dejar a Trout plantado allí mismo.

—Ya sé que no se avergüenza —dijo—, pero inténtelo.

—No me ha dicho cuánto va a costarme.

—Y usted no me ha dicho lo que hizo.

Seagraves salió del establecimiento por donde había entrado, subió el callejón hacia la calle y dobló hacia la izquierda. Una docena de personas se detuvieron para hablar con él en las dos manzanas que mediaban hasta la Clínica Cornell; a la mayoría de ellas las reconoció de Homewood Community, donde se encontraba el hospital estatal. Durante su paso por la legislatura del Estado, Seagraves había conseguido que el abastecimiento de agua municipal llegara a Homewood, y desde entonces controlaba todos los votos demócratas de allí. Y no había ningún republicano, ni siquiera en el manicomio.

Había personas en Homewood que bautizaban a sus hijos con el nombre de Harry Seagraves, algunas incluso creían que vivía allí.

Se entretuvo hablando con todos los que le abordaron e hizo comentarios sobre el tiempo una docena de veces entre el callejón de Trout y la puerta de cristal de la Clínica Thomas Cornell. Aquel año no había habido invierno, y la gente quería que él la tranquilizara en el sentido de que las estaciones no se habían ido para siempre.

Cruzó la puerta de la clínica, sonrió a la enfermera de recepción y después a los pacientes que aguardaban sentados.

La enfermera enderezó el cuerpo y sonrió.

—Mr. Seagraves —dijo.

—Miss Thompson —dijo él, leyendo el nombre de la blusa.

Era una mujer de huesos pequeños, de entre treinta y cuarenta años, y llevaba el pelo recogido en una cola de caballo sobre un hombro. Dedicaba tiempo a cuidar su aspecto, y Seagraves se imaginó la cola de caballo enmarañada sobre su propio hombro, mojada después del baño. Se lo quitó de la cabeza.

—Me pregunto si podría ver al doctor Braver, cuando disponga de un minuto —dijo.

La enfermera fue a buscar al doctor y Seagraves se sentó con los pacientes, en una silla apoyada en la pared. Firmó en la escayola que cubría el pie de un chico y le dio un cuarto de dólar para que se comprara unos dulces al salir de la consulta del

doctor Braver.

El médico cruzó la puerta al cabo de unos momentos y Seagraves dejó su asiento. El doctor Braver llevaba zapatos blancos con suelas de color de rosa, cinturón blanco y gafas sin montura. No sonrió cuando se estrecharon la mano, aunque lo cierto es que Seagraves nunca le había visto sonreír.

Sin embargo, observó que el doctor y su enfermera cruzaban una mirada de intimidad al entrar en la consulta y supuso que la mujer hacía lo que podía en ese sentido.

—¿Qué se le ofrece, Mr. Seagraves?

El doctor llevaba manchitas de sangre en una manga y una mancha roja en el reloj de oro que asomaba por debajo. Su pelo era blanco como la nieve, lo había sido desde los veinticinco años de edad.

—¿Podríamos hablar en privado unos momentos? —preguntó Seagraves.

—Podríamos —contestó Braver. Miró rápidamente detrás de Seagraves, hacia los pacientes que esperaban, y luego se dirigió a su enfermera—: No se nos va a morir nadie, ¿verdad?

—No, señor —repuso ella.

—Estupendo —dijo el doctor. Abrió la puerta de las dependencias de atrás y cuando Seagraves entró por ella el doctor volvió a dirigirse a su enfermera y le dijo —: Llame al doctor Bonner de mi parte y dígame que tiene que resolver el problema de las rocas que hay delante de la iglesia...

—Sí, señor —dijo ella.

P. P. Bonner no era doctor en medicina, sino el pastor de la primera iglesia presbiteriana. Seagraves recordó que su hijo, Carl, el más joven Eagle Scout de toda la historia del Estado, había ido a estudiar a la universidad de Tufts, en Massachusetts, cuando contaba sólo dieciséis años de edad. Ganó medallas en Corea y se estaba preparando para licenciarse en la facultad de derecho.

Seagraves no recordaba bien al chico, sólo que era famoso en Cotton Point, y que siempre le había parecido demasiado cortés. Como si quisiera sacarte algo.

El doctor Braver entró detrás de Seagraves y le acompañó por un pasillo largo hasta su despacho. No se sentó ni le ofreció una silla.

Se quitó las gafas y las limpió con una punta de la chaqueta.

—Sí, señor —dijo—. ¿En qué puedo servirle?

Seagraves fue directamente al grano, no hacerlo así era perder el tiempo tratándose de Braver.

—Hágame un pronóstico sobre Miss Rosie Sayers —dijo.

Braver parpadeó mirando al abogado.

—¿Con qué propósito específico?

—Represento a uno de los interesados.

—¿De cuál se trata?

—De Paris Trout.

El doctor Braver se rascó la oreja y después examinó con atención la punta del dedo.

—Un pronóstico —dijo.

Seagraves movió la cabeza afirmativamente.

—¿Sabe qué? —dijo el doctor Braver—, le dejaré que lo haga usted mismo.

Salió otra vez del despacho, y luego subió dos tramos de escalera. Ahora parecía darse más prisa, y a Seagraves empezaron a dolerle los pies debido al esfuerzo por no quedar rezagado.

Al llegar a lo alto del segundo tramo, el doctor abrió la puerta y Seagraves entró, satisfecho al oír que Braver respiraba con dificultad, y se encontró en el extremo de un pasillo largo y angosto. Estaba oscuro, iluminado únicamente por la luz del sol que salía de las habitaciones. De punta a punta del pasillo las puertas parecían resplandecer.

El doctor Braver anduvo delante otra vez, primero hasta el puesto de la enfermera, donde estaba sentada una mujer de pelo tan blanco y expresión tan seria como el propio doctor, leyendo el *Saturday Evening Post*. En la portada aparecía el dibujo de la consulta de un médico, un chico pelirrojo y pecoso con un brazo en cabestrillo. A Seagraves le recordó a Carl Bonner, y se dijo que pensar en el chico dos veces el mismo día debía de ser una señal.

La mujer apartó los ojos de la revista, vio que se trataba de Braver e irguió el cuerpo para dar la impresión de estar alerta.

—Viene muy temprano para pasar la visita, ¿verdad, doctor? —dijo.

Braver hizo un gesto con la cabeza señalando a Seagraves.

—Éste es el famoso abogado Harry Seagraves —dijo—. Quiere ver a Miss Rosie Sayers por un asunto judicial.

Si la mujer conocía el nombre de Harry Seagraves, no se le notó.

—Bien —dijo, sin mirar a Seagraves ni una sola vez—, está en el mismo sitio donde la dejó.

Braver pasó por delante de la enfermera y llegó casi al extremo del pasillo. Ahora caminaba más despacio, como si hubiera desaparecido la razón para darse prisa. La última habitación a la izquierda tenía cerrada la puerta que daba al pasillo y era la que buscaban. Seagraves pudo leer el número, la 313. Braver la abrió y se hizo a un lado.

Había ocho camas en la habitación, todas ocupadas menos una. Un enfermero se encontraba sentado al otro extremo, la silla junto a la ventana, los pies apoyados en una de las camas. Tenía la barbilla clavada en un hombro y los brazos sobre el estómago.

—Aquella de allí es Miss Sayers —dijo el doctor. Su voz parecía demasiado sonora para la habitación e hizo que el enfermero se moviera y después se levantara precipitadamente.

Seagraves miró en la dirección que Braver acababa de indicarle y vio a la chica. Tenía los ojos cerrados y los dientes salidos y apoyados en el labio inferior. La

almohada se alzaba alrededor de su cara y la suavizaba, parecía una flor de centro negro.

Alguien tosió en otra cama y luego gimió. El enfermero ya se había puesto en pie y se estaba alisando el pelo. Braver no le prestó la menor atención. Se acercó a la cama de la chica y examinó el gráfico colgado a los pies de la cama. Seagraves se quedó donde estaba.

—Si quiere ver a la chica, Mr. Seagraves, aquí la tiene.

Seagraves cruzó la habitación tan silenciosamente como pudo. Tenía los ojos clavados al frente, no quería mirar hacia ninguna de las otras camas. Sentía aversión a las enfermedades. Braver le entregó el gráfico de la niña y se acercó un poco. Le levantó los párpados y comprobó la aguja clavada en el brazo. Parecía tratar a la chica con brusquedad, pero más al soltarla que al tocarla.

—La línea de la parte superior del gráfico indica las horas —dijo Braver, pasando los dedos por el cuello de la niña en busca del pulso—. Todos los pacientes de esta habitación se hallan en estado crítico. Tenemos un enfermero aquí día y noche, para que cada hora compruebe cuidadosamente las señales de vida de cada uno de los pacientes, y de esta manera sabemos cuándo han fallecido.

Miró al enfermero al pronunciar la palabra *cuidadosamente*.

Luego le dejó en paz, de modo parecido a como soltaba a la chica, y volvió a ocuparse de Seagraves.

—Por las anotaciones de la presión sanguínea en el gráfico de Miss Sayers podrá ver que a las siete de esta mañana casi había expirado.

Seagraves miró el gráfico, pero no supo interpretarlo.

—A las ocho —prosiguió Braver— se reanimó, y a las nueve recuperó el conocimiento y se quejó de que le dolía.

El doctor apartó la sábana y Seagraves se dio cuenta de que la chica estaba desnuda. Tardó un momento debido a los vendajes. Le habían vendado los brazos y todo el abdomen, desde la pequeña mata de vello púbico hasta el pecho.

Las partes no heridas, sin embargo, fueron las que conmovieron a Seagraves. Los hombros y las piernas no eran mayores que los huesos que había debajo. Con una sola mano hubiera podido rodearle el cuello. El doctor miró al enfermero y dijo:

—Tijeras.

El joven sacó un par de tijeras. Tenían el mango muy largo y la parte cortante era pequeña. Braver las tomó y se puso a cortar las vendas que cubrían el vientre de la chica, empezando por abajo. El asistente se quedó cerca del doctor, esperando serle útil otra vez.

Braver terminó de practicar el corte y abrió el vendaje. El agujero era casi perfecto, con los bordes cubiertos de costras, más pequeño de lo que Seagraves había imaginado.

—Este es aproximadamente el ángulo de penetración —dijo Braver. Se acercó un poco más a la cabecera y señaló ligeramente hacia abajo—. Le perforó el estómago y

el hígado y fue a alojarse en la nalga derecha.

Braver quitó el dedo y se apartó un poco.

—¿Quiere verlo más de cerca, Mr. Seagraves? —preguntó.

—¿Todavía tiene la bala dentro?

—Una de ellas. Las otras le atravesaron los miembros. Tiene el brazo roto por dos partes. Acérquese y eche un buen vistazo si lo desea, no es contagioso.

—En ningún momento he dicho que quería ver esto —dijo Seagraves.

Braver se quitó las gafas nuevamente y volvió a limpiarlas con una punta de la chaqueta. Luego se las puso otra vez y tapó a la chica con la sábana. Cayó sobre la mitad del rostro, inmóvil, estrecho, cubriéndole media boca, parte de la mejilla. Dio la impresión de que era la primera palada de tierra. Seagraves notó que el pánico se desataba en alguna parte de sus entrañas.

—Sólo he pedido un pronóstico, doctor Braver —dijo, y el sonido de su propia voz aquietó aquella sensación.

Braver miró al enfermero, que aún no se había quitado el sueño de encima.

—Con excepción del enfermero aquí presente, Mr. Seagraves, creo que toda la comunidad médica estará de acuerdo en que Miss Rosie Sayers ha muerto.

Cogió el borde de la sábana y tapó con ella el resto de la cara de la difunta, cubriéndolo todo excepto el pelo ensortijado de la coronilla.

Alguien gimió, alguien tosió. Braver volvió a ocuparse del enfermero, que consultó su reloj.

—Debe de haber sucedido hace sólo un momento —se excusó.

Braver le estuvo mirando un minuto más y luego dijo:

—Encárguese de que limpien esto. —Y salió por la puerta.

Seagraves le siguió, sin esforzarse por mantenerse a su altura, pensando en el agujero pequeño y perfecto que acababa de ver en el estómago de la niña. Entonces notó el peso de la pistola, un secreto en su bolsillo. Y el secreto se posó sobre él con un peso distinto del de la pistola.

Seagraves salió de la clínica sin dirigir ni una palabra más al doctor Braver. Cruzó la calle en dirección al recinto de la academia de oficiales, se internó en un bosquecillo y vomitó.

Cuando se hubo repuesto volvió a su despacho. Pidió a Dick Spudd que le prestara el coche y se fue a Indian Heights. No le dijo a Spudd, el socio subalterno del bufete, adonde iba. El coche era un Cadillac nuevo y Spudd se ponía nervioso si iba a tal o cual sitio.

Seagraves encontró la casa casi sin esfuerzo. Detuvo el coche cuando la vio, al final de la carretera. Había jóvenes en el patio, y un hombre sentado en una silla en el

porche. La casa tenía dos puertas principales y ambas aparecían abiertas. Un par de gallinas picoteaban en una zanja, comiendo gravilla, y había huellas de neumáticos en el barro a lo largo de la casa.

El hombre del porche le estaba observando. Seagraves se apeó y echó a andar hacia él. Se detuvo al llegar al pie de la escalera y miró hacia arriba. El sol se encontraba detrás del tejado de la casa, y Seagraves tuvo que entornar los ojos para poder ver al hombre.

—¿Mr. Boxer?

El hombre meneó la cabeza.

—No, señor.

—¿Es usted Thomas Boxer?

—No, señor. Seguramente se equivoca de casa.

Seagraves miró calle arriba y calle abajo.

—¿Es aquí donde vive Mary McNutt?

—No, señor, ya le he dicho que ésta no es la casa que busca.

Seagraves extendió las manos.

—No pretendo hacerle daño a nadie —dijo.

—¿Qué lleva en el bolsillo? —preguntó el hombre.

Seagraves notó el peso allí y movió la cabeza negativamente.

—Soy abogado —dijo—. No me dedico a disparar contra la gente.

—Ajá.

Dio el primer paso hacia el porche, el hombre se incorporó.

—¿Puedo echar un vistazo ahí dentro?

—¿Durante cuánto tiempo?

—Sólo un minuto —dijo Seagraves—. Sólo quiero ver dónde ocurrió.

El hombre movió la cabeza señalando la entrada de la derecha.

—Ahí dentro es donde ocurrió —dijo.

—¿Puedo entrar?

—Haga lo que quiera. Ya han entrado otros. No creo que uno más vaya a cambiar las cosas.

Seagraves subió al porche y luego, saludando al hombre con la cabeza, entró en la casa. Dentro se estaba más fresco que fuera, y el olor a pólvora seguía presente en la habitación.

Examinó el lugar apresuradamente. Había sillas tapizadas en la primera habitación, y un catre. Camas en la segunda y la tercera, y una cocina al fondo de la casa. Un hornillo de leña, una mesa, un viejo baúl en el rincón.

Al llegar a la cocina se detuvo, a sabiendas de que era el lugar. Era la habitación más pequeña de la casa, y el techo se inclinaba hacia abajo por razones que no pudo ver. Se imaginó a Trout, agachándose para caber en aquel lugar que no era el suyo.

Los cacharros y las sartenes colgaban de unos clavos sobre el hornillo, una hilera de tarros vacíos aparecían apoyados en la pared más alejada; eran tarros para

conservas. La puerta que daba de la cocina al exterior colgaba a medias de sus goznes.

Paris Trout había entrado en aquella habitación, donde no había nada, y le había quitado la vida a una niña.

Seagraves ya se había acostumbrado al olor a pólvora y no lo notaba, pero había algo en su lugar, algo amargo y metálico. Era un sabor más que un olor.

Dio media vuelta para regresar a la parte delantera de la casa, con la intención de irse por donde había venido, pero el sabor se hizo más fuerte y pudo oír las palabras que el hombre del porche había dicho al penetrar en la casa. *Esta no es la casa que busca.*

Seagraves volvió a mirar en las habitaciones y el sabor le llenó la boca. Vio que algo se había despertado al entrar él, algo que estaba esperando a que volviera.

Abrió la puerta de atrás y salió al exterior. Se mareó al bañarle de repente la luz y se apoyó en la pared para no caer. Cerró los ojos, notando el temblor de las manos y las piernas. Recordó que había vomitado hacía un rato, pensó que necesitaba comer algo.

Luego miró otra vez; había una niña a menos de cinco metros de él, descalza y ataviada con un sucio vestido de color de rosa, chupándose el pulgar. A Seagraves le pareció haberla visto antes. Sonrió, pero el sabor continuaba en su boca, y entonces volvió a vomitar, sin previo aviso, sin llevar en el estómago nada que pudiera subir. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se dobló por la mitad.

Y entre los ruidos que salían de su cuerpo oyó que la niña chillaba mientras huía a todo correr. Chillaba que el diablo había vuelto.

Se irguió para regresar al Cadillac. El hombre del porche se encontraba sentado en su silla, observándole, y en los demás porches también había personas que le observaban. El único ruido era la niña —la misma niña—, ahora de pie en la carretera, chillando que había vuelto el diablo, chillando una y otra vez. Nadie se le acercó para hacerla callar.

Seagraves abrió la portezuela del coche y se sentó pesadamente al volante. El sabor seguía en su boca. Metió la llave en el arranque y entonces se abrió la portezuela del pasajero —en ningún momento vio siquiera la sombra de un movimiento— y al instante una gallina recién decapitada empezó a llenar de sangre y plumas todo el asiento delantero, golpeando el aire y el asiento con las alas, saliendo disparada en una dirección diferente cada vez que las patas tropezaban con algo.

Seagraves se cubrió el rostro con un brazo y encontró el tirador de la portezuela con el otro. Salió del coche de espaldas y cayó sobre la calzada. Se puso en pie, abrió más la portezuela del vehículo y esperó que la gallina saliera también. Pero la gallina ya no podía moverse de un lado a otro y yacía en el suelo, entre el freno y el embrague, sus movimientos reducidos a espasmos.

Seagraves esperó, con los ojos fijos en el interior del coche pero consciente de las caras negras que había en los porches y las ventanas. La gallina dejó de moverse. La

sangre manchaba las ventanillas y los asientos, y había plumas diminutas pegadas por todas partes. Las había grandes también, una de ellas flotando en un charco de sangre cerca de la gallina.

Esperó y después alargó la mano para coger el ave y, al tocarla, el animal saltó como si acabara de recibir una corriente eléctrica y Seagraves saltó también y chilló. Luego, avergonzándose de sí mismo, agarró la gallina por las patas y la arrojó a la carretera.

La gallina había movido el espejo retrovisor casi hasta abajo, y Seagraves lo ajustó, condujo despacio carretera arriba y se puso a hablar en voz alta consigo mismo, para calmarse, y entonces vio que uno de ellos entraba en la carretera y recogía la gallina.

La cena.

Seagraves llevó el Cadillac a la gasolinera Sinclair de Bud Ramsey en Samuel Street y lo dejó para que lo limpiasen. Desde allí se fue a pie hasta su casa, y encontró a Lucy sentada en la cocina, con rulos en la cabeza y carmín en los labios, mientras la doncella pasaba la aspiradora por la sala de estar.

Lucy hizo una mueca al verle y se cerró la parte superior de la bata.

—¿Se puede saber de dónde vienes? —preguntó.

Seagraves se dejó caer pesadamente en una silla al otro lado de la mesa.

—¿Quieres darme una Coca-Cola? —preguntó.

Ella alargó una mano, le quitó una pluma de la solapa y la examinó atentamente.

—Llevas el traje lleno de manchas —dijo.

—¿Quieres darme una Coca-Cola? —repitió él.

Lucy le dio el refresco. Se lo tomó de un trago, bebiendo tan aprisa como le permitía su capacidad de succión, y luego depositó la botella vacía sobre la mesa. Lucy la cogió y la puso en una caja de madera que guardaba a pocos pasos de la entrada del sótano, por la parte de dentro.

—Dame la ropa —dijo— y la mandaré a la lavandería.

Seagraves se puso en pie y dejó que le ayudara a quitarse la americana y luego la camisa y los pantalones. Se quedó en la cocina sin más indumentaria que los calcetines largos y la ropa interior mientras ella sujetaba las prendas con los dedos y examinaba con atención las manchas.

—¿Estás sangrando? —preguntó.

—No. No es sangre humana.

De repente los pantalones quedaron colgados de menos dedos.

—No creo que en la lavandería consigan quitar esto —dijo ella.

Seagraves empezó a subir la escalera, seguido de su esposa. Se lavó la cara en el lavabo y luego llenó la bañera. Lucy se quedó en la puerta del cuarto de baño. Él le hubiera contado lo sucedido —tenía ganas de contárselo a alguien—, pero no era

como un relato, unos acontecimientos que siguieran un orden y una razón naturales. Lucy necesitaba que le alinearan las cosas delante para poder verlas.

Ella se quitó los rulos de la cabeza y su pelo adquirió un aspecto más suave. Tomó un cepillo y empezó a pasárselo por el pelo, acariciándolo.

Seagraves respiró hondo; sintió dolor en la garganta a causa del vómito.

—¿Has dicho algo, Harry? —preguntó Lucy.

Él no contestó. En el cuarto de baño se notaba una clara sensación de vacío. Lucy se puso de puntillas ante él, acercó la cara y besó el aire cerca de la mejilla de Seagraves.

—Un beso de mamá —dijo.

—He visto a la chica contra la que disparó Paris Trout.

Lucy se apartó de él y abrió mucho los ojos, como él sabía que iba a hacer. Siempre abría mucho los ojos al recibir una noticia.

—¿Qué te ha dicho?

Seagraves se quitó los calzoncillos, luego la camiseta. Se metió en la bañera y cerró el grifo con el pie. Lucy se quedó en la puerta, mirándole.

—¿Se trataba de una aventura sentimental? —preguntó.

Seagraves se sentó poco a poco en la bañera hasta que el agua le cubrió los hombros.

—No —respondió—, se trataba de un negocio.

—¿Tenía negocios con una chica de color?

—Al parecer, eso era un problema.

Vio que su esposa se había llevado una desilusión al averiguar que no se trataba de una aventura sentimental.

—Podría entenderlo si se tratara de amor... —dijo Lucy—. Ya has visto a su esposa. No da la impresión de tener... inclinaciones afectuosas...

—Nunca se sabe si vales en la cama. Podría ser al revés, que fuera Paris el indiferente.

—No creo. Es viejo, pero parece lleno de vida.

Lucy solamente especulaba en torno a las inclinaciones afectuosas de las mujeres cuyo atractivo era diferente del suyo. Principalmente las que llevaban menos maquillaje. Ni ella ni Seagraves mencionaban jamás las inclinaciones de la propia Lucy, que eran escasas. Lucy se sentó en el borde de la bañera y Seagraves se imaginó a Hanna Trout subiendo la escalera, a la enfermera Thompson con los cabellos mojados apoyados en su hombro, a las chicas que había visto en el colegio universitario cuando se dirigía al trabajo.

Pero la otra cara acudía a su recuerdo junto con todo lo demás, la cara con la sábana cubriéndole a medias la boca, serena y persistente. Miraba hacia otro lado al verla, pero en seguida la veía de nuevo. Estaba allí como su propio reflejo,

vislumbrada en momentos inesperados.

Irguió medio cuerpo en la bañera, tratando de librarse del recuerdo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucy.

Seagraves tomó el jabón y se lavó los brazos y el pecho.

—Ni yo mismo lo sé —contestó—. Tengo que reunirme con Ward Townes y con Trout esta tarde, y espero que las cosas se aclaren.

—Me gustaría que me contases qué diablos pasa —dijo Lucy.

No solía jurar, e incluso la palabra *diablos* le salió con cierta dificultad. Seagraves sonrió al oírla y se puso en pie. La piel se le había puesto de color sonrosado en el agua. Era una piel delicada, siempre lo había sido, al menos desde que podía recordar.

—Dime siquiera qué es eso que llevas en la ropa —dijo Lucy—. Es el traje que te compré en Macon, y si los de la lavandería no saben de qué son las manchas, tal vez tenga que tirarlo.

Harry Seagraves bajó los ojos para mirarse y dijo:

—No lo hagas. Si tengo que presentar los pleitos sin ropa, estoy acabado. Aún se me escapaban gazapos cuando salía al encerado en la facultad de derecho. Es el miedo el que los provoca.

La idea le pareció divertida a Lucy y él vio que sonreía. Era a pesar suyo, y cuando se le pasara estaría de mal humor. Seagraves cogió una toalla y se la puso alrededor de la cintura, y Lucy se cubrió la boca y empezó a reír. La risa le salió en forma de burbujitas, como el agua cuando empieza a hervir.

—No me lo puedo quitar de la cabeza —dijo—. ¿Y si todo el mundo apareciera en cueros ante los tribunales? ¿Te lo imaginas? «En pie, todo el mundo en pie». Y entonces entra Bear Lewis.

Bear Lewis era el anterior juez del distrito, y era un enano. Se había politizado después de ocupar el cargo —algunos sabían resistirse, y a otros les resultaba imposible— y Seagraves se había traído tres mil votos de Homewood y le había derrotado en las últimas elecciones, sustituyéndole por John Taylor.

La risa terminó de la misma manera que había empezado, pequeños estallidos de burbujas en la superficie. Después Lucy se secó los ojos.

—No sé por qué me ha hecho tanta gracia —dijo.

Seagraves se acercó al botiquín y sacó un frasco de almohadillas desodorantes Cinco Días y se puso una debajo de cada brazo.

—Te juro que no sé por qué, pero no puedo quitarme esa imagen de la cabeza —dijo Lucy.

Seagraves arrojó las almohadillas hacia la papelera y falló con las dos.

—Harry...

Se volvió hacia ella y esperó.

—¿Por qué las cosas dejan de ser graciosas cuando a mí me parecen graciosas también?

—Tengo a Paris Trout en el cerebro, y ese hombre te quita las ganas de reír.

Lucy se quedó quieta entonces y Seagraves se vistió.

Al llegar a la puerta, la besó antes de salir de la casa y vio que en ella ya no quedaba ni pizca de buen humor. La depresión de Lucy era insincera, pero no por ello dejó de entristecerle, porque sabía de qué se trataba. El humor parecía haberle abandonado a él también, hacía ya mucho tiempo.

Lucy le detuvo en la puerta y dijo:

—Harry, ¿qué tengo que decirles a los de la lavandería?

—¿Por qué no sales de casa esta tarde? —dijo él—. Podrías llamar a Miss Hodges e ir de compras.

—Algo he de decir a los de la lavandería.

Seagraves no podía decirle qué era, no sabía por qué. De un modo u otro las cosas pequeñas se habían vuelto grandes y el asunto había llegado demasiado lejos para que fuera sangre de gallina.

—Es sangre, ¿no?

—Sangre de animal —respondió él—. Algo se me metió debajo de las ruedas.

Y en el momento de salir de casa oyó que Lucy decía:

—Oh, pobrecillo...

Seagraves recogió el Cadillac en la estación de servicio y se dirigió al centro de la ciudad. Bud Ramsey había quitado las plumas con la aspiradora y limpiado el charco de sangre del suelo, pero no había podido hacer mucho con las fundas de los asientos.

Aparcó el coche en la calle, dejando las puertas abiertas para que se airease y desapareciera el olor a gallina, y entró en el palacio de justicia. La oficina de Ward Townes estaba en el segundo piso, junto al departamento donde daban las licencias. Para cualquier licencia que se quisiera en el condado de Ether —de pesca, de tenencia de perros, de matrimonio— se iba al mismo sitio.

Paris Trout se encontraba sentado en el banco de fuera, directamente debajo de un rótulo que decía PERMISOS DE ARMAS DE FUEGO. Seagraves vio que se había puesto un traje oscuro, de mangas demasiado cortas, y limpiado los zapatos.

Llevaba el pelo con la raya en medio y peinado hacia atrás. Tenía las piernas cruzadas y un sombrero de paja en el regazo. Se le veía demasiado voluminoso para el banco. Al ver a Seagraves, se sacó el reloj del bolsillo y consultó la hora.

—La una en punto —dijo—. Aquí me tiene.

—¿Ward Townes ha vuelto de almorzar?

—Llegó hace un momento. Me dijo que esperase aquí hasta que llegara usted.

Seagraves abrió la puerta de la oficina de Townes y asomó la cabeza. El fiscal se hallaba sentado en la mesa de su secretaria con un teléfono pegado a la oreja. Seagraves alzó un dedo para llamar su atención y dijo:

—Concédame un minuto, entraremos enseguida.

Cerró la puerta sin esperar la respuesta e hizo que Trout le acompañara hasta el

otro extremo del pasillo. Había allí una ventana que daba a la calle.

—Esta mañana fui a la Clínica Cornell —dijo Seagraves.

Trout se echó un poco a un lado y miró por la ventana.

—¿Me ha oído? Estuve en la Clínica Cornell, para ver a Rosie Sayers. Ha fallecido.

Seagraves observaba atentamente a Trout, para ver cómo le afectaba la noticia. Movi6 la cabeza arriba y abajo, despacio, sin quitar los ojos de la calle.

—Tenía catorce años de edad —dijo Seagraves.

Trout le miró rápidamente y luego volvió a mirar hacia el exterior.

—Yo no tuve nada que ver con su cumpleaños —dijo—. Nunca me metí en sus asuntos, ella se metió en los míos.

Seagraves se acercó un poco más a él y le habló casi en susurros.

—Usted se metió en su casa. Usted y Buster Devonne entraron en casa de esa niña con una pistola y la hirieron a ella y a Miss Mary McNutt, les pegaron unos ocho tiros. Ninguna de ellas tenía deudas legales con usted, no le debían ni un centavo, y ahora una de ellas ha muerto y la otra estará hablando por los codos. No le quepa la menor duda.

—Se lo dije a Henry Ray Boxer antes de que se llevara el coche, le dije que yo cobro lo que me deben. Existe un orden natural de cosas y usted y yo y todo el mundo, hasta el negro más pobre de los Bottoms, formamos parte de ese orden, y no hay ninguna ley que pueda culpar a nadie por el modo en que Dios creó la tierra.

Seagraves retrocedió un poco para ver a Trout de otra manera.

—Mire ahí fuera —siguió Trout—. Algún imbécil ha dejado las puertas de su coche abiertas. —Luego alzó los ojos para mirar a Seagraves, sonriendo con sus dientes amarillos y separados—. La gente que deja que alguien le robe lo que es suyo es tan culpable como el ladrón.

Seagraves comprendió que Trout le había visto aparcar el coche y apearse.

—No trate de dárse las de astuto con Ward Townes —dijo—. No le haría ninguna gracia.

—No hay nada que deba preocuparnos, señor letrado. Ya verá como lo resuelve todo antes de las tres.

Cuando Seagraves abrió de nuevo la puerta de la oficina el fiscal ya no hablaba por teléfono, se encontraba junto a la ventana del otro extremo con la nariz pegada a un libro de leyes. No les prestó atención al principio, ni siquiera cuando oyó que la puerta se cerraba.

Seagraves tomó asiento, Trout se quedó de pie cerca de la puerta, con el sombrero en la mano. Townes se frotó el cogote. Tenía la misma edad que Seagraves —al menos, habían terminado juntos el bachillerato en la academia de oficiales—, pero a Townes se le notaban más los años. Su pelo era escaso y canoso, caminaba pesadamente y mostraba acumulaciones de carne debajo del mentón y en la cintura.

Estaba cansado y se le notaba en los movimientos. La enfermedad de una

secretaria echaba una carga mortal sobre cualquiera.

—Me han dicho que estuvo usted en la clínica —dijo a Seagraves, sin prestar atención a Trout, que se encontraba entre ellos.

Seagraves asintió con la cabeza.

—Es una lástima —dijo—. Una chiquilla tan joven y toda una clínica no ha podido hacer nada por ella.

El teléfono empezó a sonar. Townes suspiró, se acercó a la mesa de su secretaria, se sentó en la silla y miró fijamente el teléfono hasta que enmudeció.

—Así está mejor —afirmó, y acto seguido observó largamente a Paris Trout, que continuaba en el centro de la habitación, con el sombrero en la mano—. Mr. Trout —dijo—, le he pedido a su abogado que le trajera aquí en plan de favor. Técnicamente debería haber ordenado que le detuviesen ayer por la tarde.

Trout no dijo nada.

—Si le he hecho este favor —prosiguió Townes—, ha sido por dos razones. La primera, por respeto a su familia, y la segunda, porque quería ver qué rumbo tomaban las cosas.

Trout movió la cabeza afirmativamente, como si él hubiera pensado lo mismo.

—Sin embargo, como seguramente le habrá comunicado su abogado, Miss Rosie Sayers murió a las diez y media de esta mañana en la clínica... —Hablaba ahora con voz casi monótona, cosa que Seagraves interpretó como una mala señal—. Y eso no deja a esta oficina otra opción que acusarle a usted y a Buster Devonne de su muerte.

Trout miró rápidamente a Seagraves, y luego de nuevo a Townes. En el fondo de aquella mirada había otra mala señal, y Seagraves se dio cuenta de que si él no decía algo ahora, Trout hablaría.

—Si me permite hacer dos observaciones —empezó, y vio que Trout volvía a asentir con la cabeza—. No cabe duda de que Paris y Buster Devonne estaban en la casa, pero creo que no es tan seguro que ambos tengan la misma responsabilidad.

Townes asintió con la cabeza y anotó algo en su bloc.

—Se les juzgará por separado —dijo.

—Desde luego, si llegamos a ese extremo. Pero mi segundo comentario es que las circunstancias de la muerte no son raras en la parte de la comunidad donde ocurrieron; de hecho, tanto allí como en los Bottoms, e incluso en Bloodtown, se producen con cierta frecuencia, y el hecho de que sucedieran allí la tarde en que Mr. Trout, que nunca se ha visto envuelto en circunstancias semejantes, se presentó casualmente para resolver un asunto de negocios, puede decirnos más acerca del lugar que acerca del propio Mr. Trout.

Ward Townes miró a Seagraves y sonrió.

—¿Quiere decir que viene a ser como un accidente de caza?

Seagraves alzó las manos y se encogió de hombros.

—Ha sido todo muy rápido —dijo—. Mr. Trout y yo aún no hemos tenido ocasión de repasar detenidamente los acontecimientos que precedieron al tiroteo.

Trout le miró otra vez y luego volvió a mirar a Townes.

—Hice lo que era justo —declaró.

Las palabras sobresaltaron a Seagraves.

—Mr. Townes —dijo—, como acabo de mencionar, no he tenido la oportunidad de estudiar con detenimiento las circunstancias, y me pregunto si mi cliente y yo podríamos disponer de cierto tiempo para ello antes de que él preste declaración ante usted.

—Hice lo que era perfectamente justo —dijo Trout.

Townes alzó los ojos de la mesa y dijo:

—¿Deseaba usted repasar esto con su abogado, Mr. Trout?

Trout meneó la cabeza.

—No, señor —contestó—. No soy culpable de nada. Fui allí a cobrar un coche. Ya conoce mi negocio, usted también vive aquí. Trato igual a todo el mundo, exactamente como hacen en Nueva York. Si alguien recibió un tiro, se lo pegó él mismo.

Townes consultó las notas que tenía delante. Seagraves cerró los ojos.

—En tal caso, Miss Mary McNutt se pegó un tiro ella misma... Veamos..., ¿se disparó tres veces en la espalda?

—Sí, señor —contestó Trout—. Si resultaron heridas, fue porque dispararon contra ellas mismas. Cuando uno se tira bajo un tren, no se le echa la culpa al maquinista. Hay una serie de reglas que son más antiguas que cualquiera de nosotros, y ningún hombre puede pedir responsabilidades a otro cuando alguien infringe esas reglas. Si no fuera peligroso infringirlas, no habría ningún motivo para tenerlas.

Townes se puso las manos detrás de la cabeza y apoyó la espalda en la pared.

—Tengo una regla para usted, Mr. Trout —dijo—. El Estado de Georgia la incluyó en el código penal. Dice que no se puede entrar en casa de una persona y matarla a tiros. Y también esa regla es peligroso infringirla, señor. Ojo por ojo.

Seagraves vio que Trout empezaba a sonreír. Paris Trout no sonreía ni cuatro veces en diez años, y ese día no podía evitarlo.

—No son la misma clase de ojos —dijo Trout— y no son la misma clase de reglas.

—Las leyes de este Estado sobre el asesinato no hacen ninguna distinción entre razas —repuso Townes—. Para la ley una clase de ojos es tan buena como la otra. Así es como se han escrito las leyes y éstas son las reglas que seguimos.

Trout se movió entonces, se acercó a Townes y se inclinó hasta que sus manos se posaron en la parte delantera de la mesa.

—Esas no son las reglas de verdad, y usted lo sabe —dijo.

Seagraves vio que el buen talante de Townes cambiaba, y no había movido ni un músculo.

—Mr. Seagraves —dijo, sin quitar los ojos de Trout—, si yo fuera el abogado de este hombre, me acercaría aquí y le apartaría de esta mesa, o le ordenaría que tuviera

el pico cerrado durante el resto de la eternidad.

Al oír sus palabras, Trout se irguió y retrocedió. Volvía a sonreír.

—Dada la naturaleza no oficial del encuentro —dijo Seagraves—, mi cliente ha hablado más francamente de lo que lo hubiera hecho en un proceso judicial. Teníamos entendido que la naturaleza de este encuentro era informativa...

—¿Ve usted? —intervino Trout—. Eso es lo que quiero decir. Tiene usted dos series de reglas en esta misma oficina. Tiene las que constan en su libro de leyes y tiene su sentido común.

Townes siguió apoyado en la pared, las manos detrás de la cabeza.

—Mire —prosiguió Trout—, si tiene alguna condenada multa que yo deba pagar, me gustaría que me lo dijese y que me dejase volver a mi tienda y hacer lo que tengo que hacer.

Townes volvió a acercar la silla a la mesa. Miró las notas que tenía sobre ella, hizo unos cálculos. Descolgó el teléfono y marcó un número de cuatro cifras.

—¿Hubert? —dijo—. Ward Townes al aparato. Tengo a Mr. Paris Trout aquí en mi despacho. Ha venido a entregarse por haber disparado contra Rosie Sayers y miss Mary McNutt, y me pregunto si podrías pasar a buscarle ahora mismo... Sí, en efecto, gracias. Estaremos aquí. Mr. Trout —añadió, colgando el teléfono—, queda usted detenido por el asesinato de Rosie Sayers y por el intento de asesinato de Mary McNutt. En vista de su posición en la comunidad y de la elevada consideración en que tengo a su hermana, estoy seguro de que puede fijarse una fianza razonable, con la condición de que permanezca usted en el condado de Ether y que usted y su abogado, Mr. Seagraves, aquí presente, hagan entrega de todas las pruebas materiales relativas a este asunto. Cualquier arma de fuego, prenda de vestir o comprobantes de deuda.

Trout dejó de mirar a Townes y se volvió hacia Seagraves. Al menos había dejado de sonreír. A su espalda, Townes decía:

—¿Queda claro, Mr. Seagraves? ¿Mr. Trout? No es mi deseo enviar a Hubert Norland y sus hombres a que registren su casa, con las consiguientes molestias para su señora esposa.

—¿Le parece bien mañana por la mañana? —preguntó Seagraves—. Mr. Trout me entregó el arma hace unas horas y el resto lo recogeremos después de depositar la fianza.

—¿Lleva consigo el arma?

—La tengo en casa —respondió Seagraves.

—Bien, que sea mañana por la mañana —acordó Townes. Consultó su reloj, luego se puso en pie y volvió junto a la ventana—. Siéntese si lo desea, Mr. Trout —dijo, mirando hacia el exterior—, el jefe Norland ha dicho que venía en seguida, pero seguro que en este momento está colgado del teléfono, tratando de localizar a Mr. Seagraves para preguntarle si hay algún inconveniente en que le detenga a usted. Puede que tarde un poco.

Trout no se movió.

—Ese hombre tiene más sentido común que cualquiera de los que nos encontramos en esta habitación —dijo.

Townes se volvió a mirarle por encima del hombro, y estaba sonriendo.

—Ha sido una observación muy profunda, Mr. Trout —dijo.

El jefe Norland hizo su aparición al cabo de unos minutos y se sobresaltó perceptiblemente al ver a Seagraves. Hizo salir a Trout sin tocarle y de la misma forma lo condujo por el pasillo y escalera abajo. Hubieran podido tomarles por un par de amigos que iban de paseo, sólo que el jefe le precedía medio paso. No quería dar a Trout la oportunidad de entablar conversación.

Seagraves estrechó la mano del fiscal y siguió al jefe de policía y a Trout hasta el exterior del edificio. Casi esperaba que Paris echara a correr. El abogado no recordaba haber vivido un día tan malo, y aún no había terminado.

Lo malo del día, sin embargo, no era Paris Trout, sino la chica.

Cuando llegó al Cadillac había un perro negro y flaco dentro, un perro con ojos color de aguanieve, lamiendo la sangre de gallina del asiento.

El animal se quedó quieto al verle. Durante unos segundos el único movimiento fue el subir y bajar sus costillas, y luego pegó un bote y huyó corriendo.

TERCERA PARTE

Hanna

La noticia de los sucesos de Indian Heights apareció el jueves por la mañana en el ángulo inferior izquierdo de la primera página del *Ether County Plain Talk* —«La conciencia del Sur»—, debajo de unas breves líneas que comunicaban el nacimiento del primer nieto de Estes Singletary. Estes Singletary era el propietario del periódico.

El *Plain Talk* no culpaba a nadie de lo sucedido. De hecho, hasta la última línea —«Miss Sayers fue llevada a la Clínica Thomas Cornell, donde posteriormente murió a causa de sus heridas»— no se enteraba el lector de que se habían producido víctimas.

Hasta la última línea parecía un asunto inocente.

Al menos eso pensó Hanna Nile Trout, sentada en uno de los taburetes del mostrador de Dickey's Drug, mientras leía el artículo una y otra vez, hasta que hubiera podido cerrar el periódico y recitarlo. Tenía una taza de café delante de ella, y al lado de una taza, un plato de bacon y gachas de maíz, intacto.

Parecía un asunto inocente.

No acababa de verlo claro, y empezó a leer el artículo otra vez. Paris y Buster Devonne estaban metidos en ello, pero a ninguno de los dos se les identificaba por algo más que por el nombre. Decía que Mary McNutt trabajaba de doncella. Y que Rosie Sayers, de catorce años, había muerto a causa de sus heridas.

Cerró los ojos y se imaginó a su marido dentro de una casa, disparando contra unas mujeres de color. Lo imaginó en seguida, sin ningún esfuerzo, y se asustó. Sabía que era verdad.

Dobló el periódico y lo depositó sobre el mostrador, junto al plato. Lo miró fijamente y al final probó las gachas. Estaban frías y espesas, y lamentó haberlas pedido. Se las comió de todos modos —creía que desperdiciar la comida era pecado— mientras trataba de recordar si alguna vez le habían hablado de algún negro que se llamara Sayers.

Hanna Nile había dado clases en la escuela pública del condado de Ether durante casi quince años antes de trabajar para el Estado. Había hecho suplencias en las escuelas para negros; el alcalde Bob Horn la había nombrado presidenta de una comisión encargada de investigar el problema del absentismo escolar. Se había tomado sus obligaciones en serio, y en ese momento se preguntó si la chica muerta habría sido alumna suya, o si ella habría ido alguna vez a su casa para decirle a su madre que la mandara a la escuela.

Se preguntó si habría estado dentro de la misma casa que Paris había visitado con Buster Devonne.

La frase volvió a ella, casi como una canción. *Parecía un asunto inocente.* Terminó las gachas y se comió el bacon con los dedos, mirando el lugar del periódico donde aparecía la noticia y preguntándose si en realidad ésta reflejaba el peso de los acontecimientos. El nombre de Sayers le resultaba conocido, pero sin relación con su vida profesional.

Algo había oído, dónde no parecía tener importancia.

Ahora veía con mayor claridad la magnitud del error que había cometido casándose con Paris. Era el mismo error en que cayera al irse de Cotton Point para ocupar el puesto del Estado. Querer lo que no tenía.

Había quedado vacante una plaza de directora, pero la junta escolar del condado de Ether rechazó su solicitud —no había directoras de escuela en el condado de Ether— y se fue a trabajar a Atlanta. En cinco años se vio convertida en la mujer más encumbrada del departamento de escuelas estatales, ganando más dinero que algunos hombres, pero a causa de ello abandonó la enseñanza propiamente dicha. Ahora había un lugar vacío dentro de ella.

Lo aceptaba como castigo a sus ambiciones.

Había otros lugares vacíos; su madre y su padre, ambos fallecidos; su único hermano, que había muerto en Filipinas, combatiendo durante la guerra. Había estado sola tanto tiempo, y había visto a tantas otras mujeres solas.

Y entonces había conocido a Paris —ya le conocía, pero sólo hasta el punto de saludarse con la cabeza por la calle—, y resultó atractivo después de la burocracia de Atlanta. La vida de Paris tenía forma, estaba segura de que la tenía. Era un hombre directo, voluntario y honrado, y había en él una seguridad que faltaba en la vida de Hanna. Paris no mentía.

Y sí, se daba cuenta de que en el fondo de todo ello había una vertiente más oscura, pero eso la había excitado. Nunca le amó, lo sabía; sin embargo, dejó su empleo en el departamento de escuelas para pasar la vida con él, no para terminar sola, sin ninguna vida en absoluto.

Pero en Paris Trout había menos amor que en la administración.

Él nunca había dicho que la amara, por supuesto, ni ella había esperado que lo dijera. Pero Hanna creyó que la distancia entre ambos se acortaría. Creyó que él la necesitaba para algo más que para moverse con violencia dentro de ella, para algo igual de apremiante, pero a otro nivel.

Sin embargo se había equivocado al juzgar la naturaleza de Paris y la suya propia.

Sí, los espasmos la hacían temblar con tanta fuerza como temblaba él, pero el lugar vacío no hacía más que crecer.

Él la había puesto a trabajar en la tienda, doce y trece horas diarias, y se negaba a contratar una doncella que limpiase la casa.

Paris era un hombre endurecido, de sangre fría, y no le había hecho ningún regalo desde el compromiso. Fornicó con ella casi todas las noches dos años, obligándola a poner las piernas sobre sus hombros para poder penetrarla más, o a inclinarse en el

borde de una mesa o sobre el brazo del sofá. Pero nunca había pasado una noche en su cama, ni en su cuarto.

Y ella seguía con él, porque era lo que tenía que hacer.

A veces pasaban semanas sin que le dijera una sola palabra, y luego salía súbitamente del despacho de la trastienda y la insultaba empleando las peores palabras, incluso en presencia de gente que ella conocía de sus tiempos de maestra.

El matrimonio la aisló de sus amistades.

Llevaban casados un mes cuando ella le prestó la mitad de su dinero —más de cuatro mil dólares— para un negocio de maderas, y él nunca se lo devolvió.

La otra mitad estaba en un banco de Atlanta y Hanna la mantenía en secreto.

Había sido cuidadosa toda la vida hasta que conoció a Paris Trout, y casarse con él —ahora lo veía— fue una temeridad, y también por ello recibía su castigo.

La chica del mostrador apareció ante ella para servirle más café. Hanna no la conocía —había toda una generación de jóvenes del condado de Ether que ella no conocía, formaba parte de su castigo—, y tampoco la chica a ella.

La joven usaba un perfume que Hanna notaba en las gachas, y un peinado de peluquería que ni siquiera se movía cuando el ventilador giraba hacia ella y le levantaba el cuello del uniforme hasta los pendientes. Hanna calculó que tendría diecisiete años.

—¿Ha visto esto de aquí? —preguntó la chica, apoyando una uña de color de rosa en el centro de la noticia relativa a Indian Heights.

—Acabo de leerlo.

—Es peor que la guerra civil.

Hanna la miró, tratando de descifrar lo que quería decir.

—Es lo que dice mi papá, que es peor que la guerra civil.

—No te entiendo.

—Lo único que sé es que tiene algo que ver con la política.

Había otras tres personas sentadas ante el mostrador y dos de ellas se volvieron para mirar a quien acababa de hablar. La chica se ruborizó al notar que llamaba la atención y empezó a alzar la voz. Dijo:

—Deberían hacerle gobernador de Georgia.

—¿A quién?

El dedo volvió a posarse en el periódico.

—A como se llame, ése que sale en el periódico. Mi papá dice que debería presentarse a las elecciones para gobernador, que se llevaría todos los votos del condado de Ether.

Hanna abrió el bolso y sacó un billete de dólar.

—Trout —dijo la chica, leyendo el periódico al revés—. Mr. Paris Trout. El otro es Buster Devonne, pero todo el mundo le conoce. No te eligen cuando eres demasiado conocido.

Hanna puso el dólar sobre el mostrador y esperó mientras la chica preparaba la

cuenta. Hizo la suma con lentitud y escribió los números trabajosamente. La punta de la lengua asomaba entre sus labios.

Hanna se volvió en el taburete y empezó a temblar. Notaba unas palpitaciones en la garganta y en los labios. Se puso en pie, tratando de calmarse, confiando en poder salir antes de que alguien se diese cuenta.

La chica le miró, el lápiz todavía posado en el bloc. Tenía los dientes incisivos manchados de carmín.

—¿Le ha gustado todo? —preguntó.

Hanna le sonrió. Durante unos segundos pensó que quizá también ella llevaría manchas de carmín en los dientes. No se atrevió a decir nada más, porque sabía que la agitación se le notaría también en las palabras.

Deberían hacerle gobernador.

Vio cómo serían las cosas entonces, todo se haría público y ella formaría parte de ello, parte del artículo y parte de la leyenda que nacería después. En ese momento pensó en abandonar a Paris Trout, pero tenía miedo.

Más que miedo de él —aunque eso contaba—, temía aspirar otra vez a una vida diferente. Se imaginó a sí misma pobre, sin trabajo ni un lugar donde alojarse. Sin la expresión que aparecía en los ojos de Paris un momento antes de penetrarla.

La chica se fue con el dólar y la cuenta a la caja registradora. Buscó las llaves como si nunca hubiera visto la máquina antes. Las palpitaciones se propagaron a las mejillas de Hanna, justo debajo de los ojos, y supo que estaba a punto de llorar.

Saludó con la cabeza a las personas instaladas ante el mostrador y echó a andar hacia la puerta. La chica la llamó desde la caja registradora.

—¡Señora! Se olvida usted el cambio.

—No importa, querida. Lo he dejado para ti.

La chica contó el dinero que tenía en la mano.

—Son sesenta centavos —dijo.

Hanna Trout salió a la luz del sol. Se detuvo en la acera un momento y luego, sin querer, miró al interior del establecimiento a través del cristal. La chica seguía observándola. Hubo un breve destello de uñas de color rosa cuando le dijo adiós con la mano.

La tienda estaba a tres manzanas. Hanna caminaba con la cabeza baja, temiendo ver a alguna persona conocida. Las palpitaciones se habían apoderado de ella.

La puerta principal estaba cerrada, con dos cerraduras. Paris Trout era el único hombre de Cotton Point que ponía dos cerraduras en sus puertas. Buscó las llaves en el bolso y entró, y luego volvió a cerrar por dentro y se sentó a oscuras en una caja de tomates. Necesitaba calmarse antes de atender a los clientes. Aspiró hondo varias veces hasta que el aire empezó a salir de su pecho sin dificultades.

Al cabo de unos minutos se puso en pie para abrir el establecimiento y de repente oyó la voz de Paris. Dio un salto al oírla, pues no esperaba encontrarle allí después de que la noticia corriera por toda la ciudad. Se quedó de pie en el pasillo que iba de un

extremo a otro de la tienda. La puerta del despacho estaba cerrada, pero la luz se filtraba por debajo.

La voz de Paris parecía sacudir las latas de los anaqueles.

—¿Qué diablos quiere de mí?

Reinó el silencio durante un momento, Hanna esperó. Luego Paris volvió a hablar:

—No permitiré que se me insulte de esta manera, no señor, no lo permitiré por la deuda de un negro...

Hanna pensó que estaría con Harry Seagraves en el despacho, porque su esposo sólo utilizaba la palabra *negro* en tono despectivo cuando hablaba con algún abogado. No pudo oír la respuesta del abogado, sin embargo, y luego Paris empezó a hablar otra vez.

—Se lo advierto. Habrá más derramamiento de sangre del que ya ha habido.

Ahora gritaba, y Hanna sintió miedo. Paris tenía armas de fuego en su despacho. Guardaba armas de fuego en todas partes. La respuesta, si la hubo, fue en voz tan baja que Hanna no captó ni siquiera el tono. Pero pareció encolerizar a su marido.

—¡Por Dios que voy a acabar con esto ahora mismo!

Ella supo que iba a pegarle un tiro al abogado y echó a correr para impedirlo. La falda se le enredó entre las rodillas y dio un traspié. Le oyó otra vez, un chillido sin palabras, justo al llegar al despacho. Hizo girar el pomo, esperando encontrar la puerta cerrada con llave. Pero el pomo se movió con su mano y la puerta se abrió.

Su marido estaba sentado ante la mesa, apuntando hacia el techo con una pistola que parecía pesada. No había nadie más en la habitación. Poco a poco fue bajando el cañón del arma hasta que quedó enfocado, junto con su único ojo abierto, hacia el pecho de Hanna. Paris iba sin afeitarse, y llevaba restos de comida secos en una comisura de la boca.

El otro ojo se abrió, inyectado en sangre.

—¡Jesús! —exclamó Hanna. Se sentía débil y buscó apoyo en una silla plegable que había cerca de la pared.

Paris se levantó, con la pistola al costado ahora, y cruzó la habitación. Hanna creyó que iba a dar explicaciones, pero pasó junto a ella sin detenerse, oliendo a orina, y miró por la puerta, primero hacia un lado y luego hacia el otro.

—No hay nadie en la tienda —dijo ella—. No he abierto.

Paris se volvió hacia el interior del despacho y la miró como quien mira seis cajas de melones que le han servido sin haberlas pedido. Llevaba los pantalones manchados y la bragueta abierta. Hanna se alisó la falda y se quitó una pelusilla de la blusa, con la vaga esperanza de que los movimientos normales hicieran que las cosas volviesen a la normalidad.

Él la observó sin que su cara mostrase el menor movimiento. Hanna pensó que las cosas estaban cambiando en ese momento, allí mismo, en la habitación, y que nunca volverían a ser como antes.

—Hace algún tiempo —dijo— me pediste que te prestara una suma de dinero. En vista de las circunstancias, quizá sería prudente que me lo devolvieras ahora.

No tenía ni idea de cómo se le habían ocurrido esas palabras ni de cómo se las había tomado él.

Paris se acercó de nuevo a la mesa y se sentó.

—Eres mi esposa —dijo.

—Ese dinero lo tenía antes de casarme contigo.

Paris meneó la cabeza.

—Este lío de las negras —dijo, pronunciando la palabra como antes pronunciara *negro*— no tiene nada que ver contigo.

Hanna empezó a decir algo, pero él la interrumpió.

—Y tampoco tiene nada que ver con la ley. Yo hago mis tratos y vivo de acuerdo con ellos, y que Jesús proteja a quienes no hagan lo mismo.

—No quiero lo que es tuyo. Quiero que me devuelvas mi dinero.

Paris golpeó la superficie de la mesa con el costado de la pistola, volcando la botella de agua mineral. Siempre había agua mineral en alguna parte, tanto en la tienda como en casa. Paris Trout no quería beber agua del grifo. La botella rodó de un lado a otro de la mesa, dejando un rastro de charcos pequeños.

Él no trató de detenerla.

En la habitación no se oyó más ruido que el de la botella rodando sobre la madera y luego cayendo al suelo. Hanna clavó los ojos en los de Paris, luego desvió la mirada. En ese momento vio que estaba afligido.

—Lo siento por ti —dijo, mirando hacia el suelo.

Paris hizo un ruido que ella interpretó como la risa.

—Eso es mentira —saltó—. Lo sientes por todos los críos que salieron descalzos del coño de su madre, y por los viejos, y por los hijos de perra que se pasan el día jugando con los dedos de sus propios pies en el manicomio, pero no lo sientes por mí.

Hanna levantó la vista otra vez y vio que se estaba riendo de ella.

—Te he pillado mintiendo —dijo Paris.

—Quiero que se me devuelva mi dinero.

—¿Y sabes qué más te digo? Sé por qué lo has dicho. Quieres que inspire lástima, así podrás sentirte como tienes que sentirte. Porque no sabes ser amable a menos que alguien esté enfermo o inspire lástima.

Hanna se ruborizó al oírle y retrocedió un paso hacia la puerta. El olor a orina volvió a darle en la nariz.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿Es verdad o no?

—No lo sé.

—Has vuelto a mentir.

Ella empezó a recular hacia la puerta. Paris se levantó de la mesa y la pistola subió con él. Hanna se detuvo en seco.

—Has mentido —dijo él.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó, incapaz de adivinar sus intenciones.

Paris miró la botella vacía que estaba en el suelo y dijo:

—Traéme algo de beber de la tienda, luego limpia lo que se ha derramado.

El agua mineral estaba en un anaquel en la parte delantera del establecimiento, cerca de la puerta. Hanna pensaba irse sin más. Pero cuando llegó a la puerta había una mujer esperando al otro lado. Llevaba un crío de corta edad colgado del brazo, alzando los pies para columpiarse o para hacer caer a la mujer, resultaba difícil adivinarlo.

Hanna la reconoció —estaba casada con uno de los decanos del colegio universitario—, pero no recordaba su nombre. Le abrió la puerta. Esperó a que la mujer entrara y entonces colocó de un puntapié la cuña que sujetaba la puerta. Abierto al público.

—¿Quiere que le busque lo que necesita?

—Gracias —dijo la mujer—, pero ya lo encontraré yo misma.

Su acento era del sur, aunque no de la ciudad, y su porte era digno, incluso con el crío colgando del brazo. Hanna irguió el cuerpo, pensando en su propia dignidad.

Tomó una botella de agua mineral del anaquel y echó a andar hacia el despacho. No quería que la mujer viese a Paris, no quería que nadie se compadeciese de ella. Algo dependía de la opinión de la mujer.

—Vuelvo en seguida —dijo.

Paris seguía donde le había dejado. Exactamente en el mismo sitio. La botella continuaba en el suelo cerca de sus pies, un reguero de agua derramada formaba media elipse sobre la superficie de la mesa. Por suerte, la pistola ya no estaba en su mano, sino sobre la mesa. Hanna cruzó la habitación y le dio el agua mineral.

Había un lavabo de metal en la esquina y Hanna encontró una esponja seca en él, la mojó, la escurrió y luego limpió la mesa. Paris abrió la botella, siguiendo todos los movimientos que ella hacía. Ninguno de los dos habló.

Hanna dio unos pasos alrededor de él, agachándose para recoger la botella del suelo, y en ese momento oyó un ruido fortísimo junto a su oreja y de pronto lo vio todo borroso. Fue a caer contra la mesa mientras empezaba a comprender que él la había golpeado, y entonces notó que le rodeaba el cuello con una mano y su peso la apretaba contra la superficie de la mesa. Notó algo caliente al oído y un entumecimiento en alguna parte de su interior.

A pesar de ello, ninguno de los dos dijo nada. Los únicos sonidos que oía eran el de la respiración de Paris y el de la suya propia, y el de la sangre que se le agolpaba en la cabeza. Tenía la mejilla apoyada en la superficie y los ojos abiertos, pero él la apretaba desde el otro lado y Hanna no podía verle.

Todo estaba relacionado de un modo u otro con la chica a la que había matado.

Entonces notó un movimiento, por encima de ella, y Paris dejó la botella de agua mineral sobre la mesa, a pocos centímetros de su nariz. Se preguntó si había cerrado la puerta del despacho, temiendo que la mujer volviese a buscarla cuando estuviera

lista para pagar la compra.

De pronto tiró con todas sus fuerzas, pero sólo logró que él la apretase más, hasta hacerle soltar una exclamación. No fueron palabras, sólo un sonido. Le levantó la falda y Hanna notó una sensación fría en la parte posterior de las piernas.

—Paris, por favor... —La voz no sonó como la suya, salió estrangulada y cómica.

Él le subió la falda hasta arriba. Se le arrebujo por delante y se enganchó en el borde de la mesa. Paris tiró de la tela levantando a Hanna del suelo. La falda se soltó por fin y al cabo de un momento sintió su leve peso sobre su espalda.

—No voy a tolerar esto.

No recibió respuesta y a los pocos instantes la vista se le nubló y se preguntó, como en sueños, si él se habría marchado. Luego notó su mano sobre ella, recorriéndole las nalgas. Se las golpeó una vez y la fuerza del golpe hizo que su cabeza se moviera y el cuello frotase la madera.

Entonces la mano de Paris encontró el elástico de las bragas y se las bajó por las piernas hasta que cayeron al suelo por sí solas. Hanna forcejeó con él, levantándose un poco de la mesa, pero él la empujó hasta dejarla igual que antes. Volvió a pensar en la mujer de fuera, la que había entrado a comprar unas cosillas cuando volvía a casa.

Nadie entraba a comprar más que unas cosillas, las compras fuertes las hacían en A & P.

Vio la mano de Paris. Se cerró alrededor de la botella de agua mineral, tomándola por la parte de abajo. Hubo un momento de calma entonces; Hanna pensó que podría hablarle mientras él bebía.

—Paris, mírate...

Notó que él se movía, pensó que iba a soltarla. Luego le sintió entre las piernas, empujando para penetrarla. Se le ocurrió la idea, también como en sueños, de que Paris lo tenía planeado y por eso no se había abrochado la bragueta.

Él apretó más fuerte, pellizcándole las piernas con el borde de la mesa, y Hanna soltó un grito. Oyó a Paris al mismo tiempo, el mismo sonido de antes, casi una carcajada. Pero había algo raro en la dirección de donde procedía el sonido, venía de un lado. Él la penetró y siguió empujando un poco más. Hanna empezó a dar puntapiés hacia atrás, levantando las piernas todo lo que pudo, pero allí no había nada.

Él empujó hasta adentrarse más y esta vez Hanna notó un dolor diferente, un dolor que la rasgaba y la levantaba de puntillas, y entonces se dio cuenta de que no era Paris el que estaba dentro de ella.

Utilizaba la botella a modo de palanca. Un extremo estaba metido en lo más hondo de su vagina, la abertura de su cuerpo hacía de fulcro, y él la levantó de esta manera hasta que Hanna notó que el agua tibia entraba en ella y volvía a salir y le bajaba por las piernas hasta meterse dentro de sus zapatos.

Paris la mantuvo en esa posición hasta que la botella quedó vacía. Finalmente la extrajo casi con suavidad, y luego le quitó la mano del cuello. Aún no había pronunciado una sola palabra inteligible. Se quedó a su lado, sosteniendo la botella, y la miró mientras ella se incorporaba lentamente.

Se sentía mareada, y a medida que iban transcurriendo los segundos crecía una sensación ardiente en su cuello. Se tocó la cara y tenía la mejilla hinchada, irreconocible. Se apoyó en la mesa y se subió las bragas. Estaban completamente empapadas.

Después se bajó la falda y finalmente se alejó de él.

Notaba las bragas mojadas contra la piel, y también lo que Paris le había hecho.

—Mírate —volvió a decir, y al no recibir respuesta salió de la habitación. Los zapatos mojados emitían un ruido extraño al andar.

La mujer estaba de pie frente al mostrador. Tenía ante ella una caja de galletas saladas y un sobre de sopa de fideos con pollo, y el crío llevaba un paquete de chicle Dentine. La mujer alzó los ojos al oír que Hanna se acercaba.

Hanna se colocó detrás de la caja registradora y accionó el mecanismo. Tomó el dinero de la mujer y le devolvió el cambio. Metió las galletas y el sobre de sopa en una bolsa y le dio las gracias. La mujer le miró la cara y luego desvió los ojos hacia el despacho.

Se inclinó hacia adelante para que el niño no pudiera oírla y dijo:

—¿Se encuentra usted bien, querida?

Hanna sintió las bragas frías debajo de la falda, y las piernas pegajosas.

—Sí, gracias —respondió—. Mi marido y yo hemos tenido un pequeño apuro, pero ya está todo resuelto.

La mujer salió del establecimiento y momentos después Hanna se fue también. No cerró la puerta tras ella, y al cabo de unos minutos, mientras pasaba junto al recinto del colegio universitario, de nuevo tuvo la impresión de que en ese momento las cosas estaban cambiando definitivamente.

Que Paris se había ido a alguna parte y se había perdido para siempre.

No se marchó de casa. Se quedó, porque eso era lo que había que hacer.

En cierto modo, la casa era suya.

Sin embargo, cuando Paris Trout volvió del trabajo por la noche, Hanna había tomado varias sillas, una lámpara, una mesa y la alfombra de la sala principal y lo había llevado todo al piso superior, a su propio dormitorio. Desde la ventana vio que Paris abría la puerta del jardín y subía por el camino. Le estuvo mirando hasta que la casa le ocultó a sus ojos y entonces cruzó la habitación y cerró la puerta con llave.

Paris no intentó entrar por la fuerza. Hanna le oyó en la escalera y luego en el pasillo. Se detuvo ante la puerta, permaneció allí durante un largo minuto y después oyó como desandaba sus pasos. De algún modo acababan de hacer un pacto.

Durante tres días no se hablaron, ni una palabra. Todas las noches Hanna se encerraba con llave en su dormitorio y todas las mañanas recuperaba la casa cuando él se iba. Leía libros en su cuarto, novelas de Raymond Chandler que sacaba de la biblioteca pública. Compró una radio. Tomaba largos baños y empezó a llevar un diario.

No limpiaba nada exceptuando su propia persona y su habitación, no fregaba los platos ni cocinaba, y llevaba su ropa sucia a la lavandería, donde cargaban el importe a cuenta de su marido. Le veía llegar e irse y procuraba que él no la viese a ella.

El martes se celebraba un oficio religioso por la niña. Hanna telefoneó al juez de primera instancia, un hombre llamado Cliff Collins, y le pilló bebiendo. El hombre le indicó el lugar y la hora.

A la mañana siguiente el juez la telefoneó a su vez, sobrio, y dijo:

—Mrs. Trout, no me conviene que se sepa que fue esta oficina la que le facilitó la información.

Hanna se puso un vestido oscuro y anduvo hacia el sur y luego hacia el este, cruzó el recinto del colegio universitario y seguidamente penetró en Bloodtown. El oficio tendría lugar en una capilla pequeña y pintada de blanco que se alzaba en la acera opuesta al cementerio de Horn.

Se sentó en la parte de atrás —había solamente cuatro filas—, sudando a causa de la caminata, y escuchó lo que un predicador baptista dijo ante el ataúd abierto. Había otras cinco personas en la iglesia, dos jóvenes negros, un negro de más edad, dos niñas pequeñas.

La más pequeña de las niñas se chupaba el pulgar mirando fijamente a Hanna, por encima de su puño menudo y mojado, durante todo el funeral. El predicador leyó un pasaje de la Biblia y luego metió la mano en la caja para tocar a Rosie Sayers.

—Bajad conmigo ahora —dijo—. Bajad y juntad vuestras manos con las mías y decidle adiós a esta niña.

Y luego se inclinó hacia el interior del ataúd y le besó en los labios.

Hanna Trout se levantó con los demás y se dirigió hacia la parte delantera de la capilla. Llevaba el bolso bajo el brazo. El predicador le tomó una mano, el hombre de más edad le tomó la otra. El bolso cayó al suelo. La más pequeña de las niñas se mecía entre los dos chicos, los ojos clavados en la piel blanca de Hanna.

Hanna miró a la niña y después miró al interior del ataúd. Había otra niña dentro, la niña que ella había llevado a la Clínica Cornell para que le aplicaran un tratamiento antirrábico. Su cabeza reposaba sobre una almohada de satén color de rosa.

El predicador cerró los ojos y habló.

—Gracias, Jesús, por mandarnos esta chiquilla. Ahora te la devolvemos para que esté en buenas manos y te rogamos que nos perdones por no haberla cuidado mejor aquí.

—Amén —dijeron todos, incluidas las niñas.

El predicador cerró la tapa del ataúd y entre él y los tres hombres lo transportaron

el otro lado de la calle, donde había una fosa recién cavada. Dejaron la caja en el suelo, se quitaron la americana y luego la bajaron a la fosa.

Una hora después Hanna cruzó el umbral de su casa y encontró a Paris sentado con su abogado en la habitación que daba a la calle. El abogado se puso en pie para saludarla.

—Mrs. Trout —dijo.

—Mr. Seagraves.

Su marido iba sin afeitarse y llevaba los mismos pantalones y la misma camisa que el día anterior. Hanna sabía que había dormido —a pesar de tener la puerta cerrada con llave, había oído los ronquidos que sonaban en el otro extremo del pasillo—, pero su aspecto era tan cansado como siempre.

El abogado se acercó un poco más y le ofreció la mano. Hanna la tomó sólo un momento y luego la soltó. Los ojos del hombre permanecieron posados en ella durante largo rato.

—Espero no estar causándole molestias —dijo.

—A mí ya no me molesta nada —replicó ella.

El abogado la miró como si su marido no estuviese en la habitación.

—Es usted una mujer que dice las cosas con franqueza, Mrs. Trout —dijo.

Paris se movió entonces, cambió de postura en el sofá para mirar por la ventana. El movimiento atrajo la mirada de Hanna, y cuando ésta volvió a dedicar su atención al abogado, vio que Seagraves se había inclinado un poco más hacia ella, como si se dispusiera a hacerle una confidencia.

—Como le estaba diciendo a su esposo, el problema que tenemos es en parte psicológico —dijo.

Ella le miró fijamente, sin entender lo que quería decir, sin ganas de que se lo explicara.

—En ese sentido —prosiguió Seagraves— hay dos consideraciones. Una es la edad de la difunta. Tenía catorce años, edad que, como probablemente sabrá usted, es lo que a nivel jurídico se llama la edad del consentimiento, y podríamos argüir que, por ende, era adulta.

—¿Consentimiento de qué?

Seagraves no respondió a la pregunta.

—La otra consideración —dijo— es el hecho de que se sabe que su esposo es un hombre rico y poderoso, de algún modo podrían utilizar eso contra él ahora, puesto que las circunstancias hacen que la niña parezca más indefensa en comparación con él.

—Mr. Seagraves —dijo Hanna—, vengo del entierro de la niña y no me interesan los problemas jurídicos que su muerte les haya planteado a usted o a mi marido, y tampoco lo que hagan para resolverlos.

Seagraves se volvió hacia Trout, que seguía mirando por la ventana.

—¿Un oficio religioso? —preguntó.

Hanna miró también hacia el sofá. Pensó en lo que Paris le había hecho con la botella y se preguntó cuánto tiempo había esperado para hacerlo.

—¿Ha asistido usted al oficio religioso? —insistió el abogado.

A Hanna le complació ver que la cordialidad se había esfumado de su voz. No respondió.

—Mrs. Trout —dijo Seagraves—, sé que usted no haría a propósito nada que pudiera perjudicar a su esposo...

—No me interesa, Mr. Seagraves. Este asunto no me interesa ni pizca.

Seagraves se llevó la yema de los dedos a las sienes, como si Hanna le hubiera dado dolor de cabeza.

—No pretendo agotar su paciencia —dijo al cabo de un momento—. Me hago cargo de que aborrece usted lo que ha sucedido. Pero le ruego que comprenda que todo lo que haga ahora puede perjudicar a su esposo.

—Mr. Seagraves —repuso ella, mirando a Paris—, no tiene usted idea de hasta dónde llega mi aborrecimiento.

Y les dio la espalda, complacida por el tono con que le habían salido aquellas palabras, subió la escalera y se encerró con llave en su dormitorio. Se desnudó, llenó la bañera y permaneció largo rato sentada en ella. Los dos hombres estuvieron en el piso de abajo otra hora. Hanna oía el murmullo de sus voces y luego, cuando se acostumbró al silencio, empezó a distinguir las palabras.

Gran parte de lo que hablaban se refería a la ubicación física de su marido y Buster Devonne durante el tiroteo. El abogado quería saber exactamente dónde estaban, Paris no parecía saberlo. Hanna oyó que decía una y otra vez:

—Había humo en toda la casa...

Su marido no sabía mentir y las palabras le salían sin naturalidad, daban la impresión de haber sido ensayadas. Hanna se tocó los labios de la vulva, suavemente, y le dolió. Tenían una coloración anormal y algunos cortes.

Paris levantó la voz.

—Ella no pinta nada en esto. No hay que tenerla en cuenta.

No pudo oír la respuesta del abogado, pero en seguida captó la voz de su marido otra vez, más alta que antes, clara como si estuviera en el cuarto de baño.

—No puede hacer nada contra mí. Es mi esposa.

Luego le oyó moverse, camino de la puerta. Oyó cómo ésta se abría y después se cerraba, y entonces los pasos de su marido sonaron en la escalera otra vez, y seguidamente en el pasillo. Permaneció quieta, mirándose los dedos. Arrugados y blancos por efecto del agua.

Paris se detuvo ante la puerta del dormitorio de Hanna y ésta notó que el agua de la bañera se había enfriado y empezó a temblar.

Él llamó a la puerta.

Hanna abrió con el pie el grifo del agua caliente. El pie estaba tan arrugado y blanco como los dedos. Paris volvió a llamar, luego trató de abrir la puerta. A pesar del ruido del grifo abierto, Hanna oyó el movimiento del picaporte. Se oyó durante mucho rato, como si su marido fuera un crío que por primera vez se encontraba con una puerta cerrada y no acababa de entender qué pasaba.

De pronto oyó la voz de Paris y se sobresaltó.

—No puedes hacer como si yo no estuviera aquí —dijo.

Hanna se hundió un poco más, hasta que el agua le cubrió los oídos y subió hasta casi alcanzar los bordes de la bañera. En vez de cerrar el grifo, buscó el tapón con el pie y tiró de él.

La voz de Paris le llegó a través del agua. Parecía proceder de algún lugar muy lejano.

—Cierra el maldito grifo —dijo.

Había un libro en el suelo, una de las novelas de Raymond Chandler que había sacado de la biblioteca, y Hanna lo recogió, lo abrió por donde estaba el punto y se puso a leer. El agua fue saliendo lentamente de la bañera. Paris empezó a dar patadas contra la puerta, pero tenía casi tres centímetros de espesor y resistió. El ruido era fuerte y, en cierto modo, reconfortante.

Su marido volvió a golpear la puerta con el pie, más fuerte, y Hanna empezó a leer en voz alta. Cuando Paris habló de nuevo estaba sin aliento. A pesar del grifo abierto, la bañera se había vaciado casi por completo, y los pocos centímetros de agua que quedaban le estaban escaldando el trasero.

—Tienes obligaciones para conmigo —dijo él—. Es mejor que lo recuerdes.

Hanna acercó los dedos del pie al grifo y lo cerró. La voz de Paris llenó el cuarto de baño.

—Nadie se mete en líos si vive de acuerdo con sus obligaciones; conmigo no. Esa es la causa de todo este embrollo.

Hanna dejó el libro en el suelo otra vez, se puso en pie en la bañera y luego salió de ella. Se secó delante del espejo y observó las señales que el borde de la mesa de Paris le había hecho en la piel.

—Hanna Nile —dijo él—. No puedes fingir que no me oyes.

Hanna se envolvió en un albornoz y cruzó el dormitorio hacia la puerta. La abrió y encontró a Paris apoyado en la pared, con la frente apretada contra un brazo. Se quedó en el umbral y esperó. Su marido pasó por delante de ella y entró en el cuarto.

El olor a orina entró con él.

Paris se sentó en la cama, Hanna permaneció en el umbral. Vio que él no sabía qué decir, que miraba hacia el techo y luego se cubría los ojos.

—Mr. Seagraves opina que has empeorado las cosas —dijo—. El cree que fue un accidente.

Hanna cambió de postura, pero no respondió.

—No quiere que te metas en esto.

—He hecho ya todo lo que pensaba hacer —dijo ella, y el sonido de su voz fue más fuerte que la sensación que le producía. Más fuerte que la de Paris—. He presentado mis respetos.

—Me has desobedecido abiertamente, eso es lo que has hecho. No sabías quién era esa gente.

Hanna pensó en la niña a la que había llevado a la clínica Cornell y vio que parte de lo que Paris decía era cierto.

—Mr. Seagraves aconseja que nos mostremos unidos —dijo él—, para guardar las apariencias. Dice que nos perjudicaría que nos vieran diferentes de lo que éramos.

—¿Y cómo nos veían? —preguntó ella.

—Casados —respondió él, tras encogerse de hombros.

Paris la miró de una forma que en otro tiempo ella encontraba atractiva. Hablando claro y sin saber qué decir. En el pasado, a veces él se encontraba con que ya no podía hablar de más cosas que supiese y entonces callaba de repente, en momentos embarazosos, porque no podía expresar lo que sentía.

A ella eso le había parecido atractivo, pero fue antes de que tuviera ocasión de vislumbrar las cosas que él sentía. Y las cosas que no sentía. Su vertiente oscura se había pegado a ella sexualmente en abstracto, y luego Hanna la había visto al descubierto y no se parecía en nada a lo que había imaginado. Era fea y nada más.

—No quiero tener nada que ver con lo que has hecho —dijo.

—Nadie te obliga a ello. No tienes que reconocer nada excepto que estamos casados. Este no es el momento apropiado para que desaparezcas.

—¿La tienda? ¿Quieres que vuelva a la tienda?

—Por las apariencias.

Hanna notó que una gota de sudor le bajaba por la espalda, el único movimiento que había en la habitación.

—No te quiero en casa —dijo ella. Paris la miró como si se tratara de una discusión vieja y gastada—. No quiero permanecer bajo el mismo techo.

—Es mi techo.

—Entonces me iré a otra parte. Pediré el divorcio, y pediré también el dinero que te quedaste. Declararé ante el tribunal y contaré lo que me hiciste con la botella de agua mineral.

Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Paris se puso en pie y cruzó la habitación hacia ella. Hanna no quiso echar a correr. El rostro de Paris aparecía inexpresivo; había tomado decisiones cuando se encontraba sentado en la cama y ahora iba a transmitírselas.

La golpeó en el mismo lugar que la vez anterior. Esta vez ella se encontraba de pie, ofreciéndole más ventaja. Le dolió más, porque en seguida comprendió de qué se trataba, pero lo que más le llamó la atención fue el peso. Entre todas las cosas que había leído en los libros de Raymond Chandler sobre ser golpeada, no se incluía el peso que sentías.

Cayó hacia atrás contra la pared, y aún no había terminado. Paris se le acercó por el mismo lado y ella levantó las manos y volvió la cabeza. La mano de su marido cruzó el plano de los brazos de Hanna y la encontró otra vez, pero el gesto de volverse hizo que el golpe perdiera fuerza. Los ojos de Hanna se llenaron de lágrimas y sus manos cayeron sobre los costados, y volvió a decirlo:

—Quiero que te vayas.

Paris la agarró por el albornoz y la atrajo hacia sí, hacia su cara. Ella miró la separación que había entre sus dientes. Pensó en los lugares adonde había querido ir a lo largo de su vida. Los Angeles. Por alguna razón ahora le parecía que era demasiado tarde para ver Los Ángeles.

Rompió a llorar sin querer.

Paris siguió sujetándola por las solapas un poco más y luego la apartó unos centímetros y le escudriñó la cara. Ella intentó volver la cabeza, pero el cuello del albornoz le apretaba el mentón y las orejas y se lo impidió.

Las palabras salieron de detrás de los dientes, en algún lugar de la oscuridad.

—Así está mejor —dijo él.

Hanna no respondió; ya no estaba segura de poder hablar.

—Nadie va a marcharse ahora de esta casa —dijeron las palabras—. Y yo menos que nadie. Cuando esto otro esté resuelto, entonces serás libre de irte donde quieras.

Paris dejó caer la mano y el albornoz se abrió hasta las rodillas.

—Hasta entonces —dijo—, lo que pase en esta casa se queda en esta casa.

Había algo en sus palabras que fue como una señal para ella. Se tapó al tiempo que pensaba que, desde que le conocía, a Paris Trout nunca le había importado la buena posición de nadie.

—No voy a consentirlo —dijo ella. La voz le salió débil y desigual.

Y súbitamente él se volvió razonable.

—Deberías haberlo pensado antes —dijo.

Paris se fue de la casa una hora después; Hanna le observó desde su ventana.

Al cabo de cuatro horas le vio volver. Llegó en un camión en cuya puerta aparecían las palabras *Ferretería de Mims*. Paris y el negro que conducía el camión se apearon juntos y abrieron la parte de atrás.

El chófer se puso unos guantes y luego subió al vehículo. Paris se quedó en la calle, esperando recibir lo que había dentro. También él llevaba guantes, aunque Hanna no había visto cómo se los ponía.

Al cabo de un momento alargó las manos hacia el interior del camión y luego retrocedió despacio, deteniéndose entre un paso y el siguiente. Parecía transportar algo pesado, pero luego salió de entre las puertas del camión y no había nada en sus manos.

Dio otro paso hacia atrás y después otro. Entonces Hanna vio las botas del negro

asomando por debajo de las puertas del vehículo, buscando cuidadosamente la calle. Se apartó del camión y Hanna vio que transportaba el otro extremo. No había nada entre ellos.

Se le ocurrió que Paris había ido al hospital del Estado a buscarse un compañero.

Los hombres se volvieron, manteniendo exactamente la misma distancia de separación. Hanna vio que era cristal un momento antes de que captara los reflejos del sol poniente. Maniobraron para cruzar la puerta del jardín —el negro la abrió con el pie— y luego subieron por el paseo hacia la entrada.

El negro anduvo de espaldas todo el rato, perdiendo el equilibrio una vez, pero recuperándolo a tiempo para salvar la luna. Paris iba en el otro extremo, la cara enrojecida, la mejilla apretada contra el cristal, gruñendo a cada paso.

El negro llegó al último escalón y se detuvo.

—¿La ha dejado abierta, señor?

Paris gruñó. El chófer depositó su extremo del cristal en el suelo del porche y se volvió para comprobar si la puerta estaba abierta o cerrada.

—No está abierta —dijo.

—La llave está en mi bolsillo.

Hanna vio que el negro bajaba del porche y metía las manos en el bolsillo delantero de Paris. Extrajo un llavero, parecía pesar más de un kilo. Pensó que Paris debía de haber guardado todas las llaves que había tenido en la vida.

—¿Cuáles son? —preguntó el negro.

—Dos cuadradas, están juntas.

—¿Estas de aquí?

—No, cuadradas. Una es vieja, la otra está reluciente.

El negro examinó las llaves lentamente, y al final encontró las de la puerta principal.

—¿Cuál de ellas? —preguntó.

—La que reluce es para la de arriba.

El negro volvió a subir los escalones del porche y Hanna lo perdió de vista. Luego oyó que se abría la puerta de abajo y los ruidos que hacían los dos hombres al entrar.

—Dos cerraduras en la puerta —decía el negro—. Ni siquiera el banco tiene dos cerraduras... Debe de guardar usted algo de valor aquí, vaya que sí.

Al llegar al pie de la escalera, volvieron a dejar el cristal en el suelo.

—Pesa mucho, ¿verdad? —dijo el negro.

—Hay que subirlo.

El negro subió hasta la mitad de la escalera y se detuvo en el descansillo entre los dos pisos.

—Quiquiera que suba primero —dijo—, tiene que inclinarse hacia este lado, para que el otro pueda sortear la barandilla.

Acabó de subir la escalera y abrió la puerta del dormitorio de Paris, que quedaba

directamente enfrente del último escalón, al otro lado del pasillo. El negro volvió a bajar hasta el cristal, descendiendo los escalones más despacio que al subirlos.

—No hay ningún cristal roto en esa habitación, señor —dijo.

—No es para ahora, es para más adelante.

Hanna se sentó en la silla cerca de la ventana y escuchó como subían el cristal por la escalera. Lo dejaron dentro del cuarto de Paris y salieron respirando trabajosamente y resoplando.

—¿Los otros siete también hay que subirlos hasta aquí? —preguntó el chófer.

Hanna no oyó la respuesta de Paris.

El chófer dijo:

—No he dicho que no estuviera bien, señor. Usted sabe mejor que yo cuántos cristales necesita.

Volvieron al camión y sacaron el siguiente cristal. Y después otro. Hanna les observó durante casi una hora, y cuando vio que no se les iba a caer ninguno de los cristales, se apartó de la ventana, abrió una novela titulada *El sueño eterno* y se puso a leer.

Exceptuando los gruñidos y el ruido de los pies en la escalera, los hombres trabajaban en silencio. El negro subió de espaldas todas las veces, Paris le seguía hacia el interior de la casa y escalera arriba. Cuando terminaron era casi de noche.

—Éste es el último —dijo el negro.

Paris no contestó.

—Dios santo, mire qué hora es. He estado trabajando dos horas más de mi horario habitual.

Paris no contestó.

—Mr. Mims no me paga las horas extras.

—¿Cuánto te paga, por tu horario habitual? —oyó Hanna que preguntaba su marido.

—Cuarenta dólares.

—No está nada mal. Si te pagase más, te meterías en líos.

Hubo un momento de silencio.

—No, señor, es dinero para gastar, no es dinero que meta a nadie en líos. Lo que mete en líos es el dinero que se ahorra. Ésa es la clase de dinero que vuelve mala a la gente.

—Mañana llamaré a Mr. Mims, le diré que se despoje de sus ahorros —dijo Paris.

—No, señor, no tiene usted que hacer eso.

—Porque ya se lo has dicho tú, ¿verdad?

—No, señor, yo no le digo nada a Mr. Mims.

—Y así fue como evitaste meterte en líos.

Hanna oyó que se abría la puerta y se asomó a la ventana a tiempo de ver que el negro caminaba hacia el camión. Llevaba los guantes en el bolsillo de atrás. Subió al vehículo sin dirigir siquiera una mirada hacia atrás y se alejó.

Por supuesto, lo único que había perdido por culpa de Paris Trout eran dos horas.

A los treinta minutos de marcharse el negro, Paris empezó a dar martillazos. Más que martillazos fuertes, a Hanna le parecieron golpecitos cuando se acostumbró a ellos, y se dio cuenta de que Paris no hundía los clavos hasta la cabeza. Con todo, el suelo se estremecía y vibraban los frascos del tocador, donde guardaba el perfume y las joyas.

El ruido persistió hasta bien entrada la noche y Hanna permaneció echada en la cama, escuchando, tratando de imaginar lo que Paris estaría haciendo.

No se le ocurrió nada.

Por la mañana la despertó el golpe de la puerta principal al cerrarse con violencia, y se acercó a la ventana. Vio que Paris había dormido con la ropa puesta — suponiendo que hubiera dormido— y que no se había cambiado antes de salir. Anduvo con rigidez hasta la puerta del jardín y luego empezó a bajar por la acera en dirección a la ciudad.

Hanna se quedó junto a la ventana unos minutos más, cerciorándose de que se hubiera ido, y luego recorrió el pasillo con la intención de comprobar si la puerta del cuarto de Paris estaba abierta o cerrada. No estaba cerrada con llave, ni siquiera cerrada del todo, y bastó un empujoncito para que se abriera. Se detuvo, temiendo de pronto que él estuviera dentro, esperándola. Luego acabó de abrir la puerta, entró y quedó cegada totalmente.

El suelo aparecía cubierto de cristal. El sol entraba por la ventana orientada al este, se concentraba en un punto situado cerca del centro y la recibía en el umbral. Hanna entornó los ojos y dio unos pasos hacia el interior. El punto pareció moverse también, manteniéndose entre ella y la ventana.

Cruzó el cuarto con cuidado, mirando dónde pisaba, notando el cristal caliente en la planta de los pies. Al llegar a la ventana, giró en redondo e inspeccionó el suelo. Las lunas de cristal estaban instaladas a ras del suelo, de pared a pared. Hileras de clavos, colocados de dos en dos con una separación de unos dos o tres centímetros entre cada par, sujetaban el cristal de los bordes.

Las lunas cubrían el perímetro del suelo. Paris había apartado la cama de la pared y ahora se hallaba en el centro de la habitación, en el único espacio que no estaba cubierto de cristal. Las patas de la cama se apoyaban en calzas de caucho. El martillo y la caja de clavos se encontraban en el rincón próximo al armario ropero, al lado de un bote de melocotones medio vacío.

Volvió la vista hacia la puerta y vio las huellas de sus pies en el cristal.

Salió del cuarto con el mismo cuidado con que había entrado y bajó corriendo a la cocina. Encontró un frasco de amoníaco debajo del fregadero y echó un poco en un cubo pequeño, añadió polvo lavavajillas y acabó de llenar el cubo con agua. Después tomó una esponja y un trapo de cocina y volvió a subir.

Dejó el cubo delante de la puerta de Paris y fue a su cuarto a buscar un par de calcetines. Los primeros que encontró eran de los que se usaban para meter regalos de

Navidad, los propios calcetines eran un regalo de hacía tanto tiempo que muy bien podían ser algo que había leído en un libro. Calcetines de color verde oscuro con pequeñas figuras de color rojo que representaban a Santa Claus.

La parte superior de los calcetines le llegaba a las rodillas.

Volvió al cuarto de Paris, vestida con su camisón y los calcetines, y empezó a trabajar en el rincón más alejado. El amoníaco la hizo llorar, el resplandor del sol la pillaba desde ángulos inesperados mientras iba retrocediendo con el cubo hacia la puerta.

Llevaba recorrida aproximadamente la mitad del suelo cuando se volvió y, con el sol detrás de ella, vio que no se trataba de cristal corriente. Era más grueso que las lunas de las ventanas y no bastaba con frotarlo. Al principio parecía quedar limpio, pero luego, al secarse, las pisadas aparecían de nuevo.

Empezó otra vez frotando con más fuerza, comprobando su trabajo desde lados diferentes mientras retrocedía hacia el pasillo.

Tardó casi una hora, y cuando terminó se puso en pie en el umbral y vio que las señales de su entrada habían desaparecido.

Paris regresó a última hora de la tarde y subió directamente al piso. Hanna le oyó abrir la puerta y detenerse. Contuvo la respiración hasta que oyó cómo volvía a moverse y entraba en su cuarto.

Entró, luego salió y se detuvo en el umbral para mirar hacia el otro extremo del pasillo. Hanna sabía que estaba mirando en su dirección. El olor a orina volvió a ella con tanta intensidad como si su marido se encontrara en el dormitorio.

Paris bajó de nuevo la escalera, despacio, y seguidamente entró en la cocina. Hanna oyó el primer ruido de algo que se rompía al cabo de dos minutos. Un ruido sordo, quizá un frasco de mayonesa estrellándose contra el suelo.

Y eso era, de hecho.

Paris arrojó al suelo la mayonesa, y después todas las conservas, y luego los huevos y acto seguido dos botellas de leche. Las pequeñas explosiones parecían producirse con intervalos de un minuto y finalmente, al darse cuenta de que él pretendía romper todo lo que había en la cocina, Hanna se echó un albornoz sobre el camisón y bajó a impedirselo.

Encontró a su marido inclinado ante el frigorífico, con medio cuerpo dentro, como si buscara algo para comer. Había fragmentos de botellas y de frascos por todo el suelo, la mayoría de ellos conservando todavía parte de su contenido. Los zapatos de Paris tenían salpicaduras de las mismas cosas.

Paris se irguió con un frasco de encurtidos en la mano y observó con atención las cositas que flotaban en el líquido. Luego pareció encontrar lo que buscaba y dejó caer el frasco desde la altura de los ojos, siguiéndolo con la vista hasta que se estrelló.

Hanna lo siguió también y vio que se rompía cerca de los pies de Paris y que el

líquido rociaba la pared. Un pepinillo aterrizó en la puntera del zapato de Paris, permaneció allí un momento y después rodó hasta el suelo. Cuando alzó los ojos, Hanna vio que él la estaba mirando fijamente e hizo un esfuerzo por no apartarse de la entrada de la cocina. Fue un acto de voluntad.

—Eso es un pecado —dijo ella. Si alguna vez habían estado de acuerdo en algo, era en que desperdiciar era pecado.

—En tal caso, espero que te lo comas tú misma.

—¿Qué se te ha metido en la cabeza? —preguntó ella, y en seguida adivinó cuál era la respuesta.

—Vale más prevenir que curar.

Volvió a ocuparse del frigorífico y sacó el catsup. La botella no se rompió al chocar contra el suelo, y tampoco cuando él la pisoteó con el tacón del zapato. Cogió un martillo del armario y la golpeó tres veces, acertando finalmente de lleno, manchándose de rojo toda la ropa y salpicando la pared más cercana.

Cuando la miró de nuevo sujetaba el martillo chorreante.

—Duermo con los ojos abiertos —dijo— y sé todo lo que pasa en mi casa.

Volvió a su trabajo y seleccionó la botella de agua helada. El agua esparció todo lo que ya llenaba el suelo y pedacitos de comida flotaron un poco en la marea y luego quedaron depositados nuevamente en el suelo.

Paris volvió a mirarla con fijeza.

—Alimentos enlatados —dijo, y entonces sonrió.

—La comida enlatada no tiene nada de malo.

—En efecto, nada de malo.

Esta vez metió el brazo hasta el fondo del frigorífico y sacó todo lo que había en el compartimento de arriba. Parte de ello fue a parar al suelo, parte fue a estrellarse contra la pared. Hanna retrocedió un paso y en ese momento sonó el timbre de la puerta.

Paris enderezó el cuerpo y se pasó los dedos por el pelo. Se lavó las manos en el fregadero, se las secó con un trapo de cocina. El timbre sonó otra vez y Hanna se dispuso a ir a abrir.

—Déjalo —dijo Paris, y ella se detuvo—. Es sólo mi abogado, no tiene nada que ver contigo.

Cruzó la cocina en línea recta y se dirigió hacia la puerta principal. Pero entonces pareció pensar en algo y se detuvo.

—Si no limpias todo esto, se nos va a llenar de ratas —dijo.

Hanna esperó hasta oír voces en la habitación que daba a la calle y entonces salió de la cocina. Al dar el segundo paso, se hizo un corte en el pie. Un fragmento de botella se clavó en los tres primeros dedos del pie izquierdo, bastante hondo. Soltó una exclamación de dolor y alzó el pie para protegerlo, y resbaló en algo que Paris había sacado de la cocina.

Cayó al suelo y durante unos momentos no pudo moverse. Oyó sus voces en la habitación que daba a la calle.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el abogado.

—Los quehaceres domésticos.

—Pues me ha parecido como si alguien se hubiera caído.

Hanna se sentó en el suelo y apoyó el pie sobre la rodilla. El cristal había atravesado el calcetín y estaba tan clavado en los pulpejos de los dedos que casi no manaba sangre.

Tiró del cristal, para comprobar, y sintió una conexión nerviosa que le subía por toda la pierna. Oyó que los dos hombres se dirigían al lugar donde ella estaba. Cerró los ojos y volvió a tirar del cristal, una presión que fue creciendo poco a poco hasta que los dedos empezaron a soltarse, de uno en uno, y luego el fragmento salió. Lo acercó a la luz y vio que tenía forma de sonrisa.

Notó palpitaciones en los dedos del pie, un dolor profundo en alguna parte de la pierna. Harry Seagraves dobló la esquina del pasillo, con unos papeles en la mano, y se detuvo en seco. De pronto Hanna se percató de que el pie sangraba —sentía como la sangre manaba de los dedos— y al mismo tiempo se dio cuenta del aspecto que debía de ofrecerle al abogado, sentada en el suelo con los pies enfundados en los calcetines navideños y sujetándose uno de ellos.

—Me temo que me he cortado —dijo.

El abogado puso sus papeles sobre una cama que había cerca de la puerta y cruzó la habitación. Hanna vio a su marido detrás de él. Seagraves se arrodilló a su lado y ella se cerró el albornoz por el cuello mientras él le inspeccionaba el pie.

—Seguro que no es nada grave —dijo ella.

—Creo que el corte llega hasta el hueso. ¿Tiene una toalla?

Se levantó y, tras quitarse la americana, buscó una toalla en la habitación. Entró en la cocina e instantes después salió con una servilleta de tela. Apretó la servilleta contra los dedos y la parte carnosa del pie y observó el rostro de Hanna mientras trabajaba.

La expresión de su cara había cambiado durante la visita a la cocina.

—¿Nota algo? —preguntó.

—Desde luego —repuso ella.

Su marido estaba de pie junto a ellos ahora, contemplando cómo el abogado administraba los primeros auxilios.

—Vamos a necesitar un poco de esparadrapo —dijo Seagraves—, algo que detenga la hemorragia hasta que llegemos a la clínica.

Hanna empezó a argumentar que no había motivo para molestar al doctor por un corte en el pie, pero de repente se fijó en la sangre. Había empapado la servilleta y manchado las manos y la camisa del abogado. También había sangre en sus propias manos —no sabía cómo había llegado a ellas— y de un extremo a otro del calcetín.

Cerró los ojos.

—Si no tienen esparadrapo —dijo Seagraves a Paris—, vaya a buscar unas toallas. Algo que sirva para hacer un torniquete.

Y entonces Paris se movió, se fue a alguna parte en busca de las toallas mientras el abogado ayudaba a Hanna a levantarse, las manos debajo de los brazos de ella y tocándole el trasero mientras le decía que todo iba a salir bien.

—No significa nada, Mrs. Trout —dijo—. Se encuentra usted sometida a tensión. Todas las personas del mundo hacen cosas cuando se encuentran en tensión.

Hanna abrió los ojos y comprendió que se refería a la cocina.

—No —dijo—, nadie haría eso.

El abogado la ayudó a llegar hasta la cama y a echarse en ella, apretando el pie con la toalla. Había un reguero de sangre en el suelo, desde el lugar donde se había caído. Se sentía mareada y asustada. Él le dio unos golpecitos en la rodilla y dijo:

—No tiene ninguna importancia. Dentro de seis meses todo esto habrá pasado y las cosas volverán a ser como antes.

—¿Cómo eran antes, Mr. Seagraves?

Él la miró, sin quitarle la mano de la rodilla, y dijo:

—Antes de que ocurriera esto.

—No ha ocurrido porque sí. Venía preparándose desde hacía mucho tiempo.

Paris estaba en la escalera, de vuelta hacia ellos, pero el abogado dejó la mano donde estaba.

—Una cosa es lo que hizo —dijo en voz baja, justo antes de que Paris entrara en la habitación—, y otra lo que es.

—¿Usted sabe lo que es? —preguntó ella.

Y finalmente oyó que él le decía la verdad.

—No.

No había esparadrapo en la casa, de modo que Trout trajo toallas. Se las entregó al abogado y se quedó de pie en la puerta. Seagraves quitó el trapo de cocina y echó un nuevo vistazo a los dedos. Soltó un silbido y en seguida notó Hanna la sangre que corría por la planta del pie y luego le llegaba hasta el tobillo.

—Me parece que será mejor que no la movamos —dijo el abogado.

Trout no respondió, se limitó a mirar fijamente la sangre. Seagraves volvió a oprimirle la parte carnosa con una de las toallas, luego la envolvió con otra, apretando tanto como pudo. El pie comenzó a palpar.

—Déjenme llamar al doctor Hatfield —dijo—, y veremos si no podemos interrumpirle la cena.

El doctor Hatfield vivía en Park Street, pero era el médico de la mayoría de las familias que vivían en Draft. Tenía un talante más cordial que el doctor Braver, cuya casa se hallaba en Draft, y procuraba estar siempre al tanto del nombre de sus pacientes. Hanna Trout nunca había acudido a él como paciente, no la había visto un médico desde el examen físico obligatorio para trabajar para el Estado.

Seagraves entró en la habitación que daba a la calle y marcó el número del

domicilio del médico. Trout se quedó donde estaba, con los ojos clavados en el pie.

—Te he oído hablar —dijo.

De pronto Hanna no pudo recordar lo que había dicho.

—Debe de sentirse violento al verse metido en asuntos personales.

—Supongo que estará acostumbrado —dijo ella.

—Supongo que yo no lo estoy.

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en la almohada. Oyó cómo el abogado hacía una descripción de la herida.

—Parece que el corte llega hasta el hueso —decía—, los tres dedos... Bueno, lo he hecho, pero todavía no he tenido mucha suerte. Las toallas están empapadas... Bien, eso es lo que me ha parecido... De acuerdo, aquí estaremos.

Seagraves entró de nuevo en la habitación y dijo:

—El doctor Hatfield vendrá en seguida, Trout metió las manos en los bolsillos y empezó a pasearse de un extremo a otro de la habitación. Fue de la puerta que conducía a la entrada del pasillo a la puerta de la cocina, deteniéndose en cada extremo de la estancia para mirar fijamente.

Seagraves se encontraba sentado en la cama sin decir nada, con la mano apoyada en el tobillo de Hanna. De vez en cuando miraba su reloj o la planta del pie de la mujer y le decía que no se preocupara, que el doctor llegaría de un momento a otro. En una ocasión la llamó «cariño».

Y una vez habló a su marido. Dijo:

—Paris, no sería mala idea que limpiara usted un poco la cocina antes de que llegue el doctor Hatfield...

Paris echó un vistazo al interior de la cocina y cerró la puerta. Después reanudó sus paseos.

—Algunas cosas no se limpian en el acto —dijo—. Para eso están las puertas.

El doctor Hatfield tardó veinte minutos en llegar. Su cabeza era tan grande como la de un oso. Se sentó a los pies de la cama y colocó el maletín a su lado. El pie de Hanna se había vuelto sensible y le dolió al quitarle el doctor las toallas y el calcetín. Pidió perdón por hacerle daño.

Tiró las toallas y el calcetín al suelo. Cayeron con fuerza, produciendo un ruido sordo porque estaban empapados, Hanna pudo oírlo. El doctor Hatfield le cogió el pie con las manos, que eran cálidas y suaves, e inclinó la cabeza para examinarlo desde más cerca.

—Harán falta algunos puntos —dijo.

Hanna no respondió, pero al oír la palabra *puntos* volvió a experimentar una sensación de pánico. No era casualidad que Hanna Trout no hubiese ido al médico desde que empezara a trabajar para el Estado. El doctor volvió a colocar el pie sobre la cama, con tanta suavidad que Hanna apenas se dio cuenta del momento en que sus manos lo soltaron. Luego abrió su maletín y sacó una aguja corta y ganchuda y un poco de hilo.

—Voy a necesitar más luz —dijo.

Seagraves le quitó la pantalla a la lámpara que había junto a la ventana y la acercó a los pies de la cama. El doctor no le dio las gracias, ni desvió de ninguna manera la atención del pie de Hanna.

—Le habrán puesto puntos alguna vez, ¿no?

Hanna negó con la cabeza.

El doctor dijo:

—La idea resulta horripilante y veo que ya ha pasado por su mente, pero la operación propiamente dicha no es tan mala como parece.

Hanna se aferró al cobertor de la cama y cerró los ojos mientras el doctor ponía manos a la obra. Le limpió los dedos con algo que era frío y tenía un olor penetrante y luego notó los tirones cuando él empezó a coser.

Tardó mucho tiempo y una vez, cuando faltaba poco para que terminase, Hanna abrió los ojos y vio a Paris cerca de la ventana. La superficie desigual de su rostro proyectaba sombras bajo la luz de la bombilla desnuda, y le oscurecía los ojos, la boca y una mejilla. Hanna apenas podía vérselos. Era como si tratara de identificar a alguien después de mucho tiempo, alguien conocido pero a quien ya no podía ver con claridad en su mente.

Cuando el doctor terminó de coser puso un poco de gasa sobre los dedos y entre ellos y luego le vendó el pie hasta el tobillo.

—Necesitaremos cambiar este vendaje pasado mañana —dijo.

—No estoy segura de saber hacerlo.

—Ya me encargaré yo de ello, usted se quedará pegada a las sábanas. —Miró a su alrededor—. Es necesario que descanse unos días. ¿Esta es la habitación donde quiere estar?

—Arriba —dijo ella.

El doctor la alzó en brazos, al parecer sin fijarse en el peso, y empezó a subir la escalera. Al llegar arriba, se detuvo y miró directamente hacia el interior de la habitación de su marido. Entonces Paris se colocó delante de él, cerró la puerta y los condujo pasillo abajo.

—Es aquí —dijo.

El doctor Hatfield le siguió hasta la habitación de Hanna y luego la llevó a la cama. Ella no sintió tanta vergüenza como esperaba. El doctor la depositó en el lecho y seguidamente comprobó los vendajes. Le apartó el pelo de la cara.

—Eso le hará daño dentro de un rato —dijo—. Le dejaré un poco de codeína...

Hanna nunca había tomado codeína y no tenía intención de empezar ahora.

El doctor se inclinó un poco más hacia ella y habló en tono duro.

—Si se le infecta, tendré que ingresarla en la clínica.

Hanna se incorporó unos centímetros, hasta que pudo verse el pie.

—¿Comprende lo que le he dicho?

—Gracias por venir —dijo ella.

Después de irse el doctor, Hanna oyó que Paris y Seagraves volvían a hablar en la habitación que daba a la calle. Se le ocurrió que la casa estaba construida de una forma extraña, pues las conversaciones que tenían lugar en ciertas habitaciones de la planta baja llegaban a todas las demás de la casa, mientras que los sonidos de los otros cuartos no podían oírse en la planta baja. Se le ocurrió que posiblemente era intencionado.

Estaban hablando del juez Taylor. Paris dijo que le habían contado que el juez en el fondo era amigo de los negros.

El abogado dijo:

—Eso no le afecta a usted para nada, en ningún sentido. Si quiere ayudarme, procure no llamar la atención.

—Yo pago mis facturas, hago mi trabajo.

Después los dos hombres se movieron y Hanna ya no pudo distinguir sus palabras. Cuando volvió a oírles, su marido decía:

—A veces le dan rabietas, deja la cocina hecha un asco...

—No es la cocina lo que me preocupa.

—De todos modos, los médicos no pueden decir nada sobre ello. Su juramento se lo prohíbe.

—¿Qué me dice del juicio? —preguntó Seagraves—. ¿Y si le da una rabieta allí?

—No le dan en público.

Hubo un silencio, luego oyó a su marido otra vez.

—¿Y si la mantuviéramos alejada de todo?

—¿Del juicio? ¿A su propia esposa? Piense la impresión que causaría.

—Podría haberse infectado el pie. O haberse hecho daño al caer.

Hanna adivinó su pensamiento entonces, lo vio durante un momento largo y claro.

—No —dijo el abogado—. Es mal momento para utilizar un accidente a modo de excusa.

Hanna se incorporó en la cama y con mucho cuidado puso los pies en el suelo, primero uno y después el otro. Utilizó una silla de respaldo recto a modo de muleta, cojeó hasta el cuarto de baño y empezó a llenar la bañera otra vez. Después se metió en el agua, con el pie herido apoyado en el borde de la bañera. Debido al ruido del agua corriente ya no podía oírles hablar y tampoco podía imaginar los pensamientos de su marido.

Paris se presentó ante su puerta más tarde, portando una bandeja. Llamó, y entró sin esperar respuesta. Dejó la bandeja en la mesilla junto a la cama, judías, patatas azucaradas, un poco de cerdo, té helado. Todo lo que había en la bandeja procedía de una lata exceptuando el té.

Su marido se había aseado, afeitado, cambiado de ropa y peinado, y después de depositar la bandeja dio la vuelta a la silla que Hanna había utilizado a guisa de muleta y se sentó hacia el respaldo, apoyando la barbilla en los brazos.

Empezó a hablar, luego calló y sonrió. Era su sonrisa más agradable, la que le ocultaba los dientes. Hanna no se movió, ni un centímetro.

—¿Has comido?

Ella miró la bandeja y notó que una dulce náusea hacía equilibrios en su garganta. Miró hacia otro lado y la náusea se alejó del borde.

—¿Sí?

—No.

—Tienes que comer. El médico lo ha dicho.

—No ha dicho nada de comer.

Paris tomó el tenedor de la bandeja y cortó un pedazo de una de las patatas de color naranja. Un pedacito. Lo pasó por encima de la cama hasta que quedó situado debajo de la nariz de Hanna. Ella le miró fijamente, viendo una doble imagen del tenedor y de la mano de Paris. Se apartó.

—No.

Su marido dejó el tenedor en el plato, con el pedacito de patata todavía en él, y cerró los ojos. Durante un momento Hanna pudo ver sus pensamientos otra vez, y luego habló y ella supo que había acertado.

—¿Entonces tengo que darte de comer yo? —le preguntó.

Hanna negó con la cabeza y se trasladó al otro lado del lecho.

—¿Crees que está envenenada?

—No puedo comer.

—No lo has intentado.

—He tomado un medicamento —dijo ella. Lo cual no era verdad.

—No importa.

Nuevamente acercó el tenedor a la boca de Hanna y esperó que ella lo aceptase. Hanna se volvió hacia el otro lado, apretándose contra la pared. La silla se movió, luego la cama se hundió un poco bajo el peso de Paris y ella sintió su mano sobre el hombro.

Pasó un momento y la presión de la mano se hizo más fuerte. Paris la obligó a volverse, le apretó el hombro contra la cama, colocándola nuevamente boca arriba. Después la soltó y puso la mano en otra parte, justo debajo de la oreja que se apretaba contra la almohada, y la forzó a volverse de cara a él. Hanna abrió los ojos y vio que él seguía sujetando el tenedor. Vio que quería algo y que por eso la obligaba a comer.

—Nada ha cambiado —dijo Paris—. Todavía estoy aquí.

—Todo ha cambiado.

Ahora él le apretaba la mandíbula, afectando con ello su forma de hablar. De la comisura de la boca salía un poco de saliva. Paris meneó la cabeza y la sonrisa reapareció. La sonrisa agradable, sin los dientes.

—Lo que creas que ha cambiado nunca formó parte de mí.

Hanna empezó a hablar, pero los dedos de Paris le apretaron la mandíbula por ambos lados, abriéndole la boca, y entonces introdujo el tenedor —lo introdujo tanto

que le provocó arcadas— y lo extrajo de forma que rozara el labio superior. Hanna notó que la patata azucarada fría le caía sobre la lengua. Intentó escupirla, pero él le sujetaba las mandíbulas.

—Trágala —dijo. La obligó a cerrar la boca—. Traga.

Observó su garganta y cuando ella hubo tragado la comida, dijo:

—¿Ves? No está envenenada. Es comida buena.

Se volvió hacia la bandeja y hundió el tenedor en el montoncito de judías, y Hanna intentó huir. Paris la cogió por el pelo y tiró de la cabeza hacia atrás hasta que quedó apoyada en su puño contra la pared. Había dejado el tenedor, y alargó los dedos hacia el plato y tomó un pedazo de cerdo en conserva. Lo acercó a la cara de Hanna. Ella apretó los dientes.

Paris le puso la carne en los labios y empujó hacia dentro. Sus dedos eran gruesos y duros y llegaron hasta la mejilla junto con el pedazo de carne. Hanna no había abierto los dientes. Él sacó los dedos y la miró.

—Traga —dijo.

Ella no se movió.

Paris le escudriñó el rostro durante unos momentos y dijo:

—¿Le falta sal?

Hanna escupió la carne, que le cayó sobre el pecho. Notaba que la tenía allí, pero no podía verla. La mano de Paris le impedía todo movimiento en cualquier dirección.

—Basta —dijo—, mi pelo...

—¿Pelo?

Alargó la mano hacia abajo, hasta donde ella no podía verla, y entonces Hanna notó que la metía debajo del camisón. La mano fue subiendo por sus piernas, que ella tenía muy apretadas una contra otra, hasta llegar a las bragas. Entró por una de las aberturas, toda la mano, y luego, durante un momento, Hanna creyó que la había desgarrado.

La mano salió, sujetando un mechón de vello púbico entre el pulgar y el índice. Minúsculos pedacitos de carne seguían pegados donde él los había arrancado. Paris le acercó el vello a la cara, como antes hiciera con la carne de cerdo.

—¿Querías pelo?

Dejó caer el vello sobre el rostro de Hanna y cogió la carne del pecho y se la metió en la boca. Ella la masticó y se la tragó. Paris le llenó la boca con una patata azucarada entera, impidiéndole respirar libremente, y luego las judías, y después el resto de la carne. Hanna yacía con la cabeza bajo el puño de Paris y tragó.

—Nada es diferente —dijo él—. Sencillamente entendiste mal cómo estaban las cosas.

Hanna tragó hasta que no quedó nada. Paris le soltó los cabellos, observándola, y luego, con un suave movimiento, se inclinó un poco más hacia ella y susurró:

—Ahora lo has entendido, ¿no?

Una sensación de entumecimiento se extendió por la parte posterior de la cabeza

de Hanna, los dedos heridos palpitaban contra el vendaje. Le pareció que él le estaba preguntando si sabía que la mataría.

—Soy diferente ahora —dijo ella.

Vio que sus palabras le habían desconcertado y momentos antes de que él se levantara de la cama Hanna vislumbró su aprensión.

La tarde siguiente, al llegar del trabajo, Paris permaneció casi una hora en la entrada del jardín. Hanna le estuvo observando desde la ventana del dormitorio. Había pensado irse aquella mañana, tomar el tren de Savannah, pero mientras hacía las maletas, cojeando de la cama al tocador, perdió ánimo.

Imaginó a Paris interceptándola cuando se dirigía a la estación, se imaginó a sí misma en Savannah, en casa de su hermana. Las preguntas. Se imaginó sin casa propia. Se sentó en la cama y comprendió que de un modo u otro Paris le había robado la dirección también.

Seguía en la cama, horas después, cuando Paris se apostó en la puerta del jardín. Miraba calle abajo, hacia el centro de la ciudad, y consultaba con frecuencia su reloj de bolsillo. Pasaba gente por la calle, algunas personas muy cerca de la entrada, pero Paris no habló con ninguna de ellas. No miraba a los niños.

Hanna recordó el día —llevaban menos de una semana casados— en que él le prohibió que se relacionara con los Godsey, que eran sus vecinos. Dijo que se debía a una cuestión de negocios. Y luego, uno a uno, encontró razones de negocios o rencores —una cosa significaba la otra— contra todas las personas con las que ella hablaba, y la aisló del mismo modo que se había aislado a sí mismo.

El camión era de los de plataforma, similar a los que transportaban madera, y llegó justo después de las siete. Iba vacío y parecía proceder de una dirección indebida —al menos no llegó de la dirección hacia donde miraba Paris—, pero en cuanto se detuvo, su marido abrió la puerta del pasajero y subió al vehículo. Hanna no pudo verle claramente desde la ventana, pero le pareció que el hombre que iba al volante era Buster Devonne.

Pensó que quizá Paris pensaba llevarle al campo y pegarle un tiro, sólo que no acertaba a ver para qué necesitaba un camión a tal efecto.

Permaneció ausente mucho tiempo. Hanna durmió agitadamente, despertando de vez en cuando y volviendo a dormirse, atenta, incluso cuando dormía, al posible ruido del camión. Llegó a altas horas de la noche y se detuvo delante de la casa.

Paris se apeó por un lado, Buster Devonne por el otro. Descargaron algo que parecía una puerta, bajándolo de la plataforma y colocándolo sobre otra plataforma de dos ruedas. Cruzaron la entrada empujando la plataforma y subieron por el sendero. Hanna oyó la voz de Buster Devonne al entrar éste por la puerta.

—Este condenado trasto pesa más que un coño de plomo, Paris.

Su reputación de malhablado, incluso cuando era agente de la ley, era admirada

en todo el condado de Ether. Decía lo que le pasaba por la cabeza sin hacer caso de dónde se encontrara en aquel momento. Los que no admiraban el lenguaje de Buster Devonne comentaban a menudo que era obvio que el hombre poseía un vocabulario limitado.

Hanna no conocía a Buster Devonne en absoluto, pero no creía que las limitaciones de su vocabulario fueran la explicación de sus modales.

Subieron la escalera, haciendo una pausa a cada escalón, tirando de la plataforma. Entraron en la habitación de Paris y Buster Devonne dijo:

—Podríamos colocar este jodido trasto de lado y empujarlo.

Paris no respondió, y al cabo de un momento se oyó un estruendo y el suelo vibró. Luego se hizo el silencio y entonces Buster Devonne dijo:

—Hijo de perra, Paris —subrayando cada una de las palabras—, ahora tenemos que levantar el trasto de los cojones.

Hanna les oyó moverse de un lado a otro en la habitación y luego oyó como Paris contaba.

—Uno, dos, tres...

La palabra *tres* pareció asfixiarse y morir, y entonces notó que Buster Devonne trataba de hablar y su voz dio la impresión de que alguien le estuviera estrangulando.

Hubo otro ruido —más leve que el anterior, más metálico— y luego se oyeron respiraciones jadeantes.

—Debe de pesar ciento ochenta kilos —dijo Buster Devonne.

—Dio ciento trece en Macon.

—No, señor, conozco los de ciento trece y éste no los pesa. Como mínimo pesa ciento cincuenta y ocho. Te lo digo yo.

Transcurrió un largo minuto de silencio.

—¿Se puede confiar en lo que dices, Buster? —preguntó Paris.

—No nos va a pasar nada.

—Podría ser —dijo su marido.

Hanna se puso un calcetín en el pie sano y entró nuevamente en el cuarto de Paris a la mañana siguiente. Había vuelto a dejar la puerta abierta. De nuevo el reflejo del sol en el suelo le dio de lleno y se detuvo un momento en la puerta, mareada, y luego anduvo hasta la ventana y miró hacia atrás. Había encontrado una forma de andar que no resultaba tan dolorosa, apoyando el peso del cuerpo en la parte exterior del pie. Antes caminaba sobre el talón, pero al compensar de esa forma se resentían los nervios de debajo de los cortes.

No se podía andar sobre los talones si se quería evitar que dolieran los dedos.

La cama de Paris estaba en desorden, el colchón aparecía descentrado. Tardó un momento en verla, debajo. Una plancha de plomo, de unos seis milímetros de grueso, iba de punta a punta del colchón y le faltaban sólo unos quince centímetros para tener el mismo ancho.

Hanna sabía lo que era. Su marido temía que le disparasen desde abajo. Se

imaginó a sí misma disparándole, tres disparos amortiguados y luego la mano de Paris que se hacía visible al caer de la cama.

Salió de la habitación, sin tocar la puerta, y bajó la escalera. Se sentó al lado del teléfono y trató de localizar a Harry Seagraves. Primero en su oficina, después en su domicilio.

La esposa de Seagraves contestó la llamada en casa, Hanna no recordaba su nombre.

—Soy Hanna Trout —dijo—. ¿Podría hablar con su esposo?

—Lo siento. Mr. Seagraves no está en casa en este momento. ¿Puedo darle el recado?

Hanna intentó pensar en un recado. Dijo:

—¿Querrá decirle, por favor, que necesito hablar con él, confidencialmente?

—¿Sobre qué asunto?

—Soy Hanna Trout —dijo, hablando despacio—. Mi esposo...

—Oh, Mrs. Trout. Santo Dios, entendí mal su nombre. Sí, ¿qué recado quería darle?

—Que necesito hablar con él —respondió Hanna.

—¿Ha ocurrido algo?

Hanna se encontró mirando fijamente la repisa de la chimenea. Había en ella una foto antigua de la familia de Paris, y éste aparecía vestido con pantalones cortos y una gorrita, sentado delante de su madre con las piernas cruzadas. La madre tenía una mano apoyada en el hombro de Paris, alguna conexión secreta, y su padre, un poco hacia un lado, miraba a la cámara.

Se preguntó qué pensamientos tendría Paris cuando era niño.

—¿Mrs. Trout? ¿Quiere que intente localizarle? ¿Ha sucedido algo... *más*?

Notó un acento de interés en la voz de la mujer y comprendió la naturaleza deleitosa del mismo. Hanna reprimía el interés que en ella despertaban los apuros ajenos, pero conocía su atractivo.

Se imaginó a sí misma contándole a Mrs. Seagraves que la habían violado en el despacho con una botella de agua mineral. A cambio de ello, ¿qué le contaría la esposa de Harry Seagraves? ¿Que lo comprendía?

—No —dijo—, no se moleste en localizarle.

—No es ninguna molestia —contestó la mujer—. Ya le dije a Mr. Seagraves, cuando empezó todo esto, que pensara en la pobre mujer que estaba en casa... —Hubo un momento de silencio mientras las dos comprobaban el efecto de las últimas palabras—. No es mi intención ofenderla —dijo la esposa del abogado.

—No me ha ofendido.

—Es sólo que los hombres no lo tienen en cuenta, lo que representa ser mujer.

A Hanna no se le ocurrió ni una sola palabra que pudiera decirle.

—Sé cómo se siente usted, querida —dijo la esposa del abogado—. Si quiere hablar, aquí me tiene.

El abogado no llamó.

Hanna esperó en la planta baja hasta las cinco, y luego subió de nuevo a su cuarto. Cerró la puerta con llave y se echó sobre la cama, y de repente se sintió débil. No había comido nada desde que Paris la forzara a comer. Al recordar lo que le había hecho, de pronto notó olor a carne de cerdo en conserva y sintió náuseas.

El timbre de la puerta sonó mientras ella estaba en el cuarto de baño. Se quedó quieta, el cepillo de dientes en la boca, escuchando. El timbre sonó otra vez. Su sonido la atenazó por el pecho y la garganta, durante un momento pareció olvidarse de cómo se respiraba. Se miró en el espejo, sintiendo miedo de su propia casa.

Se cepilló el pelo y se limpió el dentífrico de las comisuras de la boca. El timbre sonó nuevamente mientras Hanna bajaba la escalera. Vio la sombra de un hombre por una de las ventanas que daban al porche.

Se dio prisa en llegar a la puerta antes de que el hombre volviera a llamar — parecía importante— y, momentos antes de alcanzar la puerta, ésta empezó a abrirse desde el otro lado y el doctor Hatfield asomó medio cuerpo por ella.

—¿Mrs. Trout? —llamó antes de verla.

—Doctor Hatfield —dijo ella, y el médico se sobresaltó al oír su voz.

Luego sonrió, reponiéndose del sobresalto, irguió el cuerpo y abrió más la puerta para entrar.

—Esperaba ahorrarle el viaje a la planta baja —dijo.

Hanna no le entendió.

—Su pie. Pasaba por aquí y se me ocurrió que podía cambiarle el vendaje y echar un vistazo a los puntos.

—Parece que se está curando.

—¿Me permite verlo?

—Desde luego —dijo ella, haciéndole pasar a la habitación que daba a la calle.

Hanna se sentó en el sofá, el doctor acercó una silla de respaldo recto y se sentó delante de ella, luego le levantó el pie y lo apoyó en su regazo. Sacó unas tijeras del maletín y empezó a cortar el esparadrapo. Las tijeras estaban frías cuando tocaron la piel, y le hicieron cosquillas en el pie al moverse.

El doctor se detuvo un momento y la miró atentamente a la cara.

—¿Le hago daño?

—No —contestó ella—. Sólo cosquillas.

Sin sonreír, el médico volvió a ocuparse del pie. Hizo un solo corte del talón a los dedos y luego abrió el vendaje como hubiera abierto una caja de conservas en la tienda, tirando de un lado y seguidamente del otro. Se oyó un ruido, también como el de una caja al abrirla, Hanna sintió frío en el pie.

El doctor le quitó la gasa que le había puesto entre los dedos, con más cuidado que el vendaje, forzando los ojos para examinar su labor. Hanna no supo distinguir si estaba contento o decepcionado. Volvió a buscar en el maletín y extrajo algodón y

una botella de desinfectante.

—¿Se ha apoyado en esto hoy?

—No mucho —repuso ella.

El doctor empezó a pasarle el algodón humedecido por debajo de los dedos. Estaba helado. La pierna tuvo un reflejo espasmódico, pero la mano que le rodeaba el tobillo impidió que se apartara.

—Es necesario que no se apoye en este pie durante unos cuantos días. No querrá terminar en la clínica por culpa de un corte en el pie, ¿verdad? —Tomó el segundo dedo e hizo una mueca al mirar debajo.

Hanna le miró el cuello de la camisa, el pelo que crecía alrededor de todo el cuello y bajaba hacia el pecho y la espalda. El doctor era cargado de espaldas y tenía aire de hombre afable. Hanna pensó otra vez en un oso.

—Doctor Hatfield —dijo—, ¿puedo hablar con usted de otro asunto?

El médico alzó los ojos, por encima del pie de Hanna, y esperó.

—Tengo motivos para creer que, efectivamente, puede que me encuentre en su clínica —dijo.

Él siguió esperando. Hanna reflexionó un poco antes de seguir. Miró por la ventana, comprobando que no hubiera nadie en el sendero.

—Mi marido se ha vuelto irracional.

La expresión del doctor no se suavizó ni cambió.

—Ha habido incidentes de los que preferiría no hablar —siguió ella—, incidentes que ahora me han puesto en una situación peligrosa, y quizá también a mi marido.

—Es normal, señora, que se sienta amenazado. Corren tiempos amenazadores.

—No es eso. Puede que su comportamiento parezca normal, pero no lo es. Se han producido acontecimientos muy raros.

—¿Ha sufrido usted alguna lesión física?

—He sido agredida —dijo ella en voz baja.

El doctor pareció no entenderla.

—¿De qué forma? —preguntó.

—De formas cuya naturaleza es privada.

Él se echó un poco hacia atrás para mirarla de nuevo.

—No veo ninguna señal —dijo—. Ni siquiera magulladuras, que son frecuentes incluso en las mejores casas.

—Él me ha agredido.

El médico se frotó el mentón.

—Si encerraran en el manicomio a todo el que agrede a su mujer, habría más dentro que fuera.

Hanna vio que el doctor, pese a su amabilidad, no la ayudaría. Y entonces no le pareció amabilidad.

Él sacó un rollo de gasa del maletín y se puso a envolverle los dedos otra vez.

—Doctor Hatfield —dijo ella, pero en ese momento se abrió la puerta principal y

Paris entró en la casa.

Se quedó en la entrada, mirando hacia el piso superior, y entonces se fijó en que estaban sentados en la habitación que daba a la calle. Entró sin pronunciar palabra y se detuvo detrás del doctor, a cosa de un metro de distancia. El hombre siguió haciendo su trabajo.

—Pasaba por esta calle —dijo, volviéndose para saludar a Paris—. Se me ocurrió entrar y echarle un vistazo al pie de su señora.

El doctor también le tenía miedo a Paris, Hanna se lo notó en la voz. Empezó a ponerle el vendaje más aprisa, y Hanna pudo ver que la presencia de Paris detrás de él le ponía nervioso.

—Es de agradecer —dijo su marido— que venga a verte el médico a hora tan avanzada. —Levantó los ojos y miró fijamente a Hanna.

—Pasaba por esta calle —repitió el doctor Hatfield—. No es ninguna molestia. Supongo que Mrs. Hatfield puede esperar otros cinco minutos antes de cenar.

Paris salió de la habitación y entró en la cocina. Reapareció al cabo de un momento, llevando en la mano la caja de herramientas, y subió la escalera. El doctor concentró la atención en lo que hacía, para evitar más distracciones. Hanna observó sus manos mientras le envolvía los dedos con esparadrapo. El vello de las manos apuntaba en una sola dirección, como si se las hubiera peinado. Se oyeron ruidos en el piso superior, golpes, cosas que caían al suelo.

—¿Mr. Trout es hombre mañoso? —preguntó el médico.

Hablaba de una forma que negaba lo que se había dicho entre ellos momentos antes.

—Ha estado fortificando su cuarto —respondió ella—. Ha cubierto el suelo de cristal y ha puesto calzas de goma a las patas de su cama.

El doctor asintió con la cabeza, como si él pensara hacer lo mismo.

—Duerme con una plancha de plomo debajo del colchón —añadió Hanna.

Él le dio unos golpecitos en el pie, primero en un lado y después en el otro.

—¿Qué tal se siente?

Hanna no contestó.

—¿Demasiado apretado? A ver, mueva los dedos.

Hanna movió los dedos y sintió dolor en todo el pie.

—Estupendo —dijo el doctor—. No siente el pulso ahí, ¿verdad?

—No —dijo ella en tono bajo.

—Bien. Excelente.

El hombre hizo ademán de levantarse en el mismo momento en que Paris empezaba a bajar la escalera. No había pasado más de cinco minutos arriba.

—Llámeme si le causa alguna molestia —dijo el médico, y luego cerró el maletín y se levantó.

Paris se reunió con él en la entrada y le acompañó al exterior.

—Parece que el pie va curándose —le dijo el doctor—. Si puede, procure usted

que no se apoye en él.

—Ha perdido el apetito —dijo Paris, y luego salieron de la casa y Hanna no pudo oír lo que decían.

Se puso en pie lentamente, procurando acostumbrarse al vendaje nuevo, y subió la escalera. Mientras subía los vio por la ventana, parados entre la entrada y la puerta del jardín. Paris estaba hablando y el doctor parecía mirarse los zapatos. Lo que su marido pudiera decir la tenía sin cuidado, quien la preocupaba era el doctor Hatfield.

Entró en su cuarto, aguzando el oído para oír a Paris si éste entraba en la casa. Todo estaba en silencio. No creía que el doctor Hatfield fuera capaz de estar mucho rato con su marido en el jardín sin contarle lo que ella le había dicho. El silencio que reinaba en la planta baja le daba miedo, así que entró en el cuarto de baño y empezó a llenar la bañera. Necesitaba ruido.

Y entonces se quedó inmóvil al darse cuenta de que no había cerrado con llave la puerta de su cuarto. Dejó el agua y volvió a salir, convencida de que encontraría a Paris esperándola.

Seguía en el jardín con el doctor.

Cruzó el dormitorio y cerró la puerta. Y cuando la estaba cerrando adivinó que algo iba mal, que había algo diferente en el movimiento de la puerta, y entonces vio que Paris había quitado la cerradura.

De repente se dio cuenta de que estaba llorando, sin saber cuándo había empezado. Se hallaba sentada en la bañera otra vez, con el agua a unos dos centímetros del borde y el grifo todavía abierto. Debajo del agua, una línea de humo color de rosa salía del pie vendado. No se había tomado la molestia de apoyarlo en el borde.

Detrás de ella, la puerta del cuarto de baño estaba cerrada, pero sólo con un gancho, y podía abrirse desde fuera utilizando un lápiz. Servía para tener la puerta cerrada, no para impedir que entrase alguien.

Oyó los movimientos de Paris, pero no distinguía dónde se encontraba. Apretó los dedos de los pies contra el extremo de la bañera y la línea de humo se hizo más oscura y ondulante.

Paris abrió la puerta justo en el momento en que el agua empezaba a salirse por los bordes. Cerró los grifos y se sentó pesadamente en el taburete. Hanna se cubrió los pechos y se hundió un poco más, haciendo que más agua rebosara de la bañera.

—Dice el doctor Hatfield que quizá te convenga un descanso —dijo él.

Hanna volvió la cabeza y se puso a contemplar la pared.

—Me ha preguntado si había algún pariente al que pudieses visitar. —Se levantó para acercarse un poco más a la bañera. Bajó los ojos hacia el agua teñida de color de rosa—. ¿Le has dicho al doctor que estabas cansada?

Hanna no respondió porque estaba llorando y no se fiaba de su propia voz.

—Dime qué le has contado.

—Que estoy cansada.

—Eso es lo que me ha dicho él. Le contesté que no tenías ningún motivo para estar cansada.

Entonces Hanna notó el contacto de su mano en la parte posterior de la cabeza. Se desplazó hacia abajo, suavemente, y se posó en el cuello y la espalda. Intentó incorporarse, pero él se lo impidió.

Luego, poco a poco, las puntas de los dedos de Paris la apretaron y la empujaron hacia abajo, hacia el agua. Hanna no pensaba resistirse. Pero él le mantuvo la cabeza sumergida hasta que el pánico se apoderó de ella y entonces sí se defendió. Le arañó el brazo, trató de alcanzarle el rostro.

Aunque el agua del baño chorreaba de su cara, la expresión de Paris seguía siendo la misma cuando dejó que sacara la cabeza.

—¿Eso es lo que le has dicho? —preguntó—, ¿que estabas cansada?

De nuevo la empujó hacia abajo hasta sumergirle la cabeza, esta vez con ambas manos, y la tuvo bajo el agua más tiempo que antes. Hanna volvió a defenderse, arañándole la mejilla, y luego, súbitamente, encontró menos motivo para defenderse, y después ninguno en absoluto. Una sensación de calma se apoderó de ella, y Hanna se entregó por entero, sin darse cuenta de lo que era.

Hubiera permanecido de aquella forma eternamente, pero algo cambió —una dirección— y de pronto notó que se movía, y luego su cara salió del agua. Los ojos se le nublaron y los alzó hacia él.

—¿Es eso lo que le has dicho? —repitió Paris.

En un momento de claridad Hanna vio otra vez los pensamientos de su marido y comprendió que tenía miedo. No era miedo al doctor —la opinión de éste, buena o mala, no le interesaba—, sino a ella. Creía que era dueño de ella del mismo modo que lo era de sus propias manos, y ahora había perdido el control sobre ella y Hanna iba contra sus intereses. Hanna pensó en la comida esparcida por el suelo de la cocina.

Se quitó el agua de los ojos y observó que ahora toda la bañera aparecía de color de rosa. Sacó el pie del agua y vio que los vendajes se llenaban de sangre.

—Vete de esta casa, Paris —dijo tranquilamente—. Sabes que te estoy envenenando.

Los de las mudanzas se presentaron al día siguiente y se llevaron todo lo que había en el cuarto de Paris.

CUARTA PARTE

Seagraves

Una mañana de agosto, dos semanas y tres días antes de la fecha señalada para que en el tribunal del condado de Ether se celebrara el proceso de Paris Trout, al que se acusaba de asesinato, Harry Seagraves se despertó sabiendo la forma de defenderle. Seagraves tenía resaca, pero en los momentos de resaca era cuando pensaba mejor.

Lucy se encontraba acostada a su lado, los rasgos cambiados por el antifaz con que se cubría los ojos al acostarse; hubiera podido pasar por otra persona. El día antes había asistido a una merienda campestre de abogados en Macon, para celebrar las vacaciones veraniegas de la legislatura del Estado, y trabajo había tenido Seagraves para que el coche no se le saliese de la carretera al volver a casa.

Se incorporó despacio porque no quería despertarla, no quería oír su voz hasta que hubiera tenido la oportunidad de examinar la idea que yacía como un perfecto huevo azul en el centro mismo del nido en que el sueño y el alcohol habían convertido su cerebro.

Había soñado con las fotografías del cadáver de Rosie Sayers. A principios de aquella mañana Ward Townes le había llamado a su despacho para enseñárselas. Eran seis en total, y mostraban a la chica desde todos los ángulos. En aquel momento, Seagraves sólo había pensado en la impresión que causarían en un jurado. En las fotos la chica parecía más joven que en carne y hueso, y los instrumentos utilizados para extraer las balas habían agrandado sus heridas.

Ward Townes casi parecía pedir disculpas.

—No tengo elección en este asunto, Harry —dijo.

Seagraves había tardado un buen rato en contestar. Finalmente alzó la mirada, apartándola de la chica, y dijo:

—¿Va a utilizar estas fotos?

—¿Qué haría usted?

Seagraves apoyó los pies en el suelo y se levantó. Se sintió mareado unos instantes, y cuando se le pasó anduvo hasta el cuarto de baño y bebió agua fría directamente del grifo. Se cepilló los dientes, se afeitó y volvió a cepillarse los dientes. Tenía en la boca un sabor que no acababa de irse.

Se pasó mucho rato en la ducha, empezando con agua caliente y terminando con agua fría, dejando que el agua corriera por la cabeza y se le metiese entre los labios. Luego cerró los grifos y esperó, contemplando cómo el agua goteaba de las puntas de su cuerpo, hasta que la idea volvió a él, la forma de defender a Paris Trout.

Al salir del cuarto de baño, Lucy estaba incorporada en la cama. Tenía la cara

blanca e hinchada, y unas líneas rojas iban del rabillo de los ojos al pelo, allí donde las gomas que sujetaban el antifaz se le habían clavado en la piel. Se sostenía la cabeza entre las manos y no prestó atención a Seagraves cuando éste entró de nuevo en el cuarto.

—¿Te encuentras mal? —preguntó él, sentándose en una esquina de la cama para vestirse.

—Al borde de la muerte.

Ahora que se había duchado, le pareció que ella olía mal. Dijo:

—Date una ducha fría, le devolverá el color a tus mejillas.

—Harry...

—¿Qué?

—Tráeme un vaso de agua, cariño.

Seagraves se levantó sin calzarse los zapatos, sólo con los calcetines, se puso unos calzoncillos y la bata, luego entró en la cocina y abrió la nevera. La doncella se encontraba sentada ante la mesa, bebiendo Coca-Cola.

—Buenos días, Betty —le dijo.

La doncella le deseó buenos días.

—Mrs. Seagraves no está muy bien —dijo él—, así que tardará un poco en bajar.

—Me parece muy bien. Yo y la escoba nos entendemos perfectamente solas.

Harry subió con el agua. Lucy se había recostado en la almohada. Él le entregó el vaso y continuó vistiéndose.

—¿Vas a salir? —preguntó ella.

—Tengo un poco de trabajo.

—Es domingo. No puedes hacer nada por Paris Trout en domingo.

Seagraves se colocó delante del espejo del ropero para anudarse la corbata. Podía ver el reflejo de Lucy en una esquina del espejo, suave y blanca y ajada.

—¿Cómo sabes que se trata de Paris Trout? —preguntó.

Seagraves tenía el bufete más importante del condado de Ether, con cientos de clientes.

Ella se cubrió los ojos y habló a través de las manos.

—Es él, no me cabe duda.

Harry la besó en la coronilla antes de irse, mirando por el escote del camisón la piel de los pechos. Uno de los misterios continuos de su vida era que cuando más se interesaba por lo que había debajo del camisón de Lucy era cuando había bebido la noche antes, y era también el momento en que tenía más probabilidades en contra. Lucy o bien tenía resaca igual que él —como esa mañana— o estaba enfadada porque él la había dejado atrás.

—No tardaré —dijo.

Luego dejó que la mano se apartara del hombro de Lucy, siguiendo la línea de su cuerpo hasta que notó el punto donde el trasero de la mujer encontraba la cama. Ella se movió unos centímetros, dejando espacio para que la mano se metiera debajo,

hasta que Harry notó el lugar donde las cosas más o menos se juntaban.

—Harry —dijo ella—, estáte quieto. —Luego, cambiando de tono, añadió—: Tráeme un poco más de agua helada, cariño.

Salió de la casa al cabo de unos minutos y echó a andar en dirección al domicilio de Hanna Trout. A Trout mismo ya le vería más tarde, primero quería pedirle personalmente a ella que asistiese al juicio. El alcohol se hacía sentir en oleadas, y se detuvo una vez para sentarse en una cerca de ladrillos hasta que se le pasó.

Seagraves no bebía con frecuencia, pero cuando bebía era en serio.

Era domingo por la mañana y había gente en las aceras. A algunas personas las conocía de nombre, a otras sólo lo suficiente para saludarlas con la cabeza. Las que conocía de nombre solían ser metodistas, camino de la iglesia. Habló y sonrió y las mujeres, frescas, y con los labios pintados y perfumados, le dejaron muy agitado. Se las imaginó vestidas con traje de baño.

Y entre estos pensamientos —o debajo de ellos, como una corriente submarina— pensó en Paris Trout. Durante los meses transcurridos desde la muerte de la chica los sentimientos que le inspiraba su cliente habían cambiado. En parte se debía a que ahora le conocía mejor, y en parte a la creciente premonición de que iba a perder.

Seagraves había perdido anteriormente, pero nunca un caso que llamara tanto la atención como la llamaría el de Paris Trout. Había aceptado encargarse del asunto dando por sentado que ganaría, lo había aceptado con ciertas ventajas, pero a medida que iban pasando las semanas se había dado cuenta de que aquellas ventajas del principio eran lo único que tenía.

Había averiguado algunas cosas sobre la familia de color —Henry Ray, por ejemplo, había atropellado con un camión a un blanco el año anterior—, pero el lugar apropiado para el propio Trout era el manicomio. «Ha ido a Cotton Point», decía la expresión, y no cabía confiar en que declarase a favor de sí mismo en un juicio.

Habían encontrado una pistola debajo de un colchón en la casa donde mataron a la chica. Estaba en la otra parte de la casa y no había sido disparada —o, en caso de haberlo sido, no había señales de ello—, pero la pistola en sí parecía corroborar la historia que Trout y Buster Devonne le habían contado al jefe Norland el día del suceso.

Y, normalmente, estas cosas habrían bastado. Pero había algo resistente en la naturaleza del suceso —quizá en la naturaleza de la propia chica— que volvía una y otra vez mientras Seagraves preparaba sus argumentos, y le informaba que algo iba por mal camino.

Se daba cuenta de que evitaba a Trout, de que le veía sólo una o dos veces a la semana, nunca durante más de una hora. Trout le había amenazado durante la última visita. No eran sólo las palabras —«Le pagué para que se ocupase de esto, y usted aceptó el dinero»—, sino una sensación. Estaba siempre a punto de soltar a los

perros.

Seagraves había pasado el resto de su trabajo a sus ayudantes y socios y dedicaba la mayor parte del tiempo a estudiar las declaraciones de los testigos. La peor de todas ellas era la de Mary McNutt, que había recibido cuatro disparos. Un jurado la escucharía debido a las balas que aún llevaba en el cuerpo. Se había negado a que la operasen para extraérselas. Era la más grave de las complicaciones, pero en cierto modo era también la respuesta.

Abrió la puerta del jardín y echó a andar hacia la casa. Apretó el timbre y esperó, y al cabo de un momento la puerta se abrió de par en par y Hanna Trout apareció ante él, vestida para ir a la iglesia, con el bolso en la mano.

—Mrs. Trout.

—Pensé que venían a recogerme —dijo ella.

Observó que llevaba ambos pies calzados.

—Veo que ha recuperado el uso del pie —dijo.

Ella no respondió, no le invitó a entrar.

—El corte era de miedo —añadió. Hanna siguió inmóvil, mirándole a la cara. Seagraves permaneció unos instantes con los ojos clavados en la línea de la pierna dentro de la falda, en la cadera. Continuó hablando para evitar un silencio embarazoso—. He visto gente que se había pillado los dedos con la segadora de césped sin sufrir heridas tan aparatosas como...

Hanna Trout consultó su reloj de pulsera y luego miró hacia la calle detrás de él. Llevaba un cinturón negro reluciente que se le clavaba en la cintura y una blusa de seda abotonada hasta arriba.

—¿Espera que la lleven en coche a la iglesia?

—El reverendo Clay dijo que pasaría a recogerme.

—¿Cómo dice?

—El reverendo Matthew Clay.

Seagraves entró en la casa, sin que ella le hubiera invitado. Se acercó a ella y la miró a la cara.

—¿De la iglesia baptista de la Esperanza Luminosa?

Ella se mantuvo erguida y serena.

—Quizá le hayan entretenido —dijo—. Da clases en la escuela dominical también...

Seagraves captó su olor a jabón, y a champú.

—He venido a pedirle personalmente que asista al juicio de su esposo.

—Mr. Seagraves, he pasado los últimos tres meses distanciándome de lo que hizo.

Él volvió a notar una oleada de alcohol y se sentó en los escalones que conducían al piso superior.

—Discúlpeme —dijo.

Ella le miró con atención durante un largo momento.

—¿Quiere que vaya a buscarle algo?

De repente Seagraves notó que tenía la cara bañada en sudor, la camisa pegada a los costados. Dijo que no con la cabeza.

—Le ruego que me perdone —contestó—. Se me pasará en seguida...

—¿Necesita una copa?

Seagraves se abrazó las rodillas y apoyó la frente en ellas. Pensó en la conveniencia de dormir un poco.

—Si no es molestia —dijo.

No la observó cuando entró en la cocina, pero a los pocos momentos oyó que abría el frigorífico y luego golpeaba una cubeta de hielo. Cuando finalmente alzó la cabeza Hanna estaba delante de él y tenía en la mano algo que parecía un zumo de tomate. Seagraves lo aceptó, dándole las gracias, y notó el contacto del hielo en los labios. Bebió un trago largo y no se dio cuenta de que contenía alcohol hasta que se lo hubo tragado.

—¿Tiene usted licor en casa? —preguntó. Le costaba imaginársela infringiendo la ley, aunque fuera aquella ley.

En seguida empezó a encontrarse mejor. Bebió otro trago. La puerta principal seguía abierta y Hanna miró hacia la calle.

—¿Qué diantres va a hacer con el reverendo Clay? —preguntó él.

—Ir a la iglesia.

Seagraves bebió otro trago, esta vez más despacio.

—Espero que perdone usted mis modales —dijo—. No suelo entrometerme en asuntos de familia. Pero esta... separación plantea problemas jurídicos para Paris, problemas que estoy seguro de que usted no tiene la intención de crear.

Bebió una vez más, terminando lo que ella le había traído. Le dejó un sabor ácido en la boca y entonces comprendió que estaba medio borracho.

Miró a Hanna Trout otra vez, clavando los ojos en su cinturón.

—Me temo que he venido deshidratado —dijo.

—Eso parece.

—Su esposo... —Harry sacudió la cabeza y se concentró, pero no pudo quitar los ojos del cinturón de Mrs. Trout. Era por la forma en que conducía hacia las caderas—. Sé que usted no quiere hacerle daño.

Levantó la mirada entonces, hacia la cara de Hanna, y vio que ella no seguía su pensamiento, así que empezó a explicarse:

—En una situación como ésta, la apariencia de las cosas a menudo es tan importante como los hechos. Quiero decir desde el punto de vista jurídico...

—¿Necesita otro? —preguntó ella.

Seagraves miró el vaso, luego miró a Mrs. Trout.

—No me sentaría mal —respondió, y ella se llevó el vaso a la cocina. Al cabo de un minuto, cuando se lo puso en la mano, Seagraves notó un temblor en los dedos.

Hanna le invitó a pasar a la sala de estar y Seagraves la siguió hasta allí, dando sorbos del vaso para impedir que se derramara al andar. Ella se inclinó ante el sofá

para arreglar un cojín y Seagraves quedó impresionado por la forma de su trasero. Hanna se irguió, él buscó una silla y se sentó.

Miró a su alrededor y observó cambios en la habitación. No sabía si la habían pintado o si habían cambiado la colocación de los muebles, pero la habitación aparecía clara. Hanna se sentó en el sofá y cruzó las piernas. Su tobillo se movió, arriba y abajo, y Seagraves siguió el movimiento hasta que volvió a sentirse mareado y cerró los ojos.

—Decía usted algo de las apariencias —dijo ella.

El abogado se frotó la cara y bebió unos sorbos.

—Un matrimonio es una cosa —dijo— que la gente interpreta de acuerdo con su propio matrimonio. En el caso de que se disuelva, se imaginan en la misma situación. Imaginan cosas perjudiciales en relación con las partes interesadas, porque eso les hace sentirse seguros de que su propio matrimonio no corre peligro.

Hanna siguió sentada en silencio, observándole. Él pensó que quizá estaba fascinada.

—Lo que intento decir es que entre personas que conviven hay ciertas mentiras. Son mentiras para quedar bien, para que la convivencia sea posible. Y cuando se produce una pérdida de afecto ambas partes tienden a quitarse de encima el peso de esas mentiras, y dicen cosas que amenazan indirectamente a los que todavía están casados. Que amenazan a la institución misma...

Hanna se encogió de hombros y dijo:

—Mi marido nunca vino con mentiras para quedar bien, Mr. Seagraves. Conmigo no hacía comedia..., no sirve para hacer comedia.

Harry bebió un sorbo. Un pedacito de limón flotaba entre los cubitos de hielo, no se había fijado en él hasta ahora.

—Mentirijillas —dijo—, flirteos.

Hanna meneó la cabeza.

—Durante la semana que siguió al asesinato de aquella niña —dijo—. Mr. Trout me agredió tres veces. Me obligó a comer alimentos en mal estado, intentó ahogarme en mi propia bañera, abusó de mí de forma memorable, utilizando una botella...

Exceptuando el temblor de las manos, Seagraves no se movió. La miró fijamente a la cara, tratando de imaginárselo, y luego carraspeó.

Mrs. Trout sostuvo la mirada durante un momento y después miró por la ventana.

—Supongo que el reverendo Clay habrá tenido algún contratiempo —dijo—. ¿Ha venido usted en coche?

—No —repuso él, y pareció que su voz pertenecía a otra persona—. Pensé que el ejercicio...

Ella no le escuchaba. Seagraves pensó en ella recibiendo la botella y se preguntó de qué habría sido. ¿De Coca-Cola? ¿Dónde había ocurrido? ¿En la habitación donde estaban ahora? Volvió a carraspear, sintiendo calor en el rostro a causa del licor.

—No traicionaré esta confianza —dijo.

Cuando ella le miró otra vez, en su rostro había una sonrisa.

—No tiene mucha importancia, ¿verdad?

—Sí, sí la tiene para la apariencia de las cosas. Para usted misma y para su esposo.

—¿De qué clase de apariencias es usted partidario?

El abogado pensó que ahora le estaba tomando el pelo, pensó que ella adivinaba su pensamiento. Puso el vaso en el suelo, al lado de la silla.

—De la apariencia de normalidad —dijo.

Hanna rió sonoramente y se inclinó hacia adelante. A Harry se le ocurrió que también ella había bebido antes de llegar él.

—Mr. Seagraves —dijo ella finalmente, irguiéndose—, esa apariencia es precisamente lo que permitió que ocurriera eso. Mi marido es una aberración. Matar a niños no es normal. Por muchos esfuerzos que se hagan para crear esa apariencia, la perversión misma sigue igual, lo único que se hace es pedir que se comparta la perversión. No quiero ser cómplice del asesinato de niños.

—¿Y si yo probara que su esposo disparó en defensa de su propia vida? —preguntó él.

La expresión de Hanna se volvió hostil.

—Usted no puede probar lo que no sucedió —dijo.

—Eso debe decidirlo el tribunal de justicia.

Hanna meneó la cabeza.

—Ninguna historia que pueda usted contar ante su tribunal cambiará lo que sucedió en aquella casa. —Miró a su alrededor—, o en ésta.

—Eso es un error de percepción, creer que un acto es en sí mismo un delito o una perversión. Sólo lo es después de ser juzgado. —No tenía idea de por qué le estaba explicando todo aquello.

Vio que ella empezaba a sonreír otra vez, como si le estuviese juzgando.

—El error de percepción —dijo Hanna— es que la ley y los abogados decidan lo que ya ha ocurrido.

Seagraves apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Hanna se levantó, miró por la ventana una vez más, luego cruzó la sala y le tomó el vaso de la mano.

—¿Otro?

Harry titubeó.

—¿Mr. Seagraves?

—Uno más —dijo, y cuando ella fue a la cocina la siguió.

Hanna caminaba sin mover los hombros y eso resaltaba todos los movimientos que hacía de cintura para abajo. Seagraves pasó por la habitación donde estaba la cama y pensó en ella en la tarde en que se había cortado. Le había parecido menos real entonces. Recordó la barrabasada de Trout y sus pensamientos regresaron a la botella.

Nunca había oído a una mujer reconociendo un acto semejante fuera de la sala de

un tribunal, y ahora Hanna Trout, cuya vida era tan circunspecta como la de cualquier otro habitante del condado de Ether, se lo había contado sin carraspear siquiera.

Se dio cuenta de que se había detenido junto a la cama y de que ella estaba parada en la puerta de la cocina, esperándole.

—Estaba recordando la tarde en que se laceró usted el pie —dijo. Ella esperó—. El desorden en el suelo... Nunca he visto un corte peor. Es un milagro que le hayan salvado todos los dedos.

De pronto se dio cuenta de que no tenía la menor idea de si le habían salvado los dedos o no.

—No noto ninguna sensación en las puntas —dijo ella.

Y a él el comentario le pareció íntimo también. Avanzó hacia ella y Hanna acabó de entrar en la cocina.

Guardaba la jarra bien a la vista, en el armarito de debajo de los vasos. El licor que había dentro tenía color de caramelo y Seagraves vio un melocotón en el fondo. Lo reconoció, supo que procedía de la destilería de Elbert Street. Elbert era un idiota que tenía el don de envejecer el licor.

A Harry le habían dicho que lo tenía almacenado en barriles. Utilizaba carbón vegetal, que lo purificaba y le daba color. Los barriles estaban enterrados en una cueva en alguna parte de la propiedad que tenía al norte de Gray. Los tenía enterrados durante cerca de un año, y cuando llegaba el momento echaba el licor en jarras de fruta, generalmente sobre un melocotón fresco.

En una ocasión Seagraves había medido una de las jarras y había comprobado que el licor le proporcionaba a Elbert cerca de cincuenta dólares por unos cuatro litros. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era el mejor licor del Estado, pero, que él supiese, se vendía en un solo lugar, el Hotel Ether. Le dabas diez dólares al chico del hotel y entonces metías la mano en el bolsillo de un abrigo colgado cerca de la salida de emergencia y sacabas la jarra.

Le costaba imaginarse a Hanna Trout dándole diez dólares al chico y se preguntó si el licor lo habría dejado su esposo al mudarse.

—La última vez que estuve en esta habitación —dijo—, parecía que alguien hubiese volado la nevera.

Hanna quitó el tapón de la jarra y Seagraves se sentó ante la mesa y la miró con atención mientras le preparaba la bebida. El mantel era de plástico y se le pegaba a las manos. La mujer se acercó a la mesa y depositó el vaso delante de la nariz de Harry. Él seguía mirándola atentamente, pero ella parecía no darse cuenta. Seagraves vio que el pecho de Hanna no era tan generoso como el de Lucy, pero parecía unido a ella formando un ángulo más favorable.

Hanna se sentó en la silla del otro lado de la mesa y durante un momento él notó el roce de su pierna contra la suya y entonces se sintió mareado. Se repuso y dijo:

—¿Por dónde iba?

—Estaba en plena reminiscencia de la cocina. Parecía que alguien hubiese volado

la nevera.

—Antes de eso.

—La ley. Mi error de percepción al pensar que un delito puede producirse sin que esté presente un abogado que lo verifique...

La respuesta volvió a recordarle lo que Paris había hecho con la botella.

—Le pondré un ejemplo —dijo, y se apoyó pesadamente en la mesa. Se fijó en que ella no se apartaba, ni siquiera un centímetro—. ¿Y si una mujer sugiriese, como ha sugerido usted, que su marido había abusado de ella utilizando una botella? —Vio que ella no iba a impedirle que siguiera, y añadió—: Eso es un delito en el Estado de Georgia.

—Sodomía —dijo ella.

Seagraves notó cierta agitación debajo de la mesa. La palabra sonaba de un modo diferente al pronunciarla Hanna Trout en su propia cocina, diferente de como sonaba ante un tribunal. Había una especie de conexión porque ambos sabían lo que quería decir.

—Sodomía —asintió—. Pero ¿y si recurriera a los tribunales...? cosa que no haría, porque no hubo testigo... Pero ¿y si lo hiciera y se revelasen todos los detalles, dónde ocurrió, qué clase de botella, todo lo que se dijo, y se hiciera evidente, durante ese descubrimiento, que la mujer... había accedido al acto?

Hanna ladeó la cabeza, como si no hubiera entendido las palabras.

—Si la mujer hubiese accedido —repitió él—. O quizá no accedió, al menos directamente, pero disfrutó con ello. ¿Qué pasa entonces con su queja? El acto ocurrió de todos modos, el delito se cometió, pero ahora lo vemos de una forma diferente. Ahora aparece matizado por el hecho de que la mujer accediera...

Se estaba comportando temerariamente, había llevado las cosas demasiado lejos y ahora estaba a merced de ella. Pero formaba parte de ser temerario el saber lo que eras, y él lo sabía. Se inclinó sobre la mesa y puso una mano en el brazo de Hanna. Ella no pareció darse cuenta.

—Una confabulación —dijo.

—Podría ser —aceptó Seagraves. De pronto fue consciente de su propia respiración, del aire que le rozaba los labios y los dientes—. Una cosa que podría ocurrir de forma espontánea. ¿Quién puede decir entonces que lo ocurrido fue un delito? La ley sin compasión no es ley en absoluto.

Hanna permaneció inmóvil un momento más y luego retiró el brazo de debajo de su mano. Seagraves no intentó retenerla. Ella dijo:

—Mr. Seagraves, ¿cree usted que yo le pedí a mi marido que abusara de mí con una botella?

Al principio él no respondió.

—Ha sido sólo un ejemplo —dijo finalmente—. No era mi intención darle un cariz personal. Se me ocurrió porque usted acababa de hablarme de su problema...

Súbitamente el pánico se apoderó de él.

—¿Cree usted que la niña pidió que la mataran a tiros? —preguntó Hanna—. ¿O la mujer? ¿Cree que accedieron a ello?

Harry se apartó de la mesa y alargó la mano hacia el vaso. Se lo llevó a la boca y sonrió justo antes de que le tocara los labios. La sonrisa estuvo fuera de lugar, por alguna razón que él no pudo identificar ni corregir.

—Voy a decirle una cosa —dijo—. En aquella casa no había nadie que fuera inocente del todo. No de la forma que usted se imagina. No ocurrió porque sí.

Hubo un silencio y Seagraves bebió unos sorbos. Hubiera preferido menos zumo de tomate.

—¿Conoce usted bien a mi marido, Mr. Seagraves? —preguntó Hanna.

—Tan bien como necesito conocerle —repuso él. Luego añadió—: Tan bien como me apetece conocerle.

—¿Puede predecir lo que haría si entrase ahora y nos encontrara aquí hablando de él?

El abogado se imaginó a Trout entrando en la cocina.

—Creo que destrozaría la cocina.

—¿Diría algo?

—En su caso nunca se sabe. Puede que sí y puede que no.

—Y cuando él se marchara, ¿qué haría usted?

Seagraves meneó la cabeza.

—Nunca he visto esa faceta de su marido.

—Usted se iría...

Ahora no acababa de entenderla. Pensó que quizá le estaba pidiendo que se quedara. Pensó que tal vez le estaba ofreciendo algo a cambio.

—No podría mudarme aquí para vigilarle. Tengo mi propia casa.

—Entonces, ¿quién le vigilará?

—Eso no me corresponde a mí...

De repente los ojos de Hanna se llenaron de lágrimas y Seagraves volvió a tocarle el brazo.

—Quizá no ha entendido usted bien lo que yo quería decirle, Mrs. Trout...

Hanna retiró el brazo y cuando habló de nuevo su voz era trémula.

—¿Quién le vigilará?

Harry bebió otro trago, pero el zumo de tomate no hacía buenas migas con el licor ahora, resultaba espeso y difícil de tragar.

—Es una pregunta sencilla —dijo ella—. Cuando usted y la ley hayan decidido que la niña y la mujer se confabularon para que les pegaran unos cuantos tiros, o que disfrutaron con ellos, y hayan puesto a mi marido en libertad, ¿quién impedirá que se confabule con otra chiquilla para matarla?

—Si queda libre, será libre.

—Y entonces, ¿qué?

Seagraves movió la cabeza de un lado a otro, deseando irse, deseando alejarse de los conceptos erróneos y sus advertencias.

—No me corresponde a mí —volvió a decir.

Hanna se secó los ojos con la manga de la blusa. El abogado trató de ponerse en pie, pero estaba mareado y notó que empezaba a desplomarse. Ella le estaba hablando de la apariencia de normalidad. Seagraves no podía seguir sus palabras. Ella le estaba haciendo una advertencia. Seagraves se movió y cayó contra el fregadero.

Se despertó en el suelo. Tenía una almohada bajo la cabeza, una manta ligera le cubría desde el mentón hasta las rodillas. Se incorporó a medias, exactamente tan mareado como por la mañana. Alguien le había aflojado la corbata, y el cinturón. La habitación estaba más oscura que antes y de pronto pensó que tal vez le estuvieran buscando.

Buscó el borde del fregadero con la mano y se valió de él para ponerse en pie. Se quedó quieto unos momentos, notando como la sangre circulaba por su cuerpo. Tenía un pie dormido y el lado izquierdo de la nariz entumecido. Esperó y esas sensaciones desaparecieron.

En la casa reinaba el silencio.

Abrió el grifo y se lavó la cara con agua fría. Vio una caja de bicarbonato sódico en la mesa y lo usó, aplicándoselo con el dedo, para limpiarse los dientes. Se peinó sin espejo y luego se remitió la camisa dentro de los pantalones y se abrochó el cinturón.

Anduvo con cuidado, pues no quería ver a Mrs. Trout otra vez, y se encaminó hacia la puerta principal. Pensó en aplazar la visita al marido hasta la mañana, pero entonces le preocuparía toda la noche.

El sol había pasado al lado occidental de la casa, sumiendo en una especie de crepúsculo el lado donde él estaba. No vio que Hanna se hallaba tendida en la cama hasta que ella habló.

—Espero que no se haya hecho daño.

Seagraves se sobresaltó y luego sintió su sangre otra vez, volviendo a los lugares que había abandonado. Asintió con la cabeza y se puso a hablar para serenarse.

—Son las horas que he trabajado últimamente —dijo—. Al final se cobran su tributo. Ya me sucedió otra vez, acababa de salir del palacio de justicia y sin darme cuenta me encontré contemplando las ardillas de los árboles.

—Me pareció que no le hubiera gustado que avisara a un médico —dijo ella.

—No, no hacía falta. Debí de perder el conocimiento justo cuando me iba.

Consultó su reloj, pero había poca luz y no pudo distinguir las manecillas.

—¿He estado aquí mucho rato?

—Sí.

—Es domingo todavía, ¿no?

Sonrió, luego sintió el peso de la mirada fija de Hanna y dejó de sonreír.

La casa estaba silenciosa.

—¿Conseguirá que le absuelvan?

—No puedo predecir lo que pasará.

Apoyó la mano en el pomo de la puerta y se dijo a sí mismo que debía moverlo, cruzar el umbral y luego salir por la puerta principal...

—Si logra que suelten a mi marido, abrirá usted la puerta a todo lo que venga luego.

Seagraves abrió la puerta y se detuvo en el umbral.

—Me gustaría que recapacitara usted —dijo—. Venga al juicio.

Seagraves cerró la puerta del jardín y consultó el reloj. Eran casi las cuatro. Echó a andar hacia el sur, hacia la ciudad. Se arregló la ropa sin dejar de caminar, alineando los botones de la camisa con la hebilla del cinturón, alisándose las arrugas de las mangas de la americana.

A una manzana de la casa de Trout dobló hacia el este, en dirección al colegio universitario. Era el único lugar de Cotton Point donde no era probable que le reconociesen, y en la escuela había profesores que iban siempre tan arrugados como él lo estaba ahora.

Cruzó la calle, saltó la cadena de un parking y se encontró en el recinto universitario. Sintióse más a salvo, empezó a reconstruir la defensa de Paris Trout. Ahora no era tan pura como por la mañana: Hanna Trout seguía con él, mirándole fijamente desde el otro lado de la habitación a oscuras, empleando sus propias palabras para advertirle. Era como una maldición.

Se preguntó si sería medio gitana.

Anduvo hasta el final del recinto y salió a la parte posterior del palacio de justicia. La de más allá era Browne Street, y luego Main, donde dobló hacia la izquierda. El Hotel Ethel se encontraba en medio de la manzana y estaba pintado de un tono de verde que a Seagraves le pareció que nadie, borracho o con resaca o con algo situado entre las dos cosas, debería verse obligado a contemplar.

Entró. En el vestíbulo no había nadie excepto un empleado que hacía un solitario detrás del mostrador de recepción. Seagraves observó el abrigo colgado cerca de la salida de emergencia, el bolsillo lateral abultado por una jarra de licor, y durante un momento pensó que iba a vomitar.

—¿Mr. Trout está en su habitación? —preguntó.

El empleado alzó la mirada, vio de quién se trataba y se puso en pie apresuradamente.

—Sí, señor, debe estar, porque su llave no está aquí.

—¿Qué habitación es?

El chico vaciló.

—Soy el abogado de Mr. Trout y vengo por un asunto de negocios.

—Mr. Trout no recibe visitas. Lo dice en sus instrucciones.

—¿Instrucciones?

—Sí, señor, las escribió al instalarse aquí. Por ejemplo, coge el periódico de su buzón, y si no está en su buzón, no coge uno del mostrador. Sube a su habitación y llama por teléfono pidiendo que alguien se lo lleve.

Seagraves se dio cuenta de que el chico le tenía tanto miedo a él como a Trout.

—¿Qué habitación? —insistió.

—La tres diez. La suite nupcial.

El abogado miró arriba y abajo, incapaz de imaginárselo.

—¿Que Paris Trout tiene la suite nupcial?

—Sí, señor —dijo el chico, y a Seagraves le pareció que su tono era triste—. Se ha hecho el amo de ella.

Seagraves subió la escalera asiéndose a la barandilla. Cuando llegó al tercer piso se detuvo, una vez más al borde del mareo, y esperó hasta que se le calmó el estómago.

Recorrió el pasillo hasta el final y encontró la puerta. Era de madera oscura, los tres números sujetados con clavos dorados al nivel de los ojos.

Llamó y se oyeron los muelles de la cama.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde el otro lado de la puerta.

—Harry Seagraves.

La puerta se entreabrió, sólo unos centímetros, y vio uno de los ojos de Trout.

—Tenemos que hablar.

Trout no dio ninguna señal de reconocerle, o siquiera de haberle oído. Mantuvo el ojo en la rendija de la puerta, esperando algo más.

—¿Está vestido?

Trout le miró de la cabeza a los pies entonces, como si estuviese comparando sus respectivas indumentarias. Luego la puerta se abrió unos cuantos centímetros más y Harry vio el arma. Trout llevaba una camisa blanca de manga larga, con el cuello y los puños abrochados, y el abogado pudo ver que empuñaba una pesada automática que parecía de fabricación extranjera.

—¿Contra quién se propone disparar? —preguntó.

Trout siguió sin contestar, y durante un momento, sólo un momento, Seagraves pensó que sabía dónde él, Seagraves, había pasado el día. Luego se alejó de la puerta, dejándola abierta, y al poco volvió con la chaqueta puesta. Metió todo lo que cupo de la pistola en el bolsillo lateral y salió de su habitación.

Cuando abrió la puerta, Seagraves captó un rápido y cegador reflejo del sol en el suelo.

—Podríamos hablar aquí mismo —dijo, pero Trout ya se encaminaba hacia la escalera.

Al pasar por delante de recepción, el abogado le indicó que se detuviera.

—Deje la pistola aquí. El chico cuidará de ella.

Trout dio un paso atrás.

—Es legal, tengo derecho.

—No necesita una condenada pistola para pasear por la calle un domingo por la tarde.

—¿Hasta dónde?

—Hasta donde usted quiera. El colegio universitario, la academia de oficiales, da lo mismo. Lo único que importa es que podamos hablar en privado. No conviene que le vean andando por las calles con un arma dos semanas antes de que se constituya el jurado...

Trout se miró el bolsillo. La boca de la pistola asomaba por el borde, como si fuera una serpiente domesticada. La sacó y el cañón se movió con rapidez de Seagraves a él mismo y luego a la puerta, y finalmente la entregó al recepcionista.

—No permitas que nadie juegue con esto —dijo.

El chico recogió la pistola, sujetándola con las dos manos, y la depositó detrás del mostrador.

—No, señor —dijo.

—Y lo que he dicho también va por ti.

—Sí, señor.

Trout miró fijamente al chico durante un momento más.

—Si juegas con ella, lo sabré.

—Sí, señor, ya sé que usted lo sabría.

Bajaron por Main Street, pasando por delante del establecimiento de Trout, y llegaron a la academia. Seagraves vomitó otra vez y cruzó unos arbustos hasta un banco instalado bajo un olmo. Se sentó pesadamente, Trout se quedó de pie ante él.

—¿Y bien? —dijo—. Esto es privado.

Seagraves se secó el sudor del cuello.

—Hoy he ido a su casa y he hablado con su esposa.

—No es asunto de nadie lo que pase entre ella y yo.

—Es asunto suyo que ella asista a su juicio —dijo Seagraves sin alterarse.

Trout clavó los ojos en él, luego miró a su alrededor, como si temiese que alguien estuviera escuchando.

—Para eso le pago a usted.

Luego consultó su reloj.

—¿Se le hace tarde para ir a alguna parte? ¿Necesita volver a la habitación del hotel?

—¿Qué es lo que ha venido a decirme?

—En primer lugar, que tiene usted que hablar con su esposa, arreglar lo que pueda. La gente sabe que usted se marchó de casa, pero si consiguiera que fuese al palacio de justicia, podría sernos útil.

—Yo me ocupo de mis propios asuntos. Que los demás se ocupen de los suyos.

—No será asunto suyo hasta que haya terminado. Después del proceso, tendrá usted tanta intimidación como quiera, de un modo u otro.

Trout le miró. Seagraves pudo ver que estaba furioso, pero se contuvo.

—Sigamos —dijo el abogado—. ¿Usted y Buster Devonne han repasado juntos lo que ocurrió en Indian Heights?

Trout se encogió de hombros.

—No hay mucho que repasar.

Luego empezó a pasearse de un lado a otro.

Harry cerró los ojos para no seguir el movimiento.

—Buster y yo estuvimos juntos en el asunto. Decidimos lo que diríamos e hicimos un pacto en el sentido de que nos atenderíamos a ello.

—¿Un pacto?

Trout asintió moviendo la cabeza.

—Cuando volvíamos a la ciudad. Que nada de lo que pasó en Indian Heights iba a enfrentar a dos hombres blancos.

Seagraves abrió los ojos y le miró fijamente, tratando de imaginar la escena. Vio a Trout, manchado por la sangre de la niña, estrechando la mano de Buster Devonne para sellar el pacto.

—¿Buster disparó contra la mujer o fue usted?

Trout interrumpió su paseo y se miró atentamente los pies.

—Buster trabaja para mí. Dirá lo que yo le ordene. —Luego, bajando la voz, añadió—: Cree que nos invitarán a entrar en la sala del jurado..., mi juicio y después el suyo..., que repartirán sombreritos y darán una fiesta para celebrarlo.

Seagraves aspiró hondo.

—Buster es un hombre popular en el condado de Ether —siguió Trout—, no van a hacerle nada, podrían buscarse complicaciones si le hicieran algo.

Permanecieron callados largo rato y luego el abogado oyó su propia voz.

—Si fue usted quien disparó contra la mujer y la niña, y ellas tenían un arma de fuego propia, sería más fácil explicar lo ocurrido.

Trout siguió sin hablar.

—Si todos los disparos salieron del arma de usted...

Las palabras brotaban de él con más facilidad de lo que había creído, de lo que deberían haberle salido.

Trout continuó inmóvil, pero Seagraves se dio cuenta de que su pecho subía y bajaba.

—¿Cuál de nosotros cree que paga? —preguntó al cabo de un instante.

—Fue su pistola la que disparó contra la niña. Ward Townes tiene el arma y las balas, ése es el punto de partida. Tenemos que mostrarnos todos de acuerdo porque así es. Pero si las balas que hirieron a la mujer también eran suyas, no hay forma de probarlo, porque todavía las lleva dentro, entonces tenemos una situación que un jurado podría interpretar como un caso de defensa propia.

—No estoy solo en este asunto —dijo Trout, un poco después.

Harry se levantó, apoyando la mano en el respaldo del banco para no perder el equilibrio.

—O eso —dijo— o estuvieron metidos en ello juntos.

Al volver a mirar a Trout, se alegró de haberle hecho dejar la pistola en el hotel.

—En la sala del jurado no va a haber ninguna fiesta, ni en su honor ni en el de Buster Devonne —añadió—, Buster Devonne no conoce Cotton Point, lo único que conoce de esta ciudad es lo que se ajusta a su propia forma de pensar. —Vio que Trout no le creía—. Es un error decir que un lugar es todo de una manera o de otra, sólo porque esa manera resulte cómoda.

El juicio comenzó diecisiete días después, un miércoles, a las ocho de la mañana. El juez Taylor medía menos de metro setenta de estatura y pesaba cerca de cien kilos, incluso sin la toga, y empezó a primera hora de la mañana porque no soportaba el calor de media tarde.

De hecho, en verano a veces suspendía los juicios durante cinco minutos cada hora, y entonces se retiraba a su despacho, se desnudaba y se ponía polvos de talco en todo el cuerpo. Los abogados que eran convocados a su despacho para recibir un rapapolvo, o para hablar de algún asunto delicado, estaban acostumbrados a ver al juez en calzoncillos, sentado detrás de su escritorio, con el cuerpo del color de la mismísima muerte.

Sonrió al empezar el juicio y observó a los espectadores. Llenaban todos los asientos y los había también en el fondo de la sala, de pie y sentados en el alféizar de las ventanas.

—Sean todos bienvenidos, por supuesto —dijo—, pero ya veremos si por la tarde les quedan ganas de permanecer aquí.

La advertencia pareció incomodar a algunas de las señoras.

Seagraves estaba sentado junto a Trout. Había un bloc de notas entre ellos, sobre la mesa, para que Trout escribiera en él sus pensamientos u objeciones. Se le veía quieto, con la mirada dirigida al frente, igual que el día en que se eligiera al jurado. Para él era una afrenta que le juzgaran.

Vestía un traje de color gris claro y una corbata amarilla. Había pasado por la barbería y llevaba los zapatos recién lustrados.

Hanna Trout, sin embargo, no se encontraba en la sala. Seagraves le había reservado un asiento en la fila que quedaba justo detrás de la mesa de la defensa, y era el único asiento vacío que había en la sala. Seagraves lo consideró un revés y un mal presagio. Y se sintió decepcionado de un modo que no tenía nada que ver con el proceso.

Buster Devonne, cuyo propio juicio se celebraría después del de Trout, se encontraba sentado detrás de la barrera, junto al pasillo de la tercera fila. Harry

observó que se parecía un poco a algunos miembros del jurado, era un parecido en la actitud y en los modales que Trout, si uno se fijaba bien en él, no compartía.

A medida que se acercaba la fecha del juicio, Seagraves había pasado largas tardes con Trout y Devonne, con los dos juntos y luego con uno de ellos y después con el otro. Devonne, que era un imbécil, comprendió inmediatamente; Trout mostró cierta resistencia tácita. El abogado dedicó muchas horas a preparar la declaración que Trout leería durante el juicio, y todavía más horas a enseñarle un poco de educación elemental. Pero cada vez que se reunían, Trout se mostraba más remoto que la vez anterior. Era casi como si se hubiera desentendido de lo que se le avecinaba. Durante la última tarde Seagraves se dio por vencido y redujo sus instrucciones a lo siguiente:

—Si necesita decir algo, escríbalo. Escríbalo despacio, a fin de que parezca fruto de la reflexión.

Trout le había contestado.

—No necesito escribir nada. Para eso le he pagado a usted.

El primer testigo fue Henry Ray Boxer. Vestía una camisa de manga larga con gemelos en los puños, pantalones de domingo, zapatos de trabajo. La mano que colocó sobre la Biblia era pequeña como la de una mujer. Se sentó con la cabeza baja y los hombros caídos en la silla de los testigos, sin atreverse a mirar a la izquierda ni a la derecha, y habló en voz tan baja que apenas se le oía.

Seagraves se fijó en que a la voz de Ward Townes también le faltaba potencia. La táctica de Townes consistía en hacer que el jurado se olvidara del lugar donde se encontraba, que se sintiera a gusto, darle a entender que no había inconveniente en que sus miembros sonrieran como personas normales y corrientes. Pero esa mañana Townes no recurrió a su táctica habitual y Seagraves pensó que el fiscal tenía tan pocas ganas de estar allí como él.

Ward Townes le preguntó a Henry Ray Boxer dónde vivía, quiénes vivían con él. Henry Ray utilizó los dedos y dio el nombre de cada hermano y cada hermana. No sabía qué edades tenían.

Luego le preguntó cuándo había comprado el coche, cuánto había pagado. Henry Ray describió la transacción y mencionó los doscientos veintisiete dólares del seguro. Habló del accidente en la gasolinera y dijo después que había llevado el coche a la tienda de Paris Trout.

Su declaración duró casi una hora, y Seagraves protestó una sola vez, hacia el final, cuando Henry Ray llamó «maldito negro» al conductor del camión que le había abollado el coche.

—Señoría —dijo, poniéndose en pie—, comprendemos tan bien como cualquiera que este asunto ha juntado a personas muy diferentes, pero por respeto a las señoras, me permito solicitar al tribunal que indique al testigo que se abstenga de utilizar

blasfemias gratuitas.

—Mr. Boxer —dijo el juez—, ¿comprende usted el significado de la palabra blasfemia?

—Sí, señor.

—Entonces le ordeno que no las use.

—Yo no la he usado, ha sido él.

—No me refiero a la palabra misma —aclaró el juez—, sino a los ejemplos de la misma.

Y Henry Ray Boxer se quedó quieto, mirando al juez como si éste acabara de decir que los testigos cobraban veinte dólares en concepto de honorarios.

—Gracias —dijo Seagraves, y se sentó.

Townes sonrió, por primera vez aquella mañana.

—Eso es todo lo que tengo que preguntar por el momento —dijo, y dejó al testigo en manos de la defensa para que lo interrogara.

Harry Seagraves anduvo despacio hacia Henry Ray Boxer, rascándose la cabeza. Notaba que el jurado le estaba mirando. Les haría esperar, le gustaba crear expectación, pero entonces se fijó en que Trout miraba fijamente al testigo de un modo que él, Seagraves, no quería que el jurado viese, como si el chico acabara de entrar en la sala y de decirle otra vez que no pensaba pagarle.

—Henry Ray Boxer —dijo Seagraves. El chico no contestó—. ¿Te llamas así?

—Sí, señor.

—Henry Ray, ¿dónde compraste el último coche antes del que le compraste a Mr. Trout?

—No tenía ninguno antes de ése.

—¿No le compraste un coche a Mr. William Sutter en Eatonton?

El chico negó con la cabeza.

—No le he comprado ningún coche a Mr. Sutter.

—¿No conducías el coche de Mr. Sutter cuando chocaste con Mr. Louie Veal?

—No, señor.

—¿Era otro coche?

Henry Ray se movió en la silla.

—No, señor, era un camión.

—¿No conducías el coche en cuestión...?

—¿A qué cuestión se refiere?

Se oyeron algunas risas en el fondo de la sala. Seagraves sonrió y meneó la cabeza.

—El coche que acordaste comprarle a Mr. Trout.

—No, señor, a ése lo embistió un camión de transportar madera.

Ward Townes se levantó entonces, con aspecto de cansancio, y puso reparos a todo lo referente a Mr. Louie Veal, diciendo que lo había sacado a colación sólo para influir en el jurado. El juez Taylor confirmó la validez de la protesta.

Seagraves volvió a su mesa y cogió sus notas.

—Veamos, ¿cuánto le has dicho a Mr. Townes, aquí presente, que pagaste?

—Ochocientos.

—¿Es posible que fueran más?

—Es posible, no lo sé.

—¿No sabes lo que pagaste por él?

—No pagué por él. Iba a pagar a cuenta.

—Pero ¿eran ochenta y cinco dólares, en cantidades iguales, todos los meses?

—No sé si en cantidades iguales o no.

Seagraves arrojó los papeles sobre la mesa.

—A mí me parece que si quisieras decirnos la verdad sobre este asunto, podrías decírnosla. Deberías recordar cuánto pagaste.

—Ochocientos —dijo el chico—. Con el seguro subió a mil veintisiete.

Seagraves suspiró y luego miró al jurado. La mitad de sus miembros procedían de Homewood y trabajaban en el manicomio. Gracias a él tenían alcantarillado y agua potable.

—Tú le compraste el coche a Mr. Trout —dijo, sin mirar al testigo—. Lo destrozaste y luego te negaste a pagar lo que tenías que pagar a cuenta de él porque Mr. Trout no quiso repararlo.

—Sí, señor.

—¿El coche funcionaba cuando fuiste a devolverlo?

—Sí, señor, funcionaba, pero estaba muy maltrecho.

—Y tú no quieres conducir un coche así...

—No, señor, yo no conduzco coches abollados.

Seagraves miró hacia otro lado e hizo la siguiente pregunta.

—¿Tienes permiso de conducir, Henry Ray?

—Sí, señor.

—¿Se trata del mismo permiso que examinó el jefe Norland el día en que te detuvo por atropellar a Mr. Veal?

—Es el mismo.

Townes se levantó y expresó la misma protesta. El juez Taylor la aceptó.

El abogado hundió las manos en los bolsillos de los pantalones y se inclinó como si estuviera buscando algo en el suelo.

—¿Habías hecho algún negocio con Mr. Trout antes de comprar ese coche?

Henry Ray asintió con la cabeza.

Seagraves volvió a mirar directamente hacia el jurado.

—Estas personas no pueden oírte si no hablas, Henry Ray. Están aquí para tratar de averiguar lo que ocurrió realmente en tu casa, y necesitan oír todas tus respuestas, no sólo las que te apetezca dar.

El juez Taylor dijo:

—El testigo responderá a la pregunta.

—¿Qué pregunta era? —dijo Henry Ray.

Seagraves se volvió hacia él, lentamente.

—La primera era: ¿habías hecho algún negocio con Mr. Trout antes de comprar ese coche?

—Le pedía dinero prestado.

—Bien. Ahora dinos, ¿cuánto le debías?

El chico se encogió de hombros.

—Calculo que unos veinticinco.

—¿Estás seguro de que no eran cien?

—No, señor, no eran cien dólares.

—Pero le debías algo.

—Sí, señor, también se lo iba pagando.

Seagraves anduvo hasta la mesa y consultó sus notas otra vez.

—Veamos, esa pistola que tiene tu hermano Tommy en casa ¿de quién es?

—De Mr. Lyle.

—Tu padrastro.

—Sí, señor.

—Dicho de otro modo ¿el día del tiroteo, Tommy tenía en casa la pistola de Lyle McNutt?

—No lo sé, señor. Yo no estaba en casa.

—¿Tommy tenía también tu pistola en casa aquel día?

—No, señor, yo no tengo ninguna.

Seagraves se quedó quieto de pronto, como si en plena noche algo hubiera alargado la mano para tocarle. Luego, moviendo sólo la cabeza, alzó la vista hacia el testigo.

—¿Qué hiciste con ella?

—Nunca tuve una, así que nada pude hacer con ella.

—¿Me equivoco o te condenaron por llevar una pistola en mil novecientos cincuenta y cuatro, en este mismo tribunal?

—Era la pistola de Mr. Lyle, yo se la traía de Eatonton.

—Pero te condenaron aquí.

—Sí, señor.

—Te declararon culpable.

—Yo no lo sé, señor, si me declararon o no.

—¿No te condenaron a dos meses?

—No, señor, no dijeron nada de eso.

—¿No te pusieron una multa de veinticinco dólares? De eso te acuerdas, ¿no?

Finalmente, Ward Townes volvió a levantarse. Seagraves se había sorprendido al ver que el fiscal permitía que el interrogatorio llegara tan lejos.

—Señoría —dijo Townes—, el abogado de Mr. Trout ha sobrepasado los límites de lo que es justo. Este interrogatorio se ha efectuado únicamente para fomentar

prejuicios, y su señoría y yo y todos los que nos encontramos en esta sala sabemos que de prejuicios ya hay suficientes aquí.

—El interrogatorio queda anulado —dijo el juez.

Mientras Townes hablaba, Seagraves observó al jurado. En tres de sus miembros las reacciones se veían claramente, en otro par empezaban a verse. A Seagraves no le gustó lo que vio.

—He concluido con este testigo —dijo.

Townes llamó a Thomas Boxer. Era más bajito que su hermano, y de apariencia más delicada. En ciertos aspectos, pensó Seagraves, se parecía a las fotografías de Rosie Sayers. Se sentó en la silla de los testigos después de prestar juramento y luego pegó un bote al oír su nombre.

—Thomas —dijo Townes—, ¿estabas en casa el día en que Mr. Trout y Mr. Devonne fueron a ver a tu hermano?

Thomas Boxer contó la historia, lo que había visto y oído.

Tardó mucho tiempo, pero le salió auténtica. Trout y Devonne en el porche con sus pistolas, las cosas que dijeron e hicieron.

Trout entrando en la casa detrás de Rosie, Mary McNutt siguiéndole, y luego Buster Devonne entrando detrás de ellos. Thomas Boxer se miró las manos cuando dijo que se había metido corriendo en la otra mitad de la casa.

—¿Por qué te metiste allí? —preguntó Townes.

—Para quitarme de en medio.

—¿Sabes qué más ocurrió?

—Hubo tiros. Los tiros empezaron antes de que yo llegara a la puerta.

—¿Cuántos tiros?

El niño meneó la cabeza.

—Es difícil decirlo. Parecían petardos, buscapiés. Sonaron casi todos juntos, en total duró unos cuatro o cinco segundos.

—¿Qué pasó cuando cesaron los tiros?

—Después de los tiros salí a la parte de atrás, vi a mamá y a Rosie saliendo de la casa. Mamá se apretaba aquí en el pecho. Rosie se apretaba el estómago.

—¿Viste a Mr. Trout o a Mr. Devonne allí?

—No, señor, ya se habían ido.

—¿Había una pistola en la casa cuando ocurrió todo eso?

—Sí, señor, en mi mitad. Justamente debajo de mi colchón.

—¿Cogiste esa pistola en algún momento?

—No, señor, no me preocupé de ella hasta la mañana siguiente, entonces fui a buscarla. Se la entregué a un policía.

—¿Luchaste con Mr. Trout? ¿Le pusiste la mano encima?

—No, señor.

—¿Él te puso la mano encima?

—Sí, señor, pero fue sólo un momento. No tocó nada mucho tiempo, pero cuando nos quitó las manos de encima habíamos cambiado para siempre.

Townes permaneció callado unos instantes, dejando que las últimas palabras hicieran efecto. Luego miró a Trout y dijo al abogado:

—Su testigo.

Seagraves se levantó, sin saber a ciencia, cierta de qué modo el último comentario habría afectado al jurado. Volvió a mirarles, tratando de recordar cuáles estaban en deuda con él por el agua potable, pero en cierto modo no acababa de verlo con claridad, no le resultaban tan conocidos como una hora antes. Sonrió y miró rápidamente el bloc colocado delante de Trout. Estaba dibujando monigotes, patos disparándose unos a otros con pistolas.

—«No tocó nada mucho tiempo, pero cuando nos quitó las manos de encima habíamos cambiado para siempre». —Con voz monótona, como si las estuviera leyendo, Seagraves repitió las palabras del chico.

—Sí, señor.

—¿Podrías decirnos cómo eran las cosas antes de que Mr. Trout las cambiara?

—No sé si podría decírselo exactamente.

—Bien, vamos a ver. Cuando necesitabas dinero, ¿adónde ibas para que te lo prestaran?

El chico no contestó.

—¿Mr. Trout acudía a ti o tú acudías a él?

—Aquel día salió él.

—En este momento no estoy hablando del día del tiroteo. De eso hablaremos después. Lo que quiero saber en este momento es cómo era esa vida beatífica que llevabais todos y que Mr. Trout cambió.

El chico se movió en el asiento.

—Yo no he dicho que fuera así —respondió.

Seagraves cerró los ojos.

—Lo que trato de demostrar es que Paris Trout era en parte la razón de que os dierais buena vida. Que era amigo de tu familia, que os prestaba dinero cuando lo necesitabais y que seguiría siendo amigo vuestro si no hubierais intentado estafarle en el asunto del coche.

El chico no contestó.

—¿Voy demasiado aprisa?

—No, señor.

—Entonces, responde a la pregunta.

—No he oído ninguna.

—Lo que te he pedido es que describas la vida que dices que Mr. Trout cambió.

El chico hizo una pausa.

—La vida de Rosie —dijo.

Seagraves tuvo la impresión de que las cosas se le estaban escapando. Volvió a mirar al jurado y vio la magnitud de su error.

—Vamos a ver, caballero —dijo—, cuando Mr. Trout se presentó en vuestra casa ¿os amenazó de alguna forma?

—Me agarró por el cuello de la camisa, por la parte de atrás, y eso cualquiera se lo tomaría como una amenaza.

—¿Te asustaste?

—No, señor, reconozco que no venían por mí. Me había retrasado en un pago, y sencillamente le pagué lo que le debía.

—En tal caso, ¿por qué sujetaste a Mr. Trout por el cuello?

—En ningún momento sujeté a Mr. Trout. En ningún momento levanté la mano.

—¿Trataste de luchar con Mr. Trout?

—No traté de luchar. De haberlo hecho, Mr. Buster hubiera tenido mucho gusto en pegarme un tiro.

—¿Por eso no luchaste?

—Nadie lucharía con una pistola apuntándole.

Seagraves se sujetó la cabeza con las manos, como si estuviera mareado.

—De acuerdo —dijo—. Dices que Rosie entró corriendo en la casa, luego Mr. Trout y después tu madre.

—Andando —dijo el chico—. Sencillamente entró andando, muy tranquila.

—¿Tú lo viste? ¿Sencillamente entró andando, sin darse prisa?

—No lo vi todo. No me quedé allí. Le vi cuando dio alcance a Rosie, eso fue lo único.

—¿Le viste golpearla?

—La cogió por la cabeza, no sé qué más. Puede que la golpearle.

—Tú eres el caballero que estaba allí, ¿y no puedes decir si la golpearon o no?

—Sí, señor, la golpeó con algo. Vi el lugar en su cabeza.

Seagraves se acercó más al jurado.

—De acuerdo —dijo—, y entonces te escondiste en la casa. ¿Es allí donde tienes tu rifle?

—Sí, señor.

—¿Es un rifle del veintidós, de pequeño calibre?

—Sí, señor.

—¿Tenías intención de sacarlo?

—¿Acaso no tengo derecho a proteger mi casa?

—Hace un momento has dicho que te escondiste en la casa porque estabas asustado. ¿Por qué lo has dicho?

—Estaba asustado. Como es natural, me asusto cuando alguien se pone a pegar tiros.

Seagraves vio que al chico le temblaban los dedos.

—¿En qué quedamos? ¿Estabas asustado o estabas furioso?

—Sí, señor —dijo el chico.

—¿Estabas lo bastante asustado como para disparar contra alguien con tu rifle del veintidós, pero no estabas lo bastante asustado como para dispararle con una pistola?

—No sé disparar con una pistola.

—Entonces, ¿por qué estaba debajo de tu colchón? ¿Por qué, puestos a preguntar, se la cogiste a tu padrastro?

—Por ninguna razón, sencillamente me gustaba.

—¿Sabes lo que es perjurio? ¿Sabes que en este Estado mentir bajo juramento es un delito?

—Lo sé.

—Te lo preguntaré otra vez. ¿Por qué la querías en la mitad de la casa donde vives tú?

—Allí podía tener lo que quisiera. A Mr. Lyle no le importa que yo coja algo.

Seagraves se inclinó un poco más hacia el chico y habló dirigiéndose al jurado.

—Lo cierto es que esa pistola no estaba allí, ¿verdad? —dijo—. Estaba en la otra mitad y tú la sacaste de allí después del tiroteo, ¿no es así?

—No, señor, la tenía allí antes.

Seagraves meneó la cabeza.

—De acuerdo, has dicho que Mr. Devonne llevaba una pistola también.

—Vi el bulto que le hacía en la chaqueta.

—¿Él dijo algo mientras ocurría todo eso?

El chico se encogió de hombros.

—No dijo ni pío en todo el rato.

—¿Sencillamente entró, sin ton ni son, y empezó a disparar? ¿Tú lo encuentras sentido a eso?

—No lo sé. Nunca había visto a nadie actuando de esa forma.

Seagraves anduvo de nuevo hasta la mesa de la defensa y vio que Trout había llenado la página. Patos, ratones, armas de fuego, charcos de sangre humeante. Un pájaro carpintero fumándose un cigarrillo. Ahora empezaba a dibujar paredes y una ventana, la escena en el interior.

—No tengo más preguntas —dijo.

El juez Taylor consultó su reloj y suspendió el juicio hasta después de comer. Eran las diez y treinta y cinco y Paris Trout salió por la puerta antes que ninguno de los asistentes.

Cruzó la ciudad a pie, utilizando callejones y patios traseros, y en diez minutos llegó a la Residencia de Jubilados Ether.

Cruzó el vestíbulo sin firmar en el libro de visitas, sin saludar a la enfermera de recepción. El reglamento decía que las visitas tenían que firmar al entrar y los residentes al salir, pero la enfermera miró a Trout y decidió no buscarse

complicaciones.

Trout subió la escalera hasta el primer piso y entró en la habitación 26 sin llamar antes. Su madre estaba sentada en una silla de ruedas, cerca del lavabo, desnuda.

Una mujer negra y gorda, vestida con un uniforme de color verde, se encontraba arrodillada ante ella, lavándole los pies con una esponja. La mujer miró por encima del hombro al oír la puerta, interrumpiendo un momento su trabajo, luego enjuagó la esponja en una palangana de agua sucia y se puso a lavar las piernas de la vieja. Conocía a Trout de otras visitas.

Trout se sentó en la cama, que estaba por hacer, y se quedó mirando. Las uñas de los pies de su madre eran amarillas y gruesas y no se las habían cortado desde hacía mucho tiempo. No crecían en línea recta, sino que seguían la curva de los dedos y le hicieron pensar en garras.

Las piernas eran delgadas y magulladas, sin afeitar. El regazo quedaba oculto debido a la postura en que estaba sentada en la silla, y un poco de vello gris asomaba por la parte de arriba.

—Ms. Trout quedará lista en unos minutos, si quiere usted esperar fuera —dijo la mujer.

Trout no se movió.

La esponja pasó por encima de las rodillas de su madre y luego subió hacia el pecho y el estómago. Vio que le salían unos bultitos en los brazos, carne de gallina. La mujer se levantó y tiró de la vieja hasta levantarla a medias de la silla. El mentón de la madre de Trout se apoyó en el hombro de la mujer mientras ésta le lavaba la espalda y el trasero.

—Bueno, bueno —dijo la mujer—, terminaremos en un periquete.

Depositó a la anciana nuevamente en la silla y examinó con atención el trabajo que acababa de hacer. La anciana estaba mojada de la cabeza a los pies y empezó a temblar.

La mujer entró en el cuarto de baño, salió con una toalla, se inclinó sobre la anciana y se puso a repasar lo que había hecho. Le estaba secando el pecho cuando se fijó en su respiración.

—El señor nos valga —dijo—, algo ha excitado a Ms. Trout hoy.

Trout también vio el movimiento del estómago, subiendo y bajando, de forma espasmódica, como si su madre estuviera llorando.

—Apuesto a que sabe que usted ha venido a verla. Apuesto a que sabe que usted está aquí. —La mujer se movió hasta que su cara quedó frente a la de la anciana—. Sabe que su hijito ha venido a visitarla, ¿no es verdad?

Abrió el armario ropero y sacó un camisón blanco. Lo pasó por la cabeza de la anciana y luego por el cuerpo, tirando de los brazos para meterlos en las mangas.

—La gente de aquí dice que Ms. Trout lleva cinco años sin darse cuenta de que pasan los días, pero ella sabe más de lo que piensan.

Retiró las peinetas del pelo de la anciana y luego lo dejó caer libremente; casi

rozaba las baldosas.

—¿Quiere usted peinarle los cabellos a su mamá? —preguntó—. A veces a la gente le gusta peinar a su madre... —Reflexionó unos instantes—. Pero supongo que es a las señoras a quienes les gusta hacerlo, ¿no es así?

Sin decir una sola palabra, Trout se puso en pie y salió por la puerta.

La vista se reanudó a la una de la tarde.

Seagraves se dirigía solo hacia el palacio de justicia, por la parte de atrás. Había almorzado en la cafetería del colegio universitario, deseoso de estar un rato a solas para pensar. Algo iba mal en el juicio, lo mismo iba mal en él. Había una confusión en la que era imposible poner orden, y Paris Trout estaba en el centro de ella, cada vez más claro.

Entonces vio a Buster Devonne, de pie en la acera, en un lugar desde el cual podía vigilar ambas puertas del edificio, y en cuanto divisó a Seagraves cruzó el césped recién plantado con la intención de cortarle el paso.

—Mr. Seagraves —dijo, sonriendo—, si pudiera concederme un minuto de su tiempo, señor...

El abogado se detuvo donde estaba.

Buster Devonne se acercó tanto a Harry que éste pudo oler su sudor, y encendió un cigarrillo. Dio una larga calada y expulsó el humo junto con sus palabras.

—Señor —dijo—, mis amigos tienen la impresión de que en este juicio se me está utilizando de una manera que me perjudicará cuando se celebre el mío.

Seagraves no respondió.

—Ya sabe, debido al conflicto entre mi declaración de ahora y la que hice al principio.

—Sobre eso necesita usted hablar con su abogado. Yo represento los intereses de Paris Trout.

—A eso me refería. Verá usted, yo no tengo ningún Harry Seagraves que me saque del lío. Tengo a Bear Lewis, el enano, y como abogado es peor de lo que fue como juez.

Seagraves no se movió.

—Y lo que se me ha ocurrido es que podría beneficiarnos a los dos que usted me representara a mí también.

—No —dijo Seagraves.

Devonne se pasó la palma de la mano por la cabeza, desde la frente hasta el cogote.

—Tengo que protegerme, compréndalo. No puedo pagarme un abogado de primera.

—Bear Lewis conoce las leyes.

—No, señor, no es lo bastante bueno. Necesito un abogado mejor, o no podré decir nada en este juicio de ahora... —Sonrió y dio otra calada al cigarrillo.

—¿Cuánto quiere? —preguntó Seagraves.

Devonne se dejó el cigarrillo en los labios y metió las manos en los bolsillos. Se miró los zapatos, sucios de barro húmedo.

—Mil —dijo—. Con mil podré pagarme un abogado propio...

Cuando Seagraves entró de nuevo en la sala el aire era como un peso muerto. Cálido y quieto y muerto. Había que hacer un esfuerzo para respirar. El juez Taylor entró al cabo de un momento, tirando del cuello de su camisa. Tenía polvos de talco entre los dedos y en diversas partes de la toga. Tomó asiento e inmediatamente empezó a sudar. Ordenó al alguacil que dijera a los asistentes que se apartasen de las ventanas y luego le mandó a buscar un ventilador.

Ward Townes llamó a Mary McNutt. Durante media hora la interrogó sin que la defensa le interrumpiera con protestas, llevándola desde su primer encuentro con Rosie Sayers hasta el momento en que las cosas empezaron en el porche de su casa.

—Subí la escalera —dijo—, y Mr. Trout llevaba un puño de hierro en la mano izquierda. Intentó golpearla, pero ella esquivó el golpe.

»Rosie entró corriendo en la casa y él la siguió, corriendo también, parecía como si quisiera derribar los tabiques. Cruzó el umbral y estaban al pie de la cama. Él la tenía cogida y ella le sujetaba por la cintura. Vi dónde la golpeó con el puño de hierro. Le abrió la piel, vaya si se la abrió. Entré en la segunda habitación y Mr. Buster Devonne entró directamente detrás de mí y me pegó un tiro en la espalda. Seguí andando y él volvió a dispararme, un poco antes de que yo llegara donde estaban Mr. Trout y Rosie, allí mismo, en mi propia casa.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó el fiscal.

—Pasé por su lado, no hice nada.

—¿Estaba herida?

—Señor..., las balas me entraron en el cuerpo.

—¿Pudo notarlas?

—Pude notar el impacto, oh, sí...

Sentado ante la mesa, Seagraves también las notó.

—Pero ¿usted siguió andando? —preguntó Townes—. ¿En algún momento sujetó a Mr. Trout?

—No, señor. Seguí andando hasta la cocina. Me acerqué a la mesa para echarme sobre ella, y entonces caí de rodillas y no pude levantarme. Notaba las balas de un modo diferente y sólo quería echarme. Entonces entró Rosie, después de que Mr. Trout disparase contra ella, y se sentó en el baúl. Le había pegado un tiro en el brazo y otro en el costado.

—¿Cuántas veces disparó Mr. Trout contra ella después de que se sentara?

—Que yo sepa, dos veces, puede que más.

—¿Y usted estaba allí cuando él disparó?

—Estaba echada en el suelo. Estaba echada con ella para morir. Rosie dijo:

«Señor, ten piedad. Mary, me ha disparado en el estómago». Me levanté y, justo cuando me volvía, Mr. Buster entró corriendo y volvió a disparar contra mí. Yo dije: «Vamos, Rosie», y Rosie se levantó y yo y ella salimos de la casa por la puerta de atrás.

Ward Townes esperó un momento, y luego, con voz tranquila, preguntó:

—¿Puede usted enseñar al jurado alguno de los lugares por donde entraron las balas?

Seagraves se levantó de su silla despacio, como si no estuviera seguro de cuál era su bando.

—Protesto —dijo con voz cansada—. La testigo no es la difunta. El estado de su cuerpo, sea cual fuere, no tiene que ver con este proceso, y no es admisible.

—Sí tiene que ver con las gestiones que Paris Trout llevó a cabo aquel día en Indian Heights. No puede tratarse por separado por el hecho de que Mrs. McNutt no sucumbiera a causa de las heridas —dijo Townes.

El juez Taylor apoyó la barbilla en la palma de la mano y se puso a pensar.

—Bien, Mr. Townes —dijo—, no creo que pueda usted hacer exhibición de esas heridas sin obligar a la testigo a pasar cierta vergüenza.

—No necesitamos que se desnude —contestó el fiscal—. Lo único que tiene que hacer es subirse el vestido.

Seagraves habló otra vez, más deliberadamente.

—También quisiera protestar, para que quede constancia, en el sentido de que semejante exhibición sería sumamente perjudicial y obraría en detrimento de la dignidad de este tribunal.

El juez Taylor evitó mirarle a los ojos.

—Lo permitiré —dijo— si el ministerio fiscal puede mostrar las heridas sin causar excesiva vergüenza a nadie.

Seagraves regresó a su asiento y oyó la primera pregunta antes de dar la vuelta.

—Veamos, Miss Mary, ¿dónde la alcanzó el primer disparo?

—Justo en medio de la espalda —contestó la mujer.

—¿Quiere hacer el favor de levantarse un momento?

La mujer se levantó y dio media vuelta. Llevaba un vestido largo de algodón con botones en la espalda. Sin que nadie se lo pidiera, desabrochó los primeros tres botones. El vestido se abrió y dejó al descubierto la piel morena de la espalda, y justo a la derecha de la columna había una señal negra del tamaño de una moneda de medio dólar. De ella salían dos líneas negras en direcciones distintas, como si la hubieran partido.

Townes hizo que se colocara de forma que el jurado pudiese verla. Luego dio las gracias a la testigo y ésta volvió a abrocharse el vestido y se sentó de nuevo. No había vacilado ni dado muestras de torpeza al manipular los botones.

—¿Dónde la alcanzó la siguiente bala? —preguntó el fiscal.

—En el costado.

Y alargó la mano hacia atrás, sin levantarse, desabrochándose otra vez, y luego se abrió el vestido hasta que apareció otra señal negra. Estaba en la molla que formaba en la carne la parte inferior del sujetador.

—¿Y la siguiente?

La mujer se cubrió el costado y se bajó el vestido desde el cuello, mostrando el hombro derecho. La señal era allí mayor que las otras dos y, a diferencia de éstas, formaba un abultamiento en la piel. El último agujero estaba debajo del seno izquierdo y la mujer lo enseñó fácilmente y sin turbarse. A diferencia de sus hijos, no tenía miedo.

—Mientras disparaban contra ustedes —dijo Townes—, ¿alguno de ustedes maldijo a Mr. Trout o a Mr. Devonne?

—No, señor —contestó ella.

—¿Tenían algún tipo de arma, alguno de ustedes?

—No, señor.

—¿Cuánto tiempo tardó? Es decir, ¿los disparos se hicieron rápidamente o despacio?

—Tan rápidamente como pueda hacerse cualquier cosa.

—Y cuando todo hubo terminado, ¿qué hicieron Mr. Trout y Mr. Devonne?

—Cuando miré, ambos corrían como conejos. Entonces le dije a Rosie que me acompañara y ella y yo salimos por la puerta. Me pareció que no había motivo para permanecer en la cocina, donde había ocurrido todo. Teníamos otras cosas que hacer en aquel momento.

El fiscal la miró, al parecer sin comprenderla. Pero Seagraves sí la comprendió.

—Prepararnos —dijo la mujer.

Seagraves cerró los ojos, Trout miraba al frente. Townes esperó un momento, para cerciorarse de que todo el mundo lo entendiera.

—¿Le han extraído alguna de aquellas balas? —preguntó finalmente.

La mujer meneó la cabeza.

—No, señor. Las noto durante la noche.

—Gracias —dijo Townes—, eso es todo.

Seagraves miró fijamente a la mujer desde su asiento, ella le devolvió una mirada igual.

—¿Posee usted una pistola, Mrs. McNutt? —preguntó.

—No, señor.

—¿No hay ninguna pistola en su casa?

—Sí, señor, hay una. Pertenece a mi marido, Mr. Lyle McNutt.

—¿Usted sabe dónde la guarda su marido?

—Sí, señor. Sé dónde está todo en mi casa.

—¿De qué calibre es la pistola?

—De esas cosas no llevo la cuenta. Sólo sé que está allí.

Seagraves se puso en pie y echó a andar hacia el jurado. Había encontrado una

acusación por agresión contra Mary Boxer. La habían presentado y retirado en el condado de Daniel siete años antes. Un veterinario blanco la había acusado de tratar de golpearle con una silla durante una discusión relacionada con el alquiler.

El abogado había tenido intención de sacarla a relucir en el juicio, sabía que debería haberla mencionado. Pero algo, no sabía qué, se lo impedía. Las cosas ya estaban bastante confusas.

—Adonde quiero llegar, Mrs. McNutt —dijo Seagraves—, lo que voy a alegar es que está usted acusando a Mr. Buster Devonne porque no quiere que el jurado le crea más adelante. Quiero darle la oportunidad de hablar de ello ahora.

Durante unos momentos pareció que la mujer se mecía, como si de pronto hubiera penetrado un soplo de brisa en la sala.

—Señor —dijo—, yo no diría que alguien me disparó si no fuera verdad.

—Usted entiende bastante de tribunales, ¿no es así?

—No, señor.

—Usted y su familia saben algo sobre cómo se lleva un juicio, ¿no es cierto?

—En casa no hay ningún abogado —dijo ella, y de pronto todos los presentes excepto Mary McNutt rompieron a reír.

Seagraves sonrió y el juez se secó las lágrimas de los ojos.

—No era mi propósito acusarles de ser abogados. Lo que quería decir es que ustedes ya han pasado por estos trámites con anterioridad.

—No, señor, es la primera vez que comparezco ante un tribunal.

—¿Qué me dice de sus chicos?

—No, señor, nunca en un palacio de justicia. Henry Ray ha tenido algunos asuntillos con la justicia, pero nunca nada relacionado con una pistola.

—Sostenemos, Mrs. McNutt, que Thomas se levantó de la silla y maldijo a Mr. Trout, le maldijo a conciencia, y luego entró después de producirse el tiroteo y se llevó la pistola. ¿Es ésa la verdad?

La mujer y Paris Trout se miraron fijamente, hasta que Seagraves se colocó entre ellos.

—No, señor —respondió ella—. He dicho la verdad sobre lo que ocurrió. Usted puede presentarlo ahora como le apetezca, pero yo lo he contado tal como ocurrió.

Seagraves dijo:

—Para eso hemos convocado al jurado, para que decida.

Entonces la mujer se volvió, mirando directamente hacia el jurado.

—Ellos no pueden decidir lo que ocurrió —dijo—. Ya está hecho. Lo único que decidirán es si van a hacer algo al respecto.

Harry Seagraves cenó tarde, a solas con Lucy. La doncella se había ido a casa porque no se encontraba bien, y el hígado que Lucy había preparado tenía un sabor metálico. De todos modos, Seagraves no tenía apetito.

Jugueteó con la comida hasta que Lucy terminó la suya y entonces se levantó, sin esperar el postre, y se dirigió hacia la puerta principal.

—¿Harry?

—Tengo que hacer algunas cosas —dijo él, sin volverse.

—¿Tardarás mucho?

—Tengo un proceso entre manos.

Condujo el coche hasta Sleepy Heights, una urbanización de medio pelo desde la que se veía el aserradero, en la periferia de la ciudad. Casas de dos dormitorios, la mayoría de ladrillo barato. Nuevas costaban cuatro mil doscientos dólares cada una. En ellas vivían policías, trabajadores del aserradero, maestros.

La urbanización estaba construida sobre dos colinas y la casa de Buster Devonne se encontraba entre las dos, en el fondo. Seagraves detuvo el coche en la carretera y apagó los faros. Luego comprobó que el sobre seguía en el bolsillo de su americana. Se apeó. El aire olía a productos químicos, los que se utilizaban en el aserradero.

La calzada para coches bajaba por la ladera y el barro seco con las huellas de neumáticos se rompía bajo los pies de Seagraves y le hacía tropezar mientras caminaba hacia la casa. El porche estaba cubierto con una tela metálica de un extremo a otro. Harry llamó y luego se dio cuenta de que Buster Devonne estaba sentado a unos dos metros de él, observándole.

Se levantó sin prisas y abrió la puerta de tela metálica. Detrás de él, dentro de la casa, había luces encendidas. Alguien tocaba el piano. Buster Devonne no esperó a que Seagraves entrara, sino que le dio la espalda en cuanto la puerta estuvo abierta, volvió a sentarse y encendió un cigarrillo.

—Sírvase usted mismo —dijo, señalando las otras sillas con un movimiento de la cabeza.

—No he venido a sentarme con usted —replicó Seagraves.

—No es nada personal contra Paris. Tengo que proteger mis propios intereses. ¿Se lo explicó usted a Paris tal como yo le dije que...?

—Le he traído el dinero. No me corresponde a mí hacerle de recadero.

Buster Devonne estaba desnudo de cintura para arriba, tenía el cuello y los hombros gruesos, engordaba. El porche olía a tabaco y sudor.

—Sírvase usted mismo —volvió a decir.

Seagraves se quedó donde estaba. El tacón de su zapato mantenía la puerta abierta, unos dos o tres centímetros. Sacó el sobre del bolsillo, sintiendo su peso.

—Esto es de parte de Paris Trout —dijo—. No tiene que ver conmigo.

—Lo que usted diga.

Buster Devonne tomó el sobre sin mirar dentro de él, lo dobló por la mitad y se lo metió en el bolsillo de los pantalones.

—Mr. Trout no tiene nada de que preocuparse —dijo—. Lo único que busca esa gente es una salida para él.

Harry no respondió.

—Conozco a la gente y he vivido en este condado toda mi vida.

Seagraves volvió a su coche, notando que el hombre le observaba desde el porche. Subió despacio al vehículo, con la sensación de haberse dejado algo. Miró fijamente hacia el porche un momento y entonces, antes de poner el coche en marcha, vio que la punta del cigarrillo de Buster Devonne despedía un fulgor rojo y luego desaparecía. En ese breve instante de iluminación, sin embargo, pudo verle. Buster Devonne estaba contando su dinero.

Cruzó Sleepy Heights y salió a la carretera principal. Giró hacia la izquierda, en dirección a la ciudad, y a los pocos minutos pasó por delante de su propia casa, y luego del colegio universitario, y después del palacio de justicia. Dobló hacia la derecha cuando llegó al río, y el ruido de los neumáticos cambió al abandonar el asfalto y tomar la carretera de tierra que llevaba a Indian Heights.

Paró el coche antes de llegar a la casa donde había ocurrido todo y apagó los faros mientras pensaba en lo que acababa de hacer.

Se pasó cerca de una hora contemplando las ventanas, tratando de sopesar la casa donde ya no estaba la chica, hasta que una sombra se movió y las luces de dentro se apagaron.

Harry Seagraves no tenía la menor idea de por qué estaba allí.

Seagraves llegó al palacio de justicia cinco minutos antes de las ocho con los ojos enrojecidos y agotado. Se había acostado rendido, pero no había podido conciliar el sueño hasta pasadas las cinco. Trout ya estaba en la sala y dirigía miradas asesinas a Ward Townes, que se encontraba al otro lado del pasillo central. El fiscal no se daba por enterado, y con el jurado ausente de la sala, Seagraves tampoco le hizo caso.

El primer testigo fue el agente J. E. Smythe, de la Oficina de Investigación de Georgia, quien consultó repetidamente una agenda encuadernada en piel que sacó del bolsillo de la americana.

El agente Smythe había visitado a Rosie Sayers en la Clínica Thomas Cornell el día después de que la niña resultara herida y había tomado nota de lo que ésta le dijera.

Seagraves protestó antes de que Smythe pudiera leer lo que llevaba anotado.

—No ha lugar —dijo—. La declaración de una persona moribunda no es admisible sin pruebas de que la persona declarante sepa que va a morir. Ningún médico se hallaba presente, no hay ninguna base médica para esto, ninguna en absoluto.

Ward Townes no esperó a que el juez dictaminara si había lugar o no.

—¿Sabía Rosie Sayers que se estaba muriendo? —preguntó.

—Ella misma lo dijo.

—Ha lugar —dijo el juez.

—Gracias —dijo Townes, y luego, volviéndose hacia el agente, preguntó—: ¿Qué fue exactamente lo que dijo Rosie Sayers, lo que le indicó a usted que ella sabía que su estado era crítico?

El agente consultó de nuevo su agenda.

—Se quejó del estómago —respondió—. Creía que era demasiado joven para morir, que Dios se había equivocado.

Seagraves se levantó otra vez.

—Esa es la declaración de una niña en pleno delirio, señoría. Pido que no se permita que influya en este proceso más de lo que ha influido ya.

—Me parece que escucharemos la declaración —dijo el juez Taylor.

—¿Rosie Sayers le contó a usted lo que le había pasado? —preguntó Townes al agente.

—Sí, señor. Me dijo que Mr. Paris Trout se había presentado en su casa llevando un puño de hierro y había sujetado a Thomas Boxer. —El agente miró su agenda otra vez y empezó a leer—: «Le dije a Thomas que el hombre llevaba un puño de hierro, y él me dijo: “Maldita sea, ¿y a ti qué te importa?”. El hombre me persiguió por la casa y me golpeó en la cabeza con el puño de hierro. Mary entró y me lo quitó de encima. Él disparó y me dio en el brazo, también disparó contra Mary. Seguí andando hacia el interior de la casa y me senté en el baúl. Él apareció en la puerta y disparó y me dio en el hombro y en el estómago».

El agente alzó los ojos.

—¿Le preguntó usted si ella tenía una pistola? —preguntó Townes.

—Sí, señor. Me dijo que no. Dijo que ni siquiera tenía un garrote.

—¿Hubo algo más?

El agente negó con la cabeza.

—No podía hablar mucho, salvo para declarar bajo juramento que decía la verdad.

Townes regresó a su mesa y extrajo una carpeta de su cartera de mano. El borde de una de las fotografías sobresalía de la carpeta y Seagraves adivinó de qué se trataba.

—Protesto.

El juez alzó la mirada, sorprendido.

—¿Con qué motivo, Mr. Seagraves?

—Las fotografías que Mr. Townes se dispone a presentar como prueba son horribles y van más allá de la cuestión que se dirime ante este tribunal. Muestran las señales de la cirugía.

—¿Eso que tiene usted ahí son fotografías, Mr. Townes? —preguntó el juez.

—Sí, señoría.

Cerró la carpeta de las fotos y se las entregó al magistrado. A Seagraves le sorprendió que el fiscal no sacara las fotografías para que el jurado pudiera al menos

vislumbrarlas. El juez se ajustó las gafas sobre la nariz y examinó las fotos.

—¿Ésta es la niña? —preguntó.

—Sí, señoría.

El juez frunció el ceño. Seagraves se colocó al lado de Townes y cruzó los brazos.

—Como puede ver su señoría —dijo—, las heridas aparecen agrandadas por los procedimientos quirúrgicos necesarios para extraer las balas. La mujer de esas fotografías no sólo ha recibido disparos, también ha sido mutilada.

El fiscal no respondió y a Seagraves se le ocurrió que tenía sus propias reservas sobre la conveniencia de mostrar las fotos al jurado.

El juez Taylor, sin embargo, no compartía su opinión.

—Creo que los miembros del jurado sabrán distinguir por sí mismos qué heridas son de bala y cuáles fueron causadas por los instrumentos quirúrgicos.

Entregó las fotos a Seagraves, que se las llevó a la mesa de la defensa y se puso a examinarlas con atención, de una en una. Trout miró las tres primeras y luego movió su silla para mirar en otra dirección.

Las fotografías mostraban a la niña en una mesa de reconocimiento. Estaba desnuda y, pese a tener los ojos cerrados, los destellos del flash le daban una expresión de sorpresa. Los cortes quirúrgicos estaban cosidos con hilo negro. A medida que examinaba las fotos, Seagraves se las iba devolviendo a Townes, y éste se las entregaba al primer miembro del jurado, que luego las pasaba al segundo.

Fue necesaria media hora para que todos los miembros del jurado viesen las fotografías, y luego Townes se las mostró al agente J. E. Smythe.

—¿Todas estas heridas concuerdan con la descripción que la niña hizo de las heridas que recibió dentro de la casa?

—Yo diría que sí.

—Durante los años que lleva usted en la Oficina de Investigación de Georgia, ¿ha tenido ocasión de visitar a otras personas heridas por arma de fuego?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted conocimientos de anatomía, agente Smythe?

—Sí, señor, los tengo.

—¿Y se ha formado una opinión sobre cuál de estos disparos mató a la niña?

—Yo diría que el que recibió en el estómago.

—Protesto —dijo Seagraves.

—Denegada —dijo el juez, y Seagraves permaneció donde estaba largo rato, mirando fijamente al magistrado hasta que éste le miró a la cara—. Creo que la opinión del agente puede considerarse como la de un experto en cuestiones relacionadas con armas de fuego, Mr. Seagraves.

Notó, no obstante, un tono conciliatorio en la respuesta del juez y Seagraves comprendió que se había acordado de quién había contribuido a su nombramiento.

El abogado se sentó y miró fijamente la mesa, donde Trout estaba dibujando algo en la parte superior de su bloc.

Cuando volvió a mirar reconoció que el dibujo era un árbol genealógico.

Seagraves empezó su turno de preguntas.

—Agente Smythe, según su opinión médica, ¿cómo calificaría la labor del cirujano en lo que se refiere a extraer las balas del cuerpo de Rosie Sayers?

—No lo sé, señor.

—Lo que quiero saber es si cree usted que el doctor Braver hizo un buen trabajo.

—No tengo forma de saberlo, señor.

—¿No podría usted decir, por ejemplo, si cortó demasiado aquí y demasiado poco allá con el bisturí y las tijeras?

—No, señor.

—¿No podría decir si pudo haberlo empeorado?

—A juzgar por la dirección del disparo, no creo que hubiera nada que su doctor pudiese hacer para empeorar las cosas.

—¿Había visto usted heridas como ésta?

—Sí, señor.

—¿Ha visto usted a alguien con una herida de bala en el estómago?

—Sí, señor.

—¿Ha visto usted a alguien con una herida de bala en el costado?

—Sí, señor.

Sin apartarse de la mesa, Seagraves se inclinó hacia el testigo.

—¿Sabe de algún caso en que alguien muriera a causa de una operación?

Al terminar el interrogatorio del agente, Seagraves miró otra vez el bloc que había sobre la mesa. En la copa del árbol genealógico, donde aparecía el nombre de su madre, Trout había dibujado una araña que era también una cara.

No era una cara que a Seagraves le resultase conocida, no sabía si era de hombre o de mujer, de joven o de anciano, pero le pareció que pertenecía a alguna persona que existía en realidad.

A las diez y media el juez Taylor volvió a suspender la vista para almorzar. El juicio no se reanudó hasta la una, momento en que Ward Townes llamó a Linda Boxer.

La pequeña salió sola del fondo de la sala, llevando un vestido amarillo y nuevo, el pelo recogido por medio de cintas en la parte de atrás de la cabeza. Estaba asustada, y cuando el alguacil le ofreció la Biblia la tomó como si fuera un regalo. Seagraves observó que las señoras del jurado sonreían.

El juez Taylor se inclinó hacia la pequeña y dijo:

—Me temo que necesitamos esa Biblia para el tribunal, cariño, pero si quieres, te conseguiré una.

La niña se alisó el vestido.

—Ya tengo una —dijo, y entregó el libro al juez.

—¿Quieres hacerme un favor? —preguntó el juez—. Pon la mano encima de la Biblia.

La niña obedeció y el alguacil le tomó juramento. Al terminar, Townes se apoyó en la barandilla delante del estrado de los testigos y se rascó la cabeza.

—Linda, ¿puedes decirnos qué edad tienes?

—Once años.

—¿Y dices que tienes una Biblia en casa?

—Todos tenemos una.

—¿Tú y tu hermana?

—Yo y mi hermana y mis hermanos también. Cada uno de nosotros tiene su propia Biblia.

—Así pues, cuando pones la mano sobre la Biblia y prometes decir la verdad, sabes lo que eso significa, ¿no es cierto?

La pequeña hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Podrías decírnoslo?

Linda volvió a mover la cabeza.

—¿Y ahora? ¿Podrías decírnoslo ahora?

—El diablo se te lleva si no dices la verdad —contestó la pequeña—. Viene y se te lleva.

—Muy bien, deja que te pregunte una cosa. ¿Te acuerdas del día en que los hombres hirieron a Rosie?

Seagraves se puso en pie.

—Protesto. Me hago cargo de los problemas que presentan los testigos de esta edad, pero el fiscal está guiando a la testigo. El juez Taylor aceptó la protesta.

—¿Recuerdas el día en que se produjo el tiroteo? —preguntó Townes.

La pequeña dijo que sí con la cabeza. Sus trenzas estaban rígidas como alambres y siguieron su movimiento.

—Tienes que decirlo en voz alta, cariño —dijo Townes.

—Me acuerdo.

—¿Dónde estabas tú cuando llegaron los hombres?

—Yo y Jane Ray estábamos en la casa —repuso la niña.

—¿En la mitad de los chicos?

La niña asintió con la cabeza.

—¿Y qué visteis?

—Vimos a los hombres que subían al porche, y luego mamá subió también y se puso a discutir con ellos.

—¿Vosotras también salisteis?

—No, señor.

—¿Y les oísteis discutir?

—Dijeron algo y luego entraron corriendo en la casa y dispararon contra Rosie.

—¿En la otra mitad de la casa?

—Sí, señor.

—¿Visteis cómo disparaban contra Rosie?

—No, señor.

—¿Les oísteis?

—Sí, señor.

—¿Duró mucho rato o poco rato?

—Mucho rato.

—¿Y cuándo volvisteis a ver a Rosie?

—Yo y Jane Ray nos quedamos donde estábamos.

—¿Visteis a Rosie otra vez? —La niña no contestó—. ¿Me oyes, Linda? ¿Puedes decírnoslo?

—Vimos a los hombres —dijo la pequeña.

—¿Cuándo?

La niña empezó a recorrer la sala con los ojos, buscando a alguien. Se metió el dedo pulgar en la boca, y Seagraves vio que estaba a punto de romper a llorar.

—¿Linda?

Los ojos de la pequeña se llenaron de lágrimas grandes como canicas, que empezaron a resbalarle por las mejillas. No hacía ningún ruido.

—No es necesario que digas nada más —dijo Townes—. ¿Quieres que lo dejemos para más tarde?

—Vimos que salían corriendo por la parte de detrás de la casa —dijo de pronto Linda—. Corrían y se abanicaban con la chaqueta. Cuando subieron al coche entonces salimos y vimos a Rosie.

—¿Y dónde estaba ella entonces?

—Cerca de la puerta de atrás, en el suelo.

—¿Rosie dijo algo?

La pequeña meneó la cabeza.

—A mamá —contestó—. No nos acercamos lo suficiente para oírlo.

—¿Dónde estabais vosotras, y dónde estaba vuestra mamá?

—Yo y Jane Ray salimos y vimos lo que habían hecho. Mamá se encontraba herida en el suelo también, abrazando a Rosie.

Los ojos de la niña volvieron a llenarse de lágrimas. Agachó la cabeza y Seagraves pudo ver que las lágrimas le caían sobre el regazo.

—¿Creísteis que vuestra mamá iba a morir? —preguntó Townes.

—Creimos que íbamos a morir todos —dijo la niña.

—Gracias —dijo el fiscal, y luego se volvió para mirar a Seagraves, como si acabara de encontrar la explicación de algo.

Seagraves abordó a la pequeña con cuidado.

—Linda —dijo—, ¿sabías quién era Mr. Trout antes de aquel día?

Al oír una voz diferente, la pequeña se apretó contra el respaldo de la silla. El juez volvió a inclinarse hacia ella.

—Sólo unas preguntas más, cariño. ¿Puedes decirnos unas cuantas cosas más?

Linda dijo que sí con la cabeza.

—¿Habías oído hablar de Mr. Trout antes de que se presentara en vuestra casa? —preguntó Seagraves—. ¿Sabías quién era?

Linda asintió con la cabeza.

—¿Cómo es eso?

—De cuando les prestaba dinero a los chicos.

—¿Prestaba dinero a Thomas y Henry Ray?

—Ajá.

Seagraves sonrió a la niña, tratando de que le contestara con una sonrisa también.

—Eso estaba muy bien, ¿no es verdad?

—No, señor.

—¿Que no estaba bien que le diera dinero a tu familia cuando lo necesitabais?

—No lo daba.

—Tienes razón. Lo prestaba, ¿sabes lo que significa eso?

Linda miró más allá de Seagraves, hacia los asientos situados detrás de la barrera.

—Linda —dijo el abogado, haciéndola volver al asunto—, ¿te preguntaste por qué Mr. Trout dispararía contra tu mamá y Rosie?

La pequeña no contestó, pero poco a poco se obligó a sí misma a mirar hacia Trout.

—¿Linda?

—Sencillamente le parecería natural disparar contra ellas —contestó.

Seagraves abrió la portezuela de la barrera y la niña la cruzó y fue a reunirse con su madre, que estaba sentada en el fondo de la sala. Mary McNutt le arregló el vestido, le secó las mejillas y luego la tomó en brazos, le apretó la cara contra el cuello de su vestido y se la llevó de la sala.

Seagraves la estaba observando cuando oyó la voz de Townes.

—El pueblo ha terminado, señoría.

Seagraves llamó a Buster Devonne. Subió al estrado de los testigos luciendo una americana que parecía robada a un afilador. Puso la mano sobre la Biblia y clavó los ojos en el jurado y juró que diría la verdad. Les miró fijamente y sonrió.

—Mr. Devonne —dijo Seagraves—, ¿qué edad tiene usted?

—Tengo cuarenta y cuatro años.

—¿Es usted empleado de Mr. Trout?

—Sí, señor. He trabajado para Paris, de forma intermitente, durante ocho años.

—¿En calidad de qué?

Buster Devonne entornó los ojos.

—¿Qué cargo ocupaba usted?

—Me ocupo de hacer algunos cobros —respondió.

—¿Algo más?

—Cualquier otra cosa que haga falta.

—Y en la tarde de autos, ¿tuvo Mr. Trout necesidad de utilizar sus servicios?

Buster Devonne sonrió y meneó la cabeza.

—Perdone, pero es que me ha hecho gracia —dijo—. Me ha hecho pensar en *Veinte preguntas*.

Se oyeron algunas risas sofocadas al fondo y Buster Devonne se irguió en el asiento. Seagraves repitió la pregunta.

—Sí, señor —contestó Buster Devonne—, me preguntó si quería llevarle en coche a casa de Henry Ray, para hacerle firmar un papel relativo al coche.

—¿Por qué Mr. Trout no fue allí él solo?

—Cuando pensó que podían surgir complicaciones decidió ir acompañado.

—¿Qué clase de complicaciones?

Buster Devonne se encogió de hombros.

—Había allí dos negros bastante forzudos, yo tenía información sobre ellos, informes muy malos. Eran negros de malas pulgas. Además estaban Mary McNutt y la chica.

—De modo que usted fue con Mr. Trout para protegerle.

—Fui para que las cosas no se desmandasen, sí, señor.

—¿Y que ocurrió cuando llegaron a la casa de Henry Ray Boxer?

—Pues veamos. Thomas Boxer y Mary Jane estaban en el porche con esa chica que resultó herida y luego murió. Nos detuvimos en la escalera y las saludamos con mucha amabilidad.

—¿Exactamente qué les dijeron?

—Nos interesamos por su salud.

—¿Y ellas qué dijeron?

—Al principio, nada. Siguieron de pie en el porche, mirándonos, y entonces Mr. Trout habló con ella.

—¿Se refiere usted a Mrs. McNutt?

—Sí, señor. Mr. Trout dijo: «Nunca la hemos puesto en apuros, Mrs. McNutt. Siempre la hemos tratado con amabilidad cuando ha recurrido a nosotros, y, aunque en ello me vaya la vida, no comprendo por qué usted o uno de los chicos no vinieron para hablar de esto».

—¿Y qué dijo Mrs. McNutt?

Buster Devonne meneó la cabeza.

—Nada. Entonces Mr. Trout y yo subimos la escalera y él les dijo que tendrían que firmar un documento. Dijo: «Todos sabéis que esto es correcto», y me pidió el papel.

—Usted llevaba el documento.

—Sí, señor. Mr. Trout no lleva papeles encima. Así que se lo di y él se lo pasó al chico para que lo firmara.

—¿Lo firmó?

—No, señor. En cuanto lo tocó, la mujer dijo: «No firmes esa cosa, Tom». Y entonces miró a Paris..., a Mr. Trout, y le maldijo.

—¿Exactamente qué dijo?

Buster Devonne se encogió de hombros.

—Dijo: «Eres un hijo de perra blanco y te arrancaré el corazón a tiros». Ya pueden imaginar cómo me sentó.

Antes de que pudiera formular la siguiente pregunta, Seagraves oyó a Ward Townes detrás de él.

—Protesto —dijo—. Nadie siente más respeto que yo por este tribunal, señoría, por lo que es y por lo que puede hacer, pero todo tiene sus límites razonables, y pedirle al tribunal que se introduzca en el cerebro de Mr. Devonne supera dichos límites.

Volvieron a oírse risas en el fondo de la sala y Seagraves sonrió. Buster Devonne miró al fiscal con cara de pocos amigos. Cuando cesó el ruido el juez aceptó la protesta.

—Muy bien, Mr. Devonne —dijo Seagraves—, ¿quiere decirnos, por favor, qué ocurrió a continuación?

Buster Devonne seguía mirando fijamente al fiscal.

—Thomas Boxer se levantó y agarró a Mr. Trout por el cuello —dijo—, y la chica empezó a darle tirones, tratando de hacerle perder el equilibrio. Cruzaron la puerta sin dejar de forcejear y entonces entró Mrs. McNutt y saltó sobre Paris desde atrás. La chica tenía una pistola.

—¿Qué clase de pistola?

—Una automática del treinta y dos —dijo Devonne, y volvió a mirar directamente hacia la tribuna del jurado.

—¿Qué sucedió entonces?

—Yo me encontraba inmovilizado junto a la puerta. Thomas Boxer había desaparecido después de agarrar a Mr. Trout, y había otro negro en alguna parte de la casa, y sabía que era un negro forzado, malo. Entonces se oyeron unos disparos y luego entró el chico desde atrás y recogió la pistola del suelo y yo le chillé a Paris que tuviese cuidado, que el chico venía por el otro lado. Yo seguía esperando que apareciera el otro negro y pensé que Paris lograría tener a raya a las mujeres y a Thomas hasta que yo averiguara dónde estaba el otro.

—¿Mr. Trout tenía una pistola?

—Sí, señor, sí la tenía.

—¿No le pareció poco normal?

—En absoluto. Creo que era una automática del cuarenta y cinco, normal y corriente.

—Quiero decir si no le pareció raro que Mr. Trout llevara una pistola cuando iba a efectuar sus cobros.

—¿En Indian Heights? No, señor. Paris Trout lleva un banco. Él lo hace todo, los préstamos y los cobros, lo lleva todo en la cabeza. En ese negocio el dinero y las pistolas van cogidos de la mano.

—¿Usted también llevaba una pistola?

—No, señor.

—¿Tiene usted una pistola?

—Sí, señor, pero no la llevaba encima.

—Así que si alguien se presenta aquí y declara que vio una pistola en su bolsillo, ese alguien se equivoca.

—Le diré lo que es posible que viera. A veces meto la mano en el bolsillo de la chaqueta, con el dedo extendido, y parece lo mismo que una pistola.

De pronto Seagraves pensó que Buster Devonne se disponía a guiñarle un ojo al jurado.

—¿De modo que usted no hizo ningún disparo aquel día?

—No, señor.

—¿Entró usted en la casa?

—No, señor, fui hasta la puerta, de allí no pasé.

—¿Presenció usted el tiroteo?

—Lo oí, un minuto después de que la mujer se fuera a la parte de atrás. Pero no podría decirle qué tiro sonó primero y cuál sonó después.

—¿Cuánto tiempo duró el tiroteo?

—No mucho. No duró mucho.

—¿Y qué hizo usted cuando cesaron los tiros?

—Paris salió de allí, aquello parecía la primera guerra mundial. Los dos nos dirigimos hacia el coche tan aprisa como pudimos.

—¿Condujo usted el coche al volver a la ciudad, o lo condujo Mr. Trout?

—Conduje yo. Él estaba preocupado por lo que acababa de pasar. Dijo que nunca había visto una familia que se volviera contra él de ese modo.

—¿Y regresaron directamente a la ciudad?

—Le llevé a su tienda. Le llevé allí y después llamé al jefe Norland y le conté lo ocurrido.

—¿Mr. Trout le pidió que lo hiciese?

—Sí, señor. Lo hubiera hecho él mismo, pero tenía que atender un asunto urgente.

—Gracias, Mr. Devonne —dijo Seagraves. Luego, volviéndose a Ward Townes, añadió—: El testigo es suyo.

Ward Townes frunció el ceño y meneó la cabeza. Durante un largo momento, como si estuviera soñando, Seagraves pensó que el fiscal no quería interrogar al testigo. Luego Townes se levantó y echó un vistazo a sus notas.

—Míster Devonne, ¿cuánto pesa usted?

—Hace tiempo que no echo un penique en la báscula de Mr. Deckey.

—La última vez que lo echó, ¿cuánto pesaba?

—Puede que unos noventa y siete.

—¿Ha visto usted a Thomas Boxer y a Henry Ray Boxer en esta sala? ¿Cuánto cree que pesan?

—No lo sé. Que se pesen ellos mismos.

—¿Fue usted miembro del cuerpo de policía de Cotton Point?

—Durante once años.

—Durante todo ese tiempo, ¿nunca tuvo que calcular la estatura y el peso de un sospechoso?

—A veces.

—De acuerdo. Como policía, ¿cuánto calcularía usted que pesaba Henry Ray Boxer?

—Sesenta y tres y pico.

—¿Y Thomas Boxer? ¿Diría que era más corpulento o menos?

—Más o menos igual.

—¿Eso es lo que entiende usted por negros forzudos, dos chicos que pesaban sesenta y tres kilos cada uno?

—Depende de los negros —dijo Devonne—. Mrs. McNutt sola es tan corpulenta como yo.

De nuevo se oyeron risas en la sala, pero Seagraves observó que en la tribuna del jurado no se reía nadie. El juez Taylor ordenó silencio.

—Señor —dijo a Buster Devonne—, no permitiré que se avergüence a las mujeres en mi sala.

—De acuerdo —dijo Townes—, ha declarado usted que Thomas Boxer agarró a Mr. Trout por el cuello y que luego desapareció al empezar el forcejeo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Recurriendo una vez más a su experiencia como agente de la policía de Cotton Point, ¿alguna vez vio desaparecer a una persona? ¿Lo vio con sus propios ojos?

—Ésa era la impresión que daban algunos de los tipos a los que buscaban. Parecía que desaparecían, mismamente —dijo Devonne, y el propio juez rió al oírle.

—Pero no delante de usted, ¿verdad?

—No, señor. Lo que pasó fue que yo estaba distraído cuando él y la chica agarraron a Paris, y cuando me fijé ya no estaba.

—¿Adónde fue?

—No lo sé.

—¿Entró en la otra mitad de la casa?

—Entró, se metió debajo, yo qué sé.

Townes hizo una pausa y cambió el rumbo.

—¿Cuánto tiempo dice usted que estuvo en el cuerpo de policía, Mr. Devonne? ¿Once años?

—Sí, señor.

—¿Recuerda por qué dejó ese empleo?

Seagraves protestó y el juez Taylor amonestó al fiscal.

—Permítame que le haga otra pregunta, pues —dijo Townes—. Cuando habló con el jefe Norland después del tiroteo, ¿le indicó que durante el mismo iba usted desarmado?

—No me acuerdo —repuso Devonne.

—¿No le dijo que se vio metido en medio del tiroteo?

—Puede que le diera esa impresión.

—¿Por qué querría usted darle esa impresión, Mr. Devonne?

—Nos vimos metidos en el asunto juntos. No quería dar la impresión de que le estaba echando la culpa a Paris...

Townes dio la espalda a Buster Devonne y volvió a su mesa. Se sentó y luego, casi como si se le hubiera olvidado decirlo antes, dijo:

—Me parece que hemos oído todo lo que necesitamos oír de Mr. Devonne.

El código penal del Estado de Georgia permitía que el acusado en un proceso por asesinato leyera una declaración sin que ello le obligara a someterse a un interrogatorio. Este privilegio amparaba únicamente la citada declaración, y en el caso de que el acusado también optara por testificar, su declaración anterior pasaba a formar parte del testimonio y el fiscal podía interrogarle al respecto.

Paris Trout se levantó de la mesa de la defensa, erguido y digno, y se sentó en el estrado de testigos.

—Señoría —dijo Seagraves—, siguiendo mi consejo, Mr. Trout ejercerá su privilegio y leerá su declaración sobre cómo ocurrió esta tragedia, declaración que constará en acta. Este asunto ha sido una dura prueba para él, como comprenderá cualquier persona que posea un mínimo de compasión, y no creo que hacerle testificar después de leer la declaración sirva a los intereses de mi defendido o de este tribunal.

—Gracias, Mr. Seagraves —dijo el juez. Luego se volvió hacia Trout y dijo—: Cuando usted quiera, señor.

Trout sacó unas gafas del bolsillo y se las puso cuidadosamente. Seagraves pensó que suavizaban su expresión y le envejecían. Sacó dos hojas de papel de otro bolsillo, las desdobló y empezó a leer.

—Señoría, sinceramente no sé cómo ocurrió todo esto. Mr. Devonne y un servidor visitamos el domicilio de Mary McNutt para resolver una cuestión económica de escasa importancia. Cuando subimos al porche Mrs. McNutt nos maldijo y su hijo Thomas me echó las manos al cuello y trató de asfixiarme.

»Había una chica allí y me atacó al mismo tiempo que el chico. Parecía tener unos veinticinco años de edad y era fuerte. Más fuerte que el chico. Forcejamos un

rato en el porche. Yo hubiera preferido dejarlo correr, pero la chica se soltó y entró corriendo en la casa. Oí que Mrs. McNutt le decía que me arrancase el corazón a tiros. Mi condenado corazón de hombre blanco.

»Entré en la casa detrás de ella, con la intención de impedirle coger un arma de fuego. Cuando le di alcance ella metió las manos debajo de las almohadas, donde estaba la pistola. Supe que allí había una pistola. Yo no quería matarla, ni en aquel momento ni en ningún otro. Yo no me dedico a matar gente, y me pareció que si lograba derribarla, todo el asunto quedaría resuelto.

»Nunca en la vida he alzado una mano contra una mujer, pero la alcé entonces, para detenerla antes de que las cosas fueran demasiado lejos, y verá su señoría, no la golpeé lo bastante fuerte. Se tambaleó y la pistola se le cayó al suelo, pero ella no cayó.

»Y entonces aspiró hondo, como disponiéndose a empezar, y quiso recoger la pistola. Le apunté a un hombro e hice fuego. Hubiera podido dispararle al corazón. Entonces todo habría terminado, pero no pensaba matarla, sólo quería salir de allí sin que nadie resultara herido.

»En ese momento entró Mary McNutt, se abalanzó sobre mí con toda su fuerza y trató de echarme las manos al cuello. Cuando me libré de ella la chica había recogido la pistola, la tenía en la mano otra vez.

»Le agarré el brazo y al mismo tiempo sentí el peso de Mrs. McNutt en la espalda, casi me hizo caer, y luego me sujetó por el cuello, me apretó la tráquea con las dos manos, y empecé a disparar. No sé cuantas veces. Tres, cuatro, cinco, sinceramente no lo sé.

»Y entonces Mrs. McNutt dijo: “Me ha dado” y me soltó el cuello. Seguidamente vi a Thomas Boxer. Entró desde atrás y recogió la pistola. Me disponía a dispararle, pero la chica se recobró, ahora me refiero a Rosie Sayers, y volví a disparar contra ella. Entonces grité: “Vamos, Buster, larguémonos de aquí. No me extrañaría que hubiera más tiros”. Y salimos pitando hacia el coche y nos fuimos. Le pedí a Buster que diera cuenta de lo ocurrido a la policía y eso es todo lo que sé, lo que sé sobre cómo ocurrió esto.

Alzó la mirada, se ajustó las gafas, parecía alterado por lo que acababa de recordar.

—¿Esa es su declaración, Mr. Trout? —preguntó el juez.

—Sí, señoría. No fui allí con la intención de matar a aquella gente. Yo me dedico a ayudar a la gente. Eso es lo que tratamos de hacer, y esperamos que se nos pague por ello, ganarnos la vida con ello. Las personas de color no son las únicas que tienen derecho a ganarse la vida.

Dobló los papeles y se los guardó de nuevo en el bolsillo.

—Yo no quería que pasara nada de todo esto —dijo—. No tenía nada contra aquella chica, ni contra la mujer. La verdad es que no tengo nada contra ellas ahora. Todos fuimos el bebé de alguien alguna vez, todos venimos del mismo sitio.

»Tampoco quería que me mataran. Por eso disparé contra ellas, por eso y por nada más. En defensa de mi propia vida.

Miró hacia el jurado, una mirada larga.

—Todos somos hijos de alguien —dijo otra vez.

Y entonces se quitó las gafas y se las metió en el bolsillo también, se levantó y volvió a la mesa con Seagraves. En alguna parte de la sala, hacia el fondo, una mujer lloraba.

Trout cruzó las manos y durante un momento pareció que estaba rezando.

El juez Taylor, viendo que la temperatura en la sala era de cuarenta grados, dio a cada ministerio cinco minutos para que presentara sus argumentos definitivos y se dispuso a cronometrarles con su reloj de pulsera.

—Nos encontramos —empezó Seagraves— con una muerte y dos versiones de cómo ocurrió. Todos lamentamos que alguien resultara muerto, sin que importe quién tuvo la culpa de ello. Pero hoy no se les pide que lamenten la pérdida de la vida de Rosie Sayers; lo que se les pide es que decidan si Paris Trout, honrado y respetado ciudadano del condado de Ether, causó deliberadamente su muerte, con alevosía y premeditación, como afirma el ministerio fiscal.

»Quiero que piensen en las veces que han visto a Mr. Trout en la calle, o que quizá han hablado con él en su establecimiento. Pregúntense si parece posible que el mismo hombre fuera a Indian Heights con la intención de matar a una chica a la que no conocía.

»¿Tiene sentido, si ése era su propósito, ir allí a plena luz del día? ¿Creen ustedes que Mr. Trout, miembro importante de esta comunidad y propietario de varios negocios, arriesgó su propia vida por una deuda de ochocientos dólares?

»Paris Trout no necesitaba ochocientos dólares. Lo que le preocupaba era un principio, y ese principio es lo que le llevó a Indian Heights. Fue allí como hombre razonable, dispuesto a hablar.

»Ahora bien, el ministerio fiscal les pide que crean otra cosa. Que Mr. Trout y Mr. Buster Devonne entraron por las buenas en aquella casa y se pusieron a disparar contra personas de color. Dicen que Mr. Devonne hirió a Mary McNutt en la espalda, en el hombro, el costado y el pecho mientras Paris Trout disparaba contra la niña. Les piden que crean que las personas de color no tenían pistolas, que las pistolas estaban todas en la otra mitad de la casa.

»¿Es eso posible? —preguntó—. Sí. ¿Es probable? No. ¿Hay pruebas, pruebas materiales, de que las cosas ocurrieran de esta manera? No. Lo único que tenemos es la palabra de la familia contra la palabra de Paris Trout y Buster Devonne.

Hizo una pausa.

—La verdadera prueba, por supuesto, estuvo ayer aquí, en esta misma sala, apenas a tres metros de donde están sentados ustedes. La prueba se encuentra en

Mary McNutt, las balas que no se ha hecho extraer. Si estas balas son de cualquier calibre menos del cuarenta y cinco, entonces es que alguien, aparte de Paris Trout, disparó contra ella en aquella casa, y ella dice la verdad. Pero si esas balas son del cuarenta y cinco, entonces salieron de la misma pistola que hirió a Rosie Sayers, y ustedes están obligados a creer a Paris Trout.

Había estado paseando por delante del jurado mientras hablaba, las manos en los bolsillos, pero ahora las sacó y se apoyó en la barandilla de la tribuna del jurado.

—Estamos muy cerca de las pruebas y estamos muy lejos de ellas. Pero si estas balas estuvieran dentro de Paris Trout —dijo—, ustedes saben que él mismo hubiera encontrado el modo de hacer que le extrajesen una y con ello les habría ahorrado el trabajo de decidir a quién deben creer...

Miró a los miembros del jurado, pero el tren había salido de la estación. La cara del presidente estaba a poco más de medio metro de la suya y no había en ella siquiera una señal de que hubiera entendido sus palabras. Seagraves supo con certeza que la cosa se le había ido de las manos. Se llevó una sorpresa, al ver que ya había perdido, y se sintió insultado.

Se apartó de la barandilla, para que los del jurado no pudieran percatarse de ello.

—La ley —dijo— es la duda razonable. Y aunque no supieran ustedes quién era Paris Trout, ni que ha trabajado honradamente en Cotton Point desde hace años, tantos como la mayoría de nosotros recordamos..., ni siquiera entonces podrían examinar este caso y hacer algo más que conjeturas sobre lo que ocurrió. No tenemos ninguna prueba, se trata de una versión contra otra. Y lo que nos queda es una muerte trágica y dudas sobre cómo ocurrió. Dudas razonables.

Ward Townes fue todavía más breve al presentar sus conclusiones.

—Damas y caballeros —dijo—, no soy tan elocuente como Mr. Seagraves, pero, claro, tampoco soy tan caro.

Sonaron risas de cortesía en diversos puntos de la sala y Seagraves sonrió.

—De modo que me parece que lo que haré ahora es tomar prestado algo de los argumentos del propio Mr. Seagraves y recordarles a ustedes sus palabras en el sentido de que la prueba estuvo ayer en la sala, en la persona de Mary McNutt.

»Yo creo lo mismo —dijo, y señaló la silla vacía que ocupara la testigo—. Se sentó en esa silla y me parece que ustedes pueden sopesar lo que dijo. Me parece que ustedes oyeron a Mr. Trout también, y a todas las demás personas que se encontraban presentes cuando mataron a Rosie Sayers. Personas que estaban en su propia casa cuando recibieron la visita de Paris Trout y Buster Devonne.

»Han visto ustedes las fotografías de la niña después de que Mr. Trout y Mr. Devonne se marcharan. Han visto las cicatrices en el cuerpo de Mary McNutt.

»No hay ninguna duda razonable. Todos ustedes comprenden lo que sucedió en aquel lugar, y lo único que les pido ahora es que lo reconozcan. Que digan que tiene

importancia.

El jurado se retiró a deliberar a las tres y media. Seagraves sacó a Trout del palacio de justicia. Cruzaron la calle y anduvieron media manzana hasta el Teatro Dixie y subieron la escalera.

El despacho de Seagraves daba a la calle y el abogado se apostó junto a la ventana, contemplando cómo las buenas gentes de Cotton Point atendían sus asuntos. Personas a las que conocía de vista, media docena de ellas por su nombre. No le había dirigido la palabra a Trout desde que salieran de la sala del tribunal.

—¿Me han soltado? —preguntó Trout.

Seagraves no se volvió.

—Todavía no —contestó.

—¿Cuánto tardarán?

—Depende de lo que vayan a hacer.

—No van a hacer nada.

El abogado no respondió.

—¿Qué pueden hacer? —preguntó Trout, al cabo de unos momentos.

—Nadie está a salvo, Paris. No del todo. Podría usted tenerlo presente la próxima vez.

—¿Qué pueden hacer? —preguntó nuevamente Trout.

Seagraves se encogió de hombros.

—Se trata de un jurado, pueden hacer lo que quieran.

Trout rió, aquel sonido que parecía un ladrido.

—Me parece que usted se olvida de dónde está —dijo.

Seagraves apartó los ojos de la ventana.

—Puede ser —dijo.

Trout descargó un manotazo sobre la mesa.

—Le he pagado para que se encargara de esto. Quiero algo más que un *puede ser* a cambio de ello.

—Debería haberme contratado antes —dijo Seagraves, notando que volvía a encolerizarse—. Debería haberme llamado antes de que usted y Buster Devonne fueran allá y la emprendieran a tiros con aquella niña y con Mary McNutt. Debería haberme llamado para pedirme consejo entonces, y el consejo que le habría dado yo es que era un asesinato.

—Aquel chico me debía dinero. Eso usted debería haberlo explicado mejor.

Había avanzado hasta la mitad de la mesa, y su cara quedaba tan cerca que Seagraves pudo ver las venillas rojas en los ojos.

—Hay algunos casos —dijo Seagraves, pensando en sí mismo— en que los negocios no son una excusa.

Trout se quedó donde estaba, inclinado sobre la mesa.

—¿Cree usted que no sé lo que es un abogado? —preguntó.

Se hizo un largo silencio y Trout volvió a sentarse lentamente en su silla. Su estado anímico pareció sufrir un cambio, y se quedó pensativo.

—Supongamos que vuelven a la sala y me declaran culpable —dijo—. ¿Qué queda entonces?

Seagraves se encogió de hombros.

—De usted depende. Solicitar un nuevo juicio. Autorizar las fotografías fue un error judicial...

—¿Y luego qué?

—Luego presentamos apelaciones hasta que nos concedan un nuevo juicio o se nos agotan los tribunales.

—¿Cuánto tiempo tarda algo así?

—Depende, uno o dos años..., a veces más. —Se volvió en la silla y miró otra vez por la ventana—. Resulta caro —dijo.

—Ya me está resultando caro —dijo Trout.

—Sí, es verdad.

El jurado estuvo fuera de la sala durante algo más de tres horas. Seagraves había dejado a Trout en su despacho, hojeando un *National Geographic*, y se encontraba en el otro extremo del pasillo con un joven abogado que se llamaba Walter Huff cuando su secretaria llamó a la puerta y dijo que acababan de telefonar del palacio de justicia.

La familia de Walter Huff era propietaria del Hotel Ether, donde vivía Trout, y Walter acababa de decirle a Seagraves que las doncellas tenían miedo de limpiarle la habitación.

—Dicen que asegura que tiene veneno en la habitación, y que hay armas por todas partes.

—¿Y lo dejáis que siga hospedándose allí?

El joven abogado sonrió.

—Paga el alquiler.

Seagraves pensó en todo ello mientras regresaba al palacio de justicia. Le pareció que el joven Huff daba muestras de tener buen juicio para ser un abogado recién salido de la facultad. Y entonces sus pensamientos volaron hacia el chico de los Bonner, que se había licenciado en la facultad de derecho de Tufts aquella primavera y abriría su propio bufete en otoño, y Seagraves se preguntó cómo le habrían sentado los estudios.

La mayoría de ellos salían de la facultad creyendo que sabían algo.

Seagraves y Trout entraron por la puerta principal de la sala. Ward Townes ya se hallaba sentado ante la mesa del fiscal, los asientos de los espectadores estaban prácticamente desocupados. La gente se había ido a casa.

La sala sonaba a vacío sin los espectadores, los susurros se oían claramente, las palabras pronunciadas en voz alta parecían quedar colgadas en el aire.

El juez Taylor entró abrochándose la chaqueta. Tenía grasa en la barbilla y sudaba. Después de instalarse en su asiento, comprobó los papeles que tenía ante él, sobre la mesa, y luego ordenó al alguacil que fuera a buscar al jurado. Trout contempló fijamente a sus miembros mientras iban ocupando sus asientos de uno en uno. Seagraves pudo ver un latido en su frente. Sólo dos de los miembros del jurado devolvieron la mirada a Trout, el presidente y una mujer de Homewood.

El juez preguntó al presidente si el jurado tenía ya su veredicto. El aire de la sala olía a cien años de antigüedad.

—Sí, señoría —dijo el presidente.

Trout se levantó despacio, los ojos clavados todavía en la tribuna del jurado.

El presidente no vio cómo se levantaba, miraba fijamente el papel que tenía en las manos.

—Declaramos al acusado culpable de asesinato en segundo grado —leyó. Luego alzó los ojos y vio que Paris Trout le estaba mirando fijamente. Por el rostro del presidente pasó una expresión que al desaparecer se llevó consigo el color.

Seagraves se levantó también.

—Solicitamos que el jurado vote individualmente —dijo.

De uno en uno los miembros del jurado fueron levantándose y pronunciando el mismo veredicto. Sólo una persona —la mujer de Homewood— se atrevió a mirar a Trout a la cara. Seagraves se preguntó si a la mujer todavía le importaba quién había dotado a su ciudad de agua potable.

—Mr. Trout —dijo el juez cuando hubo hablado el último miembro—, se le ha declarado culpable de asesinato en segundo grado en la muerte de Rosie Sayers. ¿Tiene usted algo más que decir en este asunto?

Trout desvió la mirada hacia el juez, pero no respondió.

—No tenemos nada más que decir —contestó Seagraves.

—En tal caso, caballeros, este tribunal falla que es usted culpable del delito que se especifica en el escrito de acusación presentado por el pueblo con fecha del veintiuno de julio del año en curso, a saber, asesinato en segundo grado. Otrosí, este tribunal dispone que sea usted encerrado en el campo de trabajo del Estado en el condado de Petersboro durante un período no inferior a un año ni superior a tres.

Seguidamente el juez se inclinó hacia adelante, juntó las manos y habló de forma no protocolaria.

—Este tribunal alberga la fervorosa esperanza de que vuelva usted a la comunidad tan pronto como sea posible y que ocupe de nuevo el lugar que le corresponde entre los dirigentes de su economía.

Luego el juez Taylor miró a Seagraves, con aire de pedirle disculpas.

—Señoría —dijo el abogado—, teniendo presentes los acreditados vínculos empresariales, cívicos y familiares que existen entre Mr. Trout y la comunidad,

solicitamos que se le permita seguir en libertad bajo palabra hasta que la solicitud de un nuevo juicio reciba respuesta.

—¿Mr. Townes?

—El pueblo no tiene ningún reparo en que así se haga, señoría —dijo Townes.

El juez Taylor dio las gracias al jurado y le indicó que podía retirarse. Trout miró fijamente hasta que el último de sus miembros hubo cruzado la puerta, luego clavó los ojos en las sillas que acababan de dejar vacías.

—Mr. Trout —dijo el magistrado—, queda usted en libertad en espera del resultado de su apelación. No puede abandonar el condado ni cambiar su lugar de residencia sin comunicarlo a este tribunal. Se le prohíbe ponerse en comunicación con los testigos o los miembros del jurado que han intervenido en este juicio. ¿Comprende usted las condiciones con que se le pone en libertad?

—Las comprendemos, señoría —dijo Seagraves.

Pero no había ninguna señal de que Trout comprendiera algo.

Salieron juntos del palacio de justicia y luego se detuvieron un instante frente al monumento de la ciudad donde, si creías lo que decía la inscripción, el sello del Estado de Georgia estaba escondido cuando el general Sherman pasó por la ciudad al final de la guerra.

Cotton Point era un lugar rico en aquel tiempo, el centro de la agricultura y la ley del Estado. En aquel entonces «se ha ido a Cotton Point» no se refería al manicomio.

Trout sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de los pantalones y volvió los ojos hacia el palacio de justicia mientras fumaba.

—Le haré saber dónde estamos —dijo Seagraves.

—Usted dijo que el juez cometió un error.

—Creo que así fue.

Trout no dijo nada y Seagraves se dispuso a separarse de él. Tenía ganas de andar.

—Pasaré por el hotel más tarde, cuando tenga alguna idea de dónde estamos.

—Deje el recado —dijo Trout—, no suba a verme sin avisar antes.

Un agricultor pasó cerca de ellos en su camioneta, la parte de atrás cargada de perros que aullaban al cielo. No había nada que pudieran perseguir y acorralar, de modo que el ruido en sí mismo se había convertido en el propósito.

—¿Cuánto tiempo se necesita, para resolver esto? —preguntó Trout.

Seagraves meneó la cabeza.

—Calcule usted —dijo—. Se llega a un arreglo. No se resuelve, no del modo que usted quiere decir.

—¿Representa más dinero?

Seagraves expulsó todo el aire que llevaba dentro en el pecho. Tenía ganas de irse a otro lugar, de andar. Todavía podía oír a los perros, más débilmente ahora, como un recuerdo.

—No ha comprendido usted nada, Paris.

—Si un hombre me robara algo mañana —dijo Trout—, volvería a hacer lo

mismo.

QUINTA PARTE

Carl Bonner

Una tarde de principios de diciembre, casi cinco meses después del juicio, una mujer llegó al despacho de un abogado joven que se llamaba Carl Bonner sin antes haber concertado cita. La mujer golpeó tan tímidamente el vidrio ahumado de la puerta, que al principio el abogado creyó que se trataba de la doncella.

Carl Bonner se levantó de su mesa, cruzó la oficina exterior y abrió la puerta. Aún no tenía secretaria, y no lograba persuadir a su esposa a que trabajara para él hasta que el bufete ganara dinero suficiente para contratar una.

La mujer estaba en el umbral y le miró directamente.

—Mr. Bonner —dijo—, soy Hanna Trout, Mr. Seagraves me dio su nombre esta mañana, y pasaba por aquí y se me ocurrió llamar por si casualmente le encontraba en su despacho.

Carl Bonner se hizo a un lado para que entrase.

—Mr. Seagraves ha sido muy amable conmigo —dijo.

La esposa de Paris Trout era vieja, por supuesto, pero había en su porte algo que no encajaba con su edad. El abogado la observó un momento desde atrás y luego cerró la puerta. Hanna se detuvo en el centro de la habitación y se volvió, esperando que él le indicara el camino.

Carl Bonner la condujo al pequeño despacho interior y cuando se sentaron sonrió con expresión de sentirse incómodo y dijo:

—Usted dirá, Mrs. Trout.

—Esta mañana llamé a Mr. Seagraves para pedirle que iniciara los trámites de divorcio contra mi marido —dijo Hanna—, pero como continúa representando a Mr. Trout en las apelaciones, no pudo aceptar el encargo y me sugirió que hablase con usted.

Bonner abrió un cajón de la mesa y sacó un lápiz a fin de tomar notas.

—¿Mr. Seagraves representará a su marido en el divorcio?

Hanna meneó la cabeza.

—Dijo que no. Tal vez se encargue de ello otro abogado de su bufete, pero no lo hará Mr. Seagraves personalmente.

Hanna recorrió el despacho con los ojos. Los títulos de Bonner aparecían colgados en una pared; las alabanzas recibidas durante la guerra, en otra. En el rincón había un canario en una jaula pequeña.

—¿Se ha encargado usted de algún divorcio anteriormente, Mr. Bonner?

—Yo me encargo de todo —dijo él, y luego pasó a otra cuestión como si sus palabras hubieran contestado a la pregunta—. ¿El divorcio será contencioso?

—Me imagino que sí, sí, en efecto.

—¿Se ha notificado a su esposo la intención de proceder contra él?

Hanna dijo que no con la cabeza.

—Se hospeda en el Hotel Ether y no le veo como no sea por casualidad.

Carl Bonner tomó nota de la dirección en la parte superior del papel.

—¿Cuánto tiempo lleva su esposo fuera de su domicilio?

—Desde la pasada primavera.

—¿Y se fue por voluntad propia..., abandonándola a usted, o usted le pidió que se fuera?

—Yo se lo pedí. Después de que matara a la niña. No le quería en casa.

Bonner la miró entonces, escudriñándole el rostro. Ella sostuvo su mirada. Había algo discordante en su apariencia, pero Bonner no acertaba a ver qué era.

—¿Ése es el motivo de la disolución? ¿Inmoralidad manifiesta?

Hanna no respondió en seguida y Bonner se dio cuenta de que estaba sopesando la respuesta.

—¿Se trata de adulterio? —preguntó Bonner.

Esperó a ver si la palabra la azoraba, y pudo comprobar que no. Durante un momento, de hecho, le pareció que ella esbozaba una sonrisa a causa de lo que acababa de decirle.

—No creo —dijo Hanna—. En cualquier caso, las apetencias sexuales de Mr. Trout no son asunto mío, excepto en el sentido de que han motivado un abuso.

Bonner escribió ABUSO en la parte superior de un papel y lo subrayó dos veces. Debajo escribió el número romano I.

—¿Abuso físico? —preguntó.

Hanna le miró con atención durante un momento, mientras trataba de decidirse. Bonner escribió FÍSICO y debajo, un poco más adentro de la hoja de papel una A.

—Mister Bonner —dijo ella—, usted es un hombre joven, sé que su tiempo es valioso. Sin embargo, esta situación es complicada y no encaja con un interrogatorio de rutina; quizá sería aconsejable que antes habláramos sin atenernos a ninguna pauta, para que usted se ponga al corriente de lo que ha sucedido.

Bonner dejó el lápiz y apartó el cuerpo de la mesa hasta que la parte posterior de su cabeza rozó la pared. Tenía la sensación de haber recibido un rapapolvo.

—No era mi propósito darle a usted prisa.

Notaba el calor del azoramiento en el rostro, como el sol del verano.

—¿Conoce usted a mi marido? —preguntó Hanna.

—Sé quién es. Tengo una somera idea de sus intereses comerciales...

—¿Estaba usted en Cotton Point cuando se celebró el juicio?

—Me temo que no. Pero, desde luego, oí hablar del proceso.

—¿Le pareció aterrador?

—¿En qué sentido?

—Me refiero a la naturaleza arbitraria del hecho en sí. ¿Le asustó?

—¿Que disparase contra una mujer y una niña? —Bonner meneó la cabeza y respondió sin pensar—. Mrs. Trout, no hace mucho pasé dos años en un lugar donde responden con tiros a los tiros.

Hanna reflexionó un poco, los dientes apretando el borde del labio inferior.

—Pues a mí me asustó —dijo.

—Lo comprendo.

—En nuestro primer mes de casados, le presté a mi marido una suma de dinero. Él creyó que era todo lo que poseía..., en realidad era la mitad. Mr. Trout, como probablemente sabrá usted, tiene propiedades importantes, tanto en el condado de Ether como en el este de Georgia, y no necesitaba el escaso capital que yo podía añadir a todo ello. Nunca he visto las cifras, pero es un hombre rico.

—Eso tenía entendido.

—Cuando le hice el préstamo, tenía su activo inmovilizado en el negocio, al menos ésa fue la explicación que me dio.

—¿Usted creyó que Paris Trout no disponía de efectivo?

Hanna le sonrió entonces, Bonner no comprendió por qué.

—Me casé tarde, Mr. Bonner —dijo—. Tenía cuarenta y cuatro años, y abandoné una carrera a la que me había dedicado con cierta fortuna durante muchos años. No me casé en busca de seguridad, renuncié a ella.

»Fue una apuesta que hice y no me explico cómo fui capaz de hacerla. Lo único que se me ocurre es que se debió a que apostar resultaba en sí mismo emocionante.

»Así que cuando Mr. Trout me pidió el dinero que tenía en el banco al cabo de unas semanas de casarnos, en cierto modo eso pasó a formar parte de la apuesta también. —Se inclinó hacia adelante por primera vez—. No hago las cosas a medias —dijo.

—Ya lo veo. Si me permite la pregunta, ¿qué cantidad le prestó?

—Cuatro mil dólares.

—¿Y le ocultó usted que tenía otros cuatro mil?

—Hay otros cinco mil dólares en una cuenta de Atlanta, de ellos he vivido desde que él se fue.

—Por lo que me dice, deduzco que su esposo no le devolvió el dinero.

—No, no me lo devolvió.

—¿Y ése es el motivo principal de la discordia? ¿Cuatro mil dólares?

—No es el dinero en sí —dijo ella—, sino la posesión. Paris pretendía dejarme indefensa, Mr. Bonner. Es una pautá. Para eso me pidió el dinero. Por eso murió la niña.

Hanna hizo una pausa y el abogado esperó.

—Durante las semanas que siguieron al asesinato —prosiguió Hanna— Mr. Trout abusó de mí repetidamente. Toda apariencia de comportamiento normal desaparecía en el momento en que entraba en casa.

—¿No hubo testigos del abuso?

Hanna dijo que no con la cabeza.

—¿Palizas? ¿Qué más?

—Es un hombre profundamente trastornado. El abuso que me infligió fue un reflejo del estado de su mente.

Bonner movió la cabeza de arriba abajo, como si la comprendiera. Algo le advirtió que era preferible que no le pidiese más detalles.

—¿Ha pensado usted en la asignación de bienes después de la disolución? ¿Qué querrá usted?

—Quiero mi casa —respondió ella—, y quiero el dinero.

—¿Qué parte del dinero? —preguntó Bonner sin inmutarse.

—El dinero que le presté. Del resto yo no tocaría ni un centavo. El resto es dinero contaminado.

Bonner miró su agenda, pero no hizo ademán de cogerla.

—Tendrá usted que vivir después de...

—¿Una pensión alimentaria? —Hanna se apoyó en el respaldo de la silla, buscando una postura más cómoda—. Antes atracaría un banco.

Bonner se encogió de hombros.

—El activo de Mr. Trout debe de ser de cerca de medio millón —dijo—. Según la ley, tiene usted derecho a una compensación.

—La casa la reclamo como compensación por los dos años de servidumbre que siguieron a la boda. Hasta poco después del asesinato trabajé seis días a la semana, doce horas al día, en el establecimiento de mi marido. Yo era su contable, su secretaria y su dependienta. Yo me encargaba del almacén y fregaba los suelos.

»Durante ese tiempo, Mr. Trout me trató como a una empleada, sin afecto ni consideración, y se ponía furioso a la menor divergencia de sus instrucciones. No me permitía ir a visitar a mis hermanas de Savannah ni a mis amistades de Atlanta. No me permitía tener tratos con los vecinos. De modo que aceptaré la casa en pago de esos dos años, aunque, si pudiera escoger, no hay duda de que preferiría que me devolviesen los dos años.

—¿Qué edad tiene usted ahora? ¿Cuarenta y cinco?

Hubiera dicho que era más joven, pero resultaba difícil saberlo con certeza. Para Bonner sólo había una etapa en la que entraban las mujeres cuando dejaban de ser jóvenes. No sabía exactamente qué edades abarcaba dicha etapa, pero una vez las mujeres cruzaban la línea él perdía el interés por su apariencia y no era capaz de diferenciar las etapas que venían después.

—Cuarenta y seis —dijo Hanna.

—¿Y su esposo?

—Cincuenta y nueve.

—¿Ha pensado usted en cómo va a mantenerse?

—Tengo mis ahorros, y no soy incapaz de trabajar. —Reflexionó durante un minuto—. Puede que vuelva a dedicarme a la enseñanza, quiero hacer algo que me

limpie de esto.

Bonner cogió su lápiz y tomó varias notas rápidas. Hanna no trató de impedirselo.

—No habrá ningún problema —dijo el abogado, mirando lo que había escrito—. Yo le aconsejaría que pidiese una pensión alimentaria, pero si esto es lo que usted quiere, no habrá ningún problema, ninguno en absoluto.

—Antes de afirmar eso, quizá quiera usted entrevistarse con mi marido.

—Hay una sola ley para todo el mundo.

El comentario pareció animar a Hanna, Bonner no adivinó por qué.

—Entonces, ¿se encargará usted del asunto?

—Será un placer —contestó él, y sonrió a Hanna como durante toda la vida había sonreído para complacer a los adultos.

Y una vez más, su sonrisa partió por la mitad la de Hanna. Bonner se preguntó qué era lo que veía en él y no le gustaba.

Hanna se puso en pie, ofreciéndole la mano. Él la tomó, fijándose en el tacto de la piel. Mrs. Trout era vieja, pero al mismo tiempo no lo era.

—¿Cuánto tiempo tarda una cosa como ésta? —preguntó ella.

—Depende en gran medida de su esposo. Presentaré la demanda esta semana y puede que todo haya terminado dentro de seis meses.

—¿Es eso lo que calcula usted?

Bonner seguía sujetándole la mano, mirándola directamente a los ojos.

—No lo sé. Podría tardar más, si su esposo así lo quisiera. —Vio el efecto de sus palabras y trató de suavizarlo—. No creo que tarde más. La solución le favorece, su abogado se lo dirá. Si él sabe lo que le conviene, el asunto se resolverá en un abrir y cerrar de ojos.

—Me parece que no puede usted contar con que Mr. Trout sepa lo que le conviene —dijo Hanna.

Habían pasado dos meses desde su vuelta a Cotton Point cuando Carl Bonner celebró esta entrevista con Hanna Trout. Ella fue su primer cliente de verdad.

Bonner había estado ocho años ausente de la ciudad. Se había ido a los dieciséis para estudiar en la universidad de Tufts, en Massachusetts, aprovechando una beca. A los dieciocho interrumpió los estudios para alistarse en el ejército y pasó dos años en Corea, manejando artillería de campaña y alcanzando la graduación de capitán. Resultó herido en una mano y volvió a la universidad de Tufts condecorado y honrado, y terminó sus estudios de zoología.

Tardó dos años más en terminar los de derecho.

Pero si en este sentido estuvo ausente durante ocho años, por otra parte fue como si no se hubiera ido nunca. Había sido uno de esos niños que dejan huella en la sociedad adulta, formaba parte del modo en que las personas pensaban acerca de sí mismas y del lugar donde vivían.

Carl Bonner había sido el Eagle Scout más joven de la historia de la ciudad. Era también la persona más joven que jamás predicara un sermón en el condado de Ether.

A partir de los seis años había jugado al fútbol con intenciones asesinas, sin prestar la menor atención a su propia seguridad. Cuando estudiaba secundaria participó en las carreras del Estado. Bajo la supervisión de su padre, el reverendo P. P. Bonner de la Primera Iglesia Presbiteriana, había estudiado tres y cuatro horas todas las noches excepto la del sábado, terminando los estudios, tanto elementales como secundarios, con las notas más altas de su clase. Ganó competiciones estatales de matemáticas y ciencias. Su fotografía salía en el *Ether County Plain Talk* diez veces al año, a menudo con descripciones de sus hábitos de estudio.

Su padre también salía a veces en *Plain Talk*, aunque solía ser con personas a las que acababa de casar, o en un artículo sobre el gamberrismo en la iglesia. De un modo u otro, la religión estaba apartada de la realidad del país y el muchacho llegó a comprender que su padre se sentía insultado al verse marginado y por ello le hacía estudiar y esforzarse de esa manera.

Y comprendió que su único interés perdurable —los pájaros cantores que criaba en un refugio que construyó en el patio de atrás— nunca pasarían de ser un entretenimiento. No estaba destinado a acabar enseñando biología.

La fascinación del chico por los pájaros —al igual que sus notas y sus proezas de boy-scout— era muy conocida en la ciudad, y algunos años, cincuenta o sesenta madres que albergaban la esperanza de influir en sus propios hijos en la misma dirección le vaciaban sus jaulas de canarios y periquitos, a cinco y diez centavos la pieza, cuando llegaba la Pascua, para volver al cabo de uno o dos meses al objeto de que les devolviera el dinero, con el pajarito patas arriba en el fondo de la jaula.

Carl Bonner perdía muy pocos pájaros.

Eran los únicos amigos de su infancia, los pájaros y los amigos que se inventaba.

Carl Bonner había vuelto a Cotton Point con una esposa, y puso un despacho en el segundo piso del edificio Jefferson, a unos cientos de metros del bufete de Harry Seagraves.

El nombre de su esposa era Leslie Morgan Bonner, y la mujer causó una decepción sincera a los numerosos ciudadanos que se interesaban personalmente por la vida de Carl. La gente había dado por hecho que acabarla casándose con alguna chica poseedora del título de Miss Georgia o cuando menos extrovertida.

Leslie Bonner era de Ardmore, Pennsylvania, y muy reservada. Mientras que su marido aceptaba que le nombrasen socio del Kiwanis Club, del Moose, y de la Cámara Joven de Comercio, ella evitaba las asociaciones femeninas y se quedaba en casa. Carl daba clases en la escuela dominical de la Primera Iglesia Presbiteriana, ella se reunía con él después, enfrente de la iglesia, y asistían juntos al oficio.

En el plazo de un año corrieron por la ciudad rumores de que Leslie no podía tener hijos.

La casa de la pareja se encontraba al final de Leisurebrook, la primera urbanización que se construyó en Cotton Point. Era una casita de ladrillo con dos dormitorios. Carl cortaba el césped dos veces a la semana, y Leslie se pasaba las

tardes bajo un sombrero de paja de ala ancha, trabajando en los macizos de flores. Cuando alguien saludaba con la mano o hacía sonar el claxon, a veces ella alzaba los ojos y dejaba las flores por un momento, pero no devolvía el saludo con la mano ni sonreía.

La pajarera estaba en la parte de atrás. Tenía forma circular, era principalmente de alambre, con la cara norte cerrada. Canarios y periquitos. Anunciaba los pájaros en la publicación mensual de la Sociedad Norteamericana de Ornitología y de vez en cuando algún comercio de animalitos de compañía de Atlanta o de Macon encargaba cien de golpe. Eran más frecuentes los pedidos de dos o tres pájaros.

Carl Bonner lo anotaba todo meticulosamente y mandaba tarjetas de Navidad incluso a los clientes más modestos.

Era tan obsesivo en los negocios como lo había sido en la escuela, e igualmente aislado. Y aunque tenía muy poco, vigilaba a la comunidad de abogados de Madison Street, pensando que tratarían de quitárselo. Y eso a pesar de que el único trabajo que tenía era el que ellos le mandaban.

Efectuaba cobros, se encargaba de sus pleitos cuando tenían que ausentarse de la ciudad. También se encargaba de recopilar los datos que necesitaban y aceptaba clientes pobres que ellos rechazaban.

El día en que Hanna Trout le contrató, Carl Bonner se fue a casa temprano. Había una reunión del Kiwanis Club a las siete, y tenía antes cosas que hacer en casa.

Encontró la puerta principal cerrada con llave. Leslie estaba sentada junto a la ventana, leyendo. Le vio, pero no se movió. Los pájaros empezaron a parlotear en la parte de atrás, sabían que él estaba allí. Carl abrió la puerta y entró, preguntándose si sus vecinos ya habrían observado la frecuencia con que necesitaba usar la llave para entrar en su propia casa.

La gente de Cotton Point dejaba siempre abierto, pasaba todo el día fuera de casa sin haber cerrado la puerta principal.

Leslie estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el sofá, vestida con pantalones cortos y una de las camisetas de Carl. Era de tirantes, y la amplia sisa dejaba ver el pliegue de la parte inferior del pecho.

Carl se preguntó si habría vuelto a salir al patio sin sujetador. Recorrió el pasillo hasta el dormitorio y se cambió la ropa que llevaba por unos pantalones con peto y una camisa vieja. Ella le siguió, con la revista todavía en la mano. El *New Yorker*. Carl se abrochó la camisa y metió cuidadosamente los faldones en los pantalones, comprobando lo que hacía en el espejo.

—Estás muy bien —dijo ella—, los pájaros quedarán deslumbrados.

Carl observó que ella no se había cepillado el pelo. Leslie encendió un cigarrillo y se sentó sobre la cama con las rodillas muy separadas. Carl vio que se había afeitado las piernas. El olor del humo —que era una cosa distinta del humo propiamente dicho

— llenaba la habitación.

—¿El cartero ha traído algo, aparte de la revista? —preguntó Carl.

—¿Noticias del mundo exterior? —Carl no respondió y a los pocos momentos ella dijo—: Cosas para pájaros, las he dejado sobre la mesa de la cocina.

Carl salió en dirección a la cocina. Los platos de la cena pasada todavía estaban en el fregadero. Encontró el boletín de la Sociedad Norteamericana de Ornitología y comprobó que hubieran publicado su anuncio. Leslie entró detrás de él, trayendo consigo el olor de su cigarrillo, y un leve aroma a jabón. Tiró su revista sobre la mesa y le quitó el boletín de la mano.

—Esta noche tengo Kiwanis —dijo él.

Ella apretó una mano de Carl contra su boca, luego la guió hasta debajo de la camiseta y él notó el peso de un seno sobre los nudillos. Leslie siempre hacía cosas inesperadas. La primera noche que habían salido juntos fue al lavabo y, al volver, le metió las braguitas en el bolsillo de la americana.

Hasta aquel momento Carl había creído que era tímida porque no hablaba mucho.

Carl no se movió. Leslie se quedó plantada ante él, observándole el rostro. Al cabo de un momento se apartó.

—No es lo mismo aquí, ¿verdad? —preguntó.

—Todo el mundo es diferente cuando regresa al lugar de donde viene.

—¿Todo el mundo detesta las tetas en su ciudad natal?

Carl vio que las ventanas estaban abiertas y le indicó que callase.

—Estoy callada —dijo ella—. De todos modos, los pájaros arman tanto ruido, que no se oiría un maldito escopetazo.

Carl se alejó de ella para cerrar la ventana.

—Me gustaría que hicieras algunas amistades —dijo.

—No me resulta tan fácil. Además, mírate. Tú no te fías de nadie. Todo eso del Kiwanis Club, de la Cámara de Comercio, etcétera, todo es pura comedia.

Carl consiguió cerrar la ventana justo antes de que ella terminara la frase.

—No puedes convertirlo todo en una elección —dijo—. No se trata de que tú estés en un lado y mi forma de vida esté en el otro. Las cosas no son así cuando uno se casa.

—No estamos casados de la misma manera que lo están otras personas.

—Primero haces lo que tienes que hacer, y luego lo que te gusta. Y en este momento tengo que ocuparme de los pájaros y después ir al Kiwanis.

Estuvieron callados un ratito, y luego Leslie volvió a la sala de estar y abrió la revista.

—Necesito ver a Harry Seagraves esta noche, para darle las gracias —dijo Carl. Esperó, pero ella no preguntó por qué quería darle las gracias—. Me mandó un cliente, Hanna Trout. —Vio que ella no reconocía el nombre—. Está casada con el hombre que mató a una niña negra el pasado verano.

—¿Mató a una niña?

Carl asintió con la cabeza.

—Va a divorciarse de él. Si hicieras un esfuerzo y de vez en cuando salieses de casa, estarías enterada de lo que hizo.

—¿Y por qué diantres querría yo saberlo?

—Porque vives aquí. Esto no es Filadelfia, pero tenemos una muerte violenta de vez en cuando. Si el ruido es lo que echas de menos, encontrarás un poco.

En el exterior el parloteo de los pájaros subía y bajaba.

—No se trata del ruido —dijo ella.

Carl mezcló semillas y vitaminas en un cubo y se encaminó hacia la puerta de atrás, y entonces le invadieron un montón de sentimientos hacia ella y dijo:

—¿Quieres ayudarme a dar de comer a los pájaros?

Aquel mismo día, horas antes, Paris Trout había ido a ver a Harry Seagraves.

En los cuatro meses y medio transcurridos desde que le declararon culpable de asesinato en segundo grado, era la tercera vez que Paris Trout acudía a la oficina de Seagraves. La primera fue después de que Seagraves preparara la apelación al tribunal superior; la segunda, el día en que Buster Devonne fue declarado culpable de agresión y condenado a seis meses, y la tercera —la de hoy— era para preguntar por qué habían rechazado la apelación.

Ninguna de las entrevistas duró siquiera quince minutos.

La apelación constaba de casi cien páginas, pero se centraba en sólo dos puntos: que las fotografías de la niña muerta no deberían haberse aceptado como pruebas, y que permitir que Mary McNutt mostrara las cicatrices de sus heridas fue perjudicial y sin relación con la querrela contra Trout.

Trout no pidió que le dejaran leer la apelación, ni el dictamen que la rechazaba. En ambas ocasiones se sentó en el despacho de Seagraves, con los brazos cruzados, y escuchó. Y esta mañana, cuando el abogado hubo terminado, dijo:

—¿Qué tribunal toca ahora?

Harry aspiró hondo. Los papeles estaban sobre la mesa en una carpeta abierta, y por debajo asomaban esquinas de las fotografías. Las tenía escondidas bajo los papeles y de buena gana las habría guardado en otra parte, sólo que temía que se perdieran.

—No lo sé —contestó—. Deberíamos pensar sobre esto, sobre si vale la pena el dinero que le está costando.

La expresión se cambió.

—¿El tribunal supremo del Estado es el siguiente? —preguntó.

—Conoce usted los tribunales tan bien como yo.

—Entonces, a él acudiremos.

—Necesitamos reconsiderar su caso. Ahora no hay ninguna prisa, tenemos tiempo.

Trout no pareció oírle. Se puso en pie y echó a andar hacia la puerta.

—Si fue el tribunal el que cometió errores, y no usted, entonces tiene que escribirlo de un modo que quede claro —dijo antes de salir.

Entonces Seagraves sacó las fotografías.

Volvió a mirar a la niña. Los reflejos del flash brillaban en sus hombros y en la frente, los lugares donde la piel se tensaba sobre los huesos. Se sabía las fotos de memoria, a veces volvían a él en la madrugada —al mirar a Lucy, que dormía con los ojos tapados por el antifaz, se acordaba de la otra oscuridad que había caído sobre los ojos de Rosie Sayers—, y a veces cuando estaba sentado en la sala de algún tribunal, o cuando cenaba fuera de casa, o pronunciaba un discurso.

Pasó el día en su despacho, evitando llamadas y citas, pensando en la niña y en Paris Trout.

A las cuatro de la tarde le llamó Lucy para preguntarle si cenaría en casa. Al principio no reconoció la voz, y luego, incluso al reconocerla, tardó un minuto largo en recordar su aspecto físico.

—Tengo Kiwanis —dijo.

—Vaya, envíe a Betty a buscar unos solomillos.

—Se conservarán hasta mañana.

—Entonces no sé lo que voy a cenar esta noche...

A Seagraves se le ocurrió que llevaban cerca de veinte años sosteniendo la misma conversación, con variantes, pues a veces el rosbif o el pollo ocupaban el lugar del solomillo. Y entonces, mientras hablaban, reparó en que el bajo sol de diciembre había recorrido el suelo de la habitación y trepado hasta la mitad de la librería de la pared opuesta, arrancando destellos de los títulos, y en ese momento el hecho de la muerte de la niña volvió a estar fresco en su memoria.

—¿Harry? —Era Lucy, pero hasta la forma de su esposa había desaparecido ahora. Era como si se hubiese perdido en las partes oscuras de la librería—. Harry, ¿sigues ahí?

—Tengo que irme —dijo.

—¿Cómo voy a resolver lo de la cena?

—Tengo que irme —repitió Seagraves, y colgó.

Cuando el teléfono sonó de nuevo, no contestó.

Dieron las seis antes de que se marchara del despacho. Empezaba a llover y el aire era frío. Cruzó la calle hacia su coche, puso el motor en marcha y esperó que se calentara lo suficiente para dar la calefacción. Empezó a temblar en la oscuridad.

Hizo marcha atrás hacia Madison Street y, sin pensar en lo que hacía, condujo hasta la esquina de Draft y Samuel. Las luces de dentro estaban encendidas, la vio una vez, dirigiéndose a la parte trasera de la casa. Casi sin darse cuenta, se encontró caminando hacia la puerta, luego llamando.

Una repentina ráfaga de viento casi se le llevó el sombrero, y lo sujetó mientras esperaba que ella abriera. La luz del porche se encendió, la puerta se abrió. Harry no hizo ningún movimiento.

—Mr. Seagraves —dijo ella, sin el menor tono de sorpresa.

Se apartó de la puerta y Seagraves llenó el espacio vacío, chorreando lluvia.

—Iba camino de una reunión —dijo— y vi luz en su casa.

Ella no respondió.

—¿Habló usted con Mr. Bonner?

—Sí. Dijo que aceptaría el caso.

Harry seguía sujetando el sombrero, no estaba seguro de si debía quitárselo o no.

—Es un joven excelente —dijo—. Estoy seguro de que lo hará muy bien.

—Me dio la impresión de estar muy seguro de sí mismo.

Seagraves sonrió sin querer.

—Los abogados jóvenes siempre están seguros de sí mismos. La culpa la tienen nuestras facultades de derecho.

—Déme el abrigo.

Seagraves le dio el abrigo y el sombrero.

—¿Ha comido? —preguntó ella—. Justamente me estaba preparando un bocado.

Harry meneó la cabeza.

—Tengo que asistir a una cena del Kiwanis dentro de un momento, y me resultaría imposible hacerlo con el estómago lleno.

—¿Una copa?

Él sonrió y se frotó las mejillas para quitarse las gotas de lluvia.

—Me sorprende verla dispuesta a arriesgarse.

Hanna le indicó que se sentara en el sofá y le preparó una copa. Preparó otra para ella también.

—¿Y bien, Mr. Seagraves? —dijo—. ¿Qué es lo que le preocupa?

Harry bebió un sorbo. Se fijó en que habían pintado la habitación desde su última visita. Los cristales de las ventanas aparecían limpios esta vez y había cambiado la ubicación de los muebles.

—No lo sé —respondió—. Casualmente me puse a pensar en usted cuando me dirigía a otro sitio, entonces vi la luz en sus ventanas. —Ella le observaba, esperando que continuara—. No sé por qué me he detenido —dijo.

—Quizá le recordé a usted algo cuando le llamé esta tarde.

Seagraves bebió otro sorbo y con el sabor todavía en la boca empezó a hablar.

—Me preocupa el caso de su esposo. Algunos de sus aspectos han ido más allá de los límites de la sala del tribunal y no me han dejado en paz desde entonces.

—¿Qué aspectos?

—La niña misma. —En la habitación reinaba el silencio y Seagraves bebió otra vez—. No sé cómo, me siento obligado con ella. El significado de lo que ha sucedido no se detiene en ningún lugar. Se mueve, una y otra vez, de manera que nunca sé

dónde esperarla, ni cuándo se entrometerá en mis pensamientos.

Se puso en pie y anduvo hasta una silla que estaba más cerca de la que ocupaba Hanna.

—Hoy ha habido un momento —dijo— en que sentí un remordimiento tan intenso como si la hubiera matado yo mismo.

Hanna se inclinó hacia adelante, apoyando la barbilla en la mano, el codo en la rodilla, y dio un sorbo a la bebida. Seagraves vio que no iba a añadir nada.

—Recuerdo que usted me previno.

—Le previne acerca de mi marido.

Harry movió la cabeza arriba y abajo.

—Hoy ha venido a verme, cuando acababa de hablar con usted.

Hanna alargó una mano y la posó sobre Seagraves, la que sostenía el vaso. Pasó los dedos por el costado del vaso y luego, fríos y húmedos, por el dorso de la muñeca de Harry. Los dedos se detuvieron y quedaron posados allí.

—¿A usted le afecta de esa manera? —preguntó él—. ¿Usted también piensa en ella?

Hanna negó con un movimiento de la cabeza. Seagraves se fijó en su cuello, en las arruguitas de la parte de abajo, en la tersa subida hasta el mentón.

—No me afecta así —dijo—. Yo la vi viva, en la tienda. La había mordido un zorro, y la llevé a la clínica. No es lo mismo.

Hubo un silencio.

—Durante el juicio —dijo él—, Buster Devonne pidió que se le pagara a cambio de su declaración. Le dimos mil dólares, yo le di mil dólares, por lo que dijo.

Hanna reflexionó unos instantes.

—No le sirvió de ayuda.

—No, le perjudicó tanto como podía perjudicarlo. —Suspiró—, le declararon culpable y le impusieron un castigo, y con eso debería haber concluido el asunto. Pero llevo aquella niña en el cerebro. La ley se ocupó del caso y luego pasó al siguiente, y yo sigo atado a él.

—Corte las ligaduras —dijo ella.

—No sé cómo.

—Mi marido es la conexión.

Seagraves se puso a pensar mientras ella, distraídamente, empezaba a seguir con los dedos la línea de su reloj, rozando de paso la piel.

—No puedo dejar plantado a un cliente en medio de unas apelaciones —dijo él por fin.

—¿Por qué no?

—Porque no es ético. —Se acercó el vaso a los labios y esta vez bebió un trago largo en lugar de un sorbo—. No puedes quitarte un cliente de encima sólo porque no te gusta lo que hizo. No puedes dejarle después de un veredicto de culpabilidad. El momento de hacerlo es antes de aceptar el caso.

—Yo me libré de él.

—Su caso es distinto, es personal. El mío es profesional.

Hanna apartó los dedos del brazo de Seagraves y volvió a apoyarse en el respaldo de la silla.

—Todos somos una única persona —dijo—. No puedes separar lo que haces en un lugar de lo que haces en otro.

—Yo tengo que hacerlo. Soy abogado.

La siguiente vez que Hanna entró en la cocina, él la siguió. Había un reloj en la pared, las siete y cuarto. Se le estaba haciendo tarde para la reunión del Kiwanis. Se apoyó en el fregadero y la contempló mientras preparaba las copas. El viento arreciaba y parecía proceder del sur.

—¿Ahora es diferente? —le preguntó—, ¿vivir sola?

Ella le sonrió desde el fregadero.

—¿Quiere decir si echo de menos que casi me ahoguen en mi propia bañera?

—Me refiero a si todavía le tiene miedo.

—Ahora tengo más tiempo. Pienso en él.

—¿Ha vuelto?

—Ni una sola vez desde que se fue... —Luego añadió—: El también tiene miedo.

Le entregó la copa y en el mismo momento él notó los primeros síntomas de embriaguez. Era como si su cerebro se estuviese despertando y se sintiese feliz.

—¿De qué? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—De que le hayan envenenado.

—¿Cree que ha sido usted?

—Sí —contestó ella—, pero es más que eso.

—¿Cuánto tiempo lleva pensando que le han envenenado?

—No sé cuándo empezó. No te das cuenta de todo a la primera.

Harry pensó en ella cuando acababa de instalarse en la casa, cuando empezaba a reparar en las rarezas de su marido. Alargó la mano y le tocó el brazo, más o menos como ella había tocado el suyo. Hanna le miró la mano y durante un momento nada se movió. Luego la mujer dio un sorbo a su bebida y le condujo a la habitación pequeña que daba a la cocina, y se sentó en la cama apoyando la espalda en la pared. Los zapatos se desprendieron de sus pies. Alzó las rodillas hasta debajo del mentón y se abrazó las piernas. Bebió otro trago.

Él se sentó con ella y también se quitó los zapatos. La única luz que había en la habitación era la procedente de la cocina, que formaba un rectángulo en el suelo.

—Me he alegrado de verle esta noche, Mr. Seagraves —dijo ella—. Tiene usted un carácter muy agradable.

Durante un momento él no respondió. La oyó beber, los cubitos de hielo

tintineaban contra el vaso. Movi6 las piernas y la falda del vestido le cay6 sobre el regazo. No pareci6 darse cuenta.

—No s6 c6mo —dijo 6l, articulando las palabras—, pero hay una conexi6n. Usted y yo y Rosie Sayers estamos ligados a nuestros respectivos secretos, metidos en ellos.

—Yo le he contado mis secretos. Usted no me ha contado los suyos.

—Le di dinero a Buster Devonne. Eso es un secreto.

Pasaron un largo rato en silencio. Bebieron y miraron fijamente por la ventana, hacia las ramas de un 6rbol negro. El viento soplaba con m6s fuerza ahora, fuera todo temblaba.

—Le he hablado de la ni6a —a6adi6 Harry.

Se desliz6 hacia atr6s, hasta apoyar la espalda en la pared. Ella no se hab6a movido, y desde su nueva posici6n Harry vio el contorno de sus piernas recort6ndose contra la luz que entraba por la puerta de la cocina. La l6nea recta de la cara anterior de los muslos, la redondez de abajo, donde los m6sculos colgaban relajados. Pens6 en tocarla all6, debajo.

—Mi secreto m6s oscuro —dijo.

Entonces ella se volvi6 y le quit6 el vaso de la mano. Lo puso sobre la mesita de noche que hab6a junto a la cama, al lado del suyo.

—Lo que le hizo con la botella...

Hanna esper6.

—No me lo puedo quitar de la cabeza.

Ella sigui6 sin responder.

—Me excit6 —dijo 6l. Ya lo hab6a soltado todo.

Ahora pod6a ver los ojos de Hanna, el resto de sus rasgos se perd6an en la oscuridad.

—Eso no era ning6n secreto, Mr. Seagraves —dijo ella finalmente.

—¿La he decepcionado?

Le pareci6 que sonre6a. Luego su mano le toc6 el brazo y despu6s la mejilla. Acerc6 el rostro al suyo y Seagraves not6 el calor que desped6a la piel un momento antes de que Hanna se apretara contra su cuello. Pens6 que quiz6a estaba llorando.

Empez6 a acunarla, como si se tratara de una ni6a.

—No he querido decir que me entrasen ganas de hacer lo mismo —susurr6—. Ser6a incapaz de infligirle eso a una persona...

Seagraves se mov6a hacia atr6s y hacia adelante, captando el olor del alcohol y del champ6, y ella se mov6a con 6l. Durante un momento pareci6 que estaban sincronizados con las ramas del 6rbol que se ve6an por la ventana, pero luego el viento ces6 repentinamente, las ramas quedaron quietas y Seagraves continu6 meci6ndose.

En medio del silencio repentino su voz pareci6 m6s fuerte.

—Todos llevamos cosas as6 en nuestro interior —dijo—. Eso no quiere decir que deseemos ponerlas en pr6ctica, s6lo significa que existen. Todos tenemos defectos.

Ella tiró de un botón de la camisa de Harry y apoyó la mano en su estómago. Su rostro se movió, rozándole el cuello, y le besó una vez, suavemente, en el contorno de la mandíbula. La cabeza de Harry se deslizó por la pared y ella la siguió, besándole otra vez, colocándose sobre él hasta que el movimiento de su cabeza quedó detenido por la propia cama. De pronto tuvo una sensación de frescor y se dio cuenta de que ella acababa de desabrocharle la camisa, de arriba abajo, y apartársela del pecho.

Hanna se incorporó a medias, observándole. Sus rasgos se distinguían claramente ahora, los ojos de Seagraves estaban más habituados a la oscuridad. Ella desplazó la mano de su estómago al cinturón. Otro tirón y también se lo aflojó. Alzó los ojos de su trabajo, sin rastro de sonrisa en su cara. Le bajó la cremallera de los pantalones, con tanta práctica como él mismo lo habría hecho. Harry empezó a incorporarse, para ayudarla, pero ella apoyó una mano en su pecho y le empujó hacia atrás.

Luego dejó de tocarle por completo. Alargó la mano hacia algo que él no podía ver. Su vaso.

Se lo acercó a los labios durante un largo minuto, después lo dejó otra vez en la mesita. Seguidamente volvió a inclinarse sobre él, besándole la comisura de la boca. Al principio sus labios estaban helados, y él notó el sabor del licor, y luego se movieron, resbaladizos y fríos y abriéndose, hasta que la lengua de Hanna tocó sus dientes, y también la lengua estaba fría. Sus dedos siguieron el contorno de la mandíbula de Seagraves, rozando los lugares que había besado, y luego se posaron en la nuca, tirando de él hacia su boca.

Harry notó que su pene presionaba contra la abertura de sus calzoncillos y se movió un poco, tratando de reacomodarlo. La visión del pene saliendo por la abertura se le antojó infantil y le hizo sentirse avergonzado. Y en ese momento la punta encontró la salida y asomó, quizá un centímetro.

Intentó moverse otra vez, pero Hanna se lo impidió poniéndole una mano sobre los calzoncillos. Se metió la punta de un dedo en la boca y le dio la vuelta al sacarla, como si estuviera transportando algo, hacia abajo hasta perderse de vista, y después el dedo se cerró alrededor del pene, con tanta suavidad que él no supo exactamente cuándo se detenía.

Ella le miró mientras crecía, y volvió a tocarle, en la boca.

—Está rezumando —dijo.

Seagraves yacía absolutamente inmóvil. Hanna se apartó de nuevo, desabrochándose el vestido. Él no intentó ayudarla. Hanna se inclinó hacia adelante y el vestido se desprendió de sus hombros. Se lo bajó por las caderas y después levantó las piernas, sin esfuerzo, y acabó de quitárselo.

Seagraves quedó impresionado por sus acrobacias.

Observó que también se había quitado la ropa interior, suponiendo que la llevara. No había sujetador. Sintió los senos de Hanna contra su pecho. Alargó la mano hacia atrás y tocó la cara posterior de la pierna, palpando los músculos redondeados, y fue subiendo hasta llegar al trasero. El borde del dedo rozó el vello púbico, y estaba

húmedo y frío también.

—Deja que me quite los pantalones —susurró.

Durante un momento ella no se movió, luego levantó las rodillas y se apartó de él mientras las manos seguían sus costillas hasta alcanzar las caderas, y entonces sus ropas empezaron a descender. Tuvo la sensación de que su pene quedaba atrapado en la puerta de un ascensor que subía hacia el último piso.

Soltó una exclamación en voz baja, pero ella no se detuvo, y al cabo de un momento notó los pantalones y los calzoncillos alrededor de las rodillas. Trató de empujarlos para que siguieran bajando, pero Hanna se sentó a horcajadas sobre él, inmovilizándolo. *Presta atención.* El rostro de la mujer empezó a descender nuevamente hacia él y al cabo de un instante notó la presión de su mejilla, y los dedos alrededor del escroto. Lo utilizó para guiarle hacia dentro de ella. Una presión suave, insistente, que no le permitía moverse.

Hanna siguió sujetándole de esa manera y poco a poco empezó a bajar y subir, echándose hacia atrás para ver la expresión de Seagraves. Puntitos de luz que entraban por la puerta se reflejaban en los ojos de Hanna —la chispa—, y luego un relámpago iluminó la habitación, bañando su cuerpo de color blanco. El trueno que se oyó seguidamente hizo que la casa se estremeciera. Seagraves dio un bote al oír el ruido y ella le estrujó con fuerza, impidiéndole moverse, mientras sus propios descensos y subidas proseguían sin interrupción, libremente.

—No te muevas —dijo—. Ni siquiera cuando sea el momento.

Harry iba a contestar, pero ella meneó la cabeza. Se oyeron nuevos truenos, más alejados, luego hubo otro relámpago. Las sombras bailaban en las paredes y el techo. Al cabo de unos minutos, Hanna cerró los ojos y pareció estremecerse por dentro, durante un largo rato. Y él empezó entonces a estremecerse también. Pero ella le sujetó —la única cosa quieta que había en la habitación— y Harry terminó sin que ningún movimiento le distrajera, siguiendo su rumbo mientras venía y pasaba, la sensación más clara que nunca.

Cuando terminó ella, acabó de quitarle los pantalones y los calzoncillos, y los calcetines, y se echó a su lado en la cama. La tormenta llegó en oleadas, con momentos de calma entre una y otra.

—Nunca había prestado suficiente atención a esa sensación —dijo Seagraves.

Hanna no contestó en seguida. Luego preguntó:

—¿Cómo es?

—Se mueve. Te atraviesa.

Ella cogió su vaso y bebió. Los relámpagos la iluminaron y Seagraves vio los músculos del estómago. Después de beber, ella acercó el borde del vaso a los labios de Seagraves y éste bebió también. El hielo se había fundido y el licor resultaba más flojo, y le dejó un sabor un poco aceitoso en la boca.

—¿Dónde empieza? —preguntó ella.

—No lo sé. En alguna parte de dentro.

—Enséñamelo.

Él sonrió y meneó la cabeza. Hanna volvió a cogerle el escroto, ahora suavemente, y le miró a la cara.

—¿Aquí?

—No, más adentro.

Los dedos avanzaron unos dos centímetros por detrás del escroto y ella apretó hacia dentro.

—¿Aquí?

—Ahora está más cerca. No puedo decir...

Los dedos se movieron otra vez, separándole las nalgas, y uno quedó directamente en medio.

—¿Empieza ahí dentro?

Al ver que él no respondía, le introdujo el dedo hasta que encontró un lugar donde a él le pareció que realmente empezaba la sensación.

Seagraves dijo que sí con la cabeza y ella le miró con atención, como si fuera un hombre notable o diferente.

—¿Y adónde va? —preguntó.

—No tratarás de seguirla el resto del camino —dijo él.

Hanna le sonrió y sacó el dedo. Entonces Seagraves se dio cuenta de que tenía el pene medio erecto.

—¿Adónde va? —repitió ella.

Él pensó durante unos momentos, tratando de recordar.

—A alguna parte —repuso—, toca un nervio que transmite un mensaje hasta la punta de los dedos de los pies. Pero la sensación se queda en las partes bajas. No hay ninguna conexión directa que suba.

Hanna no pareció comprenderle.

—La sensación misma, de eso estoy hablando —dijo Seagraves—. La liberación propiamente dicha.

Ella asintió con la cabeza.

—Las excitaciones que la forman proceden de todas partes, pero eso tú ya lo sabes.

—Sí.

Seagraves volvió a reflexionar.

—No creo que sea un rumbo directo —dijo finalmente—. Pienso que ahí dentro hay un caminito parecido a unas montañas rusas y que la sensación lo sigue hacia la salida. Una serie de gotitas y luego una gota grande al llegar al final. Esa es la mejor sensación, la que produce la gota final.

Ella le besó súbitamente en la oscuridad.

—¿Todo el mundo experimenta lo mismo? —preguntó—, ¿crees que es lo mismo para todos?

—Eso parece, a juzgar por lo que dicen cuando hablan de ello.

Permanecieron quietos durante largo rato. La lluvia y los truenos cesaron, el viento casi amainó del todo también.

—Saldrán las estrellas antes de que termine la noche —dijo él.

Hanna apoyó la cabeza en su hombro y Harry volvió a pensar que tal vez estaba llorando.

La abrazó calladamente, pensando en las cosas de que habían hablado.

Envuelto en el silencio y la paz, vio que había en ello algo que iba más allá de las preguntas y las respuestas, pero no acertó a ver el propósito. Mientras pensaba notó el peso de Hanna contra su pierna. Parecía ser el punto donde estaban conectados, aunque ella se apretaba contra él por arriba y por abajo.

La mano de Hanna se movió de forma casi imperceptible y volvió a posarse en su cuerpo, quizá a sólo unos milímetros de la ingle. El pene se arrastró hacia la mano, recorriendo la distancia por impulso propio, y tocó uno de los dedos. Seagraves pensó que tal vez estaba dormida, por el pausado subir y bajar de la parte de la espalda donde la abrazaba, pero entonces, inconfundiblemente, notó el contacto de su dedo. Se movió hacia la parte inferior, tocando un lugar justo detrás de la punta, y luego, lentamente, siguió la ruta hacia atrás, continuando hasta llegar a su cuerpo, al punto de unión del pene y el escroto.

Una vez más Hanna no le dejaba moverse.

—¿Este punto está cerca de donde empieza? —preguntó, apretando.

—Me parece que sí.

—¿Más cerca que el de antes?

—No lo sé.

Ella apretó más, el dedo encontró algo que parecía la gota del extremo del camino, y empezó a frotarlo, arriba y abajo. Harry intentó besarla, ella se echó hacia atrás.

—Deja que venga sola —dijo.

Y él se quedó esperando y entonces llegó la sensación. Definida claramente, un principio y un final. Y después hubo un aguijonazo profundo en el lugar que ella había encontrado.

Hanna le estaba mirando fijamente.

Seagraves se movió en la cama, notando frío en las partes mojadas de las piernas.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Si quieres, miraré —dijo ella. Pero no se movió.

De pronto se sintió incómodo, apretado entre ella y la pared, y se incorporó a medias.

—Debe de ser más de medianoche —dijo.

Hanna se levantó y fue a la cocina. Seagraves oyó abrirse y cerrarse el frigorífico, el sonido de cubitos de hielo que caían en el interior de un vaso. Al volver, Hanna se sentó en la cama, sus senos eran pequeños pero redondeados. Su porte cuando estaba desnuda era el mismo que cuando iba vestida.

Le ofreció un trago y él lo aceptó. La bebida era fresca y fuerte e hizo que un escalofrío recorriera todo su cuerpo, tan espasmódico como el anterior.

—La una y media —dijo ella.

El licor se posó en el estómago de Harry y le quitó el frío. Bebió otro trago y devolvió el vaso. Hanna bebió tanto como él y luego dejó el vaso sobre la mesita.

—No sabía que bebieras —dijo él.

—Me ayuda a dormir. La casa está llena de ruidos.

Él permaneció sentado, quieto y escuchando, pero no oyó ningún ruido.

—¿Temes que vuelva?

Al ver que Hanna no respondía, dijo:

—Es curioso, a mí me afecta del mismo modo. Todas las mañanas, desde que terminó el juicio, al despertar me pregunto si Paris Trout se presentará en mi despacho. Temo verle, no sé por qué.

Vio que ella callaba y sintió deseos de tranquilizarla.

—No es por lo que pueda hacer —dijo—. Paris Trout ha vivido cincuenta y nueve años sin matar a nadie, no hay motivo para pensar que de un momento a otro volverá a matar. Pero hay algo en él que te hace pensar en otra cosa.

De nuevo le respondió el silencio y Seagraves se dio cuenta de que no había dicho lo que pretendía decir. Algo dependía de que lo expresara bien.

—Detesto perder —dijo—. No debería haber perdido ese caso, y tu marido lo sabe.

—Sí, tenías que perderlo.

—Ahora no me refiero a lo que es justo. Sólo a la vertiente judicial. Me avergüenzo de haber perdido, y no sé exactamente cómo ocurrió. Paris me lo recuerda cada vez que le veo entrar.

—No es eso.

Seagraves recapacitó, pero llegó a la misma conclusión.

—Vergüenza profesional —insistió—. Disfruto con el trabajo que hago, y lo hago mejor que la mayoría.

Hanna alargó la mano hacia el lado de la cama para recoger sus cosas. Se puso el vestido sin preocuparse de la ropa interior, luego se pasó los dedos por el pelo. Harry se sentó en la cama y se puso a mirarla. Al poco ella le entregó los pantalones.

—De acuerdo —dijo él—, si no es profesional, ¿qué es? No es esto, porque me daba miedo verle antes de que ocurriera esto.

Ella se acercó a la ventana y miró al exterior. Harry se vistió rápidamente, el sonido de su cremallera llenó la habitación. Vio que ella se había llevado el vaso consigo.

—¿Hanna? —Era la primera vez que la llamaba así.

—La próxima vez que se presente en tu despacho —dijo ella—, cuando le veas entrar en la habitación, olvídate del caso. No confundas a mi marido con lo que pasó en su juicio. No trates de encontrarle a medio camino, quédate en tu sitio, a la

expectativa.

Los muelles de la cama crujieron cuando él se sentó para ponerse los zapatos y los calcetines. Hanna dijo:

—A veces, si permaneces quieto, te es más fácil ver algo con claridad.

Le acompañó hasta la puerta, abriéndola sin antes comprobar si pasaba alguien por la calle. Seagraves se percató de que había entre ellos una formalidad que ni siquiera había desaparecido cuando su ropa estaba amontonada en el suelo. Ella no quería que se le acercara más.

Seagraves le dio unos golpecitos en la espalda mientras se preguntaba qué estaría pensando.

—Ya te llamaré —dijo.

Carl Bonner se despertó con la primera luz y miró por la ventana, recordando la tormenta. Leslie yacía con las rodillas subidas hasta el estómago, el brazo cubriendo la cara y la cabeza, como si hubiera tratado de protegerse de algo mientras dormía. Bonner salió sigilosamente de la cama porque no quería despertarla.

Anduvo en calzoncillos hasta el cuarto de baño y cerró la puerta. Llenó el lavabo con agua caliente y se cepilló los dientes con la misma agua que momentos después utilizaría para afeitarse. Se peinó los cabellos. No quería salir ni siquiera a su propio patio trasero al amanecer sin antes peinarse.

Pensó en una tormenta de hacía ya mucho tiempo. Se había pasado toda la noche a la intemperie, iluminando con la linterna el suelo de la pajarera, llevando canarios heridos a la cocina.

Pensó en aquella linterna —tres pilas, regalo del consejo de boy-scouts del condado de Ether durante la ceremonia en que le nombraron Eagle— y se preguntó dónde estaría.

Se puso los tejanos y unas zapatillas, fue a la cocina y luego salió por la puerta de atrás. Dio dos pasos en dirección a la pajarera y se detuvo.

El suelo de la estructura estaba lleno de canarios muertos. Había un charco de agua en el centro, y algunos de los pájaros yacían en él, medio cubiertos. Alas en extrañas posturas recibían el impacto de la brisa y mecían los cuerpecillos muertos que habían debajo.

Empezó a contar los pájaros muertos. Por lo menos había cuarenta en el suelo, y dos más yacían en la hierba fuera de la pajarera, inexplicablemente. Se acercó más, mirando hacia el extremo protegido de la jaula, y vio que algunos de los pájaros estaban heridos o enfermos. No pudo ver cuántos.

Pensó que la tormenta había llegado del sur.

Encontró un saco de semillas vacío —estaba empapado por la lluvia y le mojó la pernera de los pantalones— y entró en la pajarera. Recogió los pájaros de uno en uno, examinándolos atentamente, y luego los puso con cuidado en el fondo. Volvió a

recordar la tormenta de la vez anterior; había perdido once pájaros. En aquel tiempo él tenía quince años, y había gateado por el suelo de la pajarera, sufriendo arañazos en los dedos de la mano que sostenía la linterna, recogiénolos de uno en uno y llevándolos al interior de la casa, donde iba colocándolos sobre una toalla en el fregadero.

Aquel día se había saltado la escuela —la única vez que faltó a clase en once años— y se ocupó de los pájaros. Los muertos pesaban y estaban mojados, pero las cosas siempre pesaban más cuando estaban muertas. Recordó que aquella mañana, en la cocina, había tratado de comprender cuál era la causa del peso de un pájaro.

Ahora volvió a reparar en ello. Los cuerpos fríos, mojados, pesados. Costaba imaginar, al verlos de aquella manera, que un día antes podían volar.

De repente alzó los ojos y la encontró al otro lado de la tela metálica, a menos de tres metros. Iba vestida con el camisón y se había puesto un jersey sobre los hombros. El sol había roto el horizonte, pero no la línea de pinos situados hacia el este, y una niebla ligera flotaba sobre el suelo.

Había numerosas ramas de árbol esparcidas por el patio y Carl tenía en la mano uno de los canarios muertos, la cabeza ladeada de cara a sus nudillos.

—No pareció tan fuerte en la ciudad —dijo.

—Nos quedamos sin luz unos cuantos minutos —repuso ella.

Carl vio que estaba mirando el pájaro muerto que tenía en la mano y se apresuró a depositarlo en el fondo del saco, junto con los demás.

—Debió de llegar del sur —dijo—. A veces, cuando viene de esa dirección se producen tormentas pequeñas dentro de la tormenta grande. —Miró hacia el suelo de la jaula y se preguntó qué le parecería a ella—. Pequeños tornados —dijo.

Leslie cruzó los brazos, protegiéndose de la mañana.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Podrías cavar un agujero?

Ella entró en el garaje en busca de la pala y luego se puso a cavar en el borde del patio. El suelo estaba duro a pesar de la lluvia y Carl se quedó un rato contemplando cómo trabajaba, la arcilla roja formando una pila a su lado. A Leslie le gustaba el trabajo físico, era una de las cosas que le habían atraído de ella, una de las cosas que la hacían diferente a las chicas del lugar. Era capaz de trabajar sin descanso ni distracción, siempre y cuando lo que hiciera tuviera sentido. No había que hacerle malgastar el tiempo.

Recogió el resto de los pájaros muertos y puso el saco en el suelo, delante de la puerta del garaje. Luego, cuidadosamente, entró en la zona protegida y empezó a inspeccionar a los supervivientes.

Cuando volvió a mirar a Leslie vio que había colgado el jersey en la rama baja de una pacana y trabajaba en camisón. Observó los músculos de la espalda a través de la tela sedosa —ahora mojada a causa de la transpiración— y durante un momento pensó en los vecinos, pero sabía que aún no estarían despiertos.

Al cabo de un rato salió de la jaula y llevó el saco hasta el agujero. Leslie tenía las piernas manchadas de arcilla. El sudor le bajaba por el rostro, dejando surcos en el polvo. No le importaba ensuciarse.

—Ya es suficiente —dijo él—. Los perros no escarbarán tan hondo.

Leslie se levantó un poco el camisón y salió del agujero. Él la ayudó, notando el sudor de las muñecas, y luego dejó caer el saco donde ella estaba momentos antes. Tiró de él por el extremo cerrado y los pájaros muertos salieron rodando. Salían de cuatro en cuatro y de cinco en cinco, como si estuvieran pegados.

—Lo siento por ellos —dijo Leslie. Estaba apoyada en la pala, la barbilla descansando sobre el dorso de las manos.

—No es tan personal como en otro tiempo. Se ha convertido en un negocio, y eso cambia los sentimientos que te inspiran.

—¿Cuántos hay?

—No los he contado. Cuarenta y cinco o cincuenta, y puede que entre los supervivientes haya otra docena que tampoco vivirán mucho. Ciento cincuenta dólares...

Ella clavó los ojos en el agujero.

—No tiene que ser un negocio esta mañana, Carl —dijo.

—Ya no tengo quince años —respondió él. Pensó un poco y añadió—: Aunque a veces nadie lo diría, al ver cómo es la gente de la ciudad.

—Déjales que sean lo que son —dijo ella, refiriéndose a los pájaros.

Carl le cogió la pala y se puso a llenar el agujero. La arcilla era pesada pero seca —ni siquiera el agua encharcada lograba penetrar en ella más de unos centímetros—, y Leslie se estremeció cuando la primera paletada cayó sobre los pájaros. Sin embargo, la tierra los cubrió en un momento y ella volvió a entrar en la casa sin decir otra palabra mientras Carl terminaba la tarea.

Quince minutos después la encontró en la bañera, llorando. La puerta estaba entreabierta, de lo contrario no hubiera mirado dentro. El agua se había vuelto de color anaranjado sucio, y Leslie yacía con la cabeza medio sumergida, la cara mojada y llena de regueros sin hacer ningún ruido.

—¿Leslie?

Ella meneó la cabeza, avergonzada. No le gustaba que él la viera llorar. Carl se arrodilló al lado de la bañera y le buscó una mano en el agua, para sostenerla.

—Son sólo pájaros —dijo—. No hay que tomárselo así.

Leslie apartó la mano y se echó con ella un poco de agua a la cara.

Carl volvió a cogérsela y se la besó. La imagen de su esposa cavando el agujero volvió a su pensamiento, una forma práctica y directa de amabilidad.

—Te acostumbrarás a este lugar —dijo.

Leslie se hundió más en el agua, hasta que le llegó justo debajo de la barbilla.

—Aquí hay algo que es diferente, aparte del lugar —dijo—. Te cambió cuando volviste.

Carl le sonrió.

—En Massachusetts no lo hacíamos todo con un fin —siguió Leslie—. Cuando desembalamos las cosas aquí, tú decidiste qué libros podíamos poner en la librería de forma que todo el mundo pudiera verlos.

Encontró una manopla de baño flotando por debajo de las piernas y se la pasó por los hombros. Eran como el resto de su cuerpo, musculosos y suaves al mismo tiempo.

—No es la universidad —dijo él.

—No, no lo es.

—Allí no tenía que ganarme la vida. No había gente observándome.

Leslie cerró los ojos, como si no soportara tenerle ante su vista.

—¿Qué les queda por ver, Carl? —preguntó—. Fuiste el mejor boy-scout del mundo a los once años de edad, y eso te ha obligado a seguir siéndolo siempre.

—Un «águila» de los boy-scouts —puntualizó él, pero no consiguió hacerla sonreír. Leslie, no obstante, abrió los ojos y le miró con una expresión de lástima que a él no le gustó—. Lo he dicho en broma.

—Y otra cosa... —dijo ella. Carl se quedó esperando, sabiendo lo que se le avecinaba—. Te preocupa la impresión que causo a la gente de aquí.

Él negó con la cabeza, a sabiendas de que era cierto.

—Nadie va a decirme con quién he de casarme —dijo.

—Ya estamos casados. A lo que me refiero es a que desearías que no lo estuviéramos.

Carl cayó sentado al suelo, como si ella le hubiera golpeado. Notó que Leslie le estaba observando y supo que si le decía algo que fuese falso, ella lo sabría.

—Lo que me preocupa es que no te esfuerzas por encajar.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como el calor que despedía el agua de la bañera.

—Lo que me preocupa a mí es que tú te esfuerzas demasiado —dijo finalmente ella.

Carl apoyó el mentón en el pecho y cerró los ojos.

—¿Te acuerdas del partido de fútbol? —preguntó Leslie al cabo de unos instantes.

Carl alzó los ojos y vio que le estaba mirando fijamente. Le había mirado de la misma forma aquella tarde, sentada entre una multitud de ex alumnos que ondeaban banderas de la universidad de Tufts. La mano debajo de la manta que les cubría el regazo a los dos, la mano fría como el hielo sobre su polla. Se había corrido un momento antes de que los de Holy Cross marcaran un tanto y todo aquel lado del estadio había saltado con rugido, como si estuvieran esperando algo más.

Durante las dos semanas siguientes, Leslie rugía cada vez que él eyaculaba.

—Quiero que las cosas vuelvan a ser como entonces —dijo—. Quiero tener secretos como los de entonces.

—Aquí la gente averigua los secretos de esa clase.

—¿Qué pueden decir? ¿Que en el partido de fútbol le hice un trabajo de mano al primer boy-scout del condado de Ether? ¿Crees que la gente te tiene en menor consideración por una cosa así?

—Pienso que tal vez a la gente no le gustaría que su abogado tuviera relaciones sexuales en público.

—Pues a mí sí me gustaría.

Carl notó que el humor de Leslie iba mejorando y le cogió la mano otra vez.

—Eso es porque no necesitas un abogado —dijo.

Vio que la confrontación había pasado. Leslie se levantó y alargó la mano buscando la toalla. Lo último que vio Carl antes de que se envolviera fue el agua que goteaba del vello púbico.

Carl se sentó detrás de ella en el suelo, la espalda apoyada en el wáter, mientras ella se peinaba. Tenía el pelo negro y espeso, corto, y se quedaba exactamente donde el peine lo dejaba pegado a la nuca. Vio el contorno de su trasero debajo de la toalla húmeda. Era un trasero encantador, pero Leslie tenía razón. En alguna parte del traslado había perdido su atractivo.

—¿Le diste las gracias a Harry Seagraves? —preguntó ella.

—No, no estaba en la cena.

—Pensaba que siempre asistía a las reuniones del Kiwanis.

—Probablemente le pilló la tormenta. Puede que esta tarde me deje caer por su oficina. No quiero que me tome por un desagradecido.

Se levantó, rígido por haber permanecido en el suelo, y se desnudó para ducharse.

Lo último que Harry Seagraves deseaba ver el martes por la tarde era a Paris Trout sentado en su despacho. Se había pasado toda la mañana pensando en Mrs. Trout, en la forma que le había inmovilizado, haciendo que se concentrase en la mecánica de su propia liberación —una sensación que él había notado en su interior durante treinta o treinta y cinco años— de manera diferente.

Había salido de casa de Mrs. Trout con la impresión, por un lado, de que no había sido más que el principio de algo con ella, y, por otro, de que el asunto había terminado. A pesar de todo lo que habían hecho, no se había acercado a ella en absoluto.

Durante toda la mañana había estado sumido en la confusión, sin saber cuál de las dos cosas prefería, luego almorzó con el alcalde Horn y, al volver a su despacho, encontró a Paris Trout sentado en el sofá de cuero junto a la pared, mirando fijamente hacia la acera.

Emma Grandy —su secretaria— alzó los ojos al entrar él por la puerta, visiblemente aliviada al ver que ya no estaría sola con Trout. Este se tomó su tiempo antes de apartar los ojos de la ventana. Seagraves vio el bulto en el bolsillo de la

americana. Era cuadrado, como una del cuarenta y cinco.

—Tenemos un asunto nuevo —dijo Trout.

—¿Eso para qué es? —preguntó Seagraves, señalando el bolsillo con la cabeza.

—Protección —respondió Trout.

Se levantó de repente y entró en el despacho interior. Seagraves le siguió y cerró la puerta. Se sentó en su silla. Trout se puso a pasear de un extremo a otro de la habitación, mirando hacia la calle desde la ventana cada vez que llegaba junto a ésta.

Seagraves le observaba, procurando permanecer quieto y distanciado, tratando de ver si Trout iba a revelarse de alguna forma nueva. Al ver que no, empezó a impacientarse.

—¿Qué diablos hace, Paris? —preguntó—. Se presenta aquí armado y se pone a mirar por la ventana como un loco.

Trout metió la mano en el bolsillo y el abogado se quedó helado. Sin embargo, al sacar la mano había en ella un sobre con el membrete del gobierno de los Estados Unidos. Lo tiró encima de la mesa y volvió junto a la ventana. Seagraves extrajo la carta y la leyó. Era una notificación oficial de la Dirección General de Tributos anunciando que Trout iba a ser objeto de una inspección.

—¿Una inspección? —dijo Seagraves—. ¿Se presenta de este modo porque le avisan de una inspección?

—He venido en busca de su protección jurídica contra mis enemigos.

—La Dirección General de Tributos no es únicamente enemiga suya, es enemiga de todo el mundo. No hay ningún motivo para tomárselo como un asunto personal. Lo único que tiene que hacer es ir a ver a su contable, y luego ustedes dos se sientan con alguien de la Dirección y resuelven el asunto. No son tan poco razonables como se cree...

Trout se apartó de la ventana y se plantó al otro lado de la mesa.

—No hay nada que resolver —dijo.

—¿Ha pagado sus impuestos?

—Pago mis impuestos legítimos. Yo no tomo nada del gobierno y no doy nada a cambio.

—¿Nunca?

Trout apoyó las manos en la mesa y se inclinó sobre ella hasta que Seagraves tuvo que echarse para atrás. Olía como a sopa de tomate.

—Siéntese, Paris —dijo—, así no necesitaré mis gafas de leer para ver con quién estoy hablando.

Trout se apartó, pero sin sentarse.

—¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que pagó? —preguntó el abogado.

Trout meneó la cabeza.

—Nunca empecé.

—¿Se ha estado ganando la vida en este condado desde la primera guerra mundial y nunca ha pagado impuestos?

—Nunca tomé un centavo.

—¿Presentaba declaración?

—No.

Seagraves cerró los ojos.

—Me habían dicho que los agricultores que trabajan su propia tierra hacían eso —dijo—. Y los negros, los negros no pagan, no tienen número de la seguridad social. Sin embargo, nunca he oído decir que alguien llevara un negocio, de la envergadura que fuese, e hiciera caso omiso del gobierno. Conozco a muchos que hacen trampas, pero no que hagan como si el gobierno no existiera... —Se rascó la cabeza, pensando en los aspectos legales del asunto—. Técnicamente —dijo al cabo de un minuto—, no tiene que presentar declaración si no debe nada.

—Eso es lo que le he dicho. Yo pago lo que debo.

—El gobierno no deja que eso lo decida usted.

Seagraves echó otro vistazo a la carta, luego la empujó sobre la mesa hacia Trout.

—Querrán ver los libros —dijo.

Trout miró la carta, pero no la cogió.

—Los libros los llevo en la cabeza.

—Tiene que enseñarles los libros, o podrán decir que vale usted lo que a ellos se les antoje.

—No tengo dos centavos en ningún banco de Estados Unidos. No guardo cosas donde cualquiera pueda encontrarlas con sólo levantar una piedra.

—Querrán ver lo que ha ganado usted...

—Pues que busquen.

Volvió a acercarse a la ventana y, al inclinarse, la pistola que llevaba en el bolsillo chocó con el alféizar.

—Esa no es la forma apropiada de tratar a la Dirección General de Tributos —señaló Seagraves—. Si se lo toma como algo personal el asunto se vuelve personal. Los de la Dirección saben dónde han de buscar. El gobierno es como la ley..., no es lo que se dice inteligente, pero es inexorable.

Durante unos momentos la habitación permaneció en silencio, luego Trout asestó una palmada a la pared.

—Todo el mundo en el Estado de Georgia anda tras mis activos —dijo sin alzar la voz—. Todo por aquella chica.

Y Harry volvió a ver a la niña en seguida, echada sobre la sábana en la fotografía. Los huesos debajo de la piel.

—Una persona se entromete en tus asuntos, y entonces pasa a ser asunto tuyo —dijo Trout, sin dejar de mirar por la ventana—. Tenemos que resolver esta apelación. Librarnos de este caso.

Seagraves se sentía afectado por el recuerdo de las fotografías.

—La forma más fácil de resolver el asunto consiste en cumplir condena —dijo.

—¿Más fácil para quién?

El abogado esperó un momento, sin moverse y vigilante, y entonces dijo:

—He estado reflexionando sobre el caso, Paris, y no creo que vayamos a ganar.

—Usted dijo que habían cometido un error.

—Y así fue, pero a veces con eso no basta.

—No pienso ir a ningún campamento de trabajo.

—Eso tampoco es voluntario. El gobierno le tiene puestas las manos encima ahora, y le puedo asegurar que evitarle antes de que te pille es mucho más fácil que librarse cuando ya te tiene cogido.

—Para eso le he pagado a usted.

Seagraves negó con la cabeza.

—He hecho todo lo que he podido por usted. Lo he intentado y me he preocupado, pero lo único que estamos haciendo ahora es aplazarlo.

Trout se acercó a la mesa una vez más. Seagraves vio que estaba temblando.

—Yo soy el que decide —dijo.

—Usted ha estado decidiendo esto desde el momento en que puso los pies en el porche de Mary McNutt.

Trout balbuceó.

—Aquella chica..., aquella gente se lo buscó. Yo no fui allí a pegar tiros por nada.

Transcurrió un largo momento.

—Eso es exactamente lo que hizo usted.

—Puedo hacerlo otra vez.

—Estoy harto del asunto, Paris. Me tiene usted harto. Ya ha llegado el momento de desentenderme de usted y de su caso.

—No puede dejarme plantado en la mitad.

—No estamos en la mitad. Estamos en el final.

—¡Y un cuerno!

Seagraves no respondió. Miró a Trout, luego desvió los ojos hacia la carta que había sobre su mesa.

—Si quiere, puedo indicarle otro de los abogados del bufete, para que se encargue de esto. Ahora bien, yo en su caso buscaría a alguien de Atlanta, algún especialista en derecho fiscal.

—Ya estoy hasta las narices de abogados del demonio.

Seagraves se encogió de hombros.

—A usted le toca decidir. Le he ofrecido mis mejores consejos, es decir, que retire las apelaciones. Puede tomarlo o dejarlo.

—Usted fue el que dio el dinero a Buster Devonne —dijo Trout. Las palabras detuvieron a Seagraves y Trout se puso a mover la cabeza arriba y abajo—. Eso no le sienta tan bien ahora, ¿verdad?

—Haga usted lo que quiera.

Trout continuó moviendo la cabeza.

—Cree que no encontraría otro abogado que le hiciera comparecer ante un tribunal por lo de Buster Devonne.

Seagraves permaneció inmóvil, sintiéndose más limpio, distanciado de la amenaza.

—Lo que usted ha olvidado —dijo Trout— es que yo también conozco la ley.

—Lo que he pasado por alto en su caso —replicó Seagraves— es lo que hizo usted.

Trout volvió a meter la mano en el bolsillo donde llevaba la pistola, el abogado no se movió.

—Quiero todo lo que es mío —dijo Trout—, el caso, todas las pruebas, las actas del tribunal...

—Las pruebas no las guardo yo. Las tiene Ward Townes.

—Déme lo que tenga.

Seagraves llamó a Emma Grandy y le pidió que trajera el expediente de Trout. La secretaria lo dejó sobre la mesa al cabo de un minuto, con los ojos bajos mientras estuvo en el despacho. Las esquinas de las fotografías aún sobresalían de la carpeta. Seagraves la empujó hacia el otro lado de la mesa.

—Quiero las copias... —dijo Trout.

—No hay más, eso es todo lo que nos conecta en el mundo.

Trout sacó del bolsillo lo que parecían varios miles de dólares en billetes de cien. El dinero estaba doblado por la mitad y Trout lo desdobló. Luego le dio la vuelta. Había billetes de cincuenta debajo. Cogió uno y lo dejó caer sobre la mesa al lado de la carpeta.

—Ahí van dos visitas —dijo—, la de ayer y la de hoy.

Recogió la carpeta y la carta de la Dirección General de Tributos. Luego dio media vuelta, sin decir otra palabra, abrió la puerta y salió.

Desde su mesa, Seagraves vio a Carl Bonner en el despacho exterior. Pelo anaranjado y piel blanca, tersa. Harry observó que el joven abogado se parecía físicamente a Red Barron, el gran futbolista del Georgia Tech.

Trout pasó junto a Bonner al salir y le apartó de un empujón. Carl permaneció quieto, observándole hasta que se hubo ido. Cuando se volvió de nuevo hacia la habitación, Seagraves advirtió que estaba furioso.

Se levantó detrás de la mesa.

—Carl Bonner —dijo—, pasa, pasa, hijo.

La expresión del rostro de Bonner cambió al oír la voz de Seagraves. Se estrecharon las manos y Harry volvió a sentarse.

—No puedo quedarme ni un minuto —dijo Bonner—. Quería darle las gracias personalmente por mandarme a Mrs. Trout.

Seagraves señaló con la cabeza el despacho exterior.

—Ese que acabas de ver es tu adversario.

Bonner siguió la dirección que indicaba.

—¿Ese era Paris Trout? Ha envejecido.

Seagraves asintió con la cabeza.

—Es viejo y peligroso.

—Es un maleducado, desde luego. —Carl se encogió de hombros, mirando otra vez en la dirección por la que se fuera Trout—. Ha envejecido treinta años desde la última vez que le vi.

—Ha tenido muchas preocupaciones.

El joven abogado movió la cabeza afirmativamente.

—Pues va a tener más.

Callaron durante un momento. Seagraves reflexionó sobre lo que se disponía a decir.

—Si me permites que te dé un consejo...

Bonner dijo que sí con la cabeza y se quedó esperando.

—Ten cuidado cuando trates con Mr. Trout. No quiero decir que no deberías representar a tu cliente, pero sí que al mismo tiempo tengas presente que ese hombre ha perdido el juicio.

Carl Bonner empezó a sonreír otra vez y entonces vio que Seagraves hablaba en serio.

—No está lo bastante loco como para renunciar a su dinero —dijo.

—Hay locos de todas clases. Paris no va por la calle hablando solo, ni arrastrando un perro muerto atado a una correa. Su locura no está muy lejos del centro, así que la mayor parte del tiempo parece una persona normal y corriente.

—Supongo que cada cual tiene sus secretos.

Harry le miró con franqueza, directamente a la cara.

—Ya ha demostrado hasta qué punto es capaz de llevar las cosas —dijo—. La gente normal quizá las consideraría en abstracto, pero la locura no consiste en tener malas intenciones. Aunque vayamos todos por la misma carretera, Paris Trout no lleva frenos en el coche.

Seagraves no acertó a distinguir si el joven abogado le entendía.

—Lo tendré presente, Mr. Seagraves —dijo Bonner.

No, no le había entendido en absoluto.

En Nochevieja, Leslie Bonner se puso un vestido nuevo, de color negro, que se había comprado en Macon, bebió varios vasos de Coca-Cola con un poco de licor que su marido había comprado para las fiestas en el Hotel Ether y le acompañó a una recepción que se celebraba en casa del hombre de negocios y político Richard Dickey.

Bonner había necesitado dos semanas para persuadirla a que fuera con él a la

fiesta.

El vestido era de escote recto por delante y por detrás, muy pronunciado, y se sujetaba con dos delgados tirantes de color negro, que producían gran efecto.

Una doncella les abrió la puerta y les condujo a una habitación tan grande como el patio trasero de los Bonner. Cuadros al óleo en las paredes, un cuarteto de cuerda en un rincón. Había una ponchera y al lado una mesa con botellas de licor que llevaban el sello del Estado de Nueva York.

Después de que la doncella se hiciera cargo de su abrigo, Leslie se acercó inmediatamente a la mesa de licores y pidió una Coca-Cola con ron. Carl la siguió a través del humo y el ruido, estrechando la mano de personas a las que no había visto desde antes de la guerra de Corea. Algunas de las mujeres le besaron, y cuando Leslie se apartó de la mesa, con el vaso en los labios, las mejillas de Carl aparecían llenas de huellas de lápiz de labios de diversos tonos.

Leslie dio un largo trago de su bebida.

—¿Te han violado? —preguntó.

Carl la tomó del brazo y se inclinó hacia su oído. Olió su perfume y sintió en la mano el calor de su piel.

—No hace falta que nos quedemos mucho rato —dijo—. Se trata sólo de hacer acto de presencia, después podemos hacer lo que tú quieras.

Leslie se apretó contra él, sólo un momento, y después se apartó.

Tenía el labio mojado hasta cerca de la nariz y las mejillas levemente coloradas. Había humo por todas partes.

—No —dijo—, esto es agradable.

Nunca sabías a qué atenerte.

A los pocos momentos Carl Bonner sintió que una mano se posaba en su brazo y le presentaron a un individuo de ojos saltones que era legislador del Estado; procedía de Waycross y una vez le había visto jugar al fútbol en la escuela secundaria. El hombre estaba fumando un cigarro, y lucía un anillo con una piedra grande como otro ojo saltón.

Estrechó la mano de Bonner y luego tomó la de Leslie entre las suyas, le echó humo de cigarro en el pelo y le dijo que si alguna vez visitaba Waycross, Waycross se sentiría agradecido por el cambio en el paisaje.

—Por alguna maldita razón que desconozco —dijo—, tenemos las mujeres más feas del Estado. Me parece que la culpa es del agua.

Leslie permitió que el legislador siguiera sujetándole la mano y utilizó la otra para llevarse el vaso a la boca.

—Tenemos mujeres —dijo el legislador— que no podrían meter ni una pierna en ese vestido.

Y en ese momento una de tales mujeres surgió de unos de los corrillos cercanos y se llevó al legislador a rastras.

Otros ocuparon su lugar. Abogados y hombres de negocios de Cotton Point, de

Atlanta y de Macón. Leslie no se alejó de la mesa de los licores, ni siquiera cuando se llevaron a su esposo, y recibió sin azorarse los cumplidos que le tributaban. Mientras la observaba, a Carl se le ocurrió que por primera vez desde que llegaran a la ciudad Leslie era ella misma.

También se le ocurrió que quizá haría algunas amistades.

A las diez de la noche un negro enfundado en un esmoquin anduvo entre los invitados anunciando que la cena estaba servida. El negro fue del extremo norte de la sala al extremo sur y abrió dos puertas que daban a otra sala, tan espaciosa como la primera, donde había dos mesas cortas con platos, y copas de vino y velas. Del techo colgaba una araña pesada como un Pontiac. Había cubos de plata para el hielo cada metro y medio, con una botella de champán dentro, y tarjetas que indicaban el lugar que debía ocupar cada uno de los comensales. Los Bonner se encontraron sentados enfrente de Harry y Lucy Seagraves.

Tenían a Estes Singletary, director y propietario del *Ether County Plain Talk*, y su esposa a un lado, y al alcalde Bob Horn y la suya al otro. Leslie se sentó en su sitio y alargó la mano hacia el champán. Bob Horn se inclinó hacia adelante y sonrió.

—Me gustan las mujeres que saben lo que quieren —dijo.

—Muchas gracias —dijo Leslie, y apuró la copa.

Volvió a llenarla y luego sirvió una para el alcalde. Brindaron por su salud respectiva y bebieron unos sorbos.

—Me temo que Carl la ha tenido escondida para que no la viéramos —dijo el alcalde.

Leslie detuvo la copa a poca distancia de sus labios y le miró.

—¿Hacen esto todas las noches? —preguntó.

Bob Horn rió hasta que estuvo a punto de ahogarse. Al oírle, el resto de la mesa rió también. Los comensales de la otra mesa alargaban el cuello para ver qué era lo que se habían perdido.

Hubo más brindis durante la sopa, y luego con la ensalada. A Leslie Bonner le pareció que los de Harry Seagraves eran los más humorísticos. Vio en él una amabilidad que no existía en los demás.

Las botellas de la otra mesa —donde estaban sentados Mr. Richard Dickey y señora— permanecían intactas, y un curioso silencio pareció descender sobre los invitados que se encontraban allí.

Carl Bonner contempló como su esposa conducía la mesa hacia un estado de embriaguez que él nunca había visto en el condado de Ether, Georgia, cuando a una fiesta asistían hombres y mujeres juntos. Empezó a sentirse incómodo.

Las doncellas entraron con las bandejas. Rosbif, patatas a la crema, alubias a la crema. Carl Bonner contempló como su esposa inspeccionaba la comida y luego llenaba nuevamente su copa. Tuvo la inexplicable premonición de que Leslie estaba a punto de empezar una batalla utilizando las viandas a guisa de proyectiles.

En la otra mesa Richard Dickey se levantó para bendecir los alimentos. Carl

Bonner cerró los ojos, agachó la cabeza y sintió que la mano de Leslie se posaba en su pierna justo en el momento en que Richard Dickey decía:

—Oh, Señor...

Fue un roce ligero al principio, sólo el peso de los dedos. Hizo un esfuerzo por escuchar las palabras de Dickey:

—... nuestros amigos, nuestros hijos, nuestros buenos vecinos...

Leslie encontró la punta del pene a través de la ropa. Carl se retorció levemente en la silla, tratando de librarse de su contacto, pero ella no le soltó. Entonces notó que la mano cambiaba de lugar. La voz de Richard Dickey ahogó el ruido de la cremallera.

—... y que nos tengas siempre en Tus pensamientos, oh, Señor, y nos protejas el año que va a empezar...

Richard Dickey dijo:

—En el nombre de Jesús, amén.

Y en ese momento Leslie la sacó. Carl bajó la vista y vio que los músculos de su esposa se movían bajo la piel, justo en el lugar donde el antebrazo desaparecía debajo del mantel.

Al otro lado de la mesa Lucy Seagraves bebió unos sorbos de su copa y luego habló a Leslie.

—¿Cómo te las arreglas para distraerte, querida? ¿Juegas a las cartas?

—Procuro estar siempre ocupada. Parece que el día no tenga suficientes horas.

Ahora sujetaba el glande entre los dedos, tirando hacia abajo para separar los bordes de la abertura, luego apretando para juntarlos de nuevo. Carl notó que empezaba a latir y le temblaba una pierna. Leslie le pellizcó la punta, cortando el movimiento. Él trató de recordar la última vez que habían estado juntos y no pudo. De pronto su respiración se hizo más dificultosa y el sudor le bañó la frente. Estes Singletary le estaba mirando de una forma curiosa.

Leslie alargó la mano libre, sacó la botella de champán del recipiente de plata y le llenó la copa, y luego hizo lo mismo con la suya. Le puso la copa en la mano y dijo:

—Por el nuevo año.

Lucy Seagraves sonrió a la joven pareja del otro lado de la mesa al ver que brindaban por el año que nacía. Bebieron unos sorbos de champán y luego Leslie besó la mejilla de Carl, deteniéndose en ella sólo un momento, quizá lo suficiente para susurrarle unas pocas palabras.

Lucy Seagraves vio lo mucho que se querían y lamentó los chismes que había contribuido a propagar sobre Mrs. Bonner.

Los romances la atraían, le recordaban cómo era ella en otro tiempo. No sabía si ella y Harry alguna vez habían estado enamorados como sus vecinos de mesa —no recordaba haber visto jamás a Harry temblar de forma tan violenta sólo por el roce de

sus labios en la mejilla—, pero le parecía que tal vez las cosas habían sido de ese modo en otro tiempo.

SEXTA PARTE

Trout

Tres años menos una semana después de que Rosie Sayers muriera en la Clínica Cornell, el tribunal supremo de los Estados Unidos rechazó, por seis votos contra tres, la apelación de Paris Trout para que se celebrase un nuevo juicio.

La apelación la había preparado el propio Trout, igual que la anterior apelación al tribunal supremo del Estado. Supuso treinta viajes a la biblioteca de derecho del Mercer College, seis meses en el despacho de la parte posterior de su establecimiento, ajustando la terminología de su borrador a la terminología de las apelaciones que había copiado en la biblioteca.

Empezaba a trabajar todas las mañanas a las nueve y veinte, y no lo dejaba mientras hubiera luz en el cielo. Hacía una sola comida diaria, conservas y ginger ale, de vez en cuando un pedazo de queso. Una mujer que llevaba una pierna artificial y se llamaba Charlotte Hock se encargaba de atender la tienda.

Charlotte Hock hacía los trabajos normales y manejaba la caja registradora. Interrumpía a Trout sólo cuando entraban negros a pedir dinero prestado o a efectuar algún pago. La mujer detestaba verles entrar. Le aterraba molestar a Mr. Trout cuando se encontraba redactando la apelación.

Charlotte Hock no conocía a Trout antes de que éste se hiciera cargo de su propia defensa, pero tenía la impresión de que el trabajo de escribir le enloquecía. Al menos estaba más normal cuando llegaba a la tienda por la mañana que cuando se iba. Por otra parte, Mr. Trout visitaba a su madre todas las mañanas en la residencia de jubilados cuando se dirigía al trabajo, y Charlotte Hock pensaba que quizá por eso estaba de buen humor a primera hora del día.

Por la tarde le oía en la parte de atrás. Lenguaje inimaginable. A veces se oían ruidos, como si estuviera volcando los muebles. En cierta ocasión le pareció que lloraba.

Él nunca la maldecía, sin embargo. Nunca la trataba mal, exceptuando el horario que le había impuesto y el poco dinero que le pagaba. Charlotte nunca pedía menos trabajo o más dinero.

Sabía que una mujer con una pierna artificial estaba de suerte si encontraba un empleo, cualquier empleo.

Le era imposible sentirse relajada en el establecimiento, tanto si él estaba como si no. Sabía que Mr. Trout había matado a alguien una vez y no tenía intención de darle motivos para hacerlo de nuevo. Mr. Trout llevaba siempre una pistola encima, incluso cuando se alejaba sólo unos pasos del despacho para abrir una de las cajas fuertes alineadas contra la pared del pasillo. El lugar estaba mal iluminado y él encendía

cerillas para marcar las combinaciones.

Mr. Trout visitaba las cajas fuertes con regularidad, al empezar la jornada y al final de la misma, y a veces después del almuerzo.

La notificación de que el tribunal supremo había rechazado su apelación llegó a poder de Paris Trout a las once de la mañana por correo certificado. Más o menos a la misma hora una carta parecida llegó a la oficina del juez John Taylor, que estudió el documento durante más tiempo del que normalmente le hubiera dedicado, buscando alguna forma de inhibirse del asunto, y luego, al no encontrar ninguna, revocó la libertad bajo fianza de Trout y ordenó su detención.

Después se le ocurrió hacer una copia de la notificación y de la orden de detención y se las mandó a Ward Townes.

Al cabo de unas horas el juez Taylor recibió una llamada telefónica del sheriff Edward Fixx.

—Tengo aquí una orden de detención contra Paris Trout —dijo el sheriff.

—Es correcta.

—¿Quiere que le detengamos?

—No le he mandado la condenada orden para que se limpie el culo con ella.

—De acuerdo. Era sólo una pregunta. ¿Quiere que lo hagamos hoy mismo?

—Hoy, mañana, da igual. Primero llámale por teléfono, dígame cuándo irá a buscarle.

—Sí, señor, lo haré.

Durante un momento ninguno de los dos habló.

—No hay razón alguna para hacer de esto un espectáculo público —dijo el juez—. Podría sugerirle usted que se presentara él mismo.

Después de colgar el aparato, el juez Taylor sacó otra vez la notificación del tribunal supremo y volvió a examinarla. Seis contra tres. Pensó que Paris Trout debía de haber redactado una apelación convincente.

—Un hombre tan listo —dijo en voz alta— debería haber evitado que le pillasen pegando tiros a la gente de color en sus casas.

Diez minutos después de llegar la notificación, Paris Trout se encontraba hablando por teléfono con un abogado del condado de Petersboro que se llamaba Rodney Dalmar, quien poco después del juicio le había escrito ofreciéndole sus servicios en el caso de que Trout «agotara todos los recursos jurídicos normales».

Dalmar decía en su carta que había tenido cierto éxito «arbitrando» condenas de cárcel en el campo de trabajo del condado, donde Trout debía cumplir la sentencia de uno a tres años.

La carta había permanecido sin contestar en la mesa de Trout durante casi tres años, pero el tono con que le habló Rodney Dalmar era de confianza, como si él y Trout hubieran hablado del asunto el día antes.

—Mr. Trout —dijo—, ¿qué se le ofrece?

—Su carta —repuso Trout—. Dice usted en ella que podría ayudarme cuando llegara el momento.

—Sí, señor, así es.

—Pues bien, el momento ha llegado.

—Entiendo.

—Acabo de recibir la notificación de que el tribunal supremo se ha negado a revisar mi condena. —La voz era inexpresiva y tranquila.

—Comunistas. Pero ¿qué le vamos a hacer?

Hubo un momento de silencio.

—Deduje de su carta que usted sabría lo que había que hacer —dijo finalmente Trout.

—Es posible —contestó el abogado—. Posiblemente. —Hubo otro silencio, luego —: Esto le costará un poco de dinero, supongo que ya lo habrá pensado.

—Nunca he pensado lo contrario.

—No es para mí. Si de mí dependiera, lo haría gratis. Un hombre no debería verse en la situación en que se encuentra usted, por haber querido cobrar una deuda de un negro asqueroso.

Se hizo un silencio embarazoso y luego Trout dijo:

—El jurado no fue imparcial.

—¿Cómo dice?

—Alguien metió la nariz en mis asuntos, conozco el nombre de cada uno de ellos.

—Ya había oído ese rumor.

—Conozco los nombres, sé dónde viven.

—Estoy seguro de que su momento llegará.

Trout no respondió.

—¿Mr. Trout?

—Estoy haciendo una lista —dijo—. Están todos en ella.

—Lo comprendo perfectamente. Yo que usted, probablemente haría lo mismo.

De nuevo enmudeció el teléfono y el abogado empezó a preguntarse qué estaría haciendo Paris Trout.

—Me doy cuenta de que en este momento tiene usted otras cosas en la cabeza —dijo—, pero, si me concede un minuto, le explicaré cuál es nuestra situación aquí debajo, en el condado de Pete.

Mientras el abogado le explicaba la situación, Trout sacó un papel en blanco de su mesa y empezó a escribir con letras de molde el nombre y la dirección de todos los miembros del jurado. Se los sabía de memoria. Debajo escribió los nombres del juez John Taylor, de Ward Townes, de Harry Seagraves y de Hanna Nile, nombre de soltera de su esposa.

Reflexionó un poco y luego añadió el de Hubert Norland, el de Edward Fixx y el de Jack Handley, es decir, el jefe de policía, el sheriff y el nuevo fiscal del distrito.

El abogado le estaba hablando de las personas del condado de Petersboro a las que habría que pagar.

—Hay que pagar los honorarios legales del tribunal, por supuesto —dijo—, los letrados y el juez, pero el gasto más importante es el del campo de trabajo mismo. El hombre que hay allí es muy duro, y puede pedir tanto como se le antoje...

—Dígame lo que cuesta —repuso Trout.

—En conjunto, diría que veinte mil.

—Veinte mil.

—Sí, señor. Bastará con que nos llame cuando vaya a venir y saldremos a recibirle.

Trout colgó el teléfono. Empezó a sonar al cabo de unos minutos y Trout lo estuvo mirando durante ocho o nueve timbrazos antes de descolgar. Se llevó el aparato al oído sin decir nada.

—¿Mr. Trout?

La voz era diferente, al principio no la reconoció.

—Mr. Trout, soy Edward Fixx.

Hubo un breve silencio, luego:

—Acabo de apuntarle en mi lista.

El sheriff Fixx también tardó un momento.

—Sí, señor, gracias. Le llamaba para pedirle que se presentara.

—¿Presentarme dónde?

—En mi departamento. El juez Taylor ha recibido aviso de Washington, han rechazado su apelación y quería que yo pasara a buscarle. Pensé que tal vez sería mejor que viniera usted solo, se ahorraría pasar por Main Street en un coche patrulla.

Trout metió la mano en el bolsillo y tocó la culata de la pistola. La sacó y la puso sobre la mesa.

—No hace falta que sea hoy mismo —dijo el sheriff—. El juez Taylor dice que no hay inconveniente en que se presente mañana, puede que pasado mañana, si necesita usted tiempo.

—Iré a verle —dijo Trout, y colgó el teléfono de nuevo. Luego arrancó el cable de la pared.

Aquella noche, como de costumbre, Charlotte Hock llamó a la puerta del despacho para decirle a Mr. Trout que se iba a casa. Su forma de decirlo era «¿Necesita usted alguna otra cosa, señor?». La hacía sentirse menos culpable por interrumpir su trabajo.

Llamó, pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamar. Se oía un ruido como si alguien estuviera arrastrando muebles.

—¿Mr. Trout? ¿Está usted bien?

Al ver que tampoco respondía, entreabrió la puerta y asomó la cabeza por la

rendija, y se encontró mirando directamente el cañón de la eternidad.

La mesa de despacho se encontraba ahora en el rincón pegada a la pared, y cruzando la superficie, extendido como una serpiente, se hallaba el brazo de Mr. Trout. Charlotte Hock pudo ver su rostro detrás del arma.

—Dígales que pasen —dijo él.

—No hay nadie que quiera pasar. Sólo soy yo.

—Apártese de ahí —dijo él, indicándole la dirección con la pistola.

Charlotte dio unos pasos en la dirección indicada, entrando más en el despacho y alejándose de la puerta. Trout dejó de apuntarla y ella pudo verle mejor desde ese ángulo. Tenía los ojos inquietos y se había ensuciado la ropa al mover la mesa.

—Quería preguntarle si necesitaba algo antes de que me vaya —dijo.

Sin ningún motivo aparente, él empezó a sonreír. Mr. Trout no sonreía mucho, ni siquiera por la mañana, y ella se habría sentido incómoda aunque él no hubiera estado atrincherado detrás de la mesa, apuntando hacia la puerta con su pistola.

—No —contestó él—, ya no la necesito.

—Entonces me iré.

—Eso mismo haría yo en su lugar.

A la mañana siguiente Charlotte Hock se imaginó dejando su empleo. Se quedó en la cama hasta las siete, pensando en levantarse, cerrar con llave la puerta de la casa y luego acostarse y dormirse otra vez.

Lo que no podía hacer era imaginarse llamando a Mr. Trout y diciéndole que no iría a trabajar. Le daba miedo su reacción. Tampoco se imaginaba reconociendo que lo sucedido la noche antes se salía de lo habitual.

Y al final, careciendo de imaginación, se levantó, se puso la pierna ortopédica, se vistió y se cepilló el pelo. Procuró no pensar en el aspecto que ofrecía Mr. Trout empuñando la pistola, procuró no pensar en su sonrisa. Al final en lo que pensó fue en que una mujer que llevaba una pierna artificial tenía suerte de tener un empleo, fuera cual fuese.

Entró en la tienda a las ocho y media, utilizando su llave para abrir la puerta trasera. La puerta del despacho se hallaba abierta y, al mirar dentro, vio que la mesa volvía a estar en su sitio. Mr. Trout se encontraba al otro lado, vestido con un traje. Charlotte pensó que tal vez pensaba ir al Mercer College y pasarse el día estudiando libros de derecho.

—¿Va usted a alguna parte hoy, Mr. Trout?

Él la miró como de costumbre, luego se levantó. Charlotte pegó un bote. Mr. Trout contorneó la mesa y pasó por su lado, salió por la puerta y se acercó a una de las cajas fuertes. Encendió una cerilla y empezó a mover el rodete.

—Tengo que atender unos asuntos fuera del condado —dijo—. Tendrá que quedarse usted sola aquí todo el día.

—Sí, señor —dijo ella, sintiéndose súbitamente feliz al pensar que trabajaría sola.

—Estaré uno o dos días en Morganville.

—Sí, señor.

Él se levantó con un puñado de billetes de cien dólares en la mano. Los extendió una vez, luego los alisó sobre la superficie de la caja fuerte y los metió en un sobre.

—Si entra alguien de color, dígame que usted no se encarga del dinero —dijo, y luego se guardó el sobre en el bolsillo.

Era la misma orden que le daba cuando se iba al Mercer College.

—No, señor, le diré que vuelva en otro momento.

Vio que Mr. Trout se había metido la pistola en una funda dentro de la americana. Al ver la funda, Charlotte pensó que sin duda iba a asistir a algún acto protocolario, pero no acertó a imaginar cuál. Sabía que Mr. Trout no tenía conexiones con la iglesia.

Él la miró con más atención ahora, igual que la había mirado antes de contratarla.

—Si las cosas no me salen bien en Morganville —dijo—, le mandaré instrucciones sobre cómo debe tratar con los negros.

La idea de encargarse de los negros aterraba a Charlotte Hock. No era que le diesen miedo —la mayor parte del tiempo tenía la impresión de que también ella era de color—, sino que lo que la asustaba era equivocarse. Encargarse de una tienda era una cosa, llevar un banco otra muy distinta.

—No sé si sería capaz de hacerlo, Mr. Trout —dijo.

Él la tocó entonces, la primera vez por lo que ella recordaba. Le apoyó la mano en el hombro.

—Claro que sería capaz —dijo—. No son tan diferentes de usted o de mí, ése es el secreto.

Charlotte le vio salir por la puerta aquella mañana y se preguntó qué idea se le habría metido en la cabeza.

Paris Trout condujo uno de sus coches —un Ford de tres años con grietas en el bloque del motor— hasta la oficina del sheriff y preguntó por Edward Fixx. El sheriff salió de la parte de atrás vestido de uniforme, un treinta y ocho con cachas de marfil formaba un ángulo extraño con la cadera, como un nudo que hubiera crecido en un árbol.

Pareció llevarse una sorpresa al ver a Paris Trout, o quizá fue sólo temor.

—Le agradezco que haya venido, Mr. Trout —dijo.

Trout recorrió la habitación con los ojos. Ya había estado en ella antes, pero supuesto, pero esa mañana parecía diferente. Más pequeña, por de pronto.

—Usted me dijo que viniese.

El sheriff Fixx abrió una puerta oscilante —no llegaba a la cintura de una persona — y Trout entró en la parte de atrás. Una mujer estaba allí escribiendo a máquina con

todos los dedos. Trout pensó en su esposa.

Pasaron por su lado y entraron en el despacho del sheriff. Su nombre aparecía en la puerta y la habitación tenía las dimensiones de un vestidor. No había ninguna ventana. Sólo la mesa, un archivador, un ventilador y dos sillas. Edward Fixx se sentó y abrió el cajón de la mesa. Sacó los papeles relativos a Trout y los puso sobre la superficie.

—Aquí están mis órdenes —dijo.

Trout no las miró.

—No tengo elección en este asunto. El juez Taylor da las órdenes y yo las obedezco.

Trout permaneció sentado e inmóvil mientras la habitación se hacía más pequeña a cada segundo.

Fixx cogió los papeles y empezó a leer.

—«Por la presente se le ordena a usted» es decir, a mí, «con la autoridad del tribunal del condado de Ether, Estado de Georgia, que transporte a un tal Paris Trout al condado de Petersboro, Estado de Georgia, y allí traspase su custodia al jefe de la granja de trabajo del Estado».

El sheriff no leía bien, y seguía las palabras con el dedo índice de la mano que no utilizaba para sostener la orden. Trout esperó hasta que hubo terminado y entonces se puso en pie.

—Si hemos de irnos, vámonos.

Tomaron el nuevo coche patrulla, que lucía una voluminosa estrella blanca en relieve en un lado y el sello del Estado de Georgia en el otro. También era un Ford, pero funcionaba con un motor especial para la policía.

El sheriff Fixx tomó calles laterales para salir del distrito comercial de la ciudad y luego cruzó Bloodtown. No quería que los blancos le vieran conducir a Paris Trout a la prisión. Trout iba sentado en silencio a su lado, con una escopeta de cañones recortados entre ellos, mirando hacia la ventanilla. Al sheriff se le ocurrió que tal vez Trout sentía añoranza.

—No será por mucho tiempo —dijo—. Seis meses, nueve a lo sumo.

Cruzaron el río y se dirigieron hacia el sur. El sheriff pisó el acelerador y la fuerza del motor los empujó hacia atrás, clavándolos en los asientos. Fixx sonrió, esperando que Trout hiciera algún comentario sobre el coche.

Trout no dijo nada.

El sheriff aumentó la velocidad hasta ciento sesenta por hora y luego la redujo hasta dejarla en unos ciento diez. Una de las ventanillas empezó a silbar. Trout contemplaba el paisaje, el sheriff ni siquiera podía decir si estaba asustado. Subió y bajó la ventanilla, tratando de librarse del ruido. Finalmente dejó una abertura de dos o tres centímetros.

—Siempre se sabe cuándo un maldito negro ha trabajado en la cadena de montaje en Detroit —dijo el sheriff—, siempre silban. —Al cabo de unos momentos añadió

—: Yo mismo fui un elemento de cuidado en mis años mozos. Por poco acabo en la cárcel.

Trout apartó los ojos de la ventanilla y el sheriff vio que nunca había sido un elemento de cuidado.

—He hecho muchas cosas —dijo el sheriff.

Trout parpadeó.

—Así fue como llegué a ser agente de la ley. Temí que, de no serlo, acabaría mal.

No le estaba dando resultado. Al sheriff Fixx le gustaba transportar presos a los diversos campos de trabajo del Estado, no sólo para poder sacar el coche a la carretera, sino para contarles su propia historia, decirles que incluso un agente de policía llevaba diabluras dentro. Fixx opinaba que a un hombre que iba a pasar una temporada en una granja de trabajo había que darle buen ejemplo. Paris Trout, con todo, no parecía encontrar relación entre la historia del sheriff y él mismo.

—Tal como yo lo veo —dijo Fixx—, no hay nadie que sea diferente. Todos tenemos que comer y dormir e ir detrás de algún coño. Por lo demás, un hombre debería disponer del tiempo que todo esto deja libre para sí mismo. Las casas elegantes, la ropa fina, nada de todo esto cambia las cosas.

En ese momento se dio cuenta de que Trout era dueño de una de aquellas casas elegantes y se alegró de haber añadido lo de la ropa fina.

—Lo que quiero decir es que no importa cuánto dinero tienes...

Al ver que Trout no contestaba, el sheriff se sumió en el silencio y optó por contemplar el paisaje. Pasaron por delante de granjas que databan de cien años antes, persianas rotas en las ventanas, tierra que nunca terminaba. Monos colgados para que se secaran. A intervalos regulares había un camposanto familiar, ocho o diez sepulturas rodeadas de alambre de púas para que los animales no entraran.

—¿Qué tal va la salud de Mrs. Trout? —preguntó inesperadamente el sheriff—. Me refiero a la madre de usted...

De hecho, Trout la había visto aquella misma mañana antes de ir a trabajar. Estaba sentada en la silla donde la instalaban para comer, envuelta en un albornoz manchado, mirando fijamente algo que había al otro lado de la ventana. Una chica gorda que se llamaba Jane Penny le estaba dando de comer natillas, atrapándolas con la cuchara debajo de las comisuras de los labios, como si fuera un bebé, y metiéndoselas otra vez en la boca.

Su madre llevaba ocho años sin dirigirle a él ni a nadie una sola palabra inteligible. Desde que le dio el ataque durante la cena del Día de Acción de Gracias. Él podía mirarla, no obstante, y ver que todavía estaba irritada. Ella le veía tan claro como el día y no podía decir ni una palabra al respecto.

A veces, cuando estaban solos, Trout se sentaba delante de ella en el alféizar de la ventana y trataba de poner las cosas en orden. De dónde procedía él, adonde iba ella. Él no le hablaba cuando se iba la asistenta, no la visitaba para animarla.

A veces pensaba que todas las cosas que le habían sucedido ya estaban decididas

el día en que pasó del vientre de su madre al mundo.

—Algunos días son mejores que otros —dijo Trout.

Era lo mismo que le decía el doctor siempre que se encontraban en la habitación de su madre. No sabía cómo se las arreglaba el doctor para distinguir los días mejores de los peores y no se lo había preguntado.

El sheriff se sintió aliviado al ver que Trout empezaba a hablar. Faltaban dos horas para llegar al condado de Petersboro.

—Se te parte el corazón cuando los ves envejecer —dijo el sheriff—. Una vez me dijo alguien que eres el bebé de tus padres, y que luego ellos se convierten en los tuyos. ¡Que me aspen si no es verdad! —Le miró mientras hablaba—. Los míos ya se han ido, desde luego —añadió.

Trout metió los dedos en el paquete de Camel que llevaba en el bolsillo y sacó un cigarrillo. Al hacerlo, se le movió la americana y el sheriff pudo ver fugazmente la pistola en su funda. Trout encendió el pitillo y expulsó el humo por la nariz.

—No puede entrar con eso en el campo —dijo el sheriff. Observó que su propia pistola estaba medio hundida entre los dos asientos. Se preguntó cómo diablos había permitido que Paris Trout subiera al coche patrulla sin antes comprobar si iba armado—. De hecho, debería quitársela ahora mismo.

Trout miró atentamente el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—La entregaré cuando lleguemos —dijo.

El sheriff se metió la mano en el bolsillo para sacar uno de sus propios cigarrillos.

—Se hacen cargo de ella en la prisión —dijo—, pero no estará allí cuando salga usted. Téngalo por seguro, alguien se la habrá quedado.

Al cabo de un rato el sheriff bajó la ventanilla un poco más.

—¿Qué edad tiene ahora su madre? —preguntó.

—Noventa.

El sheriff se quitó una brizna de tabaco de la lengua, la examinó un momento y luego la hizo rodar entre dos dedos y la tiró por la abertura de la ventanilla.

—Cómo pasa el tiempo, ¿verdad?

Trout no contestó.

—Seis meses en la granja de trabajo —dijo el sheriff—. No es peor que alistarse en el ejército.

Miró a Trout con la intención de preguntarle si había estado en el ejército y en ese momento un perro vagabundo surgió de entre unos árboles que crecían a lo largo de la carretera y corrió hacia el coche patrulla. Cruzó por delante del automóvil y entonces se oyó un golpe y luego otro desde abajo. El sheriff Fixx apretó el freno con fuerza, y el pánico se apoderó de él al pensar que tal vez había estropeado el nuevo coche patrulla.

La frente de Trout chocó con el parabrisas y el coche se detuvo de lado en medio de la carretera. Antes de que pudieran apearse empezó a salir humo por el extremo delantero.

—¡Válgame Dios! —exclamó el sheriff—. ¿Y ahora qué?

Dejó la portezuela completamente abierta y se dirigió hacia la parte delantera. Trout se quedó donde estaba. Un bulto iba creciéndole en la frente, bajo los dedos, y notaba un sabor metálico en la punta de la lengua. Lo que le retuvo en el asiento, sin embargo, fue la sensación de que por un instante había cruzado al otro lado. En el segundo en que chocó con el parabrisas se trasladó a otra parte. Había cabalgado hacia allí detrás de un rayo de luz negra y había visto algo que ya no podía recordar.

El sheriff seguía en la parte delantera. Andaba hacia atrás y hacia adelante, sin apartar los ojos del mismo sitio. Trout le observaba a través del humo y los cristales agrietados. Al cabo de un minuto, el sheriff se sentó pesadamente en el asiento del conductor, los pies todavía en el asfalto, y miró más allá de los árboles.

—Ese condenado debe de haber salido del barranco —dijo—. No le he visto. —Se volvió para mirar a Trout—. Usted no corría peligro aquí —dijo—. No había forma de evitarlo... —Se fijó en el chichón de la frente de Trout—. Parece que alguien haya puesto un huevo en su cabeza.

Trout no contestó.

—¿Se encuentra mal?

Trout se encogió de hombros.

—Si se encuentra mal, vaya y hágalo en el barranco. El Ford ya ha quedado bastante asqueroso... —Volvió a levantarse y anduvo de nuevo hasta la parte delantera del coche, como si no se fiara de su memoria—. Debería ver esto —dijo—. El radiador levantado, un faro roto, el parachoques hundido.

Trout se apeó y echó a andar hacia el barranco. Al volver, el sheriff señaló un lugar donde el metal aparecía aplastado y dijo:

—Éste es el punto exacto con el que ha chocado.

El perro estaba unos cincuenta metros hacia el norte, todavía en la calzada.

—Probablemente es un perro perdido —dijo el sheriff, mirando a su alrededor—. Puede que tuviera dueño, pero lo más probable es que anduviese perdido. ¿Qué se le meterá en el cerebro a un animal para empujarle a hacer algo así?

Había un pino en el suelo al otro lado de la carretera, desgajado cosa de medio metro del suelo y unido todavía al tocón. Trout se acercó a él y se sentó. Cerró los ojos, sintiéndose mareado, y a los pocos instantes el tronco se hundió y se encontró con el sheriff sentado junto a él.

—Pasará alguien —dijo Fixx—. Siempre pasa alguien.

Transcurrieron diez minutos. El radiador agotó el vapor y en medio del silencio creciente Trout intentó recordar lo ocurrido al golpearse la frente con el parabrisas.

El sheriff se levantó dos veces y por dos veces volvió junto al coche, para regresar meneando la cabeza.

—Cualquiera puede atropellar a un perro —dijo.

El tiempo iba transcurriendo y nadie pasaba por la carretera. El sheriff dejó el tronco para sentarse en el suelo, con la espalda apoyada en el tocón.

—¿Ha estado alguna vez en las fuerzas armadas? —le preguntó el sheriff.

Trout le miró un momento, como si no le entendiera.

—Las fuerzas armadas —repitió—. Ya sabe, el ejército, la marina...

—Estuve en el ejército.

—¿En tiempo de guerra?

—La primera guerra mundial.

—¿Le gustó? —preguntó el sheriff. Trout asintió con la cabeza y encendió otro cigarrillo. El sheriff dijo—: La mejor época en la vida de un hombre, ¿no le parece?

—Para mí no fue la mejor época. Estuve allí y basta.

—Dígame una cosa. ¿Alguna vez ha disparado contra alguien?

Al cabo de un minuto miró carretera arriba y vio un camión.

El conductor les llevó de vuelta a Cotton Point, donde el sheriff Fixx tomó el coche de uno de sus agentes y le encargó que llamara al garaje y les dijese que fueran a recoger el coche en la carretera. El agente, viendo que el sheriff estaba furioso, decía «sí, señor» cada vez que Fixx hacía una pausa para que el hombre asimilara sus palabras.

Trout y el sheriff llegaron al lugar del accidente sin que ninguno de los dos hubiera dicho palabra.

—Ese cabrón es un monstruo, ¿verdad? —dijo el sheriff, mirando hacia el perro.

Trout no sentía el menor interés por el animal. Una ira sin objetivo iba apoderándose de él, y en el centro mismo había un dolor de cabeza. Sacó el reloj del bolsillo de los pantalones y consultó la hora. Las once y media. El coche olía a cigarro y a orina.

—Mr. Trout —dijo el sheriff—, es usted el primer hombre al que he llevado a la cárcel que se preocupa por llegar tarde.

El sheriff soltó una sonora carcajada y al cabo de un momento metió la mano en el bolsillo, sacó una lata de Copenhagen, la abrió con una sola mano y luego se puso un pellizco debajo del labio superior. Al cabo de unos instantes buscó debajo del asiento y sacó una botella de cuello ancho y se la puso entre las piernas, llevándosela a la boca de vez en cuando para escupir en ella.

Ya le había pasado el disgusto del accidente y estaba disfrutando. De repente se sintió caritativo con Paris Trout.

—Si quiere, yo podría pasar a ver a su madre hasta que usted vuelva...

Trout se abrió la americana y sacó la pistola.

—Caramba, Mr. Trout —dijo el sheriff—. No saque usted eso aquí dentro...

Trout percibió el miedo del sheriff y un ramalazo de ira le atravesó como un alarido. Apoyó el cañón debajo de la barbilla de Edward Fixx. Oyó que los neumáticos del lado derecho salían de la carretera y luego volvían a ella. La botella que el sheriff sujetaba entre las piernas volcó y los escupitajos de tabaco le mancharon los pantalones.

—Mr. Trout —dijo—, ¿qué diablos hace?

Trout empujó la pistola hacia arriba, elevando la barbilla del sheriff. El coche empezó a perder velocidad.

—¿Tra-trata de fu-fugarse?

El cañón de la pistola obstaculizaba los movimientos de la mandíbula del sheriff y le afectaba el habla. Trout levantó el percutor, dejando el arma lista para hacer fuego. La idea le rondaba por la cabeza.

—¿Qui-quiere fugarse? Por mí pue-puede hacerlo —dijo el sheriff—. No te-tengo nada con-contra usted, Mr. Trout. ¿No le lla-llamé por te-teléfono? Le dije que tenía orden del juez de llevarle al condado de Pete. Nada más. Detendré el coche aquí mismo, puede hacer lo que quiera...

Y entonces algo detuvo la idea, no supo qué. Le rondaba por la cabeza y de pronto desapareció. Apoyó el pulgar en el percutor y poco a poco lo bajó hasta que quedó apoyado de nuevo en la aguja de percusión. Apartó la pistola, la mandíbula del sheriff permaneció en la misma posición hasta que tuvo la seguridad de que la pistola ya no estaba. El coche se llenó de olor a orina recién expulsada. Edward Fixx se miró el regazo.

La pistola, todavía en la mano de Trout, yacía en el asiento entre los dos. Durante largo rato ninguno de ellos habló.

—Quiero que pare, cuando lleguemos al condado de Petersboro —dijo Trout.

El sheriff asintió con la cabeza.

—Usted me indicará dónde.

—Donde haya un teléfono, para que pueda llamar a un hombre.

—Sí, señor.

El sheriff movió los ojos de la carretera al asiento y luego otra vez a la carretera. La pistola seguía en el asiento, en la mano de Trout. Le dio la impresión de que Trout se había olvidado de ella.

Bajó la ventanilla, dándose cuenta de que continuaba vivo.

Había una gasolinera justo al otro lado de la línea divisoria del condado, junto a Hard Labor Creek. El sheriff aflojó la marcha y se detuvo sin necesidad de que Trout se lo indicara. Trout entró con la pistola en la mano. Una mujer gorda, de labios gruesos, apareció al otro lado de la puerta mosquitera, la cabeza envuelta en un pañuelo de colores, y miró hacia fuera. El sheriff levantó la mano, hizo un gesto tranquilizador, pero la mujer desapareció en seguida.

El coche se llenó de moscas y el sheriff las ahuyentó a manotazos de su regazo.

Trout estuvo media hora dentro de la gasolinera. Salió llevando en la mano un refresco en vez de la pistola y subió nuevamente al coche. El sheriff consideró la posibilidad de coger la escopeta y pegarle un par de tiros en el momento en que abriera la portezuela, pero en el caso de Trout había que tener en cuenta la opinión pública, mucha gente pensaba que, para empezar, no debía ir a la cárcel. Había sido

detenido, juzgado y declarado culpable, pero la tolerancia de la ciudadanía tenía un límite.

—Si hemos de irnos, vámonos —dijo Trout.

El sheriff puso el motor en marcha y reculó hasta la carretera. Vislumbró de nuevo a la mujer detrás de la tela metálica. Faltaban otros treinta kilómetros y pico para llegar a la granja de trabajo. En cuanto volvieron a encontrarse en la carretera el sheriff dijo:

—Pensé que la gorda esa le había convencido para que se bajara los pantalones, ha estado usted tanto rato ahí dentro...

Trout no respondió, y ninguno de los dos volvió a hablar hasta que vieron la granja.

—Allí está —dijo el sheriff.

Acababan de dar la vuelta a un grupo de pinos cuando vieron la granja en medio de un claro, a unos cuatrocientos metros de la carretera. Había una cerca de alambre grueso, de más de dos metros de altura, coronada de alambre de púas, que rodeaba todo el perímetro. La entrada era ancha y estaba abierta, y junto a ella había un hombre vestido con unos pantalones y una camiseta, y armado con una escopeta.

El hombre miró el interior del coche, entornando los ojos, cuando el sheriff aflojó la marcha y bajó la ventanilla.

—Traigo uno para el director —dijo Fixx.

El hombre señaló con un dedo un gran edificio de madera que se alzaba en medio de ocho edificios más pequeños.

El sheriff siguió su camino sin decir nada más y aparcó el coche frente al edificio principal.

—¿Quiere que me haga cargo de su pistola? —preguntó.

—La he dejado —repuso Trout.

El sheriff abrió la portezuela mientras pensaba que se detendría en la gasolinera durante el viaje de vuelta y hablaría con la mismísima señora para averiguar qué había pasado dentro. Entraron. Un prisionero estaba fregando el vestíbulo, que olía a lejía y sudor. Anduvieron hasta la última puerta situada a la derecha. Se abrió en cuanto el sheriff llamó, la abrió el propio director. Buddy White. Detrás de él había dos hombres que el sheriff no reconoció. Ambos vestían traje y calzaban zapatos puntiagudos, de dos colores combinados. Un pastor alemán yacía con el hocico apoyado en las patas delanteras, vigilando a Trout.

—Este es Paris Trout —dijo Fixx, entregando los papeles al director.

No simpatizaba con aquel director, que nunca se había dignado siquiera ofrecerle algo fresco para beber. El sheriff creía que los hombres de la ley debían mostrar cortesía profesional unos con otros.

El director cogió los papeles sin hacer caso de la presentación. Mientras les

echaba un vistazo dijo:

—Mr. Trout, su abogado le está esperando allí, junto a la mesa.

El director firmó el impreso de aceptación y se lo devolvió al sheriff.

—¿Nada más? —preguntó Fixx.

—A menos que tenga usted otro en el coche.

El sheriff dio media vuelta, disponiéndose a salir, y del pecho del perro salió un gruñido apagado.

—Le pegaré un tiro a este perro aquí, en su propio despacho —dijo Fixx—, no consiento que me gruña.

—Cierra el pico, *Butch* —dijo el director, y el perro calló.

El sheriff vio que estaban esperando que se fuera. Tenía la impresión de haberse metido en una de las encopetadas recepciones que daba Richard Dickey. Se volvió, sin decir palabra, abrió la puerta él mismo y salió.

Al cabo de un minuto de marcharse el sheriff, el director miró a Trout y dijo:

—Creo que tiene usted que tratar unos asuntos con estos señores. —Y salió del despacho.

El perro se levantó, se estiró por un extremo, luego por el otro, y le siguió.

Uno de los hombres que vestían traje hizo una señal a Trout para que se acercara a la mesa.

—Soy Mr. Dalmar —dijo cuando Trout estuvo más cerca—. Este señor es el juez Raymond Mims, que ha venido en persona para oír este asunto.

El juez se hallaba sentado detrás de la mesa con las manos en el cogote.

—Su abogado me dice que ha sido usted víctima de perjurio, Mr. Trout —dijo.

Era un hombre bajito y de apariencia resplandeciente. Trout se dio cuenta de que no había trabajado en toda su vida.

Asintió con la cabeza.

—La gente ha contado cosas sobre mí ante el tribunal.

—Estoy seguro de que así ha sido —dijo el juez.

Y durante un minuto los tres hombres permanecieron donde estaban, sin hablar.

Fue el abogado quien rompió el silencio.

—Hay una cuestión relativa a honorarios legales, Mr. Trout. Por nosotros, arreglaríamos este asunto gratis si pudiéramos, pero Mr. White, el director de este lugar, no es hombre que sepa apreciar la vertiente moral de las cosas y...

Trout metió la mano en el bolsillo y encontró el sobre. Tenía casi tres centímetros de grueso y se lo entregó al abogado sin mirar dentro. El abogado se lo pasó al juez, que sí miró su contenido.

—Veinte mil dólares —dijo Trout.

El juez no le prestó atención. Cuando terminó de contar sacó unos papeles del bolsillo interior de la americana, firmó media docena de veces y luego se puso en pie, dejando los papeles sobre la mesa, se acercó a la ventana y se puso a contemplar el patio vacío.

Rodney Dalmar estudió los papeles que el juez acababa de firmar y después le tendió una mano a Trout.

—El juez ha firmado una orden para que se le ponga en libertad al amparo de un auto de hábeas Corpus, por cuanto se cometió perjurio en su juicio —dijo.

Trout miró la mano del abogado y seguidamente al hombre que se encontraba junto a la ventana.

—Quiero una prueba de que es juez —dijo.

Rodney Dalmar intentó sonreír, pero pareció que algo no iba bien en un lado de su cara. Apoyó la mano en el hombro de Trout e hizo ademán de conducirlo hacia la puerta.

—Ya sé que nos está gastando usted una broma, Mr. Trout —dijo—, pero, señor mío, éste no es el momento apropiado.

Trout no se dejó conducir hacia la puerta.

—Yo no bromeo con veinte mil dólares —dijo—. Es lo más legal que existe aquí.

Pero Trout miraba más allá del documento, hacia el hombrecillo situado junto a la ventana.

—Les he dado veinte mil dólares —insistió—. Él los ha contado en esta misma mesa y se los ha metido en el bolsillo. Tengo derecho a que me den pruebas.

El abogado miró rápidamente al hombre de la ventana, luego volvió a mirar a Trout.

—Debe usted comprender —dijo—, tenemos una... situación *delicada* aquí.

—Yo no he pedido que lo incluyan en la constitución de Atlanta —replicó Trout—. Sólo quiero pruebas de que este papel lo ha firmado un juez.

—Mr. Trout, como abogado suyo, le sugiero que no siga por este camino. Si no fuera legal, el director no permitiría que nadie saliera de este despacho...

—No me ha dejado salir todavía. Y si me deja, nada les impide traerme otra vez aquí.

El hombrecillo de la ventana se volvió despacio. La expresión resplandeciente se había esfumado de su rostro.

—Señor juez —dijo el abogado—, ¿podría concedernos un minuto? Mr. Trout se ha puesto nervioso por encontrarse tan cerca de la cárcel...

—Exactamente un minuto —dijo el juez, disponiéndose a abandonar el despacho. Trout le cortó el paso.

—De aquí no sale nadie hasta que yo lo diga.

—Mr. Trout —repuso el juez, alzando los ojos hacia su cara—, sólo tengo que silbar para que el director White cruce de nuevo la puerta con una escopeta y le pegue a usted un par de tiros en las rodillas. No sería la primera vez que ocurre en este despacho. Luego entran los perros y limpian la sangre. Tengo entendido que es usted un hombre de ciertos recursos en el condado de Ether, pero eso no evitó que le mandasen aquí ni puede salvarle una vez aquí. Ahora la situación se le ha escapado de las manos, y si yo y Mr. Dalmar quisiéramos robarle, debería usted darse por

robado.

Luego el hombrecillo dio unos pasos para evitar a Trout y salió por la puerta. Rodney Dalmar se pasó los dedos por el pelo grasiento y ensortijado. Se dispuso a calmar los ánimos, pero había algo en Trout que era imposible dominar. El abogado se percató de ello y le dejó en paz.

—Siéntese allí, junto a la pared, Mr. Trout —dijo.

Trout no se movió. El abogado también salió del despacho. Cuando se hubo ido, Trout se llevó una mano a la espalda y encontró la culata de la pistola. La sacó del cinturón. Era una automática del cuarenta y cinco y el peso del arma en la mano le hizo sentirse lleno de paciencia. Acercó una silla al lugar donde estaban los goznes de la puerta y se sentó, con la pistola en el regazo, esperando a que el director entrara en el despacho con su escopeta.

El despacho se sumió en el silencio y el calor. Se imaginó las balas en el cargador metido en la empuñadura del arma, volvió a recordar lo que sintiera en el coche, cuando había estado a punto de volarle la barbilla a Edward Fixx. Era distinto de lo que había sentido al matar a la chica.

Al correr tras ella la ira había sido como un viento que penetraba en él desde fuera.

Transcurrió media hora antes de que Trout oyera los pasos del director en el pasillo. Amartilló el arma, sujetándola entre las rodillas. El director abrió la puerta y riñó al perro. Trout oyó su voz y supo que no iba a entrar con una escopeta. Volvió a apoyar el percutor en la aguja de percusión y se quedó quieto.

Al cabo de un momento oyó al perro —las uñas rozando el suelo de cemento— y luego éste entró en el despacho, se sacudió y la puerta se cerró. El director no se percató de la presencia de Trout al principio, y se sobresaltó al verle.

—¿Qué diantres hace aquí todavía? —preguntó.

Un ruido empezó a subir por la garganta del perro, y el director no le ordenó que callara.

—Aquí es donde me han colocado —dijo Trout, observando al animal.

Algo se estaba apoderando del perro, algo que crecía por el propio impulso, y el animal le mostró los dientes y las encías negras.

—Tenían que llevárselo —dijo el director—. Le han puesto en libertad y tenían que llevárselo. Y ahora entro aquí y me lo encuentro jugando con una pistola.

El perro iba acercándose poco a poco, emitiendo unos ruidos húmedos y roncós, sus ojos parecían clavados en los de Trout, sólo que éste no podía devolverle la mirada. Se inclinó hacia adelante para verlo mejor.

—Siéntate —dijo el director con voz cansada, y en un instante cambió la expresión de la cara del animal. Se sentó y alzó la cabeza para mirar al director, la lengua saliéndole por un lado de la boca, moviéndose alegremente.

—Es mi pistola —dijo Trout.

—¿Se ha traído su pistola a la cárcel?

—No iba a la cárcel.

—Podría haber ido.

—No —dijo Trout—, no iba.

El director se acercó a su mesa, dejó el sombrero encima y se sentó.

—Me gustaría saber cómo diablos piensa usted volver. No tengo montado ningún servicio de autobuses para ir al condado de Ether, tardará medio día en ir a pie hasta la ciudad.

Trout se quedó esperando.

—Supongo que podría encontrar a alguien que le llevara... Tal vez le cueste un poco de calderilla.

Trout no dijo una sola palabra.

—Imagino que algún preso de confianza estará dispuesto a llevarle por quince dólares. No es mucho para alguien como usted, ¿verdad?

Trout se levantó y el perro se incorporó a medias con él y se quedó quieto.

—Me he gastado en el condado de Petersboro todo el dinero que pienso gastar — dijo.

El director se encogió de hombros.

—Como usted quiera. Salga por la entrada, camine hasta la carretera y doble hacia el sur. Morganville cae a veintisiete kilómetros y pico. Yo no contaría con que nadie le recoja por estos pagos, si eso es lo que está pensando. El traje no le sirve, la gente sabe que procede usted de la prisión. Creen que todo el que sale de este lugar va a robarles y a dejarles muertos en la cuneta. No tienen forma de saber que usted no es así, Mr. Trout...

Trout sabía que el hombre se estaba riendo de él. Volvió a meterse la cuarenta y cinco entre el cinturón y el cuerpo y salió del despacho. El prisionero seguía fregando el mismo sitio, como si fregara dormido. Trout sorteó al hombre, pisando el suelo mojado, y salió del edificio.

Anduvo hasta la carretera y dobló hacia el sur. A unos ochocientos metros de la granja de trabajo había una serpiente. Era una víbora, gruesa como el brazo de un hombre, aplastada por el lugar donde un neumático le había pasado por encima, y pegada al asfalto por su propia viscosidad. Yacía inmóvil, salvo por un movimiento convulsivo de la cola, y permaneció igual hasta que Trout se hubo alejado unos cuantos metros. Entonces, sin avisar, la cabeza se levantó del asfalto e hizo como si mordiera en dirección a Trout, lentamente, una y otra vez. Trout se quedó donde estaba, a unos cuantos metros, y entonces la serpiente se volvió de pronto contra sí misma y se mordió, tres veces, justo delante del lugar por donde estaba aplastada.

Luego cayó sobre el asfalto y reptó sin avanzar, pegada a la carretera y deslizándose de un lado a otro, hasta que algún sentido que había dentro de ella se convenció de que ya había reptado lo suficiente y se quedó quieta en la carretera, esperando.

Ocupada de nuevo en la tarea de morirse.

Trout vio que la cosa no era tan mala, que sencillamente se retiraba más del mundo, hacia los lugares más seguros y profundos que había dentro de ella.

La primera persona que vio a Paris Trout cuando se apeó del autobús en Cotton Point fue el sheriff Edward Fixx. El sheriff tenía por costumbre ir en coche desde su oficina hasta la estación de la Greyhound después de almorzar, para ver a los pasajeros que llegaban en el autobús expreso de las doce y cuarto. El sheriff tenía en su oficina un tablero de anuncios con las caras de hombres buscados por las autoridades —caras y descripciones y manera de actuar—, y exigía a sus seis agentes y a Arlene, la operadora de radio, que leyesen el tablero todos los días, no sólo para que vieran los carteles con las caras de los que eran buscados, sino también los avisos que él escribía en unas tarjetas que clavaba con chinchetas.

El mundo estaba lleno de recompensas para los que sabían lo que estaban buscando.

El sheriff Fixx ocupó su asiento habitual en el extremo del banco más próximo a las puertas y se puso a observar las caras, con la esperanza de que alguna de ellas hiciera sonar la alarma. Había demasiadas fotos para aprendérselas de memoria, de modo que el sheriff las observaba atentamente al entrar, confiando en que el instinto le avisaría cuando se tropezara personalmente con uno de ellos. Era una curiosa sensación que experimentaba cuando pasaba algo.

Y ese día la sensación le sobrevino de pronto como un ataque fulminante. Un hombre alto, de pelo gris, vestido con un traje. Fixx le vio por un instante, apenas un perfil, y se irguió al tiempo que su mano se movía hacia la funda de la pistola. Al cabo de un momento se dio cuenta de quién era el hombre. El sheriff se quitó el sombrero y se pasó un pañuelo por la frente. Paris Trout cruzó las puertas de vidrio, entró en la estación, pasó cerca del sheriff y se dirigió al teléfono.

Cuando Trout hubo terminado su llamada, el sheriff Fixx apretó el mismo auricular contra la oreja y marcó el número del juez Taylor.

—Paris Trout acaba de apearse del de las doce y cuarto —dijo.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—He pensado que tal vez querría usted saberlo, eso es todo.

—Mierda —dijo el juez, y colgó.

Fixx anduvo con cautela hasta la puerta principal y se asomó al exterior. Trout se encontraba de pie en el bordillo con una negra y un par de cadetes de la academia de oficiales. Su traje aparecía arrugado y llevaba los zapatos un poco sucios, pero no había ninguna otra señal de que hubiera estado ausente. El sheriff se acordó de los hombres vestidos con trajes y zapatos de dos colores que había visto en el despacho del director.

Abogados.

Fixx había ido andando hasta la estación ese día, mientras le reparaban el coche patrulla, el nuevo, y había tenido que mandar hombres en los otros tres coches para que atendieran llamadas recibidas desde diversas partes del condado. Pensó en su

coche, abollado cuando llevaba a Paris Trout al condado de Petersboro, y ahora, cuando el coche todavía se encontraba en el taller de la Ford, Trout había vuelto a la ciudad.

El hombre le había puesto una pistola en la mandíbula —aunque más tarde el sheriff decidió que lo había hecho sin intención de usarla— y luego casi había llegado antes que él a la ciudad. Fixx cruzó la puerta y se colocó detrás de Trout.

—Veo que le han dado permiso por buena conducta —dijo. Era muy dado al sarcasmo.

Trout metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado, que entregó al sheriff.

—¿Qué es esto? ¿Un indulto del gobernador?

—Hábeas Corpus —dijo Trout.

—Abracadabra, querrá decir.

Trout le cogió el papel de la mano y se lo guardó en el bolsillo.

—Es tan legal como cualquier otra cosa —dijo.

Y entonces, mientras el sheriff Fixx buscaba una respuesta, junto al bordillo se detuvo un Pontiac negro conducido por la mujer que trabajaba para Trout, la de la pierna ortopédica. Trout subió al coche y éste se alejó.

Fixx se quedó mirando el coche hasta que dobló una esquina, tratando de recordar si era legal que una mujer que llevaba un pierna artificial condujera un coche. Luego echó a andar de vuelta a su oficina, sonriendo a los transeúntes para que pensarán que era natural que el sheriff anduviera por la calle. Cuando llegó ya había decidido lo que iba a hacer en relación con Paris Trout; no iba a hacer nada.

Si el hábeas Corpus le parecía bien al juez Taylor, también se lo parecía a él. Pensó que prácticamente había agotado la paciencia de Cotton Point llevando el asunto de Trout tan lejos.

De todos modos, decidió que cachearía a Paris Trout en el caso de que tuviera que llevarle de nuevo al condado de Petersboro. No permitiría que un preso volviera a subir a un coche oficial portando un arma, del tipo que fuese, y aquella noche clavó una nota a tal efecto en el tablero de anuncios.

SÉPTIMA PARTE

Carl Bonner

En la mañana del lunes de la semana siguiente, algunos de los ciudadanos y políticos más prominentes de Cotton Point se reunieron a desayunar en el domicilio del alcalde Horn. El propósito de la reunión era trazar planes para celebrar el sesquicentenario de la ciudad cuando llegase la primavera. Entre los invitados se encontraban los presidentes del Rotary, del Elks, de la orden del Moose y de la Cámara Joven de Comercio, así como todas las damas auxiliares de las citadas organizaciones.

Estaban presentes cuatro de los cinco miembros de la comisión organizadora del sesquicentenario: Harry Seagraves, Carl Bonner, Ward Townes y el doctor Hodges, que era el propietario de una tienda de muebles. Sólo faltaba Walker Hargrove, del First Bank of Georgia, aunque nadie había creído que pudiera asistir. Los banqueros tenían cosas que hacer.

Estes Singletary también se encontraba presente, con su esposa, que tomó fotografías para el artículo que pensaba escribir. Mrs. Singletary había sido periodista aficionada antes de casarse.

Según el artículo de Mrs. Singletary, que apareció en el periódico el jueves siguiente, la reunión «salió a las mil maravillas, se aportaron numerosísimas ideas, algunas de ellas deliciosamente inesperadas».

Entre las ideas, que Mrs. Singletary no divulgó en su artículo, había planes para un desfile que se celebraría en el campo de fútbol de la academia de oficiales, una excursión en tren a Atlanta —aunque algunos de los presentes opinaron que no dejaba de ser curioso ir a Atlanta para celebrar la existencia de Cotton Point— y una ordenanza municipal que exigía llevar barba a todos los hombres que pudieran dejársela.

Aquella mañana se formó una subcomisión compuesta por tres abogados que se encargaría de hacer cumplir la ordenanza. Los Guardianes del Matojo. El alcalde Horn nombró presidente a Harry Seagraves, al que llamó «el mejor cerebro criminal de Georgia».

Al concluir el desayuno, la doncella del alcalde se llevó los cubiertos de plata, y las señoras, respondiendo a alguna señal tácita, se retiraron al otro extremo de la casa. Cuando se hubieron ido, el alcalde arrancó de un mordisco la punta de un cigarro y se lo metió en la boca. Los demás encendieron cigarrillos, exceptuando Estes Singletary, que fumaba en pipa, y durante cerca de una hora discutieron los pros y los contras de instalar una serie de cepos públicos frente al palacio de justicia para los que se presentaran rasurados durante la Semana del Sesquicentenario.

El alcalde era favorable a la idea, Harry Seagraves se opuso. Hablaron sobre quién era probable que se negara a dejarse la barba y sobre la facha que tendrían con los tobillos y las muñecas en el cepo, riendo al pronunciarse algunos nombres, los ojos llenos de lágrimas a causa del humo.

Fue el periodista quién sacó a colación el nombre de Paris Trout. Miró directamente a Seagraves y dijo:

—Sea cual sea el castigo, debería ser peor que el que recibió Paris Trout por matar a aquella niña negra.

Seagraves se encontraba sentado con las manos cruzadas sobre el estómago, sintiéndose lleno y perezoso y feliz. Sin mover un solo músculo, todo cambió.

—Yo no tuve nada que ver en ello —dijo.

Estes Singletary se encogió de hombros.

—Tú eres el abogado.

—Mi asociación con Mr. Trout terminó con su última apelación. Imaginaba que lo sabrías, siendo, como eres, el director de «La Conciencia de Georgia».

Era el lema del *Plain Talk*.

Estes Singletary vio que Seagraves estaba enfadado y trató de desdecirse.

—No lo he dicho en sentido personal, Harry. Lo único que quería decir es que Trout fue declarado culpable de un delito en esta ciudad, y condenado, y luego apareció libre por las calles el día después de ingresar en la cárcel, y nadie dijo ni pío sobre el asunto.

—Tú eres el dueño del periódico. ¿Por qué no publicas algo al respecto?

—Tal vez lo haga —dijo Singletary, pero todos los que estaban sentados a la mesa sabían que temía ofender a los anunciantes.

Guardaron silencio. La doncella salió de la cocina con una cafetera y anduvo de uno a otro, llenando de nuevo sus tazas.

Sólo Carl Bonner dijo que no quería más café, tapando la taza con la mano y meneando la cabeza. La doncella le sonrió y dijo:

—No ha tomado más que una taza, Mr. Bonner.

Pero él no contestó. Tenía la atención puesta en el otro extremo de la mesa. Después de servir al alcalde, la doncella echó un vistazo a todas las tazas, para asegurarse de que no se había olvidado de nadie, y luego sonrió.

—Bueno, iré a ver si las señoras necesitan algo, y les dejaré a ustedes en paz para que sigan hablando de sus cosas.

Pero ya habían hablado de todo lo que querían hablar. Pasaron cinco minutos. Ward Townes consultó su reloj de bolsillo y recordó que tenía que ir al palacio de justicia. Seagraves se levantó con él, dio las gracias al alcalde por el desayuno y dijo que pensaría en el asunto de los cepos. Luego el doctor Hodges y los Singletary. Se fueron de uno en uno hasta que en el comedor quedaron únicamente el alcalde y Carl Bonner.

—¿Conoce usted a alguien del condado de Petersboro que pudiera decirme cómo

salió Paris Trout? —preguntó Bonner.

El alcalde Horn sacó dos cigarros del bolsillo de la americana, ofreció uno al joven abogado y mordió la punta del otro. Bonner hizo lo propio con el suyo y dejó que el alcalde se lo encendiera.

—No quiera usted meterse en las cosas del condado de Petersboro —dijo finalmente el alcalde—. Tampoco necesita tratar con Paris Trout. Estes Singletary es un bocazas, pero no dirá ni una palabra fuera de esta habitación. La moraleja es que no debe invitarse jamás a un periodista a un lugar, el que sea, en donde haya personas educadas... —El alcalde se interrumpió brevemente, reflexionando sobre sus palabras. Luego dijo—: Cotton Point ya ha hecho cuanto ha podido en relación con Paris Trout, Mr. Bonner. No se hará usted ningún favor, ni se lo hará a su bufete, sacando nuevamente este asunto a la luz.

—No es ésa mi intención. Podría resultar útil, eso es todo. Represento a Mrs. Trout en su petición de divorcio y Paris Trout ha hecho cuanto ha podido para dar largas al asunto...

El alcalde frunció el ceño. Había admirado a Hanna Nile durante la mayor parte de su vida. Había oído hablar de las dificultades con que tropezaba para obtener la libertad de Paris.

—Hay un hombre que sabrá quién cobró —dijo finalmente—. Lo más probable es que se llevara una tajada.

Carl Bonner se irguió en la silla y esperó.

—No hace falta que yo le diga de quién se trata —dijo el alcalde, súbitamente irritado—. El escrito es un documento público, según me han dicho; usted se ha educado en el este, lo único que tiene que hacer es ir allí y leer el condenado nombre.

Carl Bonner se levantó entonces, el alcalde se quedó donde estaba. Muy lentamente, aplastó la punta encendida de su cigarro en los huevos revueltos que quedaban en su plato, apretando hasta que la punta empezó a desmenuzarse.

—Le aseguro que seré discreto —dijo Bonner.

—Permítame que le haga una pregunta —repuso el alcalde—. Si pudiera hacerse algo discreto en relación con Paris Trout, ¿cree usted que las personas que han estado aquí esta mañana no lo hubieran hecho ya?

Carl Bonner tardó cinco minutos en encontrar el nombre del juez que había puesto en libertad a Paris Trout. Raymond Mims. Se pasó el resto de la tarde en el palacio de justicia del condado de Petersboro, buscando otros tantos de hábeas corpus que Mims hubiera firmado para presos del campo de trabajo.

Había encontrado ocho cuando el funcionario apagó las luces.

Bonner decidió pasar la noche en la ciudad, en la mejor habitación de hotel que pudiera encontrar, y cargar la factura en la cuenta de Hanna Trout, cuenta que pagaría su marido cuando finalmente se procediera a la separación de bienes. Bonner se

propuso hacerle a Paris Trout tanto daño como le fuera posible.

Durante dos años y medio había estado presentando toda suerte de documentos jurídicos, pero cada vez Paris Trout presentaba los suyos a fin de retrasar la vista de la causa o alegaba razones para no presentar los documentos que Bonner pedía. Trout estaba familiarizado con los puntos débiles de la ley, los puntos donde las cosas se perdían o se retrasaban o se traspapelaban.

El bufete de Carl Bonner había crecido durante aquel tiempo, pero no como él esperaba. El dinero que ganaba seguía procediendo de los clientes que le mandaban otros abogados, no tenía ninguna cuenta de consideración, ningún cliente importante.

Y el divorcio de Hanna Trout le estaba esperando todas las mañanas cuando se despertaba, y seguía importunándole cuando volvía a casa por la noche. A veces, de hecho, tenía la impresión de que Trout estaba en su casa. Detrás de alguna de las puertas de la parte posterior, trabajando contra él.

Encontró un hotel que tenía teléfono en las habitaciones y llamó a su secretaria momentos antes de las seis. Le pidió que llamara a su esposa y le dijese que no iría a casa. Hablaba con Leslie por mediación de la secretaria dos o tres veces al día. A veces metía la pata y llamaba a su esposa usando el nombre de la secretaria y viceversa.

Y después de llamar a la oficina, llamó a Hanna Trout.

Seagraves estaba echado en la cama con ella cuando sonó el teléfono. Hanna iba en combinación, Harry se había quitado los zapatos y aflojado la corbata. Tenía un vaso de té helado sobre el estómago. El té se derramó al levantarse Hanna para contestar al teléfono. Harry la visitaba una o dos veces a la semana, había una entrada en el callejón de la parte de atrás.

Hanna volvió antes de que transcurrieran cinco minutos.

—Era Carl Bonner —dijo, sentándose otra vez en la cama.

Seagraves le tocó el hombro.

—Está en el condado de Petersboro.

—¿Para qué?

—Por algo relacionado con Paris. Me ha dicho que ha encontrado lo que necesitamos.

Seagraves no se movió.

—¿Te ha dicho qué era?

—El nombre de las personas a las que Paris pagó para que le soltaran.

Harry se incorporó un poco y bebió unos sorbos de té helado.

—Todo el mundo en el Estado sabe a quién pagó —dijo.

Vio que sus palabras la trastornaban y volvió a tocarle el hombro. Hanna no respondió. Había una parte de ella a la que Seagraves no podía llegar, y era la parte que él quería. Pensó que quizá pertenecía aún a Paris Trout.

Hanna se volvió para mirarle. Su costado era una línea recta debajo de la combinación, una línea que se prolongaba hasta el talle, y Seagraves la siguió desde debajo del brazo hasta que le tocó la cadera.

—Entonces, ¿por qué nadie volvió a meterle dentro?

—No vendrá por aquí —dijo él.

—Está por aquí.

Harry entendió lo que quería decir, y no trató de contestar.

—Dice Carl Bonner que ha encontrado otros ocho casos de tipos que salieron por el mismo procedimiento —dijo Hanna al cabo de unos instantes.

—Me parece bien.

Hanna se apartó y miró por la ventana, fijamente.

—Hay un aspecto de ti que no encaja —dijo.

Él sonrió.

—¿Qué aspecto es ése?

—Tu carácter. Eres justo conmigo, más de lo que lo ha sido nadie. Me dices la verdad. Pero hay toda una vertiente distinta, una vertiente que aflora a veces y que hace que me pregunte en qué mundo vives.

—En el mismo mundo que el resto de la gente. Hay cosas buenas y cosas malas tal como las encuentras.

Hanna subió los pies a la cama y los miró con atención, la barbilla apoyada en las rodillas. Si él se movía ahora, la pillaría llorando.

—¿Qué esperas tú? —preguntó él sin alzar la voz.

—Otra cosa.

Seagraves esperó unos minutos y luego la tocó detrás de las orejas, pasando de allí al cuello y bajando hasta los hombros. Hanna estaba muy quieta. Las manos de Seagraves subieron otra vez hasta el cuello, y lo rodearon, acariciando las mejillas y los ojos, tirando del labio inferior hacia abajo y metiéndole la punta de un dedo en la boca. Hanna se estremeció bajo sus dedos.

—Sencillamente, compró su libertad —dijo Hanna más tarde.

Harry se incorporó, apoyando la cabeza en la palma de la mano, y la miró a la cara. Notaba frío en el regazo, y en las piernas, todas las partes del cuerpo que la tocaban quedaban mojadas.

—Ahora no importa —dijo él—. No es asunto nuestro.

—¿Es así como quedan las cosas? ¿Paris no es asunto de nadie?

Harry dejó que su cabeza cayera otra vez sobre la almohada y pensó en lo que Hanna había dicho antes. Que él era justo con ella y le decía la verdad. Intentó hacerlo ahora.

—Llega un momento —dijo— en que lo mejor es dejar las cosas como están.

Dos días después Carl Bonner entró en el establecimiento de Main Street. La

mujer de la pierna artificial le miró ceñudamente desde el otro lado del mostrador. Carl señaló un paquete de chicle Dentine y dio un billete de un dólar a la mujer. Cuando ella se volvió para coger el cambio él le preguntó si Trout estaba en la tienda.

—Me parece que está en su despacho con un negro —dijo—. Ha estado muy ocupado y no tiene tiempo para verle a usted.

La mujer contó los noventa y cinco centavos, poniendo las monedas en la palma de la mano de Bonner, de una en una.

Él echó a andar hacia la trastienda.

—Usted perdone —dijo la mujer, pero él siguió andando. La oyó a su espalda, los pasos suaves alternando con los fuertes, tratando de darle alcance—. Hágame el favor de detenerse, hombre.

Le dio alcance ante la puerta, que estaba cerrada. Carl oyó una voz dentro, la mujer le sujetó por la manga de la americana. Tenía más fuerza de lo que parecía a primera vista y le hizo perder el equilibrio.

—Ya se lo he dicho. Mr. Trout no tiene tiempo para usted hoy.

Carl apoyó las manos en los hombros de la mujer, la apartó de su camino y luego abrió la puerta. Entró en el despacho. Trout estaba subido en una silla junto al lavabo, desnudo de cintura para arriba. El espejo estaba roto, sólo quedaba un fragmento de cristal en uno de los ángulos de arriba. Los tirantes le colgaban a los costados, hasta la rodilla, las mejillas y el mentón aparecían cubiertos de crema de afeitar. Tenía una navaja en la mano y la empuñó de otro modo al entrar Bonner.

El abogado oyó a la mujer detrás de él.

—Se lo he dicho —repitió ella, pero Bonner alargó un brazo cuando ella intentó asirle y la hizo caer al suelo.

La pierna artificial armó mucho ruido, el resto de la mujer aterrizó silenciosamente. Bonner se le acercó para ayudarla a levantarse.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó.

—¡Vaya boy-scout! —dijo ella—. Ha derribado a una señora impedida.

Trout no se había movido. Bonner intentó levantar a la mujer. La mitad de ella parecía aceptar su ayuda, la otra mitad parecía empeñada en rechazarla.

—Ha sido un resbalón —dijo Carl.

—No he resbalado en toda mi vida —replicó ella, levantándose.

Se sacudió la ropa y luego se la arregló, y después, sin previo aviso, rompió a llorar.

Bonner la acompañó hasta la puerta y la cerró cuando hubo salido. Después se volvió y miró a Trout.

—Mr. Trout —dijo—, nada de esto habría sido necesario...

Trout bajó de la silla y dio un paso hacia él, empuñando la navaja. Carl Bonner recogió del suelo una botella de agua mineral vacía y esperó. Trout se detuvo y de pronto Bonner pensó que ignoraba quién era él.

—Soy Carl Bonner —dijo—. Represento a su esposa en su petición de disolución

del matrimonio.

—Abogados —bufó Trout, volviendo al lavabo y empezando a afeitarse. No se subió otra vez a la silla para utilizar el espejo y a los pocos instantes empezó a sangrar.

Bonner le observaba, decidido a esperar. Cruzó los brazos y abrió las piernas y sus ojos recorrieron la habitación. Botellas, latas vacías, daba la impresión de que alguien viviera en ella. Trout se limpió el jabón de la cara, dejando unas manchas rojas en la toalla. Se puso la camisa y se arregló los tirantes, que hicieron un ruidito seco al soltarlos. Dejó la toalla en el suelo.

—Mr. Trout, he venido por lo de su esposa.

—No tengo esposa.

Pasó por delante de Bonner y se sentó detrás de la mesa de despacho.

—Desde el punto de vista jurídico, sí la tiene, señor.

Trout le señaló con un dedo ganchudo y dijo:

—Ya he recibido todos los insultos que pienso aguantar, niño bonito. Si una mujer te echa de casa, pierde su derecho a...

—Lo único que ella quiere es la escritura de la casa y el dinero que usted le pidió prestado cuando se casaron. Eso y los honorarios del abogado. No hay nada más, excepto librarse del apellido Trout.

Trout no contestó.

—Tengo información general sobre el estado de sus finanzas. El banco que lleva usted y la sociedad matriz valen medio millón de dólares. Hay unas trescientas cincuenta hectáreas de tierra en la parte oriental del Estado con madera para aserradero, por valor de cien mil. Y posee usted la escritura de una casa de pisos que, junto con su establecimiento, está valorada en treinta mil dólares. Además de todo lo que tenga en las cajas fuertes. —Hizo una breve pausa—. Lo único que quiere Mrs. Trout —repitió— son sus cuatro mil dólares, la casa y mis honorarios.

Trout rió estruendoso.

—Si esto es motivo de un pleito, le costará más de lo que acabo de decirle —señaló Bonner—. Hay juicios en los que la esposa recibe un tercio de las propiedades...

—Búsquelo. Reúna a todos los negros ante el tribunal y pregúnteles cuánto me deben. Enséñeme la escritura de propiedad de la madera. Enséñeme los beneficios que produce el establecimiento...

Sin previo aviso, rompió a reír de nuevo. Bonner esperó a que terminara.

—Siempre se encuentra la forma —dijo cuando el hombre de más edad se hubo calmado—. Si pisas el barro, dejas una huella.

—No guardo las cosas donde cualquiera pueda encontrarlas. —Se dio unos golpecitos en la sien y luego volvió a acomodarse en la silla.

A Bonner se le ocurrió que Trout se estaba burlando de él. Sintió que la ira le entumecía el rostro.

—Supongo que lo que dice es cierto —contestó—, pero hay otro asunto.

Trout apoyó la palma de las manos en la superficie de la mesa y le miró fijamente.

—El asunto del condado de Petersboro.

—No hay ningún asunto del condado de Petersboro. Eso se acabó.

Bonner dio la vuelta a la silla y se sentó.

—El juez Raymond Mims —dijo. Trout no pareció oírle—. Usted pagó al juez Raymond Mims para que le sacara al amparo de un auto de hábeas Corpus; fue una jugada hasta entonces inaudita en los tribunales de este Estado.

Trout se inclinó un poco más hacia él.

—¿Cree usted que le extendí un cheque, hijo?

—Le sobornó, desde luego. A él y al director.

—El juez de aquí arriba opinaba de un modo, el juez de allá abajo opinaba de otro. En el caso de los jueces, hay que ver en último lugar al que opina igual que tú. Lo único que hay que hacer es conservar la libertad hasta que encuentras al que necesitas.

Bonner habló como si no le hubiera oído.

—Un hombre tan tacaño como usted, Mr. Trout, un hombre dispuesto a disparar contra niños y mujeres por un coche abollado, un hombre así no tira el dinero alegremente. —Volvió a recorrer la habitación con los ojos—. ¿Le da miedo que le encierren? ¿Comer en la misma mesa que los negros, dormir por la noche en la misma habitación que ellos? ¿Le da miedo respirar el mismo aire? —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. Sin duda no son las comodidades materiales lo que teme perder, de modo que tiene que ser otra cosa...

La expresión de Trout había cambiado, algo nuevo se reflejaba en su cara. Abrió uno de los cajones de la mesa. Bonner creyó que iba a mostrarle el escrito del condado de Petersboro, pero lo que puso sobre la mesa fue una pistola. La dejó allí, el cañón apuntando hacia Bonner, la empuñadura bajo la palma de su mano.

—No necesita eso, Mr. Trout. Lo único que necesita es darle a su esposa sus cuatro mil dólares y firmar los papeles.

Al reflexionar, Bonner se dio cuenta de que Trout había albergado la intención de matarle. Pensó en ello, pero sólo fugazmente.

—Si vuelve usted por aquí, señor abogado, la usaré —dijo Trout.

Carl Bonner se detuvo en la puerta.

—No puede matar a tiros todo lo que le da miedo —dijo.

Salió de la habitación entonces, chocando con la mujer de la pierna artificial, que se encontraba en el otro lado.

La mujer alzó la mirada hacia él, la boca entreabierta. Había una lucecita apenas perceptible detrás de sus ojos.

—Usted es un hombre instruido —dijo—. Debería haber sido más prudente.

Hubo otra advertencia.

Una noche, al cabo de un mes, tras la segunda reunión de la Comisión Organizadora del Sesquicentenario, Carl Bonner se encontró sentado en medio de una nube de humo, después de cenar en casa de Harry Seagraves, cuando el nombre de Trout volvió a salir en la conversación.

Y también esta vez fue Estes Singletary quien lo mencionó. Un gran jurado federal de Atlanta había procesado a Trout aquella semana. Se le acusaba de haber tratado de sobornar a dos funcionarios de la Dirección General de Tributos.

—Parece ser que nuestro amigo Mr. Trout intentó comprar al gobierno federal esta vez —dijo Singletary.

Durante un momento nadie habló. El periodista lo interpretó como una señal para que siguiera y dijo:

—Los chicos federales deben de ser más caros que la gente del condado de Petersboro.

—Probablemente cobran lo mismo y luego te detienen de todos modos —dijo alguien.

Walker Hargrove, el banquero, se excusó y abandonó la reunión.

—No hagáis caso de Walker —dijo Singletary cuando el banquero se hubo ido—. Ha tratado con los de Tributos este año y no puede estar en la misma habitación que alguien que los mencione.

Pero al cabo de uno o dos minutos el presidente de la Cámara Joven de Comercio también se fue, el presidente del Rotary, y luego el alcalde Bob Horn, y después Estes Singletary, y luego casi todos los demás. Transcurridos diez minutos, los únicos que quedaron en la sala de estar de Harry Seagraves fueron éste, Carl Bonner y Ward Townes. Los Guardianes del Matojo. Bonner se desperezó, y miró a su alrededor.

—Como tema de conversación, no puede decirse que Paris Trout valga mucho, ¿verdad? —dijo.

Seagraves removió su café con el dedo índice.

—El problema es llegar a una conclusión —dijo—. Lo que hay que hacer ahora es no empujar, dejar sólo que las cosas sigan su curso natural. Disfrutar de la celebración, hacer la excursión en tren a Atlanta, poner cierta distancia entre todos nosotros y Mr. Trout. —Sacó el dedo de la taza y miró ceñudamente el café—. Nunca conseguiremos organizar nada para esta celebración si seguimos invitando a Estes Singletary a las reuniones.

Carl Bonner permaneció callado un momento, percatándose gradualmente de que Seagraves lo había dicho también por él.

—Llevo dos años tratando de hacer que Paris Trout comparezca ante un tribunal —dijo, procurando que el enfado no se le notara en la voz—. A veces, si no empujas, no se mueve nada.

Seagraves miró a Ward Townes por encima de la mesa llena de platos sucios.

—El truco está en saber cuándo ocurre así —dijo.

A Carl Bonner le pareció que Townes y Seagraves tenían alguna clase de acuerdo

secreto sobre el asunto, como si hubieran hablado de ello con anterioridad. Fue Townes el que habló.

—No empuje demasiado fuerte, Mr. Bonner —dijo con voz tranquila.

—Todavía no he empezado a empujarle de ninguna forma.

—El hombre está desequilibrado.

—¿Lo dice porque lleva una pistola? Puedo llegar a un acuerdo con él, si eso es lo que quiere. Puedo llevar este asunto en cualquier dirección que a él le guste seguir.

Hubo unos instantes de silencio y luego Seagraves dijo:

—No, no puedes. —Vio que había insultado al joven abogado, pero la cosa no tenía remedio—. Paris Trout conoce direcciones que tú nunca has imaginado que existan.

La celebración empezó oficialmente a las nueve de la mañana del sábado siguiente.

El Georgia Pacific salió de la estación de Cotton Point a su hora regular y se dirigió hacia el norte, camino de Atlanta, tirando de un vagón de ferrocarril decorado especialmente en el que iban cien miembros de las familias más orgullosas de la ciudad. Los Cien de Cotton Point.

Muchos de los abogados iban provistos de petardos.

El alcalde Bob Horn llevaba un látigo y se había puesto un disfraz que hacía pensar en Alex McHandy, el tratante de esclavos que había fundado la ciudad. Parecía un macarra de Nueva Orleans, al menos se lo parecía a Seagraves. Todos los hombres que iban en el vagón lucían barba o patillas de algún tipo, y la mayoría se las habían dejado muchas semanas antes de que empezara la celebración, para dar ejemplo.

Muy pocos hombres se presentaron desprovistos de licor fuerte, aunque eran sus esposas, en su mayor parte, las que llevaban el licor en las cestas de provisiones para la merienda. El plan consistía en celebrar la fiesta en el césped del capitolio del Estado, debajo de una bandera de la ciudad. «COTTON POINT: LA CIUDAD DE GEORGIA ANTERIOR A LA GUERRA».

En el vagón reinaba un ajeteo silencioso; había tanta gente en el pasillo central como en los asientos, y flotaba en el aire el olor del café y los cigarrillos.

Carl Bonner iba sentado junto a una ventanilla y de vez en cuando se inclinaba por delante de su esposa para hablar con alguna de las personas que estaban en el pasillo. Entonces Leslie se echaba hacia atrás para hacerle sitio. Leslie hubiera preferido no tomar parte en la excursión en tren. Carl le puso la mano en la pierna una vez, apretándosela fugazmente, sin obtener la menor reacción.

A los cuarenta minutos de salir de Cotton Point, varios kilómetros antes de llegar a Montclair, en una parte donde la vía describía una larga curva, el tren atravesó un túnel. El vagón se oscureció y antes de que volviera a salir a la luz del sol el

maquinista frenó con brusquedad y la mitad de los pasajeros que estaban en el pasillo se encontraron de pronto en el suelo.

Se oyeron chillidos —de los frenos y de las señoras— y risas. Una mujer que olía a lilas cayó sobre la cabeza de Bonner desde atrás y le abrazó brevemente antes de levantarse. Leslie miraba al frente.

El vagón salió del túnel, frenando todavía.

Bonner volvió a inclinarse por delante de su esposa y vio a Harry Seagraves sentado en el pasillo, sosteniendo un cigarro entre los dientes y sonriendo ante la confusión. Una mujer se inclinó sobre Seagraves y le besó en plena coronilla. Él le ofreció el cigarro y la mujer lo aceptó.

Eran las nueve y cuarenta y dos minutos de la mañana. Carl Bonner consultó su reloj. El tren empezó a hacer una serie de movimientos bruscos hasta que se detuvo, expulsando vapor.

Pasaron varios minutos y luego un revisor entró en el vagón por detrás, procurando no pisar a los pasajeros que todavía se estaban ayudando a levantarse unos a otros y sacudiéndose la suciedad del trasero y las mangas.

—No hay ningún motivo para alarmarse, señoras y señores —dijo el revisor—. Es sólo que a un palurdo se le ha ocurrido aparcar delante de un tren.

Al cabo de unos minutos Bonner le vio, andando por la vía en dirección contraria a la del tren.

En algún lugar, hacia la parte de delante, una mujer gritó:

—¡Dios me valga! ¡Es Paris Trout!

Y todos los pasajeros que estaban en un lado del vagón se levantaron para pasar al otro lado con el fin de verle.

Trout se detuvo al llegar a la mitad del vagón y se quedó quieto, vestido con un arrugado traje gris, los brazos cruzados, la vista levantada hacia las ventanillas. Alguien abrió una y preguntó:

—¿Te vienes con nosotros, Paris?

Trout no se movió de donde estaba. Un revisor apareció por detrás y le gritó:

—¡Saque esa mierda de la vía, señor, o se la vamos a dejar bien planchada!

Trout no le hizo el menor caso y a los pocos instantes el tren se estremeció y empezó a moverse. Los Cien de Cotton Point prorrumpieron en vítores al notar que el tren se movía otra vez.

Bonner vio cómo Trout desaparecía poco a poco por la parte de atrás. Al cabo de un momento vio el Henry J de Trout —la puerta del conductor estaba abierta por completo y todo el lado se encontraba lleno de abolladuras causadas por el tren al quitarlo de en medio— y después lo perdió de vista también.

Respondiendo a alguna señal, la gente del pasillo empezó a beber y el silencioso ajeteo de antes se esfumó.

Bonner se levantó y con cierta dificultad pasó por delante de Leslie para llegar al pasillo, dejándola en el asiento. El pasillo se llenó de jolgorio. La mujer que antes

besara la cabeza de Harry Seagraves ahora le besó la nariz y luego las mejillas. No transcurrió mucho tiempo antes de que otras señoras le besaran también, y las huellas de los labios, rojas y perfectas, quedaron como ampollas en las partes de la cara de Harry Seagraves que no tapaban las patillas.

Leslie observaba a su marido. Le vio aceptar un vaso de papel lleno de licor; le vio aceptar los besos de las señoras de Cotton Point que no podían llegar hasta donde se encontraba Seagraves; le vio poner las manos encima de todas las personas a las que veía.

Leslie se deslizó hacia el asiento junto a la ventanilla y cerró los ojos.

La fiesta se movía por el pasillo, arriba y abajo. Alguien arrojó un rollo de papel higiénico al otro extremo del vagón. Otra persona tenía un banjo. Hombres y mujeres reptaban por encima de los asientos, quitándose y poniéndose los sombreros respectivos. Un rollo de papel higiénico aterrizó en el asiento detrás de Leslie Bonner. Su marido salió de entre un confuso grupo de gente al cabo de un momento y se sentó pesadamente en el asiento de al lado.

—¿Quieres un poco de café? —preguntó.

Leslie dijo que no con la cabeza. Le hubiera gustado beber un poco de licor, pero Carl no le permitía beber fuera de casa ahora. Temía las cosas que ella pudiera hacer.

—Puedo traerte un café —insistió—. O una Coca-Cola.

—No.

—Si cambias de idea...

Se puso en pie y volvió al pasillo. En la parte delantera del vagón alguien tocaba una corneta; el ruido aturdía a Leslie. Se cubrió con una manta del Georgia Pacific Railroad que encontró en un compartimiento situado encima de su cabeza y se metió los dedos en los oídos. El ruido de la fiesta disminuyó y pudo oír los ruidos del tren subiendo desde el suelo.

Pasó algún tiempo, Leslie no sabía cuánto. Notó que había alguien en el asiento de al lado. Asomó media cara por encima de la manta y se encontró parpadeando a escasa distancia de los ojos de Harry Seagraves. El abogado bebió un sorbo de su vaso, pero no dijo nada. Tenía manchas de lápiz de labios en el cuello de su camisa de seda y en la piel, con el pelo alborotado y la corbata en la espalda.

Leslie se dio cuenta de que todavía se tapaba los oídos con los dedos y se los destapó.

—Mr. Seagraves —dijo.

Seagraves entornó los ojos, mirándola atentamente. Su mirada tenía algo sexual, pero no era descortés. Leslie se incorporó un poco más en el asiento. Se arregló la blusa y se tocó el pelo. Resultaba menos incómodo de lo que hubiera imaginado, que Seagraves la estuviera mirando fijamente.

El vagón se estremecía y daba bandazos, como si el movimiento de la fiesta lo inclinara hacia un lado y después hacia el otro.

—Parece que la aparición de Mr. Trout ha causado impresión —dijo Leslie.

—Ocurre con frecuencia —respondió él. Luego añadió—: No suele ser tan fácil dejarle atrás.

Apuró el contenido del vaso de papel y volvió a llenarlo con su petaca. Sin decir palabra, ofreció el vaso a Leslie Bonner y ella lo aceptó.

El licor le provocó un espasmo, de la cabeza a los pies. Se aferró al vaso, mirando hacia el pelo de Harry Seagraves por encima del borde. Y luego lo acercó nuevamente a los labios.

—Mi marido no aprueba que empine el codo en público —dijo.

Seagraves le cogió el vaso de la mano y lo escondió entre las piernas de Leslie y el cojín del asiento, debajo de la manta. Sus movimientos eran torpes, como si sus dedos fueran excesivamente gruesos.

—Ya está —dijo.

Ella le sonrió, afectada por su amabilidad. Le dieron ganas de besarle también.

—Cree que cambio de personalidad —dijo.

Harry Seagraves sacó la petaca del bolsillo, se la acercó a los labios, luego pareció cambiar de idea.

—Su marido es muy joven —dijo.

Leslie esperó, pero no hizo ningún otro comentario. Buscó el vaso debajo de la manta y bebió otro sorbo. El licor era fuerte y sintió calor de la garganta al estómago. Seagraves volvió a llenarle el vaso mientras lo tenía aún en la mano. Leslie miró rápidamente hacia la gente del pasillo, pero no vio a su marido.

La corneta volvía a sonar y alguien arrojó otro rollo de papel higiénico. El ruido ya no la aturdiría ahora tanto, con medio vaso del licor de Harry Seagraves en el estómago.

—¿Cree usted que es posible cambiar de personalidad, Mr. Seagraves? —le preguntó.

Él pensó un poco antes de responder.

—Se puede cambiar de estado de ánimo —dijo—, pero llamas a la puerta y quien la abre nunca es alguien completamente nuevo... Sé por experiencia que no lo es. —Pensó en Paris Trout—. Creo que algunas personas se muestran siempre reservadas para ocultar quiénes son en realidad, sin embargo.

—Así es, exactamente —dijo ella, el licor engrasando todas las puertas—. Las hay que parecen tener aptitud para disimular quiénes son, como si no fuera lo bastante bueno. —Sacó el vaso de debajo de la manta y bebió la mitad de lo que había dentro—. O tratan de ocultar a su esposa. Se avergüenzan de las personas a las que aman.

Seagraves vio que la conversación había dado un giro y que ahora ella hablaba de Carl Bonner.

—Cuesta mucho crearse un bufete de abogado —dijo—. Su marido quiere que las cosas se hagan antes de que estén preparadas. —Hizo una pausa, y pareció perder el hilo. Luego añadió—: No se puede ser toda la vida el Eagle Scout más joven de toda

la historia de Georgia.

—Detesta que esa reputación le siga a todas partes.

—En tal caso no debería aspirar a ella.

Leslie miró fijamente el vaso que tenía en la mano y Seagraves empezó a arrepentirse de sus palabras.

—Me ha salido un comentario más severo de lo que era mi intención —dijo—. Su marido es un abogado joven y excelente, conoce el derecho tan bien como el que más. Y con el tiempo madurará. Todo el mundo tiene que ceder un poco aquí y otro poco allá, de lo contrario acaba quemándose.

—En parte es ese asunto de Paris Trout —dijo ella, y Seagraves se sobresaltó al oír el nombre pronunciado en voz alta; él mismo acababa de pensar en Trout—. Se siente frustrado porque Mr. Trout se niega a concederle el divorcio a su esposa.

—Me hago cargo. Mr. Trout es un hombre difícil de tratar.

—Usted le recomendó.

Seagraves miró más allá de Leslie, al otro lado de la ventanilla. Una carretera corría paralela a las vías del tren, una vieja en un carro tirado por una mula era lo único que se movía. Recogió la manta, que estaba junto a la pierna de Leslie, y se la puso sobre su propio regazo.

—No parecía un encargo de tres años —dijo—. Mrs. Trout es amiga mía y me constaba que Carl pondría mucha atención en su caso... Nunca supuse que iba a convertirse en una prueba de resistencia.

En la parte de delante habían empezado a cantar Feliz cumpleaños, Cotton Point. Un vaso se rompió, se oyeron risas. El alcalde hizo restallar su látigo. Leslie Bonner terminó lo que había en su vaso.

—Si pudiera volver atrás —dijo Seagraves—, mandaría a Mrs. Trout a Walter Huff. No es tan listo como Carl, y no se mata tanto a trabajar, pero tiene más sentido común. No empuja cuando algo no se mueve.

Volvió a llenar el vaso de Leslie, sacudiendo la petaca para aprovechar las últimas gotas.

—Espero no haberle dejado a cero —dijo ella.

Seagraves señaló con la cabeza la gente del pasillo.

—En alguna parte de esa multitud de patriotas —dijo— está mi esposa, sujetando una cesta de trece kilos de provisiones como si fuera su primogénito.

—Su esposa es hermosísima.

—Miss Condado de Ether mil novecientos treinta y cuatro. La coronaron en plena gran depresión. —Miró atentamente a Leslie—. Que yo sepa —dijo—, no sirvió de nada.

Leslie alzó la mirada a tiempo de ver cómo su marido iba abriéndose paso para volver junto a ella. Su barba era roja e irregular, y tenía los ojos vidriosos. Leslie puso el vaso debajo de la manta otra vez. Carl Bonner se detuvo en el pasillo, balanceándose y mirándola.

—Veo que has encontrado compañía —dijo.

Harry Seagraves empezó a sonreír, pero la sonrisa se esfumó de su cara al ver la expresión de Leslie. La muchacha miró a su marido sin responder.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Bonner a su esposa.

—Me temo que estaba ocupándose de sus asuntos hasta que yo me senté —dijo Seagraves—. Ella no me animó a hacerlo.

Una sonrisa pasó fugazmente por el rostro de Carl, pero ni por un momento apartó los ojos de su mujer.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a preguntar. Temblaba levemente y las mejillas se le pusieron pálidas.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Seagraves, pero Carl no respondió.

—Te he hecho una pregunta —le dijo a Leslie—. Quiero una respuesta.

Seagraves vio que la muchacha estaba aturdida.

—Le pedí que brindase conmigo —dijo, procurando que su tono siguiera siendo razonable—. No todos los días celebra una ciudad su sesquicentenario, y le pedí que se uniera a la celebración.

Bonner apartó los ojos de su esposa durante medio segundo, y miró la manta. Ella se movió, quizá dos o tres centímetros, pero la mirada de su marido volvió a clavarla en su sitio.

—¿Estoy en el mismo vagón? —preguntó.

—Aguarda un momento —dijo Seagraves.

Carl Bonner consultó su reloj.

—Treinta y cinco minutos he estado en la parte delantera del vagón —dijo—. Ese es el tiempo que he pasado vuelto de espaldas a ti.

Leslie empezó a mover la cabeza de un lado a otro, lentamente.

—No lo dices en serio —dijo—. Estás bebido.

—No estoy ciego. Todavía puedo ver.

—No ves nada.

Carl Bonner volvió a mirar la manta. Seagraves tenía las manos encima y Leslie tenía una debajo, sujetando el vaso.

—Entonces, aparta la manta —dijo.

—Basta ya —replicó.

Harry Seagraves tenía la atención concentrada en la naturaleza de la pelea.

—Muchacho —dijo—, el alcalde Horn ha trabajado bastante para esto, se ha puesto un disfraz ridículo, lleva un látigo en la mano y llama «negro asqueroso» a todo el mundo... Ha tenido que pensar y esforzarse mucho para tener la seguridad de que haría el ridículo más que cualquiera de las otras personas que viajan en el tren, y en dos minutos tú has eclipsado toda una mañana.

—Estoy harto de charla —dijo Carl a Seagraves.

Sus palabras fueron claras y audibles, pero nadie las oyó en medio del ruido de vidrios rotos y risas. Alguien había arrojado los zapatos por la ventanilla y ahora todo

el mundo hacía lo mismo.

Carl volvía a mirarla con fiereza, estrujando el vaso de papel que tenía en la mano. Ahora Leslie Bonner le devolvía la mirada, le había pedido todo lo que pensaba pedirle.

—Aparta la manta —dijo.

Carl se quedó cortado.

—Apártala —insistió ella. Carl dio un paso atrás, indeciso—. Aparta la maldita manta, Carl, y comprueba si tiene la picha fuera de los pantalones.

Bonner se cubrió los ojos y se sentó pesadamente en el brazo de un asiento. El vaso estrujado se le cayó de la mano. De repente, Seagraves, que seguía la conversación con unos diez segundos de retraso, sintió lástima por el muchacho, antes incluso de que se pusiera furioso.

Se levantó, la manta cayó a sus pies, y apoyó una mano en la nuca de Carl Bonner.

—Cuando yo era joven —dijo—, una vez acusé a Lucy de acostarse con mi propio hermano. —No era verdad, lo había pensado, pero nunca lo había dicho en voz alta, pero era una verdad suficiente para el momento. Se acercó un poco más, a fin de que sólo Bonner pudiera oírle—. Lo dije en voz alta en una merienda campestre con la familia. La verdad pura y simple, hijo, es que el coño te impulsa a cometer estupideces... —Se lo pensó un momento y añadió—: Eso, o meriendas campestres.

Carl Bonner no se movió, la comprensión de lo que había hecho iba cayéndole encima poco a poco, en oleadas.

Seagraves le dio unos golpecitos en la nuca, mojándose la mano con la transpiración de Bonner. Leslie seguía en el mismo sitio, sosteniendo el vaso que él le había llenado.

—Vuelvo en seguida y te pondré más —dijo Seagraves—. Volveré y brindaremos.

El cepo público se instaló el lunes por la mañana, en la acera de enfrente del palacio de justicia. Sacaron una mesa larga del despacho del fiscal y la colocaron a un lado, junto con la silla que había usado el juez del tribunal superior Bear Lewis, el enano. Incluso allí en la acera, el ocupante de la silla estaría situado en un nivel más alto que las personas a las que juzgara.

Los Guardianes del Matojo supervisaron la construcción del cepo y el robo de la silla. Harry Seagraves, Ward Townes y Carl Bonner. Dieron instrucciones al carpintero, un hombre de cierta edad llamado Lloyd Rose, como si se hubieran pasado la vida supervisando la construcción de cepos. En un momento dado, Seagraves le quitó el serrucho al carpintero, para demostrarle cómo había que cortar la madera, y rompió la hoja.

Seagraves, que no había dormido ni dejado de beber durante más de dos horas desde la mañana del sábado, dio a Mr. Rose un billete de diez dólares y le advirtió que no se dejara pillar sin patillas o tendría que emplear el dinero en pagar una multa.

—Hace cuarenta años que llevo patillas en esta ciudad —dijo el viejo.

Ward Townes se sentó en los escalones del palacio de justicia contemplando la escena y sonriendo al sol matutino.

Carl Bonner no paraba un momento. Ayudó a sacar la mesa de la oficina del fiscal, comprobó el trabajo del carpintero, comprobó también que las dos mitades del cepo quedaran bien ajustadas. Dijo a Mr. Rose que tendría que lijar los tablones.

Mr. Rose le contestó con una mirada extraña.

La mayor parte del tiempo, con todo, Bonner guardaba silencio. Y procuraba permanecer alejado de Seagraves y Townes. El fiscal pensó que se encontraba bajo los efectos de una resaca. Se dijo que algunos, como Harry Seagraves, podían beber toda la noche sin que se les notara, y otros no.

Exceptuando el repaso con papel de lija, el cepo quedó listo antes de las once. Ward Townes entró en el palacio de justicia y se dirigió a la máquina expendedora de Coca-Cola. Había que echar diez centavos, y la palanca estaba fría como el hielo. Compró cuatro y luego salió y las repartió entre Seagraves, Bonner y el carpintero. Carl Bonner trató de pagarle los diez centavos.

Harry Seagraves se sentó sobre la mesa del fiscal y se secó la frente con un pañuelo. Miró la Coca-Cola —había cristallitos de hielo en el cuello de la botella— y luego se la bebió toda de cuatro ruidosos tragos, sin apartar la boca del gollete un solo momento.

—Cualquiera diría que el trabajo lo ha hecho él —le dijo Ward Townes a Bonner, que miró hacia otro lado y no dijo nada.

Seagraves dejó la botella sobre la mesa e hipó. Puso una mano sobre el pecho y esperó, y al cabo de un momento hipó otra vez.

—Aguante la respiración —dijo el carpintero.

Seagraves así lo hizo. Ward Townes recorrió el patio con los ojos.

—¿Se ha fijado alguna vez en lo pacífica que parece esta ciudad cuando Harry aguanta la respiración? —le preguntó a Carl Bonner.

Bonner sonrió de modo forzado y el fiscal se preguntó si habría tenido algunas palabras con Seagraves, quizá la noche antes en el Moose.

De hecho, las palabras las había tenido Bonner con su esposa y en casa.

La respiración de Seagraves salió precipitadamente y él permaneció sentado, inmóvil y esperando.

—¿Ve usted? Lo que le he dicho —comentó el carpintero.

Seagraves hipó.

El carpintero miró hacia los árboles.

—No la ha aguantado lo suficiente —dijo.

Harry aspiró hondo y expulsó el aire con fuerza.

—Bien, señores —dijo—. Ya tenemos una inquisición. Ahora nos faltan las reglas.

—¿Las reglas? —preguntó Ward Townes.

—Necesitan tener multas —le explicó el carpintero—. Si un hombre infringe las reglas, tiene que pagar el precio.

—¿Qué precio?

—Medio dólar.

—Me parece bien —respondió Townes—, sólo que ya nos hemos pasado la mañana construyendo un cepo público. Deberíamos utilizarlo.

Harry Seagraves preguntó:

—¿Vamos a meter a alguien en el cepo por no llevar medio dólar encima?

—Podríamos hacerlo si no nos cae bien.

Seagraves se lo pensó.

—Es justo —dijo—. Medio dólar por un rostro rasurado, o una hora en el cepo si no nos cae bien.

—Estupendo —dijo Townes, y miró a Bonner.

Carl Bonner se encogió de hombros.

—Muchacho —dijo Seagraves, hablándole directamente por primera vez esa mañana—, si vas a hacer de juez en este tribunal, tienes que ser enérgico. Piensa en el juez Taylor sentado en su asiento, el hombre más ignorante del Estado de Georgia, dictando fallos como si salieran directamente de la boca de Dios. No le da miedo hacer el ridículo, y cuando lo hace, se toma nota de ello en las actas públicas.

Ward Townes vio que Seagraves hablaba con el joven abogado de manera privada y se levantó para excusarse e irse. Dijo que tenía que terminar un trabajo en su despacho.

—Eh, oiga, señor fiscal —dijo Seagraves. Townes se detuvo—. Tenemos que fijar un horario. No podemos traer a esos malandrines a cualquier hora del día y de la noche. Necesitamos un horario regular, todos los días, para que el público pueda ser testigo de que administramos justicia como está mandado.

—¿Las cinco? —sugirió el carpintero.

—Mr. Rose —le dijo Seagraves—, es muy posible que posea usted el mejor cerebro jurídico del Estado de Georgia.

Al cabo de unos minutos, Seagraves y Carl Bonner se encontraron a solas. Harry estaba sentado en los escalones del palacio de justicia, los ojos cerrados, la cabeza apoyada en una de las columnas blancas que se alzaban hasta media altura del edificio. Entre las piernas tenía la tercera Coca-Cola de la mañana.

Carl Bonner se hallaba de pie al otro lado de los escalones. Estuvo a punto de decir algo una vez, pero no lo hizo. Las palabras se le trabaron y no encontraron adonde ir.

—Gracias —dijo finalmente—, por no aprovecharse de su ventaja sobre mí.

Harry Seagraves abrió los ojos.

—En el tren —dijo Bonner—, yo no tenía derecho a...

Seagraves bebió un trago de la botella, luego la alzó para ver cuánto líquido quedaba dentro. Señaló el lugar detrás de Bonner donde habían dejado las americanas.

—Si me haces el favor —dijo, e hipó.

Carl le entregó la americana, que parecía llevar algún peso en los bolsillos. Harry Seagraves sacó la petaca de uno de los bolsillos interiores, quitó el tapón y volvió a llenar la botella de Coca-Cola hasta arriba. Luego tapó la abertura con el pulgar y volvió la botella cabeza abajo.

—Tú y yo no tenemos que pedirnos disculpas —dijo.

Cuando hubo mezclado la bebida volvió a guardar la petaca en el bolsillo de la americana y ofreció la botella a Carl Bonner, que no la aceptó.

—Eso es lo que me metió en apuros el sábado —dijo.

Seagraves probó la mezcla, tosió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Entonces, deberías tomarte una Coca-Cola todas las mañanas —dijo, refiriéndose a lo que tenía en la mano—, y bebértela para recordarte a ti mismo la buena vida que te estás dando, si lo que sucedió el sábado es lo que tú entiendes por apuros.

—Acusé a personas inocentes.

—No puedo hablar por tu costilla —dijo Seagraves—, pero yo, de inocente, más bien poco.

Volvió a probar la mezcla pero sabía tan mal como la vez anterior. Carl Bonner empezó a decir algo más, pero Seagraves le interrumpió.

—Si quieres conocer la verdad —dijo, señalando la botella—, no fue esto lo que te metió en apuros en el tren, fue la impaciencia. Si todos los habitantes de Georgia aprendieran mañana a tener el pico cerrado cuando piensan que tienen que decir algo que no puede esperar, en todo el Estado no habría trabajo más que para once abogados.

Colocaron un cartel indicando el horario en las columnas del palacio de justicia y en los escaparates de la mayoría de los comercios de la ciudad. Los Guardianes del Matojo se reunirían todas las tardes de cinco a siete. Trasladaron el cepo y lo instalaron debajo de un árbol para que los presos no tuvieran que cumplir condena bajo el sol.

Los tres jueces —Seagraves, Townes y Carl Bonner— se sentaban de dos en dos detrás de la mesa larga frente al palacio de justicia, uno de ellos en el asiento especial del juez Bear Lewis, y el otro en una silla más pequeña colocada a su lado. El juez que no se sentaba en la silla especial de Bear Lewis hacía las veces de alguacil.

Dos muchachos de la escuela secundaria vestidos con uniformes de policía de la

década de 1890 se encargaban de manipular el cepo.

La mayoría de los acusados eran empapelados por la policía durante el día y recibían la orden de comparecer ante el tribunal por la tarde. Una de ellos fue el propio ex juez Bear Lewis, que ahora ejercía la abogacía en un despacho de ínfima categoría en Bloodtown. Harry Seagraves se hallaba sentado en la antigua silla de Lewis, Ward Townes hacía de alguacil. Bear Lewis se había afeitado aquella mañana y trataba de hacer que sus patillas pasaran por barba.

—Señorías —dijo con una voz que parecía salir de conductos más hondos de lo que era posible que tuviese—, al leer las ordenanzas municipales, no encuentro ninguna indicación concreta de qué cantidad de vello facial se le exige que lleve al ciudadano, sólo que no debe ir completamente rasurado. Quisiera llamar la atención de este tribunal sobre el hecho de que mis patillas son constitutivas de vello facial y solicitar un veredicto dictado directamente por el juez.

Varios cientos de personas se habían congregado en el césped del palacio de justicia para presenciar la primera sesión de aquella tarde, sobre todo para ver a Harry Seagraves.

Seagraves miró a Bear Lewis y carraspeó. El silencio se apoderó del lugar.

—¿Debo entender que ha encontrado usted una laguna en las ordenanzas municipales?

—Creo que así es.

—¿Debo entender que dice usted que el autor de las susodichas ordenanzas es un incompetente?

Bear Lewis se rascó la voluminosa cabeza.

—Eso dependería —dijo— de quién fuera el autor de las ordenanzas.

Harry Seagraves conferenció con Ward Townes mientras la multitud reía. Se oyeron algunos abucheos y gritos de «Duro con ellos, Bear».

Bear Lewis había sido un juez popular y siempre se hablaba de persuadirle a presentarse a las siguientes elecciones. En sus tiempos de juez tenía por costumbre empezar las sesiones de la mañana con las siguientes palabras: «Todos los negros que tengáis abogado, a este lado de la sala, y todos los negros que no tengáis abogado, a este otro».

El juez Taylor, en cambio, había presidido el juicio de Paris Trout.

—Mr. Lewis —dijo Seagraves cuando terminó de hablar con Ward Townes—, es opinión de este tribunal que su alegación carece de fundamento. No obstante, habida cuenta de su respetuosa consideración por los autores de las susodichas ordenanzas, se ha decidido no colocarle bajo custodia y, en lugar de ello, imponerle la sanción de cincuenta centavos que señalan las ordenanzas.

La verdad era que Seagraves no podía soportar ver a un enano en el cepo.

OCTAVA PARTE

Trout

A la última hora de la tarde del miércoles, quinto día de la semana oficial del sesquicentenario, Paris Trout salió por la puerta del Hotel Ether y fue detenido en el acto por un agente de policía de veintidós años llamado Bo Andrews.

—Señor —dijo el agente—, queda usted detenido.

Trout observó que el policía iba sin afeitarse. Al parecer, estaba de moda no afeitarse. El agente tocó el brazo de Trout, no de forma poco amistosa. Trout se apartó de él. El viernes anterior le habían declarado culpable de intentar sobornar a un funcionario federal. El caso había quedado pendiente de sentencia, que se dictaría el mes siguiente.

—Váyase al infierno y déjeme en paz —dijo—, todavía no es mi hora.

El joven policía intentó sujetar el brazo de Trout otra vez.

—Sí, señor, sí lo es —dijo.

El agente no sabía quién era Paris Trout, pero albergaba la esperanza de que el viejo intentara fugarse. En los cuatro años que llevaba en el cuerpo de policía de Cotton Point, a Bo Andrews sólo se le había escapado un detenido, un hombre de color que había saltado por una ventana de una casa de los Bottoms y se había escondido en algún lugar de Sleepy Heights.

Volvió a tirar del brazo de Trout y éste tiró en sentido contrario.

—Llevo esposas por si las necesito —dijo el policía.

El viejo era más fuerte de lo que parecía.

De repente Trout dejó de forcejear y miró calle arriba y calle abajo. Eran las cinco y media de la tarde y pensaba ir a ver a su madre a la residencia para jubilados. Llevaba una automática de nueve milímetros en el bolsillo de la americana. El agente de policía se situó ligeramente detrás de él y sacó su talonario.

—Necesitaré que me dé su nombre, señor —dijo.

Trout no contestó.

—¿Señor?

Trout metió la mano en el bolsillo, notó el peso frío y agradable de la culata. Se le ocurrió que pronto tendría que escribir una nota de explicación. No estaba seguro de lo que debería decir la nota, ni de a quién tenía que ir dirigida.

—Si no quiere darme su nombre —dijo el policía—, tendré que llevarle yo mismo.

Y Trout, pensando todavía en la nota, echó a andar con él. Cuando habían recorrido una manzana el policía empezó a hablar.

—¿Sabe usted? Hace un momento pensé que iba a echar a correr —dijo—. En

cierto modo, me gustaría que lo hubiese hecho. Apuesto a que los periódicos hablarían de ello.

Trout se detuvo y el policía se detuvo con él.

—Quiere salir en los periódicos, ¿verdad?

Bo Andrews se puso colorado.

—No es por mí —dijo—. Es sólo por mis padres, ¿comprende? Les gustaría ver el nombre de su hijito en la prensa. —Cruzaron una calle y se encaminaron hacia el palacio de justicia—. No pretendo cubrirme de gloria —dijo el policía—. Es como un recuerdo de la celebración...

Trout no supo a qué celebración se refería el policía.

El juez que presidía el tribunal la noche del miércoles era Carl Bonner. Harry Seagraves estaba sentado a su lado, haciendo de alguacil. Como Bonner no era tan gracioso como él al interrogar a los acusados, Seagraves hacía algún comentario cuando se le presentaba la ocasión. Eran casi las seis y el tribunal se encontraba juzgando el último caso.

Fue Seagraves el primero en ver a Paris Trout. El policía —parecía demasiado joven para haber salido ya de la escuela secundaria— caminaba un paso detrás de él, orgulloso como un niño de color con zapatillas de tenis nuevas.

Trout mostraba una expresión de pasividad que Seagraves conocía desde los días que habían pasado juntos en el juicio.

Harry vio que Trout se había afeitado, apurando mucho la barba, y que llevaba un objeto pesado en el bolsillo de la americana.

Las orejas del policía eran grandes y salían en línea recta de debajo del sombrero. Ordenó a Trout que se detuviera al borde del círculo de espectadores y esperó mientras Carl Bonner consideraba el caso de un profesor de ciencias de la academia de oficiales. El profesor alegó que tenía la piel delicada. Carl Bonner rechazó la alegación a falta del testimonio de un perito médico.

Los espectadores reían al oír el intercambio de argumentos del profesor de ciencias y el tribunal, y Seagraves albergaba la esperanza de que Carl Bonner absolviera al acusado. Cincuenta centavos no eran ninguna bicocha para un profesor. Pero Seagraves no podía decirlo sin avergonzarle más de lo que ya lo estaba.

—Cincuenta centavos —dijo Bonner, golpeando la mesa con el martillo sacaclavos que usaban a guisa de mazo. Luego irguió más el cuerpo en la antigua silla del juez Lewis y miró a los espectadores—. ¿Eso es todo? —preguntó.

—Uno más, señoría...

Era el joven policía. Se colocó frente a Trout y saludó inclinando la cabeza.

—Pues tráigalo —dijo Carl Bonner.

Se oyeron algunos abucheos y silbidos cuando la multitud vio quién traía el agente, pero la mayor parte de los espectadores guardaron silencio. Los policías con

uniformes antiguos —alumnos de los últimos cursos de la escuela secundaria— le acompañaron el resto del camino. Carl Bonner miró a Paris Trout y sonrió.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó.

—Un sospechoso no identificado —contestó el policía—. Detenido en North Main Street, las mejillas tan tersas como el culito de un bebé. El sospechoso se ha negado a identificarse o acreditar su residencia.

Carl Bonner seguía sonriendo.

—El tribunal puede identificar a este sospechoso —dijo.

Harry Seagraves vio la intención de Bonner. Se levantó a medias y le susurró algo al oído.

—No hagas el tonto con esto.

Bonner se inclinó para escucharle y después volvió a erguirse.

—Paris Trout —dijo—, este tribunal le ha acusado de infringir la ordenanza municipal 404 A por haber aparecido en público afeitado durante la semana que constituye el sesquicentenario de la fundación de esta ciudad. ¿Qué alega usted?

Trout se encontraba enfrente de Bonner, sin la menor intención de responder.

—¿Mr. Trout?

Seagraves se levantó nuevamente y formó bocina con una mano en el oído de Carl Bonner.

—Deja que se vaya, por lo que más quieras —dijo—. No bromeo, déjale ir.

Al sentarse de nuevo en su silla, Trout siguió el movimiento y en su rostro había la acostumbrada expresión asesina.

Carl Bonner parecía estar reflexionando sobre algo. Luego carraspeó y dijo:

—Mr. Trout, habida cuenta de que es bien sabido en la ciudad de Cotton Point que posee usted todavía la primera moneda de cinco centavos que ganó, este tribunal tiene pocas esperanzas de cobrar la multa que pudiera imponerle. Mr. Trout...

Trout seguía mirando fijamente a Seagraves. Ahora volvió la cabeza y clavó los ojos en Bonner.

Bonner le devolvió la mirada, con expresión serena.

—Este tribunal falla que sea colocado usted en el cepo, donde permanecerá durante un período de tiempo que no debe ser superior a una hora, y que la sentencia se cumpla inmediatamente.

Se oyeron más silbidos, pero salieron todos de los jóvenes. Los veteranos, las secretarías del palacio de justicia, los hombres de negocios que celebraban el acontecimiento cuando iban camino de su casa, todas estas personas habían enmudecido. Algunas de ellas empezaron a alejarse antes incluso de que los policías a la antigua condujeran a Trout al cepo.

Al principio fue con ellos, y luego, al ver lo que se proponían hacer, se detuvo en seco y se negó a seguir. Los falsos policías le sujetaron los brazos, uno cada uno, pero no consiguieron acercarle más al cepo. Mientras los agentes se esforzaban, Trout volvió la cabeza y miró a Harry Seagraves una vez más. Los policías con uniformes

se agacharon, cogiéndole por las piernas, y le llevaron en volandas hasta el cepo.

Trout empezó a forcejear en serio. Consiguió soltarse de un brazo y descargó un puñetazo en el cuello de uno de los muchachos, cuyo sombrero cayó al suelo. La multitud permanecía silenciosa y los jadeos, gruñidos y maldiciones se oían claramente en todo el recinto del palacio de justicia.

El falso policía que había recibido el puñetazo consiguió retorcerle el brazo a Trout detrás de la espalda, obligándole a doblarse.

Y en el espacio que quedó repentinamente libre, Seagraves la vio, en medio de la multitud. Inmóvil, contemplando fijamente la escena. Vio que, pese a todo lo que ella dijera en sentido contrario, ella y Trout seguían estando conectados. Harry se levantó de su asiento.

—¡Basta ya! —exclamó—. Esto no es necesario.

Carl Bonner no se movió. Los policías a la antigua consiguieron colocar las muñecas de Trout en los agujeros. Uno de ellos bajó la parte superior del mecanismo y la sujetó mientras el otro lo cerraba con un perno de madera. Trout los maldijo y se irguió y el cepo se alzó del suelo. Uno de los muchachos tropezó y cayó, el otro recibió toda la fuerza de una patada que el viejo le asestó en la pierna.

El que estaba en el suelo sujetó las piernas de Trout y le hizo caer junto con el cepo. El que había recibido la patada saltó encima y su codo aterrizó en la parte superior de la nariz de Trout. Cuando Seagraves le quitó al muchacho de encima, Trout sangraba por la nariz.

—Soltadle —dijo.

El policía que le sujetaba las piernas no quería soltarle.

—Este sujeto se mueve mucho —dijo.

—Soltadle —repitió Seagraves. Tiró del chico por la pechera del uniforme y la tela se rasgó.

Trout yacía en el suelo, las manos atrapadas todavía en el cepo, la camisa ensangrentada subiendo y bajando con la respiración. Seagraves empezó a quitar el perno, pero entonces, acordándose de la pistola, se arrodilló de forma que no pudieran ver lo que hacía, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de Trout, sacó el arma y se la echó al bolsillo.

—Le dejaré esto en el hotel por la mañana —dijo.

Trout intentó secarse la nariz con el hombro. Seagraves sacó el perno del cepo. Trout se sentó a medias, frotándose las muñecas, luego se tocó la nariz. Volvió la cabeza hacia los espectadores y luego los señaló con el dedo índice, moviéndolo deliberadamente de un extremo a otro.

—Continúa sentenciado a una hora de cepo —dijo uno de los policías.

—Cállate —dijo Seagraves.

Trout se puso en pie —nadie intentó ayudarlo—, se remetiÓ la camisa en los pantalones y se arregló la americana. Sin darse prisa. Sorteó el cepo tirado a sus pies y luego se dirigió a la calle cruzando el grupo de espectadores. Dobló hacia la

izquierda, en dirección a la residencia para jubilados.

—Ese viejo hijo de perra es fuerte —dijo uno de los policías de uniforme antiguo al otro—. Por poco me rompe la pierna de una patada.

El otro estaba quitándose unas briznas de hierba que se le habían pegado en la guerrera.

—Yo le he dado por ti —dijo—. Le he dado un buen mamporro en la nariz.

Seagraves volvió a la mesa del juez, donde se hallaba sentado Carl Bonner con su toga negra y una expresión vagamente complacida. La multitud se dispersó en diferentes direcciones. Buscó con los ojos a Hanna, pero se había ido. Algunas de las mujeres estaban acobardadas. Seagraves se lo notó en la cara. Cuando pasaron cerca de él sonrió para tranquilizarlas, como si todo lo sucedido formara parte de los festejos.

Sabían quién era Paris Trout, sin embargo, y sabían que no formaba parte de ninguna celebración.

Al cabo de unos minutos Seagraves sacó la petaca del bolsillo y ofreció un trago a Carl Bonner.

—Se ha vuelto loco, ¿verdad? —dijo éste. Bebió un trago y devolvió la petaca.

—Ya lo estaba.

Carl se encogió de hombros.

—Todo el mundo tiene que obedecer la misma ley.

—No —dijo Seagraves—, no es así.

Se guardó la petaca en el bolsillo sin beber, la sensación agradable había desaparecido.

—Bueno, nadie ha salido lesionado —dijo Bonner.

Seagraves metió la mano en el otro bolsillo y sacó la pistola. La puso sobre la mesa, delante del joven abogado, sin decir una palabra. Carl Bonner volvió a encogerse de hombros.

—Paris Trout no es el único que posee una pistola —dijo.

—Irás a la cárcel, probablemente el mes que viene. Entonces no podrá presentar sus peticiones en el palacio de justicia. Dentro de un mes podrás presentar de nuevo las tuyas y tú y tu cliente podréis obtener el tipo de divorcio que queráis.

Carl Bonner meneó la cabeza.

—No hay satisfacción, ¿verdad? —dijo—. Después de todas las molestias que me he tomado en este caso, al final le he vencido porque irá a la cárcel. —Apartó la pistola, empujándola hacia Seagraves—. Tantos esfuerzos, sin que él se doblegara...

—¿Doblegara ante qué?

Carl Bonner no respondió.

—Te he visto en el palacio de justicia hoy —dijo él.

Hanna yacía boca arriba y la luz de la luna le iluminaba el estómago y los

hombros. Él estaba pegado a la pared, contemplando los músculos de la mujer en la oscuridad. En alguna parte se oía el estallido de petardos.

—No importa —dijo ella.

—Nunca se te ocurre pensar en una cosa así, que un policía va a traer a Paris Trout para que comparezca ante un tribunal de mentirijillas. Crees que la gente tiene más sentido común...

Ella alargó una mano en la oscuridad, buscando la cara del hombre, y luego apoyó un dedo en sus labios. Él se hundió más en la almohada.

—Parecías afligida —dijo Harry al cabo de unos instantes.

Alzó la cabeza para ver si todavía parecía afligida. Un seno pequeño, perfecto, recortándose contra la ventana. Hanna parpadeó y él vio que una lágrima asomaba por el párpado. Entonces se le ocurrió que ella seguía sintiendo algo por Paris Trout.

—¿En qué pensabas cuando lo derribaron? —le preguntó.

—En nada. Lo vi, eso fue todo.

—¿Te acordaste de lo que te había hecho?

Silencio durante un momento. Luego:

—No, parece como si aquello me lo hubiera hecho otro.

Él le besó la palma de la mano, y luego la mejilla. Estaba húmeda.

—Sentiste lástima por él.

Ahora tenía la cabeza sobre la de Hanna, pero los ojos de la mujer miraban más allá de él, hacia el techo.

—Es como ver morir a una persona —dijo ella—. La distancia...

Él se incorporó apoyándose en los brazos y movió la cabeza hasta que quedó directamente en el campo visual de la mujer.

—A veces —dijo Hanna—, cuando una persona se está muriendo te preguntas quién es en realidad la que se va y quién la que se queda.

En la habitación reinaba la quietud y Seagraves volvió a recostarse en la almohada. Él mismo había pensado cosas parecidas, acerca de las personas a las que había querido.

—En el fondo —prosiguió ella—, tal vez esté dando tumbos en la oscuridad.

—¿Lo crees de veras?

Respondió que no lo sabía.

—No creo que haya llegado al fondo todavía —dijo.

Seagraves la atrajo hacia sí entonces, apoyando una mano en la parte baja de la espalda, la otra en el pelo.

—Dentro de un mes se habrá ido. No puede comprar la libertad en una penitenciaría federal. Carl Bonner presentará los papeles solicitando el divorcio, y dejarás de pensar en él.

Ella se apretó contra su hombro, sin responder.

—Podrías volver a dar clases. Dedicarte a los negocios, hacer lo que quieras. Esto de hoy no debería haber ocurrido... —Él estaba tratando de encontrarla ahora, pero

no podía—. Es lo que quieres, librarte de él.

—Lo que pienso en el fondo —dijo ella, apartándose— es que quizá también yo voy dando traspiés en la oscuridad, y él podría estar allá abajo conmigo.

—¿Quieres que te deje en paz?

—No lo sé.

Estaba programado que el desfile se celebraría tres veces. La noche del viernes, la del sábado y la tarde del domingo. La entrada era libre y Charlotte Hock pensaba verlo todo, a menos que Mr. Trout la entretuviera hasta tarde la noche del sábado. Charlotte no sabía leerle el pensamiento y no osaba preguntarle qué planes tenía.

Por un lado, ahora Mr. Trout hablaba solo más que antes, sentado en su despacho con la cara entre las manos, musitando palabras que ella no entendía. Por otro, cuando hablaba con ella su tono era alegre, de una alegría poco natural, que ella atribuía a la celebración de la ciudad.

Mr. Trout había visto a su madre todas las mañanas aquella semana, y en dos ocasiones había ido a verla también por la tarde. Charlotte Hock nunca había visto a Mrs. Trout y sentía curiosidad, tenía ganas de ver si había algún parecido de familia.

El sábado por la mañana Mr. Trout llegó tarde a la oficina, alrededor de las nueve y media, y dijo que había tenido un accidente. Un camión cargado de productos agrícolas había embestido su Ford y le había hundido la portezuela, que ahora no podía abrirse. Mr. Trout estaba completamente empapado por la lluvia.

—¡Cielo santo! —exclamó Charlotte Hock—. ¿Está herido? —Podía ver que no lo estaba.

Mr. Trout entró en su despacho y se pasó una hora sentado ante su mesa, redactando una carta. Al menos eso era lo que hacía cuando ella pasó por delante de la puerta abierta y miró hacia dentro.

Pasó varias veces más, esperando que Mr. Trout se fijara en ella para poder preguntarle si le permitía irse temprano. Pero él no apartó los ojos de su trabajo ni un solo momento, ni siquiera cuando ella golpeó el suelo con la pierna de madera, fingiendo un tropezón. Charlotte decidió esperar a que él terminara y preguntárselo entonces.

Mr. Trout salió del despacho a las diez y media, con la americana y el sombrero puestos. Todavía estaba calado hasta los huesos. Charlotte pensó que quizás se proponía ir a ver a su madre otra vez.

—Charlotte —le dijo—, ¿ha venido en coche hoy?

—Sí, señor. Siempre vengo en coche. —Estaba orgullosa de que la pierna artificial no le impidiera conducir.

—Le agradecería que me prestara su coche un ratito.

Charlotte tardó unos momentos en comprender lo que quería. Nunca le había pedido que le prestase el coche; tenía varios coches de su propiedad aparcados en el

callejón, con un rótulo que decía «SE VENDE» pegado en la ventanilla.

—¿Mi coche? —preguntó.

—El mío ha quedado inservible.

Charlotte pensó en los coches del callejón, pero no se atrevió a preguntar por qué no cogía uno de ellos. Sacó el bolso de detrás del mostrador y buscó las llaves. Él no parecía tener prisa, lo cual tampoco era normal. Pensó que era un buen momento para pedirle permiso para salir temprano.

—Ah, aquí están —dijo, sacando las llaves del bolso.

Era dueña del coche desde hacía un año, cada noche lo metía en el patio de atrás de su casa y luego lo dejaba allí, cerrado con llave, invisible a ojos de todo el mundo. Nadie más lo había conducido, nadie más había viajado en él. Se imaginó el coche chocando con un camión cargado de productos agrícolas.

—Volveré antes de la hora de comer —dijo Trout.

—Sí, señor. —Y luego, cuando él ya salía, ella dijo—: Mr. Trout, ¿le parece bien que hoy me vaya una hora antes?

Él no dijo ni que sí ni que no. La oyó, con todo, porque ella vio que se lo pensaba. Se detuvo un momento y ladeó la cabeza. Y entonces la cosa quedó decidida, pero no le dio la respuesta.

Cerró dando un portazo al salir, pero eso no quería decir nada. Charlotte pensó que probablemente era debido a que tenía prisa. Podía oír como la lluvia azotaba el escaparate. Pensó que no le habría pedido el coche de haberla despedido.

La puerta del despacho seguía abierta. Charlotte esperó hasta oír cómo el coche salía del callejón y enfilaba la calle y entonces entró en el despacho. Era la primera vez que estaba sola en él, pensó que tal vez tenía fotos de su madre en los cajones. Entró un poco más y aguzó el oído por si se oía el coche —el silenciador era malo, de modo que, si volvía, lo oiría— y entonces vio que lo que él había escrito estaba sobre la mesa.

No era una carta, sino una nota en una tarjeta. No podía leerla desde donde estaba. Volvió a escuchar con atención, cerciorándose de que el coche se había ido, y luego anduvo hasta la mesa. No cogió la tarjeta porque temía que él se hubiera aprendido de memoria su posición exacta.

Estaba escrita con letras de molde, con lápiz, fechada el domingo, lo cual no era correcto. Era sábado. Pensó que tal vez estaba confundido por culpa de la celebración.

A quien incumba: Sencillamente no quiero continuar así tal como van las cosas.

Con respecto a esto, no podré cumplir con todo mi deber.

Sólo puedo hacer lo mejor que pueda Paris Trout.

Me declararon culpable los muchachotes y la pandilla del palacio de justicia que influyó en el jurado.

Charlotte Hock, que ya no prestaba atención a la posible vuelta del coche, se sentó en la silla, ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar.

Pensó que Mr. Trout le había robado el coche y en ese momento corría hacia la divisoria del Estado.

Volvió en el coche al hotel bajo la lluvia y se apeó sin parar el motor. El recepcionista pareció llevarse una sorpresa al verle. Pensó que se le notaba lo que se proponía hacer.

Cerró la puerta con llave después de entrar en su habitación y se miró atentamente en el espejo del cuarto de baño. Se pasó un peine por el pelo. El agua le salpicó las mejillas y el cuello. Se enderezó la corbata y se examinó los dientes, luego se metió los dedos en la boca y tiró de los labios hacia atrás hasta que vio la cara que le era conocida, un parecido de familia.

Sintiéndose satisfecho, se apartó del espejo y anduvo hasta el armario ropero. Había una escopeta de dos cañones, amartillada, en la parte de arriba junto con varias pistolas, revólveres en su mayor parte. Las que escogió eran automáticas. Una Commander del cuarenta y cinco, que se metió en el cinturón, y otra más pequeña, una colt del calibre treinta y ocho, que se guardó en el bolsillo de la americana.

Abrió el primer cajón, donde tenía las municiones. La doncella había dejado los calcetines y los calzoncillos encima y él lo arrojó todo al suelo de cristal, oyendo el ruido de las balas al caer y rodar en distintas direcciones. Los cargadores llenos hacían más ruido y no rodaban.

Dio varios puntapiés a los calcetines y la ropa interior, para quitarlos de en medio, y recogió los cargadores. Dos para la cuarenta y cinco, uno para la treinta y ocho. Los metió en el bolsillo vacío de la americana. Volvió a acercarse el espejo, y luego salió de la habitación, notando el peso en sus bolsillos. Su verdadero peso propio.

Ya no llovía, el coche seguía con el motor en marcha, funcionando en vacío. Los limpiaparabrisas frotaban y se trababan, el capó despedía vapor. Había caballos en la calle, unas cuantas jóvenes con bastones. El comienzo de un desfile. Vio que una chica se acercaba temerosamente a un caballo y trataba de ponerle una mano en el hocico. Se acercó poco a poco y entonces el caballo se movió y ella dio un salto hacia atrás y cayó en brazos de las otras chicas, riendo.

La chica salió de entre sus compañeras, se volvió y entonces, al ver a Trout sentado detrás de la ventanilla del coche, la expresión de su rostro cambió. Él supo que la había pillado haciendo algo que no estaba bien. Bajó la ventanilla y ella dio un paso en su dirección y se detuvo.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó.

—No, señor. Estoy en el desfile.

Pisó a fondo el embrague y puso la primera. La transmisión armó gran estruendo y la chica se tapó los oídos con las manos. Trout giró frente al caballo y empezó la travesía de la ciudad. El asfalto apenas se veía debido a los charcos de agua, algunos

de ellos de un palmo y pico de profundidad. El motor tosía y amenazaba con atascarse, pero no se paró.

Había una plaza de aparcamiento vacía delante mismo de la residencia con un rótulo que decía DIRECTOR, y Trout la ocupó. Los frenos no funcionaban por culpa del agua estancada por la que acababa de pasar el vehículo, y los neumáticos delanteros del coche de Charlotte Hock chocaron con el bordillo y rebotaron hacia atrás.

A lo lejos se oía una banda de música.

Se apeó del coche, dejando las llaves en el contacto, y subió los escalones que llevaban a la puerta principal. En el vestíbulo no había nadie salvo una mujer en recepción. Trout no la conocía y pasó de largo.

La escalera que conducía al segundo piso era amplia y tampoco en ella había nadie. Alguien había estado pintando por la mañana y lo había dejado a la mitad. Probablemente para ver el desfile.

Subió la escalera despacio, los zapatos mojados resbalando en la madera encerada, y al llegar arriba se detuvo para inspeccionar el pasillo. Había estado allí con anterioridad, pero le pareció nuevo.

Anduvo hasta la habitación 26 y abrió la puerta. La ventana de dentro no estaba cerrada. Las cortinas se movían a causa del viento y Trout se estremeció, el aire frío contra la ropa. Estaba sentada en su silla de ruedas, vestida con zapatillas y una bata, el pelo largo cayéndole sobre los hombros, sin peinar.

—Ha llegado la hora de irnos —dijo él.

Arregló la bata de la vieja anciana sobre su pecho, mirándola con atención mientras lo hacía. Ahora la anciana respiraba más aprisa, él se dio cuenta de que comprendía que iba a llevársela.

Bajó la escalera de espaldas tirando de la silla de ruedas, observando como la cabeza de la mujer se movía a cada escalón. Se detuvo una vez para desenredarle el pelo de una rueda.

La recepcionista estaba de pie abajo, mirando hacia arriba.

—¿Señor? —dijo.

No contestó.

—¿Señor? Nadie me ha dicho que Mrs. Trout fuera a salir hoy. Soy sólo una voluntaria y me dijeron que no debía dejar que nadie...

Él llegó al último peldaño e hizo girar la silla de ruedas, de modo que él y la anciana quedaran con la mirada al frente. La mujer observó algo raro en él y trató de cortar el paso.

—Escuche, señor —dijo—, ¿puede esperar un momento mientras voy a buscar unos papeles de visita para que los firme?

La mujer vio que él no pensaba detenerse y se apartó con el tiempo justo para que la silla no la golpeará. La anciana pasó por su lado, y luego el hombre. La sacó por la puerta principal, empujando, y la mujer les siguió con la intención de tomar nota de la

matrícula del coche.

Desde la puerta vio que el viento levantaba los cabellos de la anciana y se los echaba hacia atrás, y durante un largo momento pareció una niña vieja inmovilizada en algún desfile carnavalesco.

Luego el hombre la alzó en brazos y la colocó en el asiento delantero.

Las calles del centro estaban cerradas al tráfico a causa del desfile, de modo que Trout cruzó el recinto universitario utilizando la calzada del servicio y salió exactamente detrás del palacio de justicia. Paró el motor del coche, dejó las llaves en el asiento delantero y llevó a la anciana al interior.

Había una multitud enfrente, su ruido subía y bajaba.

Se hallaba entre el segundo piso y el tercero, llevando a la anciana en brazos, cuando se encontró con una de las visitantes regulares del palacio de justicia, una mujer de edad que se tomaba los juicios como si fueran un espectáculo. Ese día llevaba un sombrero de paja y una corbata de lazo. Tenía un vaso de papel en la mano. La mujer le reconoció y sonrió.

—Mr. Trout —dijo—, ¿lleva a su mamá arriba para que vea el desfile? —Estudió el paquete que Trout llevaba en brazos, sin dejar de sonreír—. Afortunada la madre cuyos hijos no la olvidan cuando ya son mayorcitos.

Trout se había detenido un momento, luego acabó de subir la escalera. Oyó a la mujer detrás de él.

—Ahí arriba hace frío, Mr. Trout. Quizá sería mejor que le pusiera un chal...

Había una habitación pequeña en el lado sur del palacio de justicia, con una ventana desde la que se divisaba la calle. La llevó dentro y la depositó en un rincón, en el suelo.

La bata se le subió hasta más arriba de las rodillas, las piernas estaban extendidas ante ella, formando un ángulo raro, como las de una muñeca de trapo. Tenía la cabeza inclinada hacia la izquierda y la boca abierta por el lado inferior, como por efecto de su propio peso. Pero le estaba observando, él se percató de que entendía todo lo que estaba haciendo.

Se sacó la pistola del cinturón y la depositó en el alféizar, luego la que llevaba en el bolsillo. La munición la puso en el suelo, al lado de la anciana. Comprobó la línea hasta la escalera. Nadie podía acercársele por allí sin ponerse a tiro.

Cruzó el pasillo y miró si la puerta del cuarto de baño estaba abierta o cerrada. La encontró cerrada con llave. Había una nota en un ángulo: «¡Pida la llave a Miss Emma, en el Archivo!».

Al cabo de un momento la oyó en la escalera, subiendo despacio. Oyó su respiración. Se acercó a la escalera y vio el sombrero de paja blanca subiendo hacia él, vio que llevaba una manta.

—¿Mr. Trout? —llamó.

Entró de nuevo en la habitación donde estaba su madre y cogió la cuarenta y cinco. La mujer apareció en lo alto de la escalera y entró en el cuarto caminando pesadamente.

—Traigo una manta ligera para Mrs. Trout —dijo, y entonces vio lo que él tenía en la mano.

—¡Dios Santo! No querrá usted hacerle daño a nadie hoy, Mr. Trout, en presencia de su madre...

La mujer empezó a retroceder mientras decía cosas que él no escuchaba, hasta que llegó a lo alto de la escalera. Entonces, dejando caer la manta, empezó a bajar de espaldas. Trout siguió el ruido de sus pisadas hasta el descansillo que había entre el primer piso y el segundo y entonces oyó que la mujer empezaba a chillar.

Miró a su madre, ella le devolvió la mirada. Apoyó la boca de la cuarenta y cinco en el cráneo de la anciana.

—Termino mis conexiones con todo lo que vino antes —dijo.

Los Guardianes del Matojo estaban trasladando su tribunal al interior en el momento en que Wilma Dunn bajó la escalera. La última sesión tendría lugar por la tarde y ninguno de ellos pensaba celebrarla bajo la lluvia.

Carl Bonner, a decir verdad, quería cancelarla —Paris Trout había roto el cepo, de todos modos—, pero Seagraves y Ward Townes se sentían obligados a llegar hasta el final.

En el momento en que Wilma Dunn apareció en la escalera, Harry Seagraves y Ward Townes estaban instalando la mesa junto a la puerta de la sala principal, procurando no derramar las bebidas que había en la superficie. Carl Bonner estaba en el lavabo situado en el otro extremo del pasillo, por tercera vez desde el comienzo del desfile.

Wilma Dunn era una mujer de peso, y chillona, y bajaba la escalera agarrándose a la barandilla con ambas manos. Ninguno de ellos la había visto nunca dándose prisa para llegar a un sitio. Al verles, la mujer cambió el tono de sus chillidos.

—¡Un asesinato! —gritó—. ¡Dios es testigo de que va a asesinar a su propia madre!

Seagraves se acercó a la escalera para cogerla si se caía. Al principio no entendió lo que decía y entonces, un momento antes de que la mujer llegase al último escalón, se oyó un disparo, un solo disparo, en alguno de los pisos superiores. Wilma Dunn cayó entre los brazos de Seagraves y prorrumpió en llanto.

—¡Ha matado a esa pobre mujer! —dijo.

Seagraves la apartó lo suficiente para verle la cara.

—Cálmese —dijo—. Hable más despacio.

—Es Mr. Paris Trout, está ahí arriba con su madre. Tiene una pistola y se disponía a pegarle un tiro...

Seagraves miró escalera arriba.

—La ha matado su propio hijito —dijo la mujer, y empezó a lamentarse.

Seagraves se volvió hacia Ward Townes.

—¿Puede llamar a alguien? —preguntó.

Townes también miraba hacia arriba.

—Lo intentaré —dijo—, pero no hay nadie en la comisaría, lo sé. Y Edward Fixx y sus agentes llevan dos días borrachos, todos ellos. —Se frotó la cara, tratando de borrar los efectos del alcohol.

—Tiene que haber alguna clase de policía en la calle.

Seguía sujetando los hombros de la mujer y ella continuaba llorando. Carl Bonner salió del cuarto de baño, subiéndose la cremallera de los pantalones, con un vaso de papel en la otra mano.

—Pobrecilla —dijo Wilma Dunn.

—¿Dónde están? —le preguntó Seagraves.

—La ha metido en el cuartito que hay ahí arriba, en el lado sur.

—¿Quién? —preguntó Carl Bonner, dirigiéndose a Seagraves más que a la mujer. De repente se oyeron aclamaciones en la calle, algo que participaba en el desfile.

—¡Paris Trout! —exclamó la mujer—. ¡Le ha pegado un tiro a su madre arriba!

Soltó a Seagraves y se aferró a Carl Bonner.

—Por favor, ayude a esa anciana —dijo.

Carl terminó lo que tenía en el vaso de papel y empezó a subir la escalera. Seagraves trató de detenerle.

—Aguarda, Carl. El hombre tiene una pistola.

—Ha disparado contra su madre.

—Si le ha disparado, ya está hecho. Haremos que la ley se encargue de ello.

—Sigue siendo la madre de alguien —dijo Bonner, y continuó subiendo.

Seagraves lo intentó otra vez.

—¿Crees que se trata de un cómic de aventuras? Piensa un poco, carajo, piensa en lo que significa.

Bonner irguió el cuerpo y subió por el centro de la escalera. Seagraves le siguió con la vista hasta el primer descansillo, donde dio la vuelta y continuó subiendo. Wilma Dunn se secó los ojos con un pañuelo.

—Siempre ha sido el más valiente de los valientes —dijo.

Trout estaba sentado en el suelo, no lejos de su madre. La mujer había caído de lado, la cabeza apoyada en el pecho, sus largos cabellos empapados en sangre. Una fregona dejada a la mitad del trabajo.

Oyó los pasos en la escalera. Llegaron al descansillo de abajo, se detuvieron un momento, y luego continuaron subiendo. Apoyó la cuarenta y cinco en las rodillas y apuntó hacia la escalera por encima del cuerpo de la anciana.

Bonner llamó una vez.

—¿Mr. Trout? Soy Carl Bonner...

Trout no respondió. Esperó y escuchó y al cabo de un momento el hombre se dirigió hacia él, cruzando su campo visual y su razón.

Carl Bonner se quedó quieto en lo alto de la escalera, luego se volvió lentamente y ofreció un blanco perfecto.

—Mr. Trout —dijo, avanzando—, no vengo a hacerle daño, señor, sólo quiero ayudar a su madre.

Trout le disparó apuntando a unos dos o tres centímetros por encima del cinturón, y la fuerza del impacto le empujó hacia atrás, más allá de la escalera. Durante unos momentos quedó inmóvil en el suelo, luego empezó a encogerse. El retroceso lanzó la pistola hacia arriba. Trout dejó que volviese a caer donde estaba antes, y cuando quedó en posición le disparó otra vez, en el tobillo.

A los pocos instantes le oyó llorar. Ruidillos. La habitación olía a fuegos artificiales. Trout se quedó esperando lo que viniera, contemplando por encima del punto de mira de la pistola al hombre contra el que había disparado.

Seagraves oyó los disparos arriba, oyó como Bonner caía al suelo. Luego cesaron los ruidos y Ward Townes cruzó la entrada llevando de remolque al doctor Hatfield.

—Me parece que ha matado a Carl Bonner —dijo Seagraves.

Miró escalera arriba y al poco llegaron sonidos de aquella dirección. Uno de ellos —la voz de Bonner— era tan claro como un susurro en su oído.

—Por favor, Jesús...

—¡Dios nos asista! —exclamó Ward Townes—. ¿Ha subido a hablar con él? ¿Desarmado?

Bonner profirió una exclamación en ese momento, como si algo le hubiera pillado por sorpresa.

—¿Hay por aquí alguna pistola? —preguntó Seagraves.

Él y Townes se miraron durante un momento.

—Que yo sepa no —contestó Townes.

Por la escalera bajaban los sonidos de la respiración de Carl Bonner, las interrupciones y los suspiros. Luego otra exclamación. La mujer se tapó la boca y echó a correr hacia la puerta. Nadie intentó detenerla.

Fue el doctor quien finalmente habló.

—Necesito un teléfono —dijo—. Para llamar a una ambulancia.

Ward Townes sacó un llavero del bolsillo y abrió la puerta de uno de los despachos.

—Le di un dólar a un chico para que nos buscara un policía —dijo Townes a Seagraves—. Me parece que no podemos hacer más que esperar.

Y como si acabara de oírle, Bonner profirió otra exclamación.

Juntos escucharon lo que el doctor Hatfield decía por teléfono.

—¿Qué diablos quiere decir? ¿Que la ambulancia está en el desfile?... Entonces mande a alguien en coche... Sí, ahora mismo, hay heridos de bala.

Y cuando Carl Bonner volvió a gritar pidiendo socorro, Seagraves subió la escalera.

Vio a Bonner desde el descansillo situado entre el segundo piso y el tercero, con la cara apretada contra la barandilla de madera, los ojos abiertos y la mirada fija, como si estuviera contemplando algo muy lejano. Seagraves subió los siguientes escalones de uno en uno, procurando mantenerse tan cerca de la pared como podía.

Cuando la cabeza de Seagraves alcanzó el nivel del último escalón vio la mancha debajo del estómago de Carl Bonner y luego, al dar el siguiente paso, vio que tenía el pie casi arrancado por el tobillo.

Un grito salió del cuerpo, pero nada se movió. Hubo un ruido detrás de él y Seagraves, al volverse, vio a Ward Townes en el descansillo.

Seagraves subió otro escalón, y se inclinó hasta que su barbilla casi rozó el último. Vio que la puerta de roble que daba entrada al cuarto del sur se abría, el pomo quedó pegado a la pared que daba a la escalera.

Había algo en el suelo del cuarto, pero desde la escalera no podía ver a Trout.

Aspiró hondo, comprobó que Townes seguía detrás de él en el descansillo y luego, sin dejar de mirar a Townes, palpó la pared que formaba esquina con la escalera hasta que encontró la puerta y la cerró de golpe.

Subió los últimos tres escalones de una zancada y se arrojó contra la parte inferior de la puerta. Pensaba ordenar a Townes que recogiese a Carl Bonner y luego impedir que Trout abriera la puerta hasta que llegara alguien a ayudarle. Pero algo se lo impidió antes incluso de empezar.

Algo que se movió en el borde mismo de su campo visual.

El disparo le alcanzó en el hombro, justo en el momento en que golpeaba la puerta. Le hizo caer de costado y volverse hacia el movimiento que había visto, y allí estaba Paris Trout.

Se había trasladado a otra habitación y se encontraba de pie en el umbral, a sólo unos pocos metros de Bonner. El ojo abierto bajó para encontrarle por encima del punto de mira de la pistola.

Harry se puso en pie y Trout volvió a disparar contra él. La bala le dio en el costado y le atravesó el cuerpo.

Harry acertó la distancia.

Paris Trout tenía los pies separados y el brazo que empuñaba la pistola extendido al frente, y apretó el gatillo otras cuatro veces cuando Seagraves cruzaba el pasillo. Dos de los tiros fallaron, los otros dos le alcanzaron en la pierna y la ingle, pero no le hicieron caer.

Dio varios traspiés y continuó avanzando.

La siguiente vez que Trout apretó el gatillo el percutor cayó sobre la recámara

vacía. Metió la mano en el bolsillo y encontró uno de los cargadores de repuesto justo en el momento en que la mano de Seagraves le asía por la camisa. Trout trató de liberarse, pero Seagraves no le soltó.

Trout dio un traspié hacia atrás, intentando meter el cargador en la cuarenta y cinco. Entonces Harry le cogió un dedo y empezó a echárselo hacia atrás. Trout oyó como el cargador caía al suelo, y notó que el hombre al que había herido se reanimaba. El dedo se rompió por el nudillo y un dolor paralizante le recorrió todo el brazo, y entonces el abogado le soltó la camisa y cayó al suelo.

La cuarenta y cinco y el cargador estaban debajo de él. En la primera planta sonaba un teléfono, una vez y otra. Nadie contestaba. Trout metió la mano en el bolsillo y encontró la otra pistola.

Anduvo hasta el extremo norte del pasillo, notando que los pantalones se le pegaban a las piernas. Se había orinado. De la cuna a la cuna.

Había una salida de incendios en el extremo del pasillo. Durante un momento pensó bajar por ella y buscar a las demás personas que tenía apuntadas en su lista, pero ya había perdido su propósito.

Se detuvo al llegar al final del pasillo y sacó la mano y la pistola del bolsillo de la americana. Comprobó el seguro —no estaba puesto— y se metió el cañón en la boca. Luego se volvió de cara a la escalera y esperó hasta que el rostro de Ward Townes apareció allí, esperó hasta que Townes le localizó, y entonces apretó el gatillo.

Cuando el doctor Hatfield llegó al tercer piso había sólo una leve agitación en el pecho de Carl Bonner. Ward Townes le había colocado un libro de leyes debajo de la cabeza y seguidamente se había ido a atender a Harry Seagraves.

El doctor Hatfield se arrodilló al lado del cuerpo. Buscó el pulso y después abrió los ojos de Carl Bonner para ver si se dilataban. El doctor estaba temblando. Ahora se oían sirenas en el exterior, pasos en la escalera.

—Me parece que ha muerto —dijo.

Abrió la camisa de Carl Bonner y examinó la herida. Meneó la cabeza.

El doctor Hatfield se levantó despacio y se acercó a Seagraves. Ward Townes le sostenía la cabeza en el regazo. El doctor buscó el pulso, pero no lo encontró.

Seguidamente se dirigió hacia el cuartito situado en el extremo sur del pasillo, abrió la puerta y desde allí vio la coronilla de la vieja. Se volvió de nuevo hacia el descansillo sin entrar en el cuartito.

Ahora había gente en el descansillo del tercer piso, algunos policías, algunos abogados. Una mujer lloraba, los policías daban órdenes.

—Hay otro allí —dijo alguien.

El doctor Hatfield se apartó de la puerta y lo vio por sí mismo. Paris Trout yacía solo, a los pies de la pared salpicada. En un ángulo del techo pedacitos de su persona colgaban en una telaraña.

—Que alguien haga venir a un chico aquí —dijo el doctor—. Que limpie todo

esto cuando nos hayamos ocupado de los muertos.

NOVENA PARTE

Hanna

Un mes justo después de que su esposo matara a su madre, a Carl Bonner, a Harry Seagraves y luego se suicidara, Hanna Trout firmó una autorización judicial para que el condado de Ether abriese las cinco cajas fuertes que todavía se hallaban en el pasillo del establecimiento.

Agentes de la Dirección General de Tributos la habían visitado dos veces, y Estes Singletary había escrito y firmado un artículo de fondo pidiendo que se pagasen indemnizaciones con cargo a la herencia Trout. No sólo a la familia Seagraves y a Leslie Bonner, sino también a la ciudad de Cotton Point.

«Paris Trout nunca aportó nada a esta comunidad —escribió—, lo único que hizo fue tomar. Y al final tomó a su propia madre y a dos de nuestros mejores ciudadanos, y por ello tiene contraída una deuda. La repugnancia que se siente en esta cuestión no la mitiga el hecho de que el asesino debería haber estado en la cárcel cuando cometió este acto terrible, condenado por otro asesinato, al cual no se dio importancia porque la víctima fue una niña de color...».

El artículo de fondo apareció al pie de la página. Hanna Trout leyó los primeros dos párrafos y dejó el periódico a un lado. No necesitaba que el *Ether County Plain Talk* le hablara de Paris Trout.

Y cuando el sheriff Edward Fixx la llamó aquella misma semana para el asunto de abrir las cajas fuertes, Hanna le dijo que él y el gobierno federal podían hacer lo que quisieran.

De todos modos, no le parecía que el contenido de las cajas le perteneciese.

Provistos de una orden del juez de primera instancia, el sheriff y dos de sus hombres ya habían registrado la habitación de Paris en el Hotel Ether, donde encontraron nueve pistolas, cargadas y amartilladas, dos escopetas y una carabina del calibre treinta. Habían hallado una plancha de acero debajo del colchón, gran número de latas de conservas y varias láminas de vidrio cubriendo el suelo.

No encontraron dinero ni indicación alguna de dónde estaba.

Una investigación efectuada por funcionarios del consorcio de Banqueros del Sur comprobó que Trout había vendido unas trescientas cincuenta hectáreas de madera para aserradero en febrero, por las cuales le habían pagado ciento diecisiete mil dólares, y que había liquidado la empresa Trout & Co. un mes antes, cobrando algo más de ciento setenta mil dólares de una sociedad de inversiones de Atlanta.

Los activos de su banco, que se calculaban en cuatrocientos mil dólares, se habían esfumado.

Lo único que quedaba eran la casa y la tienda, y las cinco cajas fuertes que había

dentro de ésta. Hanna Trout firmó la autorización sin leerla. Había puesto la casa en venta. Se daba cuenta de que ahora era un estorbo, del mismo modo que su marido lo había sido antes de aquella mañana de sábado.

Circulaban rumores, por supuesto. Que el dinero lo tenía ella misma, que su marido se había vuelto loco al echarle ella de casa.

Otro rumor decía que ella y Harry Seagraves eran amantes, pero ese rumor murió pronto, por respeto a la esposa de Seagraves.

Hanna Trout había asistido a los entierros —Harry Seagraves y Carl Bonner fueron enterrados el mismo día— y nadie le había ofrecido un brazo, o una palabra amable. Desde luego, tampoco se los habían ofrecido antes, cuando Paris Trout era sólo un estorbo.

Antes de que lo que era y lo que hizo hubiese cambiado el lugar donde vivía.

Harry Seagraves fue enterrado en la parcela que su familia poseía en la parte más antigua y sombreada del cementerio del condado de Ether. Su lápida decía:

HARRY SEAGRAVES
FUE EL MEJOR Y EL MÁS BONDADOSO DE
NOSOTROS

Carl Bonner yacía en una parte más nueva del cementerio, cerca de la calle. Su lápida estaba colocada en el suelo y llevaba sólo su nombre y las fechas de su nacimiento y su defunción. Al verla, nadie hubiera dicho que había sido el Eagle Scout más joven de la historia de Georgia, ni que toda una generación de niños de Cotton Point había sufrido la comparación con su ejemplo.

Nadie hubiera dicho que una percepción del futuro había muerto con él.

Paris Trout y su madre fueron enterrados un día después, en distintas partes del cementerio.

No se celebró ningún oficio de difuntos por él y sólo Hanna y unos cuantos parientes consanguíneos fueron al cementerio. Fue inhumado en un sector donde ninguna persona que visitara la tumba de Harry Seagraves o la de Carl Bonner o la de su madre tropezara casualmente con la que llevaba su nombre, ya fuera al entrar o al salir. En aquel sector el terreno era duro y la hierba no crecía en algunas partes.

El lugar parecía envenenado.

No había árboles y no había sombra, aunque en algunas épocas el sol de última hora de la tarde se ponía detrás del monumento a los confederados caídos y proyectaba una sombra sobre su sepultura.

Trajeron un cerrajero de Macon y el condado corrió con los gastos. El hombre se pasó dos días en el pasillo de la tienda, yendo de una caja fuerte a otra, sin poder abrir ninguna de ellas. En el segundo día sus maldiciones ya se oían desde la calle.

Al terminar el segundo día, le dijo al sheriff Fixx:

—No son cajas corrientes. —Y se volvió a Macon.

Edward Fixx informó a todos los interesados —incluidos los agentes de la Dirección General de Tributos— de que las cajas no eran corrientes y de que el cerrajero de Macon se había ido. Una semana más tarde dos agentes federales se aparearon del tren procedente de Atlanta, escoltando a un tal Ralph Guthrie, de Leavenworth, Kansas.

Mr. Guthrie iba esposado. Los agentes federales le llevaron al Hotel Ether y le instalaron en la mejor habitación.

Por la mañana se comió un bistec con huevos fritos en el local de Richard Dickey y luego anduvo entre los dos agentes desde el restaurante hasta el establecimiento de Paris Trout, sonriendo como un niño a las mujeres —daba lo mismo que fueran jóvenes o viejas— y sin mostrar la menor señal de vergüenza por las circunstancias ni por las esposas.

Una vez dentro del establecimiento, Ralph Guthrie echó un vistazo a las cajas fuertes y rompió a reír.

A Edward Fixx no le gustó que un hombre esposado se riera de su situación.

—¿Puede hacerlo o no? —preguntó.

Uno de los agentes federales miró a Fixx de una manera muy yanqui y dijo:

—Deje que termine de reír y lo sabremos. Es una cortesía profesional.

Cuando hubo terminado de reír, Ralph Guthrie habló directamente al sheriff.

—Edward —dijo—, tienes un problemita. Estas cajas son belgas.

Al sheriff tampoco le gustó que le tuteara alguien que iba esposado.

Ralph Guthrie miró a su alrededor, examinando las paredes, y dijo:

—¿Os preguntaréis, no es cierto, cómo unas cajas como éstas han venido a parar a un sitio como éste?

—¿Puedes hacerlo? —preguntó uno de los agentes federales.

Ralph Guthrie se encogió de hombros.

—Puedo meterme dentro —dijo—. No hay ninguna caja fuerte en la que no puedas entrar, pero tengo que volarla.

—¿Aquí? —preguntó Edward Fixx—. ¿En el centro de Cotton Point?

El revientacajas volvió a encogerse de hombros.

—Podéis llevarlas a otra parte, yo no tengo prisa. No me extrañaría que pesaran más de cuatrocientas toneladas...

A Edward Fixx no le gustó la idea de que un revientacajas provocara una explosión en Cotton Point, pero los agentes federales le aseguraron que Mr. Guthrie era tan cuidadoso como un cirujano, y que, de no ser por su afición a fanfarronear y a gastar dinero, jamás le habrían echado el guante.

El sheriff pidió a uno de los agentes que le diera la misma explicación por escrito y luego dio su conformidad al plan, y se fijó la voladura de las cajas para la tarde del domingo. La policía cerró Main Street en un trecho de dos manzanas a cada lado del

establecimiento e hizo retroceder a la multitud que se había congregado al borde del recinto de la academia de oficiales de Georgia para ver el espectáculo. La hizo retroceder hasta que nadie pudo ver nada.

Ralph Guthrie y los agentes federales se pasaron en el local la mayor parte de la tarde, preparando las cargas. Edward Fixx estuvo sentado en su coche patrulla en una calle lateral situada a una manzana y media de la tienda. El coche patrulla acababa de salir del taller de planchistería —lo había destrozado de un modo o de otro cuatro veces durante el último año— y volvía a producir aquella sensación de coche nuevo, y Edward Fixx no quería exponerlo a una lluvia de ladrillos provocada por el hecho de que a un revientacajas de Leavenworth se le fuera la mano con la nitroglicerina.

A las seis y unos minutos Ralph Guthrie y los agentes federales salieron por la puerta principal de la tienda, sin la menor prisa, cruzaron la calle desierta y se sentaron en el bordillo. Al cabo de uno o dos minutos se oyó una explosión amortiguada y una nube de humo se alzó por detrás del establecimiento.

La explosión hizo que el suelo se estremeciera, pero ni siquiera resquebrajó los escaparates del local.

Los hombres esperaron unos minutos más y después volvieron a entrar.

Edward Fixx condujo el coche patrulla hasta la esquina y se apeó, dejando la portezuela abierta. No le gustaba que un revientacajas profesional estuviera ahí dentro sin que le vigilara alguien de la localidad. Los encontró en la parte de atrás, tosiendo a causa del polvo y del humo. Las cinco cajas fuertes estaban exactamente en el mismo sitio, pero las puertas se encontraban entreabiertas, unos pocos centímetros en cada caso.

—Sheriff Fixx —dijo uno de los agentes federales—, si quiere coger lápiz y papel, podemos irle detallando el contenido a medida que lo saquemos.

Les llevó media hora, pero Edward Fixx dejó de escribir mucho antes. Había más de noventa botellas, cada una de ellas llena de orina hasta aproximadamente un tercio. En cada botella había una etiqueta con la fecha y la hora. «Orina expulsada del cuerpo de Paris Trout, a las once de la mañana, con fecha once de marzo de 1954. Se usará en el caso de mi muerte como prueba de que he sido envenenado».

Edward Fixx no pensaba tomar nota de todas ellas, una por una.

Había también un sobre blanco cerrado y lacrado que contenía varios cientos de recortes de uñas y otro sobre —éste de color marrón claro— en el que había una sola hoja de papel llena de columnas de números que parecían un código o un mapa.

Después de varios meses en manos de expertos en códigos del ejército de los Estados Unidos, sin embargo, se descubrió que los números correspondían a las combinaciones de las cinco cajas fuertes.

Fue lo más cerca que estuvo nadie del dinero de Paris Trout y fue también la mejor explicación que jamás dio.

Hanna Trout vendió la casa y se mudó a Savannah, donde dio clases en la escuela durante el resto de su vida. A veces, mirando el patio de recreo desde su despacho, un niño le llamaba la atención, un niño o una niña torpe y de piel oscura, con unas piernas delgadas como huesos, y entonces se ponía a pensar en Rosie Sayers.

Sin embargo, la niña nunca estaba en sus sueños, sin embargo. Nunca le había reprochado nada.

En sus sueños todo era oscuro. Nunca podía ver las paredes, el suelo, ni sus propias manos. Tropezaba y recuperaba el equilibrio momentos antes de caer y volvía a tropezar. Siempre moviéndose hacia una voz que le suplicaba que la ayudase.

Los tropezones la asustaban —recordaba que había cristal en el suelo—, pero en la oscuridad, en el fondo de las cosas, siempre seguía adelante. En sus sueños conocía la voz.

Y cuando despertaba de aquel otro lugar, agarrada al colchón para amortiguar la caída, permanecía quieta mientras el sueño siguiera estando fresco en su memoria, tratando de oír la voz otra vez, pero el miedo se esfumaba antes de que pudiera traerla de nuevo.

Y entonces desaparecía.

Y Hanna yacía a veces en la oscuridad hasta la mañana, preguntándose cuál de ellas era.



PETE DEXTER nació en Pontiac, Michigan, en 1943, y en la actualidad vive en Sacramento, California. Es autor de cinco novelas: *God's Pocket*, *Deadwood*, y, publicadas en Anagrama, *Paris Trout*, que ganó el National Book Award, *Amor fraterno* y *El chico del periódico*.

Pete Dexter es un novelista del que la crítica española ha dicho: «Una escritura fascinante» (Nelson Marra, *El Mundo*); «Dexter escribe con una elegancia fría para conseguir que el impacto de la violencia llegue sin aviso previo. Y lo logra» (María Eugenia Salaverri, *El Correo Español*); «Desde Faulkner nadie había conseguido destilar tanta poesía de la inmundicia que puede llegar a albergar el alma humana» (Manuel Ariza Canales, *Cuadernos del Sur*).